

H I S T O R I A D E M I
V I D A

G E O R G E S A N D

Llegué al mundo un 5 de julio de 1804, mientras mi padre tocaba el violín y mi madre llevaba un hermoso vestido rosa. Fue cosa de un minuto. Por lo menos tuve la suerte, que ya había pronosticado mi tía Lucie, de no hacer sufrir mucho tiempo a mi madre, Vine al mundo como hija legítima, lo cual por cierto no hubiera podido ocurrir si mi padre no hubiese ignorado decididamente los prejuicios de su familia (y esto también fue una suerte, porque sin ese requisito mí abuela no se hubiera ocupado de mí con tanto amor tiempo después, y me habría encontrado despojada del pequeño caudal de ideas y conocimientos que ha sido mi consuelo en los momentos decisivos de mi vida).

Estaba muy bien formada, y durante mi infancia prometía convertirme en una belleza. Promesa que no se cumplió. Esto quizá fue culpa mía, porque en esa edad en que la belleza florece, me pasaba las

noches leyendo y escribiendo. Siendo hija de dos personas de belleza perfecta, no debería haber degenerado, y mi pobre madre, que apreciaba la belleza más que ninguna otra cosa, a menudo me hacía cándidos reproches. En lo que a mí concierne, nunca pude demorarme en el cuidado de mi persona. Me gusta la limpieza. Pero los artificios femeninos siempre me parecieron inaguantables.

Abstenerse de trabajar para conservar unos ojos bellos, no corretear al sol cuando el buen sol de Dios nos atrae irresistiblemente, no usar zapatos cómodos por miedo a que se deforme el tobillo, llevar guantes, es decir: renunciar al uso y la fuerza de las manos, resignarse a una eterna torpeza, a una eterna flojedad, no cansarme nunca cuando todo nos incita a hacerlo, en suma, vivir bajo una campana para no quemarnos, resquebrajarnos ni marchitarnos antes de tiempo: todo esto nunca lo pude hacer. Mi abuela agregaba sus reproches a los de mi madre, y el tema de los sombreros y los guantes fue la tortura de mi niñez; pese a que no fui deliberadamente rebelde, la sumisión no me ganó. Llegué a tener un momento de frescura. Pero nunca belleza. Pese a todo, mis rasgos no eran toscos, aunque nunca me ocupó de pulirlos. El hábito de soñar,

adquirido desde la cuna sin siquiera darme cuenta, me dio desde muy temprano un aire de boba. Uso semejante palabra porque toda mi vida, en la niñez, en el convento, en la intimidad de la familia, siempre me lo han dicho, y seguramente debe ser cierto.

Resumiendo: con cabellos, ojos, dientes y sin deformidades, no fui ni linda ni fea en mi juventud; esto es una ventaja que, desde mi punto de vista, creo importante, porque la fealdad inspira ciertas aprensiones en un sentido, y la belleza, en otro. Se espera mucho de una apariencia radiante, y se desconfía bastante de una que desagrada. Conviene mucho más tener un rostro que no eclipsa ni empequeñece a los que nos rodean; quizá por esto siempre me he sentido muy a gusto con sus amigos de uno y otro sexo.

Mi abuela apareció velozmente en París, con el propósito de romper el matrimonio de su hijo creyendo que él aceptaría, ya que nunca había sabido resistirse a sus lágrimas. Llegó a París sin que él lo supiera, sin haber anunciado el día de su partida, ni tampoco su llegada, como lo hacía habitualmente. Empezó por ir a consultar al señor Déseze acerca de la validez del matrimonio. Déseze juzgó que el caso era raro, como la legislación que lo posibilita-

ba. Llamó a otros dos famosos abogados, y el resultado de la consulta fue que en el famoso caso había materia para un proceso, porque siempre hay materia para un proceso en todos los casos de este mundo. Pero que el matrimonio tenía nueve probabilidades sobre diez de ser considerado válido ante la ley, que mi partida de nacimiento me proclamaba legítima, y que, aun citando se llegara a una anulación del casamiento, el deseo y el deber de mi padre serían, sin duda, ajustarse a las formalidades requeridas y volver a casarse con la madre de la criatura que había querido legitimar.

Es seguro que mi abuela no hubiera intentado nunca litigar contra su hijo. Por más que se le hubiera ocurrido el proyecto, no se habría animado.

Es probable que se haya sentido aliviada de la mitad de sus males cuando abandonó las hostilidades, porque la desdicha es muy grande cuando nos obliga a tratar con rigor a los que amamos. Pese a todo. Prefirió pasar unos días más sin ver a su hijo, no cabe duda de que con la intención de atenuar las resistencias de su propio espíritu y de obtener más información sobre su nuera. Pero mi padre se enteró de que su madre estaba en París; se dio cuenta de que lo había descubierto todo, y me "encargó" de

solucionar el problema. Me alzó en sus brazos, subió a un coche de alquiler, se paró en la puerta de la casa en que vivía mi abuela, conquistó con pocas palabras la benevolencia de la portera y me confió a esta mujer, que cumplió su cometido del siguiente modo:

La mujer subió a la habitación de mi abuela y pidió hablar con ella, invocando cualquier pretexto. Una vez en su presencia, le habló no sé de qué cosas, y mientras lo hacía se atrevió a decirle:

-Vea, señora, qué nieta tan linda tengo. Hoy me la trajo la nodriza, y me siento tan feliz que no me puedo separar ni un minuto de ella.

-Sí, parece muy sana y robusta dijo mi abuela, mientras buscaba su bombonera.

La buena mujer, que desempeñaba su papel a las mil maravillas, me colocó inmediatamente en las rodillas de mi abuela, que me dio unas golosinas y empezó a mirarme con una mezcla de sorpresa y emoción. De pronto me apartó, exclamando:

-Usted me está mintiendo, esta niña no es suya: no es parecida a usted...¡Ya sé, ya sé de quién es!

Asustada quizá por el gesto que me separó del regazo, me puse a llorar con grandes lágrimas que surtieron gran efecto.

Ven, mi pobre chiquita dijo la Dortera; aquí no te quieren y. Por eso, nos vamos.

Mi pobre abuela se dio por vencida.

-¡Pobre criaturita, no tiene la culpa! ¿Quién la trajo?

-Su propio hijo señora; está abajo esperando; voy a devolverle la niña. Si la he ofendido, discúlpeme; no sabía nada, no sé nada. Pensé que le gustaría recibir una linda sorpresa...

-Vaya, vaya, querida, no la necesito más dijo mi abuela; vaya a buscar a mi hijo y déjeme la criatura.

Mi padre subió los escalones de dos en dos. Me encontró en la falda de mi abuela, que lloraba mientras trataba de hacerme reír. No me contaron qué pasó luego entre ellos, y como yo tenía apenas ocho o nueve meses, seguramente no me enteré de nada. Mi madre, que me contó esta primera aventura de mi vida, me dijo que cuando mi padre me llevó de vuelta a casa, tenía en mis manos un hermoso anillo con un gran rubí que mi querida abuela se había sacado, encargándome de ponérselo a mi madre, encargo que mi padre me hizo cumplir escrupulosamente.

Todavía hubo de pasar algún tiempo antes de que mi abuela aceptara conocer a su nuera; pero ya

se corría la voz de que su hijo se había casado de modo inconveniente, y la negativa de verla debía forzosamente acarrear pensamientos enojosos para con mi madre, y por lo tanto, también para con mi padre. Mi abuela se alarmó por el dolor que su rechazo podía causar a su hijo. Consintió en recibir a la temblorosa Sophie, que la desarmó con su cándida docilidad y sus tiernas caricias. Bajo la mirada de mi abuela se celebró el casamiento religioso, después del cual un almuerzo familiar selló oficialmente la aceptación de mi madre y la mía.

Más tarde, al evocar mis propios recuerdos, habrá de decir la impresión que estas dos mujeres, tan distintas por sus pensamientos y sus hábitos, se producían mutuamente. Por ahora será suficiente con saber que el trato fue inmejorable por ambas partes, que intercambiaron los dulces nombres de madre e hijo, y que si el matrimonio de mi padre generó un pequeño escándalo entre las personas de mayor intimidad, el mundo en que él se movía no le prestó la mínima atención y aceptó a mi madre sin indagar nunca por sus antepasados ni su fortuna. Pero ella nunca amó ese mundo, y tampoco fue presentada en la corte de Murat, a la cual estaba en cierto modo atada y obligada debido a los servicios

que luego mi padre prestó a ese príncipe.

Mi madre nunca se sintió ni mortificada ni agradecida por hallarse entre personas que pudieran sentirse superiores a ella. Bromeaba con gracia, con el engreimiento de los tontos y la soberbia de los advenedizos; como se sabía plebeya hasta la punta de las uñas, creía ser más noble que todos los patricios y aristócratas de la tierra. Solía decir que los de su estirpe tenían la sangre más roja y las venas más largas que los demás, cosa que yo acabó por creer, porque si la supremacía de las razas consiste en verdad en esta fortaleza física y moral, es Innegable que tal fortaleza tiende a desaparecer en las razas que pierden el hábito del trabajo y el valor ante los sufrimientos. Esta afirmación no puede considerarse extraordinaria. Pero también se puede agregar que el exceso de trabajo y penurias debilitan la sociedad tanto como el exceso de ocio y deleites. Por otra parte, es verdad, en general, que la vida empieza en las bases de la sociedad y se va perdiendo a medida que asciende hacia la cima, como la savia en las plantas.

Mi madre no era de esas astutas intrigantes que tienen el secreto deseo de oponerse a los prejuicios de su tiempo y que piensan que se engrandecen al

incorporarse, corriendo el riesgo de sufrir mil desdenes, a la falsa grandiosidad mundana. Era una y mil veces orgullosa en exceso como para exponerse a un desaire. Su conducta era tan reservada que parecía tímida. Pero si intentaban estimularla con aires protectores. Podía volverse aún más reservada, hasta mostrarse muda y glacial. Tenía excelentes relaciones con aquéllos a quienes respetaba justificadamente; en tales casos se mostraba amable y encantadora. Pero su verdadera naturaleza era alegre, movediza, activa, vibrante frente a lo que pretendía someterla. Los grandes banquetes, las largas veladas, las visitas triviales y aun el baile le parecían detestables. Era una mujer para quedarse junto al fuego o para corretear de modo juguetón; pero internamente y para sus cosas necesitaba intimidad, confianza, lazos absolutamente sinceros, total libertad de costumbres y en el uso de su tiempo. Por eso vivió siempre retirada. Preocupándose más por evitar conocimientos fastidiosos que por adquirirlos. El carácter de mi padre era, en el fondo, semejante, y por eso nunca hubo esposos mejor avenidos. No eran felices si no estaban en su hogar. Constantemente estaban tratando de disimular melancólicos bostezos cuando se hallaban en otra parte, y fueron

ellos quienes me legaron esa secreta rebeldía que siempre me ha hecho sentir insufrible el mundo e indispensable el home¹.

Todos los trabajos que mi padre comenzó, aburrido, es necesario admitirlo, terminaron en la nada. Tuvo mil veces razón cuando afirmó que no estaba hecho para calzar espuelas en tiempos de paz, y las "guerrillas sociales" no le resultaban atractivas. Tan sólo la guerra era capaz de hacerlo salir del ámbito de estado mayor.

Regresó con Dúpont al campo de Montreuil. Mi madre lo siguió en la primavera de 1805 y estuvo dos meses con él, durante los cuales mi tía Lucie se encargó de mi hermana y de mí. Más tarde hablaré de esta hermana cuya existencia ya he indicado, y que no era hija de mi padre. Era cinco o seis años mayor que yo y se llamaba Caroline. Mi buena y pequeña tía Lucie, que ya he nombrado, se había casado con el señor Maréchal, un oficial retirado, en la misma época en que mí madre se casó con mí padre. De ese casamiento nació una niña, unos cinco o seis meses después de mi nacimiento: es mi querida prima Clotilde, quizá la mejor amiga que he tenido. Mi tía vivía en aquel tiempo en Chaillot, donde mi

¹ En Inglés en el original.

tío había comprado una casita. Entonces estaba en pleno campo. Pero actualmente estaría en medio de la ciudad. Para sacarnos a pasear, alquilaba un asno a un jardinero vecino. Nos ponía en los canastos recubiertos de heno que servían para llevar la fruta y las verduras al mercado: Caroline iba en uno, Clotilde y yo en el otro. Parece que ese modo de pasear nos gustaba muchísimo.

Mi madre se ocupó muy pronto de mi educación, y mi mente no puso ninguna resistencia. Pero tampoco progresó mucho; si la hubieran dejado en paz, con toda certeza hubiera sido bastante lenta. A los diez meses caminaba; empecé a hablar bastante tarde. Pero apenas comencé a decir algunas palabras, aprendí todas rápidamente, y a los cuatro años sabía leer muy bien. Igual pasó con mi prima Clotilde, quien, como yo, fue educada alternativamente por su madre y la mía. También nos enseñaban oraciones, y recuerdo que yo las decía de memoria desde el principio al fin, sin entender nada, salvo las palabras que nos hacían decir cuando poníamos la cabeza en la almohada: "Dios mío, te entrego mi corazón". No sé por qué entendí esta plegaria mejor que el resto, dado que en estas pocas palabras hay mucha metafísica; pero lo cierto es que yo com-

prendía lo que significaba y era el único trozo de la oración que me brindaba una idea sobre Dios y sobre mí misma.

En la calle Grange-Batelière, tuve en mis manos un antiguo manual de mitología que todavía poseo, con enormes ilustraciones de lo más cómicas que se pueda imaginar. Cuando recuerdo con qué interés y admiración miraba yo estas estampas grotescas, todavía me parece verlas con los ojos de aquella época. Sin leer el texto, comprendí rápidamente gracias a las imágenes los principales episodios de las fábulas antiguas, y todo eso me atraía poderosamente. Algunas veces me llevaban a ver las sombras chinescas del eterno Séraphin y las obras del circo. Mi madre y mi hermana me contaban cuentos de Perrault, y cuando se les acababa el repertorio no tenían empacho en inventar otros que a mí me parecían tan buenos y aun mejores que los primeros. Me hablaban del paraíso y me obsequiaban con las cosas más bellas de la religión católica. Pero, en mi cabeza, los ángeles y los cupidos, la Santa Virgen y la fe, los títeres y los magos, los diablillos del teatro y los santos de la iglesia, todo se mezclaba y me producía el más estrafalario desbarajuste poético que se pueda imaginar.

Mi madre tenía firmes convicciones religiosas, en las que nunca ingresó la duda, ya que no se detenía a analizarlas. Ni siquiera se molestaba en explicarme si los rudimentos que me inculcaba a manos llenas eran verdaderos o alegóricos, ya que, siendo ella misma artista y poeta sin saberlo, y creyente de su religión en lo que tenía de bueno y de bello, al tiempo que rechazaba todo lo que era sombrío y amenazador, me hablaba de las tres gracias y de las nueve musas con tanta seriedad como si se refiriera a las virtudes teologales o a las vírgenes santas.

Sea por la educación. Por lo que me enseñaron, o por predisposición, lo cierto es que el amor por la novela se posesionó violentamente de mí antes de que hubiera acabado de aprender a leer. Y fue así: yo todavía no entendía la lectura de los cuentos de hadas. Las palabras impresas, aun en la forma más simple, no tenían mucho sentido para mí. Llegué a entender lo que me daban a leer, repitiendo. Yo no leía por mi cuenta; era dé temperamento indolente y sólo podía superarlo a costa de grandes esfuerzos. En los libros buscaba tan sólo figuras; pero todo lo que aprehendía con los ojos y con los oídos penetraba desordenadamente en mi cabecita, y caía en ensoñaciones hasta el punto de perder con frecuen-

cia la noción de la realidad que me rodeaba. Como durante mucho tiempo tuve la costumbre de revolver el fuego con el atizador, mi madre, que no tenía criada y que según recuerdo estaba siempre ocupada en coser o en cuidar la comida, no podía librarse de mí a menos que me recluyera en la prisión que ella misma había inventado, y que consistía en cuatro sillas con un calentapiés apagado en el medio. Para que me sentara cuando me fatigase, ya que no teníamos el lujo de un almohadón. Las sillas eran de paja, y yo me entretenía en sacársela con las uñas: se ve claramente que las habían sacrificado para mi uso personal. Recuerdo que para dedicarme a este juego tenía que subirme sobre el calentapiés; entonces podía apoyar los codos en los asientos y jugar a que tenía garras, con una paciencia maravillosa; pero cediendo al impulso de tener mis manos ocupadas en algo, impulso que siempre me ha acompañado, no se me ocurría pensar que de esa manera rompía la paja de las sillas. También Inventaba en voz alta cuentos interminables que mi madre llamaba mis novelas. No me acuerdo para nada de estas creaciones; mi madre me habló mil veces de ellas, mucho antes de que se me ocurriera escribir. Ella las consideraba sumamente aburridas, tanto por la extensión

como por el desenlace que yo adjudicaba a las historias. Es un defecto que conservo, según parece; y me doy cuenta de que algunas veces no tengo la menor idea de lo que hago, y aún ahora se apodera de mí, como cuando tenía cuatro años, la necesidad de dejar correr la pluma en este tipo de composición.

Parece que mis historias eran una verdadera mezcla de todo cuanto atraía a mi pequeña cabecita. Siempre tenían un argumento básico al estilo de los cuentos de hadas, un príncipe bueno y una princesa encantada. Había unos pocos personajes malvados. Pero nunca bandidos. Todo estaba regido por la Impronta de un pensamiento infantil jovial y optimista. Lo que tenían de peculiar era la extensión, y cierta tendencia a la continuidad, porque yo retomaba el hilo del relato exactamente en el mismo lugar donde lo había dejado el día antes. Es posible que mi madre, que debía escuchar necesariamente y casi sin querer estas Interminables divagaciones, me incitara a reanudarlos de esa manera. Mi tía también se acuerda de esos relatos, y se entretiene recordándolos. Me decía con frecuencia:

-¿Qué tal, Aurora?, ¿todavía no salió tu príncipe del bosque?, ¿cuándo terminará tu princesa de po-

nerse su traje de cola y su corona de oro?

-Déjala en paz contestaba mi madre, no puede trabajar tranquila si no está inventando sus novelas entre cuatro sillas.

Recuerdo con más claridad el entusiasmo con que me dedicaba a los juegos que implican verdadera acción. Yo era caprichosa. Cuando venía mi hermana, o la hija mayor del vidriero, y me invitaban a los juegos tradicionales, ninguno me venía bien o me aburría muy pronto. Pero con mi prima Clotilde o con otros chicos de mi edad me volcaba por completo a los juegos que inventaba mi imaginación. Representábamos batallas y fugas a través de espesos bosques, que impresionaban vivamente mi fantasía. Después, alguna de nosotras se extraviaba, y las otras la buscaban, llamándola. Por lo común se había quedado dormida en un árbol, o sea en un sofá. Íbamos a socorrerla; una de nosotras era la madre de las demás, o bien un general, porque la vida exterior llegaba a penetrar en nuestro refugio, y así fue como más de una vez fui emperador y conduje las acciones del campo de batalla. Hacíamos pedazos las muñecas, los muñecos, las casitas, y parece que mi padre se impresionaba fácilmente, porque esta representación en pequeño de los horrores

que él mismo presenciaba en la guerra le resultaba intolerable. Entonces decía a mi madre:

-Haz el favor de barrer el campo de batalla de estos chicos; parecerá ridículo. Pero me pone mal ver todos esos brazos, piernas y despojos desparrramados por el piso.

Nosotros no percibíamos nuestra crueldad, puesto que los muñecos y muñecas padecían dócilmente la carnicería. Pero al galopar sobre nuestros corceles imaginarios y batirnos con nuestras espadas invisibles contra muebles y juguetes, nos envolvía un entusiasmo febril. Nos recriminaban por nuestros juegos de varones, y es verdad que tanto mi prima como yo sentíamos verdadera avidez por las emociones viriles. Recuerdo especialmente un día otoñal, en que ya habían servido la cena y había caído la noche en el cuarto. No estábamos en mi casa sino en Chaillot, en casa de mi tía, me parece, porque había doseles en las camas, y en mi casa no los había. Clotilde y yo nos perseguíamos por entre los árboles, es decir, entre los pliegues de los cortinados del dosel; el cuarto ya no existía para nosotras, y nos sentíamos realmente en medio de una naturaleza sombría, de la que se iba posesionando la oscuridad de la noche. Nos llamaron para cenar. Pero nada

oímos. Mi madre vino a alzarme para llevarme a la mesa, y siempre recordaré mi estupefacción al ver las luces, la mesa y los objetos reales que estaban a mi alrededor. Evidentemente salía de una total alucinación, y me resultaba difícil abandonarla tan bruscamente. Muchas veces estaba en Chaillot y creía estar en mi casa, y viceversa. A menudo tenía que hacer un esfuerzo para cerciorarme de que estaba en tal o cual lugar, y he vuelto a ver en mi hija la vivencia de esta ensoñación, de manera muy marcada.

Me parece que a partir de 1808 no volví a ver la casa de Chaillot, porque después del viaje a España ya no dejé Nohant, y por esa época mi tío vendió su pequeña propiedad al Estado, ya que estaba situada en el sitio destinado al palacio del Rey de Roma. No estoy segura de ser precisa. Pero contará algo acerca de esta casa, que en ese tiempo era una casa de campo. Pues Chaillot no era como ahora.

Era una casa muy modesta; de esto me doy cuenta ahora, cuando veo el valor real de los objetos que se aparecen en mi memoria. Pero a la edad que yo tenía en esa época, me parecía el paraíso. Podría dibujar el plano de la casa y el jardín, hasta tal punto han quedado grabados en mí. Por sobre todas las

cosas, el jardín era para mí un lugar lleno de delicias, quizá porque era el único que conocía. Mi madre, pese a los informes que daban a mi abuela acerca de ella, vivía en una condición muy próxima a la pobreza, con una economía y un trabajo doméstico propios de una mujer del pueblo. No me llevaba a las Tullerías para que no viesen las ropas que usábamos, o para que no me malcriase jugando al aro o saltando a la cuerda bajo la mirada de los curiosos. Sólo salíamos de nuestro pobre refugio para ir de vez en cuando al teatro, que a mi madre le gustaba tanto como a mí, y con más frecuencia, a Chaillot, donde siempre nos recibían con gran regocijo. El trayecto a pie y el tener que pasar por el cuartel de bomberos me fastidiaba. Pero apenas pisaba el Jardín, me parecía estar en la isla encantada de los cuentos. Clotilde, que podía pasarse todo el día al sol, estaba más lozana y con mejores colores que yo. Me hacía los honores de su paraíso con la generosidad y la sana alegría que nunca la han abandonado. Era la mejor de nosotras dos, la más franca y la menos antojadiza: yo la adoraba. Pese a las salidas intempestivas que yo misma provocaba, en las que siempre me replicaba con burlas que eran mortificantes para mí. Cuando estaba enojada conmigo

hacía un juego con mi nombre, Aurore, y me llamaba Horreur², insulto que me llenaba de irritación. Pero, ¿podía quedarme largo rato enfurruñada, teniendo ante mí una alfombra de césped verde y una terraza rodeada con macetas llenas de flores? Allí fue donde vi los primeros hilos de la virgen, blancos y relucientes bajo el sol otoñal; ese día estaba también mi hermana, que me explicó gravemente que la virgen santa devanaba ella misma esos hermosos hilos en una rueca de marfil. No me animaba a cortarlos, y trataba de agacharme para pasar por debajo.

El jardín era rectangular, y no demasiado grande. Pero a mí me parecía enorme, aunque lo recorriera doscientas veces al día. Estaba trazado con regularidad, de acuerdo con la moda de esa época; había flores y verduras; desde afuera no se veía nada porque estaba rodeado de altas paredes; y al fondo había una terraza enarenada, con un gran macetón de barro cocido al que se llegaba subiendo unos escalones de piedra. En esta terraza, que para mí era el lugar preferido, se desarrollaban nuestros grandes juegos de batallas, fugas y persecuciones.

² Horror. Juego de palabras basado en la paronomasia de los vocablos franceses.

Allí fue también donde vi por primera vez mariposas y enormes girasoles que me parecieron de cien pies de altura. Un día interrumpieron nuestros juegos fuertes exclamaciones que venían de afuera. Gritaban: "¡Viva el Emperador!", se oían pasos apresurados que luego se alejaban. Pero los gritos seguían. Efectivamente, el emperador pasó muy cerca, y oímos el trote de los caballos y el entusiasmo de la multitud. Nada veíamos a causa de los muros. Pero para nuestra imaginación fue muy hermoso. Por lo que recuerdo, y también nosotras, llevadas por un entusiasmo contagioso, gritamos: "¡Viva el Emperador!"

¿Acaso sabíamos qué era el emperador? No me acuerdo. Pero es posible que oyéramos hablar mucho de él.

Poco tiempo después me formé una idea más clara; no podría decir exactamente cuándo. Pero me parece que fue a fines de 1807.

El emperador pasaba revista en el bulevar, no muy lejos de la Madeleine. Mi madre y Pierret no quisieron quedarse próximas a los soldados; entonces Pierret me alzó sobre sus hombros para que pudiera ver. Mi cabeza sobresaliente entre las otras, hizo que los ojos del emperador se detuvieran en

mí.

Mi madre exclamó:

-¡Te miró, acuérdate, te traerá suerte!

Creo que el emperador oyó estas crédulas palabras, porque volvió a mirarme, y todavía me parece ver una leve sonrisa flotando en su cara pálida, cuya adustez no me intimidó. Nunca olvidaré su aspecto, especialmente la expresión de su mirada, que ningún retrato ha sabido captar. En ese entonces estaba bastante gordo y pálido. Tenía un abrigo sobre el uniforme. Pero no podría decir si era gris; cuando lo vi tenía su sombrero en la mano, y por un instante me quedé hipnotizada por esa mirada clara, tan dura al principio y de pronto tan dulce y paternal. Lo he visto otras veces. Pero siempre de manera borrosa, porque yo estaba más lejos y él pasó demasiado rápido.

También vi al rey de Roma, cuando niño, en brazos de su nodriza. Estaba en una ventana de las Tullerías y sonreía a los que pasaban; cuando me vio a mí rió más, debido a la atracción que los niños sienten entre sí. Tenía un enorme bombón en su manita, y me lo tiré. Mi madre quiso recogerlo para dármelo. Pero el guardia que vigilaba la ventana no le permitió avanzar un paso más allá de la línea que

él cuidaba. Fue inútil que la gobernanta le indicara que el bombón era para mí y que me lo tenía que dar. Seguramente esto no estaba en sus instrucciones, de modo que se hizo el sordo. Me sentí muy mortificada, y volví junto a mi madre. Le pregunté por qué el militar había sido tan poco afable. Me respondió que tenía la obligación de cuidar al precioso niño y evitar que se le acercaran, porque había personas malvadas que podían hacerle daño. La idea de que alguien pudiera hacer algo malo a un niño me pareció monstruosa; pero entonces yo tendría nueve o diez años, porque el reyecito in partibus tendría a lo sumo dos, y esta anécdota es tan sólo una digresión por adelantado.

Uno de los recuerdos que pertenece a mis cuatro primeros años, es el de mi primera emoción musical. Mi madre fue a visitar a alguien que vivía en algún pueblo cercano a París, no sé bien cuál. Era un piso muy alto, y yo, como era muy pequeña, no podía ver la calle desde la ventana, y sólo divisaba los techos de las casas vecinas y un gran trozo de cielo. Estuvimos buena parte del día en ese lugar. Pero yo no vi nada: estaba atrapada por los dulces aires de una flauta que durante todo el tiempo interpretó melodías que me parecieron bellísimas. La

música procedía de alguna ventana seguramente más alta que la nuestra y algo alejada, ya que mi madre, cuando le pregunto qué era, casi no la oía. Pero yo, quizá porque en esa época tenía un oído más agudo y sensible, no perdía ni una modulación de ese pequeño instrumento, tan penetrante de cerca y tan dulce a la distancia, y estaba maravillada. Creía oír en sueños. El cielo era puro, de un azul radiante; y esas tiernas melodías parecían danzar sobre los techos y esfumarse en el firmamento. ¿Quién podría saber si no se trataba de un ejecutante de gran talento y que no tenía en ese momento ningún oyente más absorto que yo? También podía ser un estudiante cualquiera que ensayaba Mónaco o Delirios de España. Fuera quien fuese, yo experimentaba los más inefables placeres musicales, y estaba totalmente embelesada frente a esa ventana donde comprendía por primera vez y de modo difuso la armonía del mundo exterior, al hallarse mi alma como en éxtasis, tanto a causa de la música como de la hermosura del cielo.

Como se ve, todos los recuerdos de mi niñez son bastante insignificantes. Pero si cada lector revive sus propias experiencias al leer las mías, si puede recordar con gusto las primeras emociones de su

vida, si por una hora se vuelve a sentir niño, ni él ni yo habremos perdido el tiempo; porque la infancia es buena, ingenua, y los seres más extraordinarios son aquellos que poseen la mayor sensibilidad y guardan todavía gran parte de esa primitiva pureza.

Es muy poco lo que recuerdo de mi padre antes de la campaña militar en España. Como faltaba de casa tan a menudo, hubo largas temporadas en que no lo vi. Pero casi seguramente estuvo con nosotras durante el Invierno de 1807 a 1808, porque tengo el vago recuerdo de unas comidas apacibles y luminosas, con un plato de dulces bastante sencillo, que consistía en unas masas cocidas en leche azucarada que mi padre fingía engullirse todas para divertirse con mi gula defraudada. También recuerdo que con su servilleta anudada y arrollada de diversas maneras formaba figuras de pájaros, conejos y payasos que me hacían reír a carcajadas. Creo que me mimaba exageradamente, porque mi madre debía intervenir entre nosotros ya que mi padre satisfacía todos mis antojos en vez de reprenderme. Me han contado que el poco tiempo que podía pasar con su familia lo hacía sentir tan feliz que no perdía de vista a su mujer y a sus hijos, que jugaba conmigo días enteros, y que aun en uniforme de gala, no tenía el me-

nor reparo en llevarme en brazos por calles y bulevares.

Es seguro que fui muy feliz, ya que tanto me querían; éramos pobres. Pero de esto yo no me daba cuenta. A pesar de que en ese tiempo mi padre obtenía excelentes ingresos que podían habernos permitido una buena vida, los gastos que le imponían sus funciones de ayuda de campo de Murat superaban sus cálculos. Por su lado, mi abuela se privaba de cosas necesarias para mantener un tren de lujo descabellado, y pese a eso, dejó deudas por sus compras de caballos, guardarropas y servicios. Muchas veces mi madre fue acusada de incrementar el desbarajuste económico de la familia con su derroche. Pero recuerdo con suma claridad nuestra vida doméstica de entonces, y puedo asegurar que ella no merecía esa acusación. Ella misma hacía su cama, barría y ordenaba las habitaciones, y cocinaba. Fue una mujer extraordinariamente activa y enérgica. Durante toda su vida se levantó al alba y se acostó como a la una de la mañana, y jamás la vi sin hacer nada. No recibíamos a nadie fuera de nuestra familia y del excelente amigo Pierret, que era conmigo tierno como un padre y solícito como una madre.

Ha llegado el momento de hacer el retrato y narrar la historia de este hombre inestimable que recordaré toda mi vida. Pierret era hijo de un propietario rural, y desde los dieciocho años trabajó en el tesoro, donde siempre ocupó un cargo modesto. Era el más feo de los hombres. Pero de una fealdad tan de buenazo, que se ganaba la confianza y el afecto. Tenía una ancha nariz aplastada, labios gruesos y ojos pequeñísimos; sus cabellos rubios se enrulaban tercamente y su piel era tan blanca y rosada que siempre parecía joven. Una vez se enfureció a los cuarenta años porque un empleado de la alcaldía, a la que había ido como testigo del casamiento de mi hermana, le preguntó de buena fe si era mayor de edad. Además era grandote y bastante gordo; su rostro estaba siempre en movimiento debido a un tic nervioso que le hacía hacer unas muecas espantosas. Quizá se debiera a este tic que nadie pudiera formarse una idea exacta de su cara. Me parece que era especialmente el aire cándido e Ingenuo de su fisonomía lo que primero se mostraba a la vista en los pocos momentos de quietud. Ignoraba en absoluto el ingenio; pero se le podía pedir consejo sobre las cosas más sutiles de la vida, porque todo lo juzgaba de corazón y a conciencia. Du-

do que haya habido nunca hombre más puro, más íntegro, más generoso y más recto; su alma era tan bella que no conocía la injusticia ni la fealdad. Totalmente convencido de la bondad humana, nunca supuso que él era una excepción.

Sus gustos eran bastante simples: el vino, la cerveza, la pipa, el billar y el dominó. Mientras estaba con nosotros se alojaba en una pensión de la calle del Faubourg Poissonnière que se llamaba "El Caballo Blanco". Allí se sentía como en su casa, ya que fue cliente durante treinta años y mantuvo hasta el fin su infatigable alegría y su bondad sin par. Pese a todo, su vida transcurrió dentro de un ambiente oscuro y monótono. Era feliz. ¿Por qué no habría de serlo? Todos los que lo conocieron lo amaron, y la idea del mal no afloró nunca en su alma recta y sencilla.

Sin embargo era bastante irascible, y por lo tanto irritable y quisquilloso: pero era tanta su bondad que nunca hirió a nadie. Yo le causaba enojos y furores innumerables. Le daba una patalita, revolvía sus ojitos, enrojecía y hacía los más extraños visajes, mientras profería palabras en una lengua poco refinada y formulaba feroces reproches. Mi madre acostumbraba a no prestarle la menor atención. Se

conformaba con decirle:

Ah! ¡Ahí está Pierret otra vez furioso! ¡Veremos muecas nuevas!

Pierret abandonaba inmediatamente el aire trágico y se largaba a reír. Ella lo azuzaba mucho y no es raro que él perdiera la paciencia con frecuencia. En los últimos años se había puesto cada vez más irritable, y no pasaba un día sin que tomara su sombrero y saliera de casa afirmando que no volvería a pisar el umbral; pero luego regresaba sin acordarse de la gravedad de su despedida anterior.

Con respecto a mí, se atribuía unos derechos paternos que hubieran acabado en una verdadera dictadura si hubiera tenido la posibilidad de cumplir sus amenazas. El me vio nacer y me destetó. Esto es bastante extraño, y podrá dar una idea de su temperamento. Mi madre, agotada por la fatiga. Pero incapaz de desoír mis llantos y convencida de que yo no estaría bien cuidada por una criada durante las noches, había llegado al extremo de quedarse sin dormir en un momento en que le era muy necesario. Pierret, al ver este estado de cosas, siguiendo su propia iniciativa, me sacó de mi cuna y me llevó a su casa, donde me albergó durante quince o veinte noches, quedándose casi sin dormir para prodigarme

los cuidados necesarios, dándome a tomar leche y agua azucarada con tanta dedicación, esmero y pulcritud, que ni una nodriza lo hubiera hecho mejor. Me devolvía a mi madre todas las mañanas para irse a su oficina y después al Caballo Blanco; y todas las tardes volvía a buscarme, llevándome por todo el barrio sin importarle que lo vieran. Pese a que sólo tenía veintidós o veintitrés años. Cuando mi madre intentaba alguna objeción enrojecía completamente, le recriminaba su "estúpida flaqueza" porque como él mismo reconocía no seleccionaba sus adjetivos con gran alegría por la elección; y cuando me traía de vuelta, mi madre se sorprendía por mi pulcritud, mi aire de salud y bienestar. Ocuparse de un bebé de diez meses es algo tan distante de las preferencias y aptitudes de un hombre, especialmente si vive en pensión como Pierret, que era más sorprendente que se le hubiera ocurrido hacerlo que llevarlo a cabo. En suma, y como ya lo anticipé, fui destetada por él, y esto lo llenó de satisfacción.

Siempre me vio como a una criaturita, y cuando yo tenía ya casi cuarenta años, seguía hablándome como a un chico. Exigía mucho en el plano de la amistad. Pero no en el de la gratitud. Pues nunca pensó en imponerse. Cuando le preguntaban por

qué quería que lo amasen, contestaba: "Porque yo los quiero a ustedes". Y decía estas palabras amables con una entonación hosca y haciendo rechinar los dientes. Si alguna vez, cuando yo le escribía unas líneas a mi madre, olvidaba mandar saludos para Pierret, al contrario nuevamente ni me miraba y se negaba a saludarme. De nada servían excusas ni justificativos. Me trataba de pérfida, de mala persona y me juraba un rencor y un odio eternos. Y era tan cómica su expresión al proferir estas palabras que cualquiera que no hubiese reparado en las lágrimas que caían de sus ojos hubiera creído que estaba haciendo una comedia. Mi madre, que conocía este estado de furor, le decía:

Basta. Pierret, cálese. Usted está loco y hasta le daba un fuerte pellizco para que acabara pronto.

Por fin, volvía a sus cabales y consentía en escuchar mis excusas. Una palabra cariñosa y una caricia bastaban para ablandarlo y hacerlo feliz, cuando ya se creía imposible todo entendimiento.

Había conocido a mis padres durante los primeros días de mi vida, y en tal forma, que se habían ligado de inmediato. En la calle Meslay, en la misma manzana que mi madre, vivía una parienta suya, que tenía un bebé de mi edad al que no atendía ni ama-

mantaba. Por lo cual el niño lloraba sin cesar. Mi madre entró en el cuarto en que el pequeño desdichado moría de inanición y le dio de mamar, y luego siguió haciéndolo sin decir nada. Al ir a ver a su pariente Pierret descubrió a mi madre en estos menesteres, se sintió conmovido y se Volcó a ella y su familia para toda la vida.

No fue más que conocer a mi padre, y ya lo quiso Inmensamente. Se hizo cargo de sus asuntos, los puso en orden, eliminó a los acreedores inescrupulosos, y con su buen criterio lo guió para cumplir con los demás; en suma, le ahorró todas esas preocupaciones materiales que no era capaz de solucionar sin la ayuda de una mente habituada a los detalles. Pierret seleccionaba el personal doméstico. Ponía orden en sus cuentas, regulaba sus ingresos y le enviaba dinero con seguridad a cualquier lugar donde lo llevara la guerra. Mi padre no se iba de campaña ni una vez, sin encargarle:

Pierret, dejo a mi mujer y mis hijos a tu cuidado. Si no regreso, es para toda la vida, ya lo sabes.

Pierret tomó tan a pecho este pedido que, después de la muerte de mi padre, nos dedicó su vida. Intentaron reprocharle sus domésticas relaciones, ya que no hay nada sagrado para este mundo y no

pueden apreciar la pureza de un alma quienes no la poseen. Pero para cualquiera que haya conocido a Pierret, semejantes sospechas serán siempre un agravio a su memoria. Carecía de la seducción necesaria para hacer de mi madre una adúltera, ni siquiera con el pensamiento. Era lo suficientemente escrupuloso y recto como para apartarse de ella si hubiera siquiera sospechado que existía el riesgo de traicionar, aunque fuera con el pensamiento, la confianza que lo llenaba de orgullo y que él devolvía religiosamente. Además, se casó con la hija de un general sin fortuna, y ambos fueron felicísimos, pues la mujer era digna y amable, según me ha dicho mi madre, que por otra parte tiene con ella afectuosas relaciones.

Cuando se resolvió que viajaríamos a España, Pierret lo preparó todo. El plan de mi madre no era muy oportuno. Pues estaba embarazada de siete del ocho meses. Quería llevarme consigo, yo era una personita que todavía daba bastante trabajo. Pero mi padre había anticipado una larga estada en Madrid, y creo que mi madre estaba celosa. Cualquiera fuese el motivo, se empeñó en ir junto a mi padre; y halló una oportunidad favorable porque una conocida suya, mujer de un proveedor del ejército, estaba

por emprender viaje y le ofreció lugar en su calesa para llevarla hasta Madrid.

El postillón de esta señora era un chico de doce años. Y tenemos así de viaje a dos mujeres, una de ellas encinta, y a dos niños, de los cuales no era yo la más desobediente ni la más fastidiosa.

Me parece que no me apenó separarme de mi hermana, que permanecería en un pensionado, ni de mi prima Clotilde; como yo no las veía diariamente, sino una vez por semana, no podía medir el pesar que podría experimentar con una separación más prolongada. Tampoco me afectó abandonar el piso. Pese a que había sido mi único mundo conocido y nada había visto ni imaginado fuera de él. Por lo que sufrí al principio fue por la necesidad de dejar mi muñeca abandonada en el piso vacío, donde seguramente se aburriría muchísimo.

El cariño que las niñas pequeñas sienten por sus muñecas es en verdad muy complejo, y por mi parte lo he sentido tan intensamente y por tan largo tiempo que me resultar fácil definirlo en pocas palabras. En ningún momento de su infancia las niñas se equivocan acerca de la existencia de ese ser inanimado que les ponen en las manos y que debe inaugurar para ellas el instinto maternal, para llamarlo de

algún modo. En lo que a mí respecta, al menos, no creo haber pensado jamás que mi muñeca fuera un ser viviente; sin embargo he experimentado un vivo sentimiento maternal por las innumerables muñecas que tuve. No se trataba de idolatría. Pero la costumbre de hacer que los niños adoren estos fetiches es un tanto salvaje. Yo no percibía muy bien la naturaleza de este sentimiento, pero me parece que si hubiera sido capaz de analizarlo le habría encontrado cierta semejanza con lo que sienten los católicos fervorosos por las imágenes de que son devotos. No ignoran que la imagen en sí no es el verdadero objeto de su adoración, pero se arrodillan delante de ella, le hablan, le ponen incienso y le ofrecen votos. Pese a todo lo que se diga, los hombres de la antigüedad no eran más idólatras que nosotros. Los hombres inteligentes nunca adoraron las estatuas de Júpiter y de Mammon, sino que veían a Júpiter y a Mammon en esos símbolos, pero en todos los tiempos, tanto en nuestros días como en el pasado, las almas ignorantes han sido incapaces de diferenciar el dios de la imagen.

También tuve juguetes favoritos. Entre ellos había uno que nunca olvidé y que se debe haber perdido a pesar mío, porque yo no lo rompí cuando

era chica, y que quizá me parecería ahora tan lindo como lo veo en el recuerdo. Era una antigua pieza de vajilla que ya había servido de juguete para mi padre; es probable que la vajilla completa ya no existiera durante su infancia. Él la encontró hurgando en un armario en casa de mi abuela, y al recordar cuánto le había gustado a él en su niñez, me la trajo. Era una pequeña Venus de Sévres con dos palomas en las manos; tenía un pedestal en forma de plato oval en vidrio ondulado, engastado en un aro de cobre reluciente, cubierto de pequeñas muescas que sostenían unos tulipanes que hacían de candeleros, y al encender las bujías, el vidrio, que parecía un trozo de agua, reflejaba las luces, la estatuilla y los bellos adornos dorados del engarce. Este juguete constituía para mí un mundo maravilloso, y cuando mi madre me contaba por enésima vez el cuento de Percinet y Graciosa, yo me imaginaba paisajes con lagos y mágicos jardines. ¿Dónde pueden los niños hallar mejor inspiración para las cosas que nunca han visto? . . .

Cuando estuvo listo el equipaje para nuestro viaje a España, me acordé de mi muñeca favorita. No quise llevármela, aunque me lo permitían. Pensé que se rompería, o que me la robarían cuando la

dejara en mi cuarto, y después de desvestirla y ponerle la ropa de dormir la acosté en mi camita y le acomodé las sábanas cuidadosamente. En el momento de partir corrí a echarle una última mirada, y como Pierret me había prometido ir a darle de comer todas las mañanas, empecé a experimentar la duda que todos los niños sienten acerca de la naturaleza de esos seres. Se trata de un estado muy especial, en el que la razón incipiente por un lado y la necesidad de ilusión por el otro, luchan en los corazones ansiosos de amor maternal. Tomé las dos manos de mi muñeca y se las junté sobre el pecho. Pierret me dijo que así parecía una muerta. Entonces hice girar sus brazos hasta que las manos se unieron sobre su cabeza, en una actitud de súplica o de llamado, a la que yo adjudicaba seriamente un significado sobrenatural: pensaba que era una invocación al hada buena, y que si permanecía en esa posición la muñeca quedaría protegida durante mi ausencia. Pierret me aseguró que la cuidaría para que no se extraviara.

No hay en el mundo nada más cierto que esa alocada e imaginativa historia de Hoffman que es el Cascanueces. Es la vida interior del niño, tal cual se da en la realidad. Me encanta ese final desordenado

que se pierde en un mundo de quimeras. La imaginación de los niños es tan variada y caótica como los espléndidos sueños del cuentista alemán.

Excepto la preocupación por mi muñeca, que me persiguió durante un tiempo, no conservo ningún recuerdo del viaje hasta las montañas de Asturias. Pero todavía siento el espanto que me causaron esas montañas, los bruscos recodos del camino, en medio de ese anfiteatro cuyas cimas cercaban el horizonte, me deparaban a cada momento angustiosas sorpresas. Tenía la impresión de que estábamos atrapadas entre esas montañas, que ya no había más camino y que no podríamos seguir ni retroceder. Por primera vez vi campanillas en flor a los lados del camino. Esas florecitas blancas y rosadas me impactaron mucho. Mi madre me abrió el mundo de la belleza espontáneamente y sin premeditación, al comunicarme, desde muy chica, todas sus sensaciones. Así, cuando veía una hermosa nube, algún efecto de la luz solar, unas aguas cristalinas, me hacía mirar y me decía: -"¡Mira qué lindo! . Y esos objetos que yo no había sido capaz de notar me revelaban de pronto toda su belleza, como si mi madre hubiera tenido una llave mágica para abrir mi espíritu al sentimiento primario pero profundo que

ella también experimentaba. Y me acuerdo que nuestra compañera de viaje no entendía los ingenuos deslumbramientos que mi madre compartía conmigo, y exclamaba: -"¡Oh, señora Dupin, que rara es usted con su pequeña!".

Sin embargo, creo que mi madre no me dijo nunca una frase completa. Me imagino que le daría demasiado trabajo, porque en aquel entonces apenas sabía escribir y se preocupaba aún menos por la abstrusa e inútil ortografía. Pese a esto, hablaba correctamente, así como los pájaros cantan sin haber aprendido jamás a hacerlo. Tenía una voz dulce y una entonación refinada. Sus pocas palabras me cautivaban y convencían. Como tenía muy mala memoria y era incapaz de vincular dos hechos en su mente, trataba de combatir esa debilidad en mí, que me venía por herencia. Constantemente me decía:

-Debes acordarte de lo que ves.

Y cada vez que tomaba recaudos para ello, yo no olvidaba. Cuando vimos las campanillas florecidas, me dijo:

-Aspira, así huele la miel; ¡y no la olvides!

-Que yo recuerde, esa fue la primera revelación que tuve acerca del olfato, y por esa asociación de los recuerdos y las sensaciones que todos conoce-

mos sin poder explicar, siempre que huelo campanillas veo las montañas españolas y el borde del camino donde las recogí por vez primera.

Pero sólo Dios sabe qué lugar era ése. Creo que si lo volviera a ver lo reconocería. Me parece que estaba cerca de Pancorbo.

Otro episodio que nunca olvidaré, y que habría asombrado a cualquier otro niño fue el siguiente: estábamos en una pequeña llanura, cerca de un pueblito. Era una noche clara. Pero el camino estaba bordeado de árboles frondosos que por momentos arrojaban muchas sombras. Yo iba en el pescante junto con el postillón. El cochero tranquilizó a los caballos, se volvió y gritó a mi compañero:

-¡Diles a las damas que no se asusten; tengo buenos caballos!

Mi madre no necesitó que le transmitieran la frase: la había escuchado, y cuando se asomó por la ventanilla vio tres figuras, así como las veía yo. Dos a un costado del camino y una en el medio, a unos diez pasos de donde nos encontrábamos. No parecían muy grandes y estaban inmóviles.

-¡Son asaltantes, cochero gritó mi madre, no siga avanzando, ¡vuelva, vuelva! ¡Veo sus arcabuces! El cochero, que era francés, se echó a reír, porque la

mención de los arcabuces le daba la pauta de que mi madre no tenía la menor idea acerca de los enemigos que estaban por atacarnos, le pareció sensato no contradecirla, azuzó los caballos y pasó raudamente ante las tres flemáticas figuras que no demostraron la menor alteración, y a las que yo apenas pude distinguir. Mi madre, en medio del terror, creyó entrever unos sombreros puntiagudos y pensó que eran militares, pero cuando los caballos, nerviosos y también asustados, recorrieron una distancia respetable, el cochero los puso al paso y bajó para hablar con las pasajeras.

-Bueno señoras -dijo, siempre riendo, ustedes vieron arcabuces, pero algún propósito tendrían, porque cuando nos vieron se quedaron a la expectativa. Pero yo estaba seguro de que mis caballos no cometerían ninguna barrabasada. Si nos hubieran llevado donde estaban ellos, no lo hubiéramos pasado muy bien.

-¿Pero quiénes eran? -preguntó mi madre.

Con todo respeto, mi querida señora, eran tres enormes osos serranos.

Mi madre se asustó más todavía y rogó al conductor que fustigara los caballos y nos llevara al albergue más próximo; pero evidentemente el

hombre estaba habituado a tales encuentros, que actualmente serían rarísimos en primavera, especialmente a lo largo de las grandes rutas. Nos dijo que esos animales eran de temer sólo cuando se ponían en cuatro patas y nos llevó con tranquilidad, y sin preocuparse.

Yo no sentí miedo alguno, ya había conocido a varios osos en mis ensoñaciones les había hecho devorar a los malvados de mis novelas. Pero nunca se habían atrevido a comerse a la princesa buena, con la cual yo me identificaba sin quererlo.

No se puede esperar orden en estos recuerdos tan antiguos. Están demasiado deshilvanados en mi memoria, y mi madre no me puede ayudar a ordenarlos porque ella se acuerda aún menos que yo. Sólo mencionaré a medida que los recuerde, aquellos episodios fundamentales, que de un modo del otro me causaron impresión o tuvieron influencia sobre mí.

Mi madre se llevó otro susto, menos justificado, en un albergue que, sin embargo, no tenía mal aspecto. Me acuerdo del lugar porque allí vi por vez primera esas lindas esteras de paja trenzada, de alegres colores, que en los pueblos meridionales suplantaban las alfombras. Yo me sentía muy fatigada,

en el viaje habíamos padecido un calor horrible, y mi primer impulso, al entrar en la habitación, fue tirarme sobre la estera. Seguramente habíamos conocido peores albergues en ese territorio español alterado por la guerra, porque recuerdo que mi madre dijo:

-¡Bendita sea la hora, estos cuartos parecen estar bastante limpios, y supongo que podremos dormir!

Pero pocos minutos después, salió al pasillo, dio un grito y volvió a entrar velozmente: había visto en el suelo una gran mancha de sangre, y esto le bastó para creerse en un matadero.

Nuestra compañera de viaje, la señora Fontanier, le hizo bromas al respecto. Pero esto no la disuadió de realizar una inspección clandestina de la casa antes de irse a la cama. Mi madre era de una cobardía muy especial. Su frondosa imaginación le proporcionaba motivos de inmensos peligros a cada paso; pero al mismo tiempo, su carácter enérgico y su firmeza le daban el valor necesario para hacer frente, inspeccionar, encarar resueltamente lo que la asustaba para conjurar con ello el peligro, cosa que supongo no habría logrado muy bien. Era de esas mujeres que temiendo siempre algo, porque en el fondo temen la muerte, nunca pierden su presencia

de ánimo, pues poseen un fuerte instinto de conservación.

De modo que, munida de una luz, pretendió que la señora Fontanier participara de la exploración; pero esta señora no era ni tan aprensiva ni tan valerosa, y no sentía la mínima necesidad de hacerlo. Entonces yo, repentinamente, me sentí poseída por una gran intrepidez, que carecía de todo mérito, ya que no entendía para nada el porqué del terror de mi madre. Pero al ver que se arriesgaba sola a una expedición en que su compañera no se atrevía a participar, me aferré a su falda, y el joven postillón, que era un pícaro que no temía nada y se burlaba de todo, nos siguió para alumbrar. Fuimos a husmear en puntas de pie. Para no provocar el desagrado de los posaderos, que reían y conversaban en la cocina. Mi madre nos hizo ver la mancha de sangre junto a una puerta, en la que apoyó la oreja para oír, y hasta tal punto estaba ya lanzada su imaginación que le pareció oír gemidos.

-Tengo la certeza le dijo al postillón de que encontraremos a unos soldados franceses asesinados por los feroces españoles.

Y con mano temblorosa pero decidida abrió la puerta, y se topó con tres enormes cadáveres...de

unos cerdos faenados para abastecimiento de la casa y alimento de los viajeros.

Mi madre se echó a reír y corrió a ridiculizar sus temores con la señora Fontanier. Pero a mí me asustaron más esos cerdos abiertos en canal, tan groseramente colgados de la pared con los hocicos arrastrando casi por el suelo, que cualquier otra cosa que pudiéramos haber encontrado.

Sin embargo, lo que vi no bastó para que me formara una idea de la muerte, y fue necesario otro suceso para que yo intuyera en qué consistía. Es extraño, porque fuera como fuese, yo había matado muchísima gente en mis famosas novelas inventadas entre cuatro sillas y en mis batallas con Clotilde. Conocía la palabra pero ignoraba su sentido. Me había hecho la muerta durante los juegos militares con mis "amazónicas" compañeras, y no me había perturbado en absoluto quedarme unos minutos acostada en el suelo con los ojos cerrados. Aprendí muy rápido lo que era en otra posada en que estuvimos luego, donde me regalaron una paloma viva de cuatro o cinco que estaban destinadas para la comida. En ese tiempo, en España, el alimento principal para los viajeros era el cerdo, pero debido a la guerra y a la escasez, era un lujo dar con uno. La

paloma me puso muy contenta y me inspiró gran ternura; nunca había tenido un juguete tan lindo, y, sobre todo, un juguete vivo. -¡Qué maravilla! Pero pronto me di cuenta de que un ser vivo es un juguete bastante engorroso, porque siempre estaba a punto de escaparse, y cuando lo conseguía tenía que perseguirla por toda la habitación. Se mostraba indiferente a mis besos, y no respondía a mis llamados, aunque usara los nombres más dulces. Finalmente me cansó y le pregunté al postillón dónde estaban las otras palomas. Me dijo que las iban a matar.

-Bueno -dije-, quiero que maten a la mía también.

Mi madre quiso hacerme desistir de esa idea sanguinaria. Pero yo me encapriché hasta llorar y berrear, para su sorpresa.

-Lo que ocurre dijo la señora Fontanier es que no sabe lo que quiere. La niña cree que morir es dormir.

Me tomó de la mano y me condujo a la cocina junto con mi paloma, cuyas hermanas estaban degollando en ese momento. No sé cómo lo hacían, pero recuerdo la convulsión final del ave que moría violentamente. Me puse a gritar y floré desconsoladamente, porque creí que mi amada paloma había

corrido la misma suerte. Mi madre, que la tenía en su regazo, me la mostró: estaba viva. Creí enloquecer de alegría. Y luego, cuando en el almuerzo nos sirvieron los cadáveres de las otras palomas, y supe que eran las mismas aves que yo había visto con su bello plumaje brillante y sus dulces ojitos, el alimento me causó tal espanto que no quise comer.

A medida que avanzábamos en nuestro viaje el espectáculo de la guerra se iba haciendo más grave y horroso. Pernoctamos en un pueblo que había sido quemado el día anterior, en cuyo albergue sólo quedaba una habitación con un banco y una mesa. Lo único que había para comer eran cebollas crudas, con lo que yo me conformé. Pero ni mi madre ni su compañera las pudieron comer. Tenían miedo de continuar de noche. No pegaron un ojo y yo dormí sobre la mesa, sobre la cual me armaron una cama bastante aceptable utilizando para ello los almohadones de la calesa.

No puedo precisar en qué momento de la guerra de España sucedía esto. Nunca me preocupé por averiguarlo en vida de mis padres, cuando ellos hubieran podido ordenar mis recuerdos, y ya no me queda ningún pariente que pueda orientarme. Me parece que salimos de París en abril de 1808, y que

el luctuoso suceso del 2 de mayo ocurrió en Madrid mientras estábamos en viaje por España. Mi padre había llegado a Bayona el 27 de febrero. Desde las inmediaciones de Madrid mandó algunas líneas a mi madre el 18 de marzo, y debió ser entonces cuando yo vi al emperador en París, después de su regreso de Venecia y antes de su partida para Bayona; digo esto porque recuerdo que cuando lo vi era el atardecer y el sol poniente me daba en los ojos, y ya volvíamos a casa para la cena. Al salir de París no hacía calor, en cambio en España el calor nos torturó, por otra parte, pienso que si yo hubiese estado en Madrid el 2 de mayo, los hechos de ese episodio desastroso me habrían quedado grabados, porque aún recuerdo detalles mucho más insignificantes de esa etapa.

Hay uno, por ejemplo, que tengo un poco en el aire: el encuentro, en Burgos o en Vitoria, con una reina, quizá la de Etruria, por otra parte se sabe que la partida de esa princesa fue una de las primeras causas del alzamiento del 2 de mayo en Madrid. La debemos de haber encontrado pocos días después, cuando ella iba para Bayona, respondiendo al llamado de Carlos IV, que quería así reunir a toda su familia bajo la garra del águila imperial.

Puedo relatar este encuentro con bastantes detalles, porque me causó honda impresión. Si bien no podría decir el lugar preciso en que ocurrió, estoy segura de que era un pueblito donde nos detuvimos para cenar. En el albergue había un patio grande para los carruajes, con un gran jardín al fondo, en el cual vi unos girasoles que me trajeron a la memoria los de Chaillot. Fue la primera vez que vi sacar las semillas del girasol y me enteré de que se comían. En un ángulo del patio había una urraca enjaulada que hablaba, lo cual me produjo gran asombro. Decía en español una frase que significaba algo así como -"Mueran los franceses", o a lo mejor -"Muera Godoy". Lo único que yo entendía era la primera palabra que la urraca repetía con insolencia y con una entonación satánica: -"Muera, muera". El postillón me explicaba que el pájaro me odiaba y deseaba mi muerte, pero a mí, el oír hablar a un pájaro me producía tal asombro, que mis cuentos de hadas me parecieron más veraces y serios que nunca. No entendí el significado de la palabra que el pájaro repetía mecánicamente sin comprender: puesto que hablaba, razonaba yo, era porque pensaba, y me dio mucho miedo esta especie de genio maléfico que golpeaba los barrotes de la jaula con el pico repi-

tiendo sin parar: -"¡Muera, muera!".

Entonces me distrajo un nuevo acontecimiento. Llegó al patio un gran carruaje, seguido de otros dos o tres; desengancharon y cambiaron los caballos con inusitada velocidad. Los campesinos querían entrar al patio y gritaban: -"¡La reina, la reina!", pero el posadero y otras gentes los hacían retroceder, y les decían: -"No, no es ella". Fue todo tan rápido, que mi madre, que estaba asomada a una ventana, no tuvo tiempo de bajar a informarse de qué se trataba. Además no dejaban que nadie se acercara a los carruajes, y los dueños del albergue parecían saber algo, pero aseguraban a los aldeanos que no era la reina. Sin embargo, una mujer que pertenecía a la casa me llevó cerca del carruaje principal y me dijo: "¡Mira a la reina! Sentí una Inmensa emoción, porque en mis relatos siempre figuraban reyes y reinas que yo imaginaba bellísimos, irradiando un lujo y un brillo sobrenaturales, pero la pobre reina que vi llevaba un traje blanco angosto, según la moda de aquel tiempo, y estaba cubierta de polvo. Su hija, de unos ocho o diez años, vestía igual que la madre, y ambas me parecieron demasiado morenas y nada bellas: ésa fue mi impresión. Además tenían un aspecto apagado y nervioso. En mi recuerdo ni siquiera

ra llevaban escolta. No viajaban, sino que huían, y escuché murmurar a mi madre con suavidad: "Otra reina que se salva". Y así era: estas pobres reinas se ponían a salvo abandonando España al extranjero. Se dirigían a Bayona, buscando bajo Napoleón una protección que finalmente hallaron, y también seguridad material, aunque eso implicara una absoluta decadencia política. Era sabido que la reina de Etruria era hija de Carlos IV e infanta de España, y estaba casada con su primo, hijo del anciano duque de Parma. Cuando Napoleón quiso apoderarse del ducado, concedió a los jóvenes esposos el reino de Toscana. Llegaron a París en 1801 para obsequiar al primer cónsul, y fueron recibidos con gran pompa. También era sabido que la joven reina había abdicado en favor de su hija y regresado a Madrid a principios de 1804 para tomar posesión del nuevo reino de Lusitania, que la victoria le otorgaría en el norte de Portugal, pero muy pronto todo estuvo inseguro, debido a la Incapacidad gubernativa de Carlos IV y a la deslealtad de la política que desarrollaba el Príncipe de la Paz. Íbamos a meternos en esa guerra terrible contra los españoles, que nos caía como por una especie de fatalidad y que haría que Napoleón necesitara apoyarse en todos esos personajes de la

realeza, en el mismo momento en que ellos le rogaban que los apoyara. La reina de Etruria y sus hijos siguieron al viejo rey, a la reina María Luisa y al Príncipe de la Paz a Compiégne.

Cuando yo la vi, esta reina ya estaba bajo la protección de los franceses. Singular protección, que la arrebatava al cariño ancestral del pueblo español, anonadado al ver huir a todos los miembros de la familia real en medio de una guerra formidable contra el extranjero. A pesar del odio que tenían a Godoy, las gentes del pueblo quisieron detener el carruaje de Carlos IV en Aranjuez el 17 de marzo; y en Madrid, el 2 de mayo, también quisieron detener al infante Don Francisco de Paula y a la reina de Etruria. Lo mismo intentaron el 16 de abril en Vitoria, con Fernando. Siempre intentaban desenganchar los caballos y hacer quedar a esos príncipes pusilánimes que los negaban y los dejaban librados a su suerte, impulsados por el pánico. Llevados por su sino, se negaban a escuchar tanto las súplicas como las amenazas del pueblo. ¿A dónde se precipitaban? A la servidumbre de Compiégne y de Valenqay.

Hay que tener en cuenta que cuando presencié esta escena yo no sabía nada sobre la misteriosa actitud de la reina que huía, pero nunca olvidaré su

rostro ensombrecido, que parecía reflejar simultáneamente el terror de quedarse y la angustia de irse. Se encontraba en la misma situación que sus padres en Aranjuez, cuando se vieron frente a un pueblo que no los amaba, pero que tampoco quería dejarlos ir. La nación española estaba harta de sus reyes inútiles, pero a pesar de todo, los preferían al plebeyo extranjero. La nación parecía haber adoptado como divisa la frase que Napoleón usó con alcances más limitados: "La ropa sucia se lava en casa".

Llegamos a Madrid en mayo. Sufrimos tantas penurias durante el viaje que casi no recuerdo los últimos días, pero por lo menos llegamos a destino sin ninguna desgracia, cosa que fue por poco un milagro, porque toda España estaba convulsionada y la tempestad rugía, pronta a explotar. Fuimos siguiendo la línea defendida por el ejército francés, pero ni los mismos franceses se sentían seguros frente a esas hordas sicilianas, y mi madre, con un niño en el vientre y otro en brazos, tenía suficientes motivos para asustarse.

Cuando vio a mi padre, olvidó sus padecimientos y sus terrores. Y mi fatiga se esfumó cuando vi las magníficas habitaciones en que nos íbamos a instalar. Era el palacio del príncipe de la Paz, y al

entrar allí yo estaba totalmente convencida de que mis cuentos de hadas se hacían por fin realidad. Murat vivía en el piso bajo del mismo palacio, que era el más lujoso y cómodo de Madrid, pues lo que había cobijado los amores de la reina y su favorito, y sus habitaciones eran más ricas que las del palacio real.

Las nuestras estaban, me parece, en el tercer piso. Eran enormes, con las paredes recubiertas de damasco. Las molduras, las camas, los sillones y divanes, todo era dorado, y parecían de oro puro, como en los cuentos de a mi me hadas. Las cabezas que parecían salir de sus marcos y seguirme con la mirada me torturaron no poco, pero me acostumbré pronto a ellas. Y otra cosa que me maravilló fue el espejo del tocador, en el cual me reflejaba caminando sobre las alfombras, y donde no me reconocí al principio, pues nunca me había visto en un espejo de cuerpo entero y no tenía una idea clara de mi estatura que era, para mi edad, bastante escasa, pero yo me vi tan enorme que me asusté.

Es probable que el hermoso palacio con sus hermosas habitaciones fuera de un estrepitoso mal gusto, a pesar de la impresión que causó en mí. De todos modos estaba bastante sucio y lleno de ani-

malitos domésticos, especialmente conejos, que correteaban por todas partes sin que nadie se fijara en ellos. Estos apacibles huéspedes, que eran los únicos que había, o bien estaban habituados a entrar en las habitaciones principales o bien se habían mudado de la cocina al salón. Había un conejito blanco como la nieve, con los ojos como rubíes, que muy pronto se encariñó conmigo. Estaba instalado en un rincón del dormitorio, detrás del tocador, y de inmediato establecimos entre ambos una intimidad sin reservas, pese a que era bastante malvado y no pocas veces rasguñó a las personas que quisieron desalojarlo, pero conmigo siempre fue dócil, y dormía en mi falda o sobre el ruedo de mi vestido horas enteras, mientras yo le narraba mis mejores cuentos.

Pronto pude disponer de los juguetes más hermosos: muecas, ovejas, baterías de cocina, camitas, caballos, todo cubierto de oro fino, con flecos, adornos y lentejuelas: eran los juguetes que habían dejado los infantes de España, y que ellos mismos habían roto. De entrada no les di importancia, porque me impresionaron como algo grotesco y desagradable; pero debían ser muy valiosos, porque mi padre conservó dos o tres pequeños personajes en

madera pintada, que luego obsequió a mi abuela como auténticos objetos artísticos, y ella los conservó durante mucho tiempo, para sorpresa de todos. Después de la muerte de mi padre volví a tenerlos en mis manos, y recuerdo un viejecito que tenía una expresión muy extraña, y que me causaba terror. ¿Por qué inesperado capricho se habría deslizado esta hábil reproducción de un viejo mendigo entre los deslumbrantes juguetes de los infantes de España? La representación de la miseria no es un juguete usual en las manos del hijo de un rey, y siempre da mucho que pensar.

Además, los juguetes en Madrid me interesaban mucho menos que en París. Estaba en otro medio, donde me atraían más los objetos del mundo que me rodeaba, y mi propia vida empezó a parecerme tan maravillosa como un cuento de hadas.

En París había conocido a Murat y jugado con sus hijos, pero no lo recordaba, quizá porque lo había visto vestido de modo común, pero aquí, en Madrid, andaba tan cubierto de dorados y adornos que me causó gran impresión. Como lo llamaban "el príncipe", y en los dramas de circo y en los cuentos, los príncipes siempre desempeñan el rol protagónico, yo creía ver al famoso príncipe Fonfarinet, y así

lo llamé con toda naturalidad, pese a que mi madre quiso impedírmelo, pero nunca pudo evitar que lo hiciera. Me acostumbraron a llamarlo "mi príncipe" al dirigirme a él, y él me quiso mucho.

Es probable que no le hiciera ninguna gracia que uno de sus ayudas de campo trajera a su mujer e hijos en medio de las difíciles circunstancias que atravesaban, y quizá hubiera preferido que todo tuviera un aspecto más marcial. Es verdad que siempre que me llevaban a su presencia me ponían uniforme. El uniforme era maravilloso. Lo conservamos hasta que crecí demasiado como para poder usarlo. Aún lo recuerdo con exactitud: se componía de un dormán de casimir blanco, con alamares y botones de oro fino; una pelliza forrada de negro, y un pantalón de casimir color amaranto con adornos y bordados de oro al estilo húngaro. También botas de cuero rojo con bordes dorados: sable, cinturón con presillas de seda y guarda sable con un águila bordada de perlas finas: no le faltaba nada. Al verme ataviada del mismo modo que mi padre me habrá tomado por un chico, o bien habrá querido ser cómplice de mi madre en la pequeña broma. Lo cierto es que, riendo, me presentó a todos como su ayuda de campo y nos admitió en su intimidad.

Todo esto no era muy atractivo para mí, porque el uniforme era una tortura. Es verdad que aprendí a lucirlo muy bien, arrastrando mi pequeño sable por los suelos del palacio y haciendo ondular de modo muy correcto mi pelliza sobre mis hombros, pero bajo ese traje me sofocaba, los galones me aplastaban, y me sentía mucho mejor cuando, al volver a nuestras habitaciones, mi madre me ponía el vestido español de la época: traje de seda negra con redecilla fina, que se estrechaba en las rodillas y caía en cascada hasta los tobillos, junto con la mantilla negra. Mi madre quedaba hermosísima con ese atuendo. Nunca una auténtica española habrá tenido piel mate tan fina, unos ojos oscuros tan aterciopelados, un pie tan chico y un talle tan cimbreante.

Murat cayó enfermo. Se dijo que era por sus desórdenes, pero no era verdad. Tuvo una inflamación intestinal, como la mayor parte de nuestros soldados en España, y sufrió agudísimos dolores que, sin embargo, no le hicieron meterse en cama, pensaba que lo habían envenenado y no sobrellevaba pacientemente su enfermedad, porque sus alaridos resonaban en el triste palacio, en el cual, por otra parte, se dormía con un solo ojo. Recuerdo que la primera vez que aulló en medio de la noche, me

despertó el susto de mis padres. Creyeron que lo asesinaban. Mi padre saltó de la cama, tomó su sable y corrió, semidesnudo, a las habitaciones del príncipe. Al escuchar los gritos de este triste héroe, tan valeroso en la guerra y tan cobarde fuera del campo de batalla sentí gran miedo, y me puse yo también a gritar, pareciera que finalmente yo había entendido lo que era la muerte, porque exclamaba sollozando:

-¡Matan a mi príncipe Fonfarinet!

Cuando se enteró de mi dolor, me quiso todavía más, pocos días más tarde, subió a nuestras habitaciones a eso de la media noche y se acercó a mi cama. Mis padres venían con él. Regresaban de una partida de caza y traían un cervatillo que Murat colocó a mi lado. Yo lo abracé. Al día siguiente, me volví a dormir sin poder agradecer cuando me desperté, vi a Murat a mi lado.

Mi padre le había comentado el cuadro que formábamos el cervatillo y yo durmiendo abrazados. En efecto, el pobre animalito apenas tenía unos pocos días, y tanto lo habían perseguido los perros la víspera que, agotado por la fatiga, se había acomodado para dormir en mi cama como al fuera un perrito. Estaba acurrucado, con la cabeza sobre la

almohada y tenía las patitas recogidas, como si hubiera temido lastimarme con ellas. Mis brazos rodeaban su cuello. tal como los había puesto yo al dormirme nuevamente. Mi madre me contó que en ese momento Murat lamentó no poder mostrar un grupo tan conmovedor a un artista. Me despertó su voz, pero a los cuatro años no se tiene mucha urbanidad, de modo que mis primeras caricias fueron para el cervatillo, que parecía querer devolvérmelas para agradecer el calor que mi pequeña cama le había brindado.

Lo tuve varios días conmigo y lo quise con locura, pero creo que la falta de su madre lo mató, porque una mañana ya no lo vi, y me dijeron que estaba a salvo. Me conformaron diciéndome que seguramente en los bosques volvería a encontrar a su madre y sería feliz.

Nuestra estada en Madrid sólo duró dos meses, pero a mí me pareció una eternidad. No había ningún chico de mi edad para jugar y frecuentemente me quedaba sola gran parte del día. Mi padre debía salir con mi madre, y me dejaba al cuidado de una criada madrileña que le habían recomendado como de fiar, pero que se tomaba las de Villadiego apenas mis padres se iban. Mi padre tenía un criado llama-

do Weber, que era el hombre más bueno del mundo; frecuentemente me cuidaba en lugar de Teresa, pero este bravo alemán casi no sabía una palabra en francés, me hablaba en una lengua ininteligible y además tenía tan mal olor que, sin conocer el motivo de mi malestar, poco me faltaba para desmayarme cuando me llevaba en sus brazos. Jamás dijo nada de la desatención de la criada, y a mí no se me ocurría protestar. Creía que era Weber quien debía cuidarme y sólo deseaba que se quedara en la antecámara y me dejara sola en la habitación. Apenas se me acercaba, yo le decía: "Weber, te quiero mucho, vete". Y Weber, dócil como buen alemán, se iba. Cuando vio que yo me quedaba sola muy tranquila, a veces me encerraba y se iba a ver sus caballos, que seguramente lo recibirían con más cordialidad. Así fue como conocí por primera vez el placer, poco usual para un niño, pero muy vivo para mí, de quedarme sola. No me sentía disgustada ni me asustaba, y hasta me fastidiaba un poco cuando veía regresar el coche de mi madre. Mis contemplaciones me deben haber impresionado muy bien, porque las recuerdo con nitidez, mientras he olvidado miles de sucesos exteriores quizá más interesantes. En los que acabo de contar me ayudaron los recuerdos de

mi madre, pero en los que narraré ahora, no me pudo ayudar nadie.

Cuando por fin me encontraba sola en la enorme habitación donde podía desplazarme a gusto, me ponía delante del tocador y ensayaba poses teatrales. Después agarraba mi conejito blanco e intentaba que hiciera lo mismo; también hacía un simulacro de ofrecerlo en sacrificio a los dioses, sobre un taburete que hacía las veces de altar. No sé si habría visto algo parecido en el teatro o en algún grabado. Me envolvía en una mantilla para hacer de sacerdotisa y estudiaba en el espejo todos mis movimientos. Hay que aclarar que yo no tenía la menor idea de lo que era la coquetería; mi emoción y mi deleite se debían al hecho de verme reflejada en el espejo, y en mi ficción, llegaba a convencerme de que representaba una escena con cuatro personas: dos niñas y dos conejos. El conejo y yo nos hacíamos saludos, nos amenazábamos, y dialogábamos con los personajes del espejo. Bailábamos el bolero juntos, ya que después de los bailes del teatro me habían fascinado las danzas españolas, y ensayaba los pasos y posiciones de éstas con la facilidad que tienen los niños para imitar lo que ven hacer. Entonces me olvidaba por completo de que la figura reflejada en el espejo

era la mía, y me asombraba que se detuviese cuando yo me detenía.

Cuando ya me había divertido lo bastante con esos bailes que inventaba, me iba a fantasear a la terraza. Esta enorme terraza se extendía sobre toda la fachada del palacio, y era hermosísima. El sol recalentaba tanto la balaustrada de mármol que no la podía ni tocar. Yo era demasiado chica para mirar por encima de ella, pero por entre las columnas podía mirar todo lo que ocurría en la plaza. Este lugar ha quedado grabado en mis recuerdos como algo espléndido. Alrededor había otros palacios y casas grandes y muy bellas, pero nunca visité la ciudad y no recuerdo haber visto nada de ella durante todo el tiempo que estuvimos en Madrid. Es posible que después del alzamiento del 2 de mayo se hubiera prohibido a la población circular por los alrededores del palacio del general en jefe, por eso, no vi más que uniformes franceses, y algo mucho más atractivo para mi imaginación: los mamelucos de la guardia, acuartelados en un edificio de enfrente. Esos hombres color bronce, con sus turbantes y su lujosa vestimenta oriental, formaban grupos que yo no podía dejar de admirar. Llevaban sus caballos a beber en un gran abrevadero que había en medio de la

plaza, y formaban un espectáculo que me maravillaba por su exotismo, sin que yo lo supiera.

Todo un lado de la plaza, a mi derecha, estaba ocupado por una iglesia de pesada arquitectura, o al menos así me parece ahora, coronada por una cruz sobre un globo dorado. Esta cruz y el globo brillante recortados sobre un cielo de un azul como nunca volví a ver formaban un espectáculo que jamás olvidaré y que yo miraba hasta que se me formaban en los ojos esas bolitas rojas y azules que en nuestra lengua del Berry llamamos orbiutes, con una palabra derivada del latín. Esta palabra debería incorporarse al lenguaje moderno. Debe tener origen francés, pero nunca la encontré en ningún autor. No tiene equivalente, y designa con precisión un fenómeno que todo el mundo conoce y que se intenta explicar con perífrasis inexactas.

Estas orbiutes me parecían divertidísimas, y no me las podía explicar correctamente. Me encantaba ver flotar delante de mis ojos esos brillantes colores que se adherían a todos los objetos y que perduraban al cerrar los ojos. Cuando la orbiute es perfecta, reproduce exactamente la forma del objeto representado; es como un espejismo. Entonces yo veía el globo y la cruz de fuego dibujándose sobre cual-

quier lugar en que mis ojos se detuvieran, y me extraña haber repetido tantas veces y sin consecuencias este juego tan peligroso para los ojos de una criatura, pero muy pronto descubrí en la terraza otro fenómeno desconocido para mí, la plaza estaba a menudo vacía y aun en pleno día reinaba un triste silencio en el palacio y sus alrededores. Un día este silencio me asustó, y llamó a Weber, que en ese momento cruzaba la plaza. Weber no me escuchó, pero una voz igual a la mía repitió su nombre en el extremo opuesto del balcón.

Esta voz me tranquilizó: ya no estaba sola; pero sentí la curiosidad de saber quién repetía mis palabras y me dirigí a la habitación, pensando que encontraría a alguien. Estaba totalmente sola como siempre. Volví a la terraza y llamé a mi madre; la voz repitió la palabra con gran suavidad pero muy claramente y eso me dejó perpleja. Bajé la voz y pronuncié mi nombre que volví a oír de inmediato, algo confusamente. Lo repetí con más suavidad y la voz se suavizó, pero nítida, como si me hablase al oído. Yo no entendía nada, estaba convencida de que había alguien conmigo en la terraza; pero no veía a nadie y mirando sin resultado alguno todas las ventanas cerradas, estudié el milagro con enorme

placer. La impresión más asombrosa era la de escuchar mi propio nombre repetido por mi propia voz. Entonces se me ocurrió una explicación absurda: yo debía de ser doble, y mi otro yo estaría cerca de mí; yo no lo podía ver, pero él me veía siempre, puesto que me respondía. Esto quedó grabado en mi cerebro como algo que era así, que siempre lo había sido y que yo no había percibido; comparaba este fenómeno con el de mis orbiutes, que tanto me habían desconcertado al principio, y al que me había habituado sin entenderlo. Llegué a la conclusión de que todas las cosas y las personas tenían un reflejo, un doble, un otro yo, y deseaba fervientemente ver al mío. Lo llamé una y otra vez, le decía que se acercara. Él respondía: "Ven aquí, ven", y me parecía que se alejaba o se acercaba cuando yo me cambiaba de lugar. Lo busqué y lo llamé en la habitación, pero ya no me contestó; fui al otro extremo de la terraza y permaneció mudo; volví hacia el medio y después al otro extremo, del lado de la iglesia. Entonces volvió a contestar a mi "Ven aquí" con un "Ven aquí" cariñoso y agitado. Sin duda mi otro yo estaba en algún lugar del aire o de la muralla; pero, ¿cómo localizarlo, cómo verlo? Semejante misterio me enloquecía.

Me interrumpió el regreso de mi madre, y no podría explicar por qué, en vez de preguntarle, le oculté lo que tanto me perturbaba. Me inclino a creer que los niños aman el misterio de sus sueños, y lo cierto es que yo nunca quise investigar el misterio de mis orbiutes. Quería resolver sola el problema, quizá por haberme sentido decepcionada por la explicación de algún fenómeno que me habría arrebatado su secreto atractivo. Callé sobre el nuevo milagro y por unos cuantos días me olvidé de los bailes, dejé dormir tranquilo a mi conejo y permití que el conejo reflejara y duplicara sólo la imagen estática de los personajes retratados en los cuadros. Tenía la paciencia de aguardar el momento de quedarme sola otra vez para repetir la experiencia; pero al fin mi madre entró una vez sin que yo lo notara, y al oírme descubrió el secreto de mi amor por el sol de la terraza. Ya no era posible ocultarle nada; le pregunté dónde estaba el que repetía mis palabras, y me dijo: "Es el eco".

Felizmente para mí, no me explicó el misterio. Es probable que nunca se le hubiera ocurrido pensar en ello; me dijo que era una voz que estaba en el aire, y lo desconocido conservó su poesía para mí. Durante varios días más pude seguir dando mis pa-

labras al aire. Esta voz aérea ya no me asombraba, pero aún me encantaba; me conformaba con poder darle un nombre y gritarle: -"¡Eco! ¿Estás ahí? ¿Me oyes? ¡Buen día, eco!"

Mientras la vida de la imaginación está tan desarrollada en los niños, ¿se retrasan los sentimientos? Durante toda mi estancia en Madrid no recuerdo haber pensado nunca en mi hermana, ni en mi bondadosa tía, ni en Pierret, ni siquiera en mi amada Clotilde. Y sin embargo era capaz de amar, ya que tenía gran ternura por determinadas muecas y por algunos animales. Creo que la indiferencia con que los niños abandonan a los seres que aman se debe a que son incapaces de percibir la duración del tiempo. Cuando se les habla de un año de separación, no saben si un año es mucho más largo que un día; sería inútil que recurriría las cifras para aclararles el problema, porque tampoco lo entenderían. Me parece que las cifras no les dicen absolutamente nada. Cuando mi madre me hablaba de mi hermana, a mí me parecía que nos habíamos separado el día anterior, pero sin embargo el tiempo me parecía interminable. En esa carencia de equilibrio del niño hay mil contradicciones que nos resultan muy difíciles de explicar una vez que lo hemos alcanzado...

Creo que la vida efectiva no despertó en mí hasta que mi madre dio a luz en Madrid. Ya me habían anunciado que llegaría un hermanito o una hermanita, y hacía varios días que veía a mi madre acostada en un diván. Un día me mandaron a jugar en la terraza y cerraron las puertas de la habitación; no escuché una sola queja: mi madre sobrellevaba sus dolores con entereza y traía a sus hijos al mundo rápidamente; pero esa vez estuvo sufriendo durante varias horas, aunque a mí me alejaron de ella unos momentos, pasados los cuales mi padre me llamó y me mostró un niño.

Casi no le presté atención. Mi madre estaba recostada sobre un canapé, con el rostro tan pálido y demudado que me costó reconocerla. De inmediato se apoderó de mí un gran miedo y corrí a abrazarla, llorando. Quería que me hablara, que me devolviera mis caricias, pero me apartaron otra vez para que reposara; me sentí desconsolada porque creí que se iba a morir y trataban de ocultármelo. Me fui llorando a la terraza y no pudieron hacer que me interesara en el recién nacido. Este pobre niño tenía los ojos de color celeste pálido. Después de algunos días mi madre empezó a preocuparse por lo descolorido de sus pupilas, y escuché que mi padre y otras

personas pronunciaban frecuentemente y con gran ansiedad la palabra cristalino, por fin, después de quince días, ya no hubo duda alguna: el niño era ciego, prefirieron no decírselo a mi madre, y la dejaron en una especie de incertidumbre. Delante de ella manifestaban la tímida esperanza de que el cristalino se fortalecería en el niño. Ella aceptaba los consuelos, y el enfermito fue amado y mimado con tanta alegría como si su existencia no hubiera sido una desgracia para él y para los suyos. Mi madre lo amamantaba, y no habían transcurrido dos semanas cuando ya hubo que ponerse en marcha hacia Francia, atravesando toda la España en llamas.

Salimos en la primera quincena de julio. Murat iba a tomar posesión del trono de Nápoles. Mi padre estaba con licencia. No sé si acompañó a Murat hasta la frontera ni si viajamos con él. Recuerdo que íbamos en una calesa y me parece que seguíamos el equipaje de Murat, pero no tengo una visión clara de mi padre hasta llegar a Bayona.

En cambio recuerdo muy bien los sufrimientos, la sed, el calor y la fiebre devoradora que padecí durante todo el viaje. Avanzábamos muy lentamente por entre las columnas de ejército. En este momento, se me ocurre que mi padre estaba con no-

sotros porque, como íbamos por un camino bastante estrecho entre montañas, vimos una gran serpiente que lo cruzaba casi completamente, como una línea negra. Mi padre hizo que nos detuviéramos, corrió y la partió en dos con su sable. Mi madre quiso retenerlo en vano; como siempre, tenía miedo.

Pero hay otra circunstancia que me hace pensar que mi padre sólo estuvo de a ratos con nosotros, y que de vez en cuando se volvía a encontrar con Murat. Es un episodio bastante extraño como para haber quedado grabado en mi memoria; pero como debido a la fiebre estaba en un sopor casi continuo, la imagen prevalece sobre cualquier otra precisión de ese acontecimiento. Una tarde en que estábamos a la ventana con mi madre, vimos fuegos cruzados que atravesaban el cielo, todavía iluminado por el sol poniente, y ella me dijo: -"Mira, es una batalla; quizá tu padre está allí".

Yo no tenía la menor idea de lo que era una batalla verdadera. Lo que veía, me parecían enormes fuegos artificiales, algo entre divertido y triunfante, una fiesta o un torneo. El ruido del cañón y las grandes luminarias de fuego me llenaban de júbilo, presenciaba todo como un espectáculo, mientras

comía una manzana verde. Mi madre dijo a alguien: -"¡Dichosos los niños, que no comprenden!" Como no sé qué ruta nos obligaron a seguir las operaciones de guerra, no podría decir si esta batalla fue la de Medina del Río Seco, o alguna escaramuza menor de la bella campaña de Bessiéres. Mi padre, vinculado a Murat, no tenía nada que hacer en ese campo de batalla y no es probable que estuviera allí, pero mi madre se imaginaba que lo podían haber mandado en misión.

Ya fuese por la acción de Río Seco o por la toma de Torquemada, nuestro coche fue confiscado para transportar heridos o personas más importantes que nosotros, y debimos hacer parte del camino en una carreta con maletas, proveedores y soldados enfermos. Al día siguiente o al otro, pasamos por el campo de batalla y vi una vasta llanura cubierta de miembros informes, un espectáculo bastante similar, en grande, a la carnicería de muñecas, caballos y carros que yo realizaba con Clotilde en Chaillot o en la casa de la calle Grange-Batelibre. Mi madre se tapaba la cara, porque hasta el aire estaba contaminado.

No pasamos lo bastante cerca de esos objetos siniestros como para que yo me diera cuenta de lo

que era, y pregunté por qué habían arrojado allí tantos despojos, por fin la rueda de la carreta pisó, algo que se rompió con un extraño crujido. Mi madre me contuvo en el fondo de la carreta para no permitirme ver: era un cadáver. Después vi varios diseminados por el camino, pero estaba tan enferma que no recuerdo haberme sentido demasiado impactada por ese horrendo espectáculo.

Además de la fiebre experimenté otro suplicio que también padecían los soldados enfermos que viajaban con nosotros: era el hambre, un hambre tremendo, malsano, casi animal. Esas pobres gentes que habían sido tan solícitas con nosotros me habían contagiado un mal que explica ese fenómeno y que más de un ama de casa un poco remilgada no habrá podido esquivar en su infancia, pero la vida tiene sus sorpresas, y cuando mi madre se desesperaba al vernos a mi hermano y a mí en ese estado, los soldados y las cantineras le decían riéndose: "¡Bah, señora, no es nada, es un certificado de salud para toda la vida.!

La sarna, ya que hay que llamarla por su nombre, empezó conmigo, se contagió a mi hermano, después se extendió a mi madre y a otras personas, a las que llevamos este triste producto de la guerra y

de la miseria, felizmente atenuada en nosotros por las muchas precauciones y la pureza de la sangre.

En pocos días, nuestra suerte había cambiado totalmente. Ya no se trataba del palacio de Madrid, las camas doradas, los tapices orientales y los cortinados de seda; ahora eran las carretas nauseabundas, los pueblos incendiados, las ciudades destruidas, los caminos cubiertos de cadáveres, las brechas en las que tratábamos de hallar una gota de agua para apagar una sed abrasadora y en donde aparecían de repente coágulos de sangre, por sobre todo, reinaban un hambre terrible y una disentería cada vez más peligrosa. Mi madre soportaba todo eso con gran valor, pero no podía vencer la repugnancia que le causaban las cebollas crudas, los limones verdes y las semillas de girasol con que yo me conformaba sin desagrado; y además ¡qué alimentos para una mujer que amamantaba a un recién nacido!

Atravesamos un campamento francés, no sé cuál, y delante de una tienda vimos un grupo de soldados que tomaban vorazmente una sopa. Mi madre me puso entre ellos y les rogó que me dejaran comer un poco. Esos hombres valientes me pusieron de inmediato entre ellos y me dejaron comer todo lo que quise, sonriendo con dulzura, la sopa

me pareció buenísima, y cuando ya había tomado un poco, un soldado le dijo a mi madre con tono de duda: "Le daríamos a usted también, pero a lo mejor no le gusta, porque el sabor es bastante fuerte". Mi madre se acercó y miró dentro de la olla. Junto con el pan, en el grasoso caldo flotaban unos restos extraños. . . Era una sopa de cabos de vela.

Me acuerdo de Burgos y de esa del otra ciudad donde las aventuras del Cid estaban pintadas al fresco en las murallas. También recuerdo una espléndida catedral donde los hombres ponían una rodilla en el suelo para rezar, con el sombrero sobre la otra y una pequeña estera redonda para no tocar el suelo. También me acuerdo de Vitoria y de una criada cuyos largos cabellos negros cubiertos de piojos le caían sobre la espalda. En la frontera de España estuve bastante mejor por uno o dos días. El tiempo era más fresco, la fiebre y la miseria se habían terminado. Mi padre estaba definitivamente con nosotras. Volvimos a conseguir la calesa para terminar el viaje, los albergues eran limpios, había camas y toda clase de alimentos que nos faltaban hacía tiempo, porque todo me pareció novedoso, hasta los pasteles y los quesos. Mi madre me lavó en Fuenterrabia, y sentí un placer inmenso cuando pude tomar un

baño. Ella me curaba a su modo, y al terminar el baño me untaba con azufre de pies a cabeza y después me hacía tragar unas pastillas de azufre mezclado con manteca y azúcar. Ese gusto y el olor que me persiguieron durante dos meses me han dejado una repugnancia invencible por todo lo que me lo hace recordar.

En la frontera encontramos algunos conocidos, porque me acuerdo de un gran almuerzo y algunas atenciones que me aburríeron mucho. Había recuperado facultades y mi curiosidad por los objetos exteriores. No sé por qué a mi madre se le ocurrió volver en barco a Bordeaux. Quizá estaba fatigada de las penurias del viaje en coche, o se imaginaba, conforme a su instinto, que el aire de mar disiparía el veneno de la miserable España, en ella y en sus hijos.

Parece que el tiempo era bueno y el mar estaba en calma, porque era una temeridad arriesgarse en una embarcación pequeña por las costas de Gascuña, en ese golfo de Vizcaya siempre tan turbulento. Cualquiera fuese el motivo, lo cierto es que alquilamos la nave, embarcamos la calesa y zarpamos como para un viaje de placer. No sé dónde nos embarcamos ni quiénes nos acompañaron hasta la

orilla, brindándonos grandes cuidados. Me dieron un gran ramo de rosas que conservé durante toda la travesía, para contrarrestar el olor a azufre.

No sé cuanto tardamos en alejarnos de la orilla; volví a caer en mi sopor letárgico, y no conservo más recuerdos que los de la partida y los de la llegada. En el momento en que nos acercábamos, un golpe de viento nos alejó de la orilla, y el piloto y sus dos ayudantes estaban visiblemente preocupados. Mi madre volvió a asustarse y mi padre se puso a maniobrar; pero como habíamos entrado ya en la Gironde, chocamos con una roca y la barca empezó a hacer agua. Enfilamos rápidamente hacia la orilla, pero el casco se llenaba cada vez más y la embarcación se hundía a ojos vista. Mi madre, para protegernos, había entrado en la calesa; mi padre intentaba tranquilizarla diciéndole que había tiempo suficiente para llegar a tierra antes de que nos hundiéramos, pero el puente empezó a mojarse, y mi padre se sacó el abrigo y preparó una echarpe para atarse a sus dos hijos a la espalda: "Quédate tranquila le decía a mi madre, te llevaré con un brazo, nadaré con el otro y así los salvaré a los tres".

Por fin tocamos tierra, o mejor dicho un paredón de piedras secas.

Al llegar, varios hombres salieron para auxiliarnos. Nada más oportuno, porque la calesa se hundía junto con la barca, y nos suministraron una escala. Ignoro cómo hicieron para salvar la embarcación, pero lo consiguieron. La maniobra duró varias horas, y durante ellas mi madre no quiso dejar la orilla, debido a que mi padre, después de habernos puesto a salvo, volvió a bajar a la embarcación para tratar de recuperar nuestras cosas, el coche y la misma barca. Su valor, su rapidez y su fuerza me llenaron de admiración, pese a la experiencia de lugareños y marineros, todos se asombraron por la diligencia y el arrojo del joven oficial que después de haber puesto a salvo a su familia no quiso abandonar al patrón en el salvamento de su barca, y que comandaba el pequeño zafarrancho con más acierto que ellos. Es verdad que había hecho su aprendizaje en Boulogne; pero sabía poner en todas las cosas una sorprendente sangre fría y una gran presencia de ánimo. Usaba su sable como un hacha o una cuchilla, para cortar y romper; sentía por él -quizá fuera el sable africano al que se refería en su última carta- un intenso apego. En los primeros momentos de vacilación inmediatos al desembarco, mi madre trató de impedirle que bajara, diciéndole: "¡Eh, deja que se

vaya todo lo nuestro al fondo del mar, en lugar de correr el riesgo de ahogarte! . Y él le contestó: "Prefiero correr ese riesgo antes que perder mi sable".

Efectivamente, fue lo primero que salvó. Mi madre se sentía muy tranquilizada al tener a su hija al lado y a su hijo en los brazos. Yo salvé mi ramo de rosas con el mismo amor que mi padre había puesto para salvarnos a todos. Tuve cuidado de no perderlo al salir de la calesa ya medio sumergida y al subir por la escala de salvamento; mi afecto por las rosas era como el de mi padre por su sable.

No recuerdo haber sentido miedo en ningún momento. Hay dos clases de miedo: uno depende del temperamento, otro de la imaginación. Nunca supe lo que es el primero: poseo una sangre fría similar a la de mi padre. Las palabras "sangre fría" indican claramente cierta tranquilidad o aptitud física de la que no tenemos por qué envanecernos. En cambio el terror proveniente de una excitación morbosa de la imaginación, que sólo se alimenta de fantasmas, me persiguió durante toda mi infancia, pero cuando la edad y la razón ahuyentaron esas quimeras, encontré el equilibrio de mis facultades y nunca conocí ninguna clase de miedo.

Llegamos a Nohant a fines de agosto. Estaba

otra vez con fiebre y ya no tenía hambre. la sarna avanzaba, y Cecilia, la criadita española que habíamos tomado en el camino empezó también a sentir de nuevo los síntomas del contagio, y me tocaba con gran repugnancia. Mi madre ya estaba casi totalmente curada, pero mi pobre hermano, a quien ya ni siquiera le salían costras, estaba aún más enfermo y postrado que yo. Eramos dos masas inertes abrazadas, inconscientes para lo que ocurría a nuestro alrededor después del naufragio de la Gironde.

Volví en mí al entrar en el patio de Nohant. No era tan hermoso, con seguridad, como el del palacio de Madrid, pero me causó la misma impresión; de tal modo impresionan las casas grandes a los niños criados en habitaciones pequeñas.

No era la primera vez que veía a mi abuela, pero mi primer recuerdo data de ese día. Me pareció muy alta, pese a que no medía más de cinco pies, y su rostro blanco y rosado, su aspecto imponente, su invariable traje consistente en un vestido de seda oscura de talle largo y mangas pegadas que ella se había negado a modificar para seguir la moda del imperio, su peluca rubia y rizada sobre la frente, su pequeña cofia redonda bordeada de puntilla, me la mostraron como ún ser diferente, que no se parecía

en nada a lo que yo había visto y conocido.

Era la primera vez que mi madre y yo éramos admitidas en Nohant. Después que hubo abrazado a mi padre, mi abuela intentó abrazar a su nuera, pero ésta se lo impidió diciéndole: "¡Ah, querida madre! . No nos toques ni a mí ni a estos pobres chicos. No te puedes imaginar los horrores que hemos padecido; estamos todos enfermos".

Mi padre, siempre optimista, se echó a reír y me puso en brazos de mi abuela diciendo:

La simple erupción de los niños para la imaginativa Sophie, que está un poco alterada, se convierte "nada menos que en sarna . Sarnosa o no dijo mi abuela apretándome contra su corazón, yo me hago cargo de ésta. Ya veo que los niños están enfermos, los dos tienen mucha fiebre. Hija mía, vete ya mismo a descansar con el pequeño. Hiciste una travesía superior a cualquier fuerza humana; yo curaré a la pequeña y me ocuparé de ella. Dos chicos es demasiado para el estado en que estás.

Me llevó a su habitación, y sin ninguna aprensión por el estado espantoso en que yo estaba, esta notable mujer, que por otra parte era sumamente delicada, me colocó en su propia cama. Este lecho y la habitación, que estaban todavía frescos en esa

época, me hicieron sentir en el paraíso. las paredes estaban tapizadas con telas estampadas de Persia; los muebles eran del tiempo de Luis XV. La cama con grandes columnas en los ángulos, tenía cortinados dobles y cantidad de adornos, almohadas y detalles cuyo lujo me asombró. No osaba instalarme en tan hermoso lugar, pues me daba cuenta del rechazo que debía inspirar, y ya había tenido ocasión de sentir vergüenza, pero me la hicieron olvidar con los cuidados y los mimos que me prodigaron. La primera cara que vi después de la de mi abuela fue la de un robusto chico de nueve años, que entró con un gran ramo de flores y me lo arrojó a la cara con intenciones amistosas y juguetonas. Mi abuela me dijo:

-Es Hippolyte; dénese un abrazo hijos míos.

Nos abrazamos sin preguntas, y estuve muchos años con él sin saber que era mi hermano. Era un hijo del amor...

Mi padre lo tomó del brazo y lo llevó donde estaba mi madre, quien lo abrazó, lo encontró muy bien, y dijo:

-Bueno, también es mío, así como Carolina es tuya.

Y nos criamos juntos, a veces bajo la vigilancia

de mi madre, otras bajo la de mi abuela.

Ese día también se me apareció Deschartres por vez primera. Vestía calzones cortos, medias blancas, polainas, una larga chaqueta marrón a cuadros y una gorra. Me examinó cuidadosamente, y como era un excelente médico, tuvieron que creerle cuando diagnosticó que yo tenía sarna sin lugar a dudas, pero la enfermedad ya no era tan intensa y mi fiebre se debía solamente a un exceso de cansancio. Recomendó a mis padres que no dijeran que teníamos sarna, para que el miedo y la desolación no invadieran la casa. Delante de los criados afirmó que no era más que una erupción inofensiva, y ésta sólo se propagó a dos niños que, cuidados y atendidos a tiempo, sanaron rápidamente sin saber el mal que los había atacado.

Después de dos horas de reposar en la cama de mi abuela, en esa habitación fresca y aireada en la que ya no oía el horrible zumbido de los mosquitos españoles, me sentí tan mejorada que me fui al jardín a corretear con Hippolyte. Recuerdo que él me daba la mano con una atención exagerada, creyendo a cada paso que yo me caería; me sentí un poco humillada de que me considerara tan pequeña, y enseguida le demostré que yo era una niña muy

atrevida. Esto le cayó bien y me inició en varios juegos muy divertidos, entre ellos el de hacer pasteles de barro. Agarrábamos arena fina o tierra que mojábamos con agua y modelábamos en forma de pasteles. enseguida él los llevaba a escondidas al horno, y como era muy travieso, disfrutaba con la cólera de los criados, los que al ir a retirar el pan y las tortas, juraban y nos arrojaban las estrafalarias mezclas cocidas a punto.

Yo nunca había sido maliciosa, porque no era muy astuta por naturaleza. Fantasiosa y mandona sí, porque mi padre me había mimado mucho, pero nunca pensaba con premeditación o disimulo acerca de nada. Hippolyte pescó muy pronto mi punto flaco y para vengarse de mis caprichos y mis cóleras empezó a burlarse cruelmente de mí. Me quitaba mis muñecas y las enterraba en el jardín; después ponía una crucecita, y hacía que yo las desenterrara. Las colgaba cabeza abajo de las ramas de los árboles y las sometía a mil ultrajes; y yo era tan tonta que me los tomaba en serio y lloraba amargamente. Confieso que a veces llegué a odiarlo; pero nunca he sido capaz de guardar rencor, y cuando él venía a buscarme para jugar, no sabía negarme.

Muy pronto el bello jardín y los aires de Nohant

me devolvieron la salud. Mi madre seguía llenándome de azufre, y yo soportaba el tratamiento porque ella tenía sobre mí un don de persuasión absoluto. Sin embargo, yo detestaba el azufre y le pedía que me tapara los ojos y la nariz para poder tragarlo, para sacarme después el gusto buscaba los alimentos más ácidos, y mi madre, que tenía una especie de medicina prejuiciosa e instintiva en la cabeza, creía que los niños intuyen lo que les conviene. Al ver que yo estaba siempre mordisqueando frutos verdes, me dio limones, y tanto me gustaban y apetecía que los comía con cáscara y semillas como si hubieran sido fresas. Ya no tenía hambre, y durante cinco o seis días me alimenté únicamente de limones. Mi abuela estaba asustada ante ese extraño régimen, pero esa vez Deschartres, observándome atentamente y viendo que yo andaba cada vez mejor, pensó que la naturaleza me había llevado a adivinar lo que podía curarme.

Y lo cierto es que me curé muy pronto, y nunca volví a enfermarme. No sé si en realidad la sarna es, como afirman nuestros soldados, un certificado de salud, pero es cierto que durante toda mi vida he podido cuidar enfermos contagiosos y hasta pobres sarnosos, sin contagiarme nunca.

Creo que también podría curar leprosos sin peligro, y pienso que las enfermedades son algo bueno, al menos desde el punto de vista moral, porque siempre que he visto miserias físicas he podido vencer mi repulsión. Esta repugnancia ha sido siempre intensa y muchas veces he estado próxima a desmayarme al ver pestes y algunas operaciones, pero siempre en esos momentos he recordado mi sarna y el primer beso de mi abuela, y en verdad he llegado a la conclusión de que la voluntad y la fe, pueden dominar a los sentidos.

Pero mientras yo mejoraba, mi pobre hermano Louis decaía. Ya no tenía sarna, pero la fiebre lo devoraba. Estaba morado, y sus pobres ojos muertos tenían una expresión de tristeza infinita. Empecé a quererlo cuando lo vi sufrir. Hasta entonces no le había prestado la más mínima atención, pero cuando lo veía acostado en las rodillas de mi madre, tan desfalleciente y frágil que ella apenas se animaba a tocarlo, yo me acongojaba junto con mi madre y comprendía vagamente la preocupación, cosa no común en los niños.

Mi madre se reprochaba el decaimiento de su hijo. Creía que su leche lo envenenaba y trataba de recuperar su salud para dársela, pasaba todo el día al

aire libre, con el niño ubicado a la sombra cerca de ella, sobre unos almohadones y mantas bien acomodados. Deschartes le aconsejó que hiciera mucho ejercicio para que le volviera el apetito y mejorara su leche gracias a los alimentos sanos. De inmediato comenzó un pequeño jardín en un rincón del gran jardín de Nohant, al pie de un gran peral que aún existe. Este árbol tiene una historia tan extraña que podría parecer una novela, y que yo no supe hasta mucho tiempo más tarde.

El 8 de septiembre, un viernes, el pobre cieguito, después de haber llorado largo rato sobre las rodillas de mi madre, se enfrió y nada pudo volver a calentarle. Estaba inmóvil; vino Deschartres y se lo sacó a mi madre de los brazos: había muerto. Breve y tristísima existencia de la que, a Dios, gracias, él no pudo darse cuenta.

Al día siguiente lo enterraron y mi madre me ocultó su llanto, le encargaron a Hippolyte que me entretuviera en el jardín todo el día. No supe bien lo que había pasado, y apenas comprendí de modo difuso lo que ocurría en la casa, parece que mi padre se sintió profundamente afectado pues amaba al niño, pese a su anormalidad, como a los otros. A la noche, pasadas las doce, mis padres lloraban juntos

en su habitación. Entonces sucedió entre ellos una escena extraña que mi madre me contó detalladamente veinte años después, y que yo vi como entre sueños.

En medio de su dolor, y con el ánimo influido por las reflexiones de mi abuela, mi padre le dijo a mi madre:

-Ese viaje ha España ha sido nefasto, mi pobre Sophie. Cuando me escribías que querías venir conmigo y yo te rogaba que no lo hicieras, creías ver alguna infidelidad o enfriamiento de mi parte. Yo tenía simplemente el presentimiento de alguna catástrofe. ¿Había algo más temerario e insensato que afrontar, embarazada, tantos peligros, privaciones, sufrimientos y horrores? Es un milagro que hayas resistido; es un milagro que Aurore viva. A lo mejor nuestro pobre niño no hubiera sido ciego de haber nacido en París. El médico de Madrid me dijo que por la posición del niño en el seno de la madre, con los puños cerrados apretados contra los ojos, la larga presión a que se vio sometido en el coche debido a tu posición y con tu hija sentada frecuentemente en tus rodillas, debe haberse obstaculizado el desarrollo de los órganos visuales.

-Todo reproche está de más -dijo mi madre-. -

Estoy desesperada, pero el cirujano es un mentiroso y un hipócrita: lo vi aplastar los ojos del niño, y no lo soñé.

Estuvieron largo rato hablando de su dolor y poco a poco mi madre se fue excitando por el insomnio y el llanto. No quería admitir que su hijo había muerto por enfermedad y agotamiento; sostenía que el día anterior estaba en franca mejoría y que le había dado una convulsión nerviosa.

-¡Y ahora decía llorando el pobre hijito está bajo la tierra! ¡Qué espantoso es que a uno le arranquen así lo que ama, y tener que separarse para siempre de un cuerpo infantil al que, minutos antes, se cuidaba y mimaba con tanto amor! ¡Nos lo roban lo clavan en un cajón, lo tiran en un agujero, lo cubren de tierra, como para que no vuelva a reír! ¡Ah! ¡es terrible, y no debí haber permitido que me arrebataran de ese modo a mi hijo! ¡Debí haberlo guardado, haberlo perfumado!

-¡Y pensar -dijo mi padre- que muchas veces entierran personas que no están muertas! ¡Ahí! ¡Me parece que la costumbre cristiana de enterrar a los muertos es lo más salvaje que existe!

-Los salvajes -dijo mi madre- no tienen punto de comparación con nosotros. ¿Acaso tú no me has

contado que acuestan a sus muertos sobre esteras y los cuelgan disecados de las ramas de los árboles? ¡Preferiría ver la cuna de mi hijito muerto colgada de uno de los árboles del jardín, antes que verlo enterrado! Y se atrevió a preguntar: ¿Habrá muerto verdaderamente...? ¿No habremos tomado por agonía una convulsión cualquiera? ¿No se habrá equivocado Deschartres? ¿Por qué me lo sacó, no me permitió que lo frotara y abrigara, diciendo que con eso le estaba adelantando la muerte! ¡Es tan brusco tu Deschartres! ¡Me asusta y no me animo a contradecirlo! Pero, ¿y si fuera un ignorante que no supo diferenciar un estado letárgico de la muerte? Me siento tan acongojada que me volveré loca...Daría cualquier cosa por volver a ver a mi hijito vivo.

En un primer momento mi padre refutó la idea, pero poco a poco lo fue ganando a él también, y mirando su reloj, dijo:

No hay tiempo que perder; es necesario que vaya a buscar al niño. No hagas ruido ni despiertes a nadie, te prometo que dentro de una hora lo tendrás.

Se levanta, se viste, abre suavemente las puertas, agarra una pala y corre al cementerio que estaba junto a nuestra casa, separado del jardín por una

pared; se acerca a la tierra recién removida y empieza a cavar, pese a que estaba oscuro no había llevado linterna. No veía lo suficiente como para reconocer la tumba que estaba abriendo, y cuando ya la había vaciado del todo, extrañado por el tiempo que le había llevado, se dio cuenta de que era demasiado grande para ser de un niño. Era la de un vecino que había muerto pocos días antes. Tuvo que cavar incansablemente para encontrar por fin el pequeño ataúd, pero, cuando estaba tratando de sacarlo, se apoyó con fuerza en el cajón del campesino y este ataúd, llevado hacia el profundo pozo que mi padre había cavado al lado, se deslizó hacia adelante, lo golpeó en un hombro y lo hizo caer dentro de la fosa. Después, mi padre confesó a mi madre que por unos minutos había experimentado un terror y una angustia indecibles al sentirse empujado por el muerto y arrojado a tierra sobre los restos de su hijo. Como ya he dicho, era muy valiente y para nada supersticioso. A pesar de eso, sintió miedo y su frente se cubrió de sudor frío. Ocho días más tarde ocuparía su puesto junto al campesino, en la misma tierra que había profanado para arrebatarse el cuerpo de su hijito.

Recuperó de inmediato su sangre fría y ocultó

tan bien el trastorno que nadie se dio cuenta. Llevó el pequeño cajón a mi madre, y lo abrió rápidamente. El pobre niño estaba completamente muerto, pero mi madre insistió en hacerle ella misma el último arreglo. Habían aprovechado su postración del primer momento para impedirselo. Ahora, excitada y reanimada por el llanto, perfumó el pequeño cadáver, lo vistió con sus más lindas ropas y lo volvió a poner en su cuna para hacerse la dolorosa ilusión de verlo como si durmiera.

Así, a escondidas y encerrada en su habitación, lo contempló todo el día siguiente, pero por la noche, ya desvanecida toda esperanza, mi padre escribió cuidadosamente el nombre del niño y las fechas de su nacimiento y de su muerte en un papel que puso entre dos vidrios que selló con cera caliente.

Estas insólitas precauciones fueron tomadas con una engañosa sangre fría, bajo el dominio de un dolor exacerbado. Una vez que pusieron la inscripción en el cajón, mi madre cubrió al niño con hojas de rosa y el pequeño ataúd fue clavado, llevado al jardín, al lugar que mi madre cultivaba ella misma, y enterrado debajo del viejo peral.

Al otro día mi madre volvió con pasión a la jardinería y mi padre la ayudó. Todo el mundo se ex-

trañaba de verlos aplicados a ese entretenimiento banal en medio de su dolor. Sólo ellos sabían el secreto de su amor por ese pedacito de tierra. Recuerdo haberlo visto trabajado por ellos mismos durante los pocos días que separaron ese extraño suceso de la muerte de mi padre, plantaron unas hermosas margaritas que florecieron durante más de un mes. Debajo del peral levantaron un montículo de césped con un sendero en caracol para que yo pudiera subir y sentarme. ¡Cuántas veces habré subido, cuántas habré jugado y trabajado sin saber que era una tumba! A los costados había unas lindas alamedas sinuosas, bordeadas de césped, con macizos de flores y bancos; era un jardín pequeño pero no faltaba nada, creado como por arte de magia por mis padres, Hyppolyte y yo trabajando incesantemente durante cinco o seis días, que fueron los últimos de la vida de mi padre, quizá los más apacibles que vivió y los más dulces dentro de su pena. Recuerdo que él traía numerosas carretillas de tierra y pasto, y que al ir en busca de los fardos nos llevaba a Hyppolyte y a mí, disfrutando al vernos, y conduciéndonos para vernos gritar o reír, según nuestro estado de ánimo.

Quince años después mi marido hizo modificar el jardín. El pequeño jardín de mi madre hacía

tiempo que había desaparecido. Fue abandonado mientras yo estaba en el convento, y allí plantaron higueras. El peral había crecido, y era necesario sacarlo porque obstruía un poco un paseo cuyo trayecto no se podía modificar. Se trazó el paseo y un macizo de flores figuró sobre la tumba del niño. Cuando estuvo terminada la alameda, bastante después, un día el jardinero, con aire de misterio, nos dijo a mi marido y mí que debíamos respetar ese árbol. Se veía que quería hablar, y muy pronto nos comunicó el secreto que había descubierto. Años atrás, al plantar las higueras, su azadón había dado con un pequeño ataúd. Entonces escarbó la tierra, abrió y miró. Vio los huesos de un niño pequeño, primero pensó que allí se ocultaba un infanticidio, pero luego encontró el cartón escrito intacto entre los dos vidrios, y pudo leer los nombres del pobre Louis y las fechas tan próximas de su nacimiento y su muerte. Como era devoto y supersticioso, no podía entender por qué extraño arranque habían quitado el cuerpo que él había visto llevar al cementerio a la tierra consagrada, pero había terminado respetando el secreto; se limitó a contárselo a mi abuela y ahora nos lo contaba a nosotros para que le dijéramos que, pensábamos. Nosotros estimamos

que no debíamos hacer nada. Llevar los huesos al cementerio hubiera sido poner al descubierto algo que nadie podría comprender, y que, bajo la Restauración, los curas podían utilizar contra mi familia. Además, mi madre vivía, y había que guardar y respetar su secreto. Después ella misma me contó todo, y le pareció muy bien que no se movieran los huesos de su segunda sepultura.

Así fue cómo el niño quedó debajo del peral, y éste aún existe. Es bellissimo, y en primavera hace caer multitud de flores sobre la tumba desconocida. Hoy ya no veo obstáculos para hablar de todo esto. Las flores primaverales le brindan una sombra menos lúgubre que los cipreses del cementerio. La hierba y las flores son el mejor mausoleo de los niños, y yo aborrezco los monumentos y las lápidas; heredé esto de mi abuela, que nunca quiso ningún monumento para su adorado hijo, aduciendo con razón que los grandes dolores no se manifiestan y que los árboles y las flores son los únicos decorados que no irritan el espíritu.

Todavía me falta contar cosas muy tristes, que si bien no alteraron mis limitadas facultades infantiles para el dolor, han estado siempre tan presentes en los recuerdos y pensamientos de toda mi familia que

durante toda mi vida he sentido los efectos.

Cuando el jardincito mortuorio estuvo terminado, dos días antes de su muerte mi padre pidió a mi abuela que permitiera derribar los muros que rodeaban el jardín grande, y cuando ella aceptó se puso a trabajar a la cabeza de los obreros. Aún me parece verlo en medio del polvo, con un pico de hierro en la mano, derribando los viejos muros que se desmoronaban como a pesar de ellos mismos con un ruido que me producía gran espanto.

Pero los obreros acabaron su trabajo sin él. El viernes 17 de septiembre montó en su formidable caballo para ir a visitar a nuestros amigos de La Chatre. Comió allí y pasó la tarde con ellos. Todos percibieron que hacía esfuerzos por estar alegre como siempre, pero que de a ratos estaba sombrío y como ausente. La reciente muerte de su hijo rondaba su pensamiento y hacía lo humanamente posible para no transmitir su pena a sus amigos. Eran los mismos que bajo el Directorio habían jugado con él a "policías y ladrones". Comía con el señor y la señora Duvernet.

Mi madre siempre sentía celos, como suele ocurrir a los que padecen esta enfermedad, de las personas que no conocía. Se sintió defraudada cuando

no lo vio regresar temprano como le había prometido, y manifestó francamente su pena a mi abuela. Ya le había confesado esa debilidad, y mi abuela la había analizado. Mi abuela no sabía lo que eran las pasiones, por lo que las aprensiones de mi madre le parecían pueriles. Sin embargo, quizá hubiera podido participar un poco en ellas, porque su amor maternal era muy posesivo; pero le hablaba a su vehemente nuera con tanta severidad que ésta se sentía frecuentemente intimidada. También la reprendía, usando siempre un tono suave y mesurado, pero con tanta frialdad que la humillaba y empujaba, aunque sin herir.

Esa noche la regañó y le dijo que si acosaba así a Maurice, él se alejaría de ella para buscar fuera del hogar la tranquilidad que ella no le brindaba. Mi madre lloró, pero después de reflexionar capituló y prometió acostarse simplemente, no ir a esperar a su marido al camino y no enfermarse con sus celos, ya que tanto lo había estado por la fatiga y el dolor. Todavía tenía mucha leche; podía enfermarse con tantas inquietudes, sufrir algún trastorno que le arrebataría de golpe la belleza y el aspecto de la juventud. Este último pensamiento la asustó y la hizo razonar más que toda la filosofía de mi abuela. Fue

el argumento decisivo. Se acostó y se durmió como una persona juiciosa. -¡Pobre madre, qué despertar le esperaba!

Sin embargo, a eso de la medianoche mi abuela empezó a alarmarse, pero sin manifestar nada a Deschartres, con quien prolongaba su partida de Piquet, porque quería besar a su hijo antes de irse a dormir. Finalmente dieron las doce, y ella ya se había retirado a sus habitaciones, cuando le pareció percibir un movimiento desusado en la casa. Maniobraban con cautela y Deschartres, llamado por Saint Jean salió tratando de no hacer ruido; pero algunas puertas entreabiertas, una expresión de estupefacción en la mucama que había llamado a Deschartres sin saber de qué se trataba, el rostro de Saint Jean anunciando algún acontecimiento serio y por sobre todo eso la inquietud que sentía, provocaron el pánico de mi abuela. La noche era oscura y lluviosa, y ya he contado que mi abuela, aunque de buena y fuerte constitución, ya por una debilidad natural en las piernas, ya por una indolencia exagerada en su primera educación, no había caminado jamás en su vida, más que una única vez cuando fue a sorprender a su hijo en Passy a la salida de la cárcel. Caminó por segunda vez el 17 de septiembre de

1808: fue para buscar su cadáver en un lugar de la posesión, en la entrada de la Deschartres. Se fue sola, en zapatillas, sin chal, tal como estaba en ese momento. Como ya había transcurrido un rato hasta que ella se dio cuenta de la agitación que reinaba en la casa, Deschartres llegó antes que ella. Junto a mi pobre padre, había verificado su muerte.

El funesto accidente ocurrió así:

Saliendo de la ciudad, a unos cien pasos del puente de entrada, el camino forma un ángulo. En ese lugar, a la altura del décimo tercer álamo, ese día habían depositado un montón de piedras y escombros. Mi padre se había lanzado al galope al pasar el puente. Montaba el fatídico Leopardo. Weber, también a caballo, lo seguía diez pasos más atrás. Al volver el recodo del camino, el caballo de mi padre chocó en la oscuridad con el montón de piedras. No, se cayó, pero asustado y quizá aguijoneado por las espuelas, se encabritó tan violentamente que el jinete fue arrojado y cayó hacia atrás. Weber alcanzó a escuchar estas palabras:

-¡Ayúdame, Weber! ¡Soy hombre muerto!. Encontró a su amo de espaldas. No tenía ninguna herida visible; pero se había roto las vértebras del cuello: ya estaba muerto. Creo que lo llevaron a la

posada próxima y que los auxilios llegaron muy rápido de la ciudad, mientras Weber, presa de profundo horror, iba al galope a buscar a Deschartres. Ya no hacía falta; mi padre no alcanzó a sufrir. Sólo tuvo el tiempo suficiente para darse cuenta de la muerte repentina e implacable que llegaba para llevárselo en el momento en que su carrera militar se le presentaba espléndida y sin trabas; o cuando, después de luchar ocho años, con su madre, su mujer y sus hijos reconciliados entre sí y reunidos bajo el mismo techo, iba por fin a finalizar la dura y penosa batalla de sus afectos, para alcanzar la ansiada felicidad.

En el lugar fatal, meta de su carrera desesperada, mi pobre abuela cayó como fulminada sobre el cadáver de su hijo. Saint Jean ya se había ocupado de atar los caballos a la berlina y llegó para llevar en ella a Deschartres quien me contó los hechos de esa noche terrible, porque mi abuela nunca quiso hablar de ella. Me contó que todo lo que el alma humana puede soportar sin estallar, lo soportó él durante ese trayecto en el cual la madre, echada sobre el cuerpo de su hijo, no emitía más que gemidos agónicos.

No sé exactamente qué pasó cuando mi madre supo la horrible noticia. Eran las seis de la mañana y

yo ya estaba levantada; mi madre se estaba poniendo una falda y una blusa blanca y se peinaba. Aún la veo cuando Deschartres entró en su cuarto sin llamar, con el rostro blanco y demudado.

-¡Maurice! -gritó mi madre- ¿Dónde está Maurice?

Deschartres no lloraba. Tenía los dientes apretados, apenas pudo articular algunas palabras entrecortadas:

Tuvo una caída...es grave...muy grave...

Por fin, en un esfuerzo que pareció de una crueldad brutal, pero que se debía a una emoción completamente ajena a la reflexión, dijo con un tono que nunca olvidaré:

-Ha muerto.

Después emitió una especie de risa convulsiva, se sentó y se echó a llorar.

Todavía veo la habitación en que estábamos. Es la misma que ocupo ahora y en donde escribo el relato de esta triste historia. Mi madre se desplomó sobre una silla a los pies de la cama. Veo su rostro pálido, sus largos cabellos negros sueltos sobre su pecho, sus brazos desnudos que yo cubría de besos; oigo sus gritos desgarradores. No escuchaba los míos y no percibía mis caricias. Deschartres le dijo:

-Piense en la niña y viva para ella.

No sé más qué ocurrió. Seguro que los gritos y el llanto me habrán fatigado enseguida. La niñez carece de capacidad para sufrir. El exceso del pesar y del horror me paralizó y no me permitió sentir y vivir lo que ocurría a mi alrededor. No tengo recuerdos sino de varios días más tarde, cuando me pusieron los vestidos del luto. El negro me impresionó profundamente. Lloré para aceptarlo, a pesar de que ya había usado el vestido y la mantilla negra de las españolas, pero nunca había usado medias negras, porque éstas me produjeron un indecible espanto. Me parecía que me ponían las piernas de un muerto, y mi madre tuvo que mostrarme las que ella usaba. Aquel día vi a mi abuela, a Deschartres, a Hippolyte y a toda la casa de luto. Tuvieron que explicarme que era a causa de la muerte de mi padre, y entonces le hice a mi madre una pregunta que le hizo mucho daño: -"¿Mi papá, le dije se murió hoy?".

Yo ya sabía lo que era la muerte, pero por lo visto no la creía definitiva. No me podía imaginar una separación eterna y poco a poco volvía a recuperar mis juegos y mi alegría con la inconsciencia propia de mi edad. A veces veía llorar a mi madre y

la interrumpía para decirle tonterías inocentes que la mortificaban: "¿Pero cuando papá haya acabado de estar muerto, volverá a verte?". La pobre no quería desilusionarme del todo. Se limitaba a decirme que tendríamos que esperarlo mucho tiempo y les prohibía a los criados que me explicaran nada. Tenía por la infancia un gran respeto, del que suelen carecer las educaciones más completas e intelectuales.

La casa estaba sumida en una tristeza aplastante, y también la ciudad, porque todos los que habían llegado a conocer a mi padre lo habían querido. Su muerte causó gran desolación en la región, y aun los que sólo lo conocían de vista se sintieron profundamente impresionados por la desgracia.

Hippolyte fue perturbado por un espectáculo que no le habían ahorrado como a mí. Ya tenía nueve años y aún ignoraba que su padre era también el mío. Sintió mucha pena, pero en su pena la imagen de la muerte se mezcló con una especie de terror, y pasaba las noches llorando y gimiendo. Los criados, confundiendo su tristeza y sus supersticiones, decían haber visto a mi padre paseándose por la casa después de muerto. La anciana mujer de Saint Jean afirmaba obstinadamente que lo había visto a media noche cruzar el corredor y bajar por la escale-

ra. Decía que vestía su uniforme y que caminaba lentamente, como si no se diera cuenta de nada ni de nadie. Había pasado junto a ella sin mirarla ni hablarle. Otro criado lo había visto en la antecámara de las habitaciones de mi madre, que en esa época era una enorme sala vacía, destinada a billar, y en la que no había más que una mesa y unas pocas sillas. Al pasar una noche por esa sala, una criada lo había visto sentado, con los codos apoyados sobre la mesa y la cabeza entre las manos. Algún criado ladrón intentó asustar a los nuestros, porque un fantasma blanco vagabundó por el patio durante varias noches. Deschartres también lo vio y lo amenazó con un fusil: no volvió a aparecer.

Por suerte para mí me vigilaron lo bastante como para que no me enterara de estas historias, y la muerte no se me llegó a presentar con las horribles características que tiene para algunas mentes supersticiosas. Mi abuela me separó de Hippolyte que, además de haber perdido la cabeza, era para mí un compañero demasiado tumultuoso, pero pronto se preocupó al verme demasiado sola y en un estado de pasiva complacencia en el que me mantenía muy tranquila a sus ojos y entregada a mis ensoñaciones, que para mí eran tan necesarias y para ella tan inex-

plicables, parece ser que me quedaba horas enteras sentada en un banquito junto a mi madre o a mi abuela, sin hablar, con los brazos colgantes, los ojos fijos y la boca abierta: por momentos parecía idiota.

Siempre la he visto de ese modo decía mi madre; es su naturaleza; no es idiotez. Tenga la certeza de que siempre está rumiando algo. En otras épocas hablaba como en sueños, ahora ya no dice nada, pero, como decía su pobre padre, eso no significa que piense menos.

Puede ser decía mi abuela pero no está bien que los niños sueñen tanto. He visto así a su padre cuando era chico, cayendo en una especie de éxtasis; después tuvo una enfermedad depresiva. Esta niña tiene que tener distracciones y movimiento, aunque no quiera. Nuestros pesares la matarían sin que nos diéramos cuenta; se graban en ella, aunque no los comprenda. Hija mía, tú también necesitas distracciones, aunque sólo sean físicas. Eres naturalmente sana, necesitas el ejercicio. Será bueno que recommences tu trabajo de jardinería, la niña le tomará el gusto junto con nosotras.

Para dar una idea precisa de la relación que se estableció entre mi madre y mi abuela después de la muerte de mi padre, diré que la especie de aversión

natural que sentían la una por la otra nunca fue vencida sino a medias, o más bien fue vencida totalmente por temporadas, que eran seguidas de reacciones violentísimas. Alejadas, no podían evitar hablar mal la una de la otra; juntas, no podían evitar quejarse, porque cada una tenía una fuerte personalidad, totalmente opuesta a la del enemigo. El rechazo provenía del fondo de justicia y rectitud que ambas poseían, así como de su gran inteligencia, que no les permitía ignorar lo que tenían de bueno. Los prejuicios de mi abuela no eran tanto de ella misma, sino de los que la rodeaban. Tenía una gran preferencia por algunas personas y compartía con ellas opiniones que en el fondo no aprobaba. Así, ante sus viejas amigas, acorralaba a mi madre con su reprobación mientras ella estaba ausente, y parecía tener que justificarse por haberla recibido en su intimidad y tratado como a una hija. Y después, cuando la encontraba, olvidando que acababa de hablar mal de ella, le demostraba una familiaridad y un afecto de los que fui mil veces testigo, y que no eran fingidos, porque mi abuela era el ser más franco, sincero y noble que he conocido, pero pese a lo fría y distante que parecía, era vulnerable: necesitaba que la amaran, y las menores atenciones la volvían

receptiva y considerada.

Cuántas veces le oí decir de mi madre:

-Tiene grandeza de ánimo. Es deliciosa. Tiene una apariencia perfecta. Es generosa, capaz de dar hasta su camisa a los pobres. Es desprendida como una gran dama y sencilla como un niño.

Pero en otros momentos, recordando sus celos maternos y sintiéndolos revivir en el ser que los había causado, decía:

-Es un diablo, lo tenía dominado. Es una loca. Nunca quiso a mi hijo. No lo hizo feliz. No lo extraña.

Y mil acusaciones infundadas que la consolaban de un oculto e incurable tormento.

Mi madre reaccionaba igual. Cuando las relaciones eran apacibles entre ellas, decía:

-Es una mujer superior. Aún es hermosa como un ángel, es muy culta. Es tan suave y cortés que una nunca se puede enojar con ella, y si alguna vez dice algo que puede caer mal, en el momento en que una se encoleriza dice otra cosa que da ganas de abrazarla. Si se pudiera separarla de sus viejas condesas sería adorable.

Pero cuando la tormenta se desataba en el alma fogosa de mi madre, todo cambiaba. La vieja suegra

era una gazmoña y una hipócrita. Estaba seca por dentro y no tenía compasión. Vivía con las ideas del antiguo régimen, etc. Y entonces, ¡desdichadas las amigas que habían causado la reyerta doméstica con sus ideas y opiniones! las viejas condesas eran los monstruos apocalípticos para mi madre y las retrataba de pies a cabeza con un acierto y una ironía que hacían reír hasta a mi abuela.

Es preciso reconocer que Deschartres era el principal obstáculo para un mejor entendimiento. Nunca pudo dejar de tomar partido, y no perdía ocasión de reavivar los antiguos dolores. Era su sino. Siempre fue rudo y rebelde con los seres que amaba. ¿Cómo no iba a serlo con los que odiaba? Nunca perdonó a mi madre que lo hubiera separado de su querido Maurice, con la diabólica influencia que él le adjudicaba. Le llevaba la contra y trataba de mortificarla deliberadamente. Después se arrepentía y quería reparar sus groserías con atenciones tontas y absurdas. A veces parecía estar enamorado de ella. ¿Y quién sabe si no era así...? ¡Es tan incomprensible el corazón humano, y tan inflamables los hombres castos! Pero hubiera sido capaz de comerse crudo a cualquiera que se lo hubiera insinuado. Suponía que estaba por encima de toda flaqueza hu-

mana, por otra parte, mi madre aceptaba con tanto desagrado sus atenciones expiatorias y le hacía arrepentirse de sus agresiones con unas burlas tan crueles, que el viejo antagonismo recrudece, acrecentado con el aliciente de las nuevas peleas.

Cuando parecía que ambos se ponían de acuerdo y que Deschartres hacía los mayores esfuerzos por ser menos grosero, él intentaba ser amable y seductor, y ¡sólo Dios sabe cómo se las arreglaba el pobre! Entonces mi madre se burlaba de él con tanta agudeza y donaire que él perdía la cabeza, se volvía brutal o hiriente, y mi abuela se veía obligada a contenerlo y ordenarle que se callara.

Los tres jugaban todas las noches a las cartas, y Deschartres, que creía dominar a la perfección cualquier clase de juego, pero que en realidad jugaba mal, perdía siempre. Recuerdo que una noche, irritado porque mi madre, que era incapaz de hacer cálculos pero que por instinto siempre acertaba, le había ganado varias veces, se levantó enfurecido y arrojando las cartas sobre al mesa le dijo:

-¡Debería tirárselas en la cara para que aprenda a ganar pese a lo mal que juega!

Mi madre se puso de pie enfadada, y ya iba a replicarle, cuando mi buena abuela, con su aire tran-

quilo y su dulce voz, dijo:

-Deschartres, si vuelve a hacer algo parecido, le aseguro que le daré una bofetada.

La amenaza de una bofetada, hecha en ese tono suave y proviniendo de una hermosa mano semi paralizada, tan débil que apenas podía sostener las cartas, era la cosa más cómica que se pudiera imaginar. El caso es que mi madre se largó a reír y volvió a sentarse, incapaz de agregar nada al estupor y la humillación del pobre pedagogo.

Pero este episodio ocurrió mucho después de la muerte de mi padre, pasaron muchos años antes de que en aquella casa se oyeran más risas que las de los niños.

Durante esos años, una vida tranquila y sosegada, un bienestar material como yo jamás había tenido, un aire puro que pocas veces yo había respirado a todo pulmón, me colmaron poco a poco de una salud excelente, y una vez que no hubo excitación nerviosa, mi humor se emparejó y mi carácter se tornó alegre. Se convencieron de que yo not: era una criatura peor que las demás; en la mayor parte de los casos los niños no son violentos y caprichosos, sino víctimas de un sufrimiento que no quieren o no pueden manifestar.

La estada en Nohant de mi tío el abate de Beaumont fue un gran consuelo para mis dos madres, una especie de retorno a la vida. Era un temperamento alegre, un poco atolondrado, como son los solterones, un espíritu original, fecundo y lleno de recursos, un carácter egoísta y generoso al mismo tiempo; la naturaleza lo había hecho sensible y fogoso; el celibato lo había vuelto individualista, pero su personalidad era tan amable, tan graciosa y seductora que uno se contentaba al verlo poco dispuesto a compartir las penas, sin que hubiera necesidad de distraerlo. Era el viejo más encantador que he visto en mi vida. Su piel era blanca y fina, su mirada dulce y sus rasgos serenos y llenos de nobleza como los de mi abuela; pero además una pureza de líneas y un rostro más vivaz. En esa época llevaba todavía peluca empolvada con la pequeña coleta al uso prusiano. Siempre usaba calzones de satén negro, zapatos con lazos y cuando se ponía por sobre la chaqueta su bata de seda violeta respunteada y acolchada, tenía el aspecto de un retrato de familia.

Finalmente terminaron los arreglos de familia y mi madre firmó el acuerdo de permitirme quedar con mi abuela, que quería hacerse cargo por completo de mi educación. Yo mostré una aversión tan

grande por el acuerdo que por el momento no se habló más de él, pensaron separarme de mi madre poco a poco, para que no me diera cuenta; y para empezar se fue sola a París, ansiosa de ver a Caroline.

Como yo iría a París quince días después con mi abuela y veía los preparativos del coche y el equipaje, no tuve mucho miedo ni pena por la separación. Me dijeron que en París viviría muy cerca de mi madre y que la vería todos los días. A pesar de eso, yo sentía mucho miedo cuando estaba sola en la casa, que me empezó a parecer tan enorme como durante los primeros días de mi llegada. También tuve que separarme de mi criada, a la que quería con locura, porque se casaba. Era una campesina que mi madre había tomado en lugar de la española Cecilia después que murió mi padre. Esta excelente mujer aún vive y frecuentemente me visita para traerme frutos de su serbal, árbol bastante poco común en nuestro país, de gran tamaño. El serbal de Catherine era su orgullo y su gloria, y todavía habla de él como un cicerone habla de un monumento magnífico. Tuvo numerosa familia, y por lo tanto abundantes problemas. A veces he tenido oportunidad de hacerle algún favor, produce felicidad poder auxiliar la

vejez de la persona que ha cuidado nuestra infancia. No había en el mundo nadie más dulce y complaciente que Catherine. Me tenía paciencia y admiraba un poco ingenuamente mis tonterías. Me mimó espantosamente, pero no me quejo, porque no volvería a serio más por las criadas hasta mucho tiempo después, y muy pronto tuve que pagar por la tolerancia y el cariño que había ignorado un poco.

Me dejó llorando, pero por un marido excelente, bien plantado, de gran honradez, inteligente y rico, compañero mucho más deseable que una niña llorona y caprichosa; pero el buen corazón de esta joven no especulaba, y sus lágrimas me dieron la primera idea de separación.

-¿Por qué lloras? -le decía yo-; -¡si nos volveremos a ver! -contestaba ella-, ¡pero me voy lejos y no te veré todos los días!

Esto me hizo pensar y empecé a sufrir por la ausencia de mi madre. Es verdad que no estuve más que quince días separada de ella, pero esos quince días son los que más se me han grabado en la memoria; mucho más que los tres años que habían pasado y quizá más que los tres siguientes y que pasé con mi madre.

-¡Es una gran verdad que sólo el dolor imprime

en la infancia la sensación de la vida!

En esos quince días no pasé nada fuera de lo común. Mi abuela, que percibía mi tristeza, hacía esfuerzos por entretenerme con el trabajo. Me daba lecciones y se mostraba mucho más condescendiente que mi madre con mi escritura y con la recitación de mis fábulas. Siempre había sido muy severa, pero como deseaba hacerse querer, me ponderaba y estimulaba, dándome más bombones que de costumbre. Todo eso debería haberme resultado muy dulce, ya que mi madre era dura y rigurosa con mis desfallecimientos y mis distracciones, pero no. El corazón infantil es un pequeño mundo tan complejo e imprevisible como el de los hombres. Yo sentía a mi abuela más severa y más odiosa a pesar de su paciencia que a mi intolerante madre. Hasta entonces yo la había querido y había sido confiada y afectuosa con ella. A partir de ese momento, y eso duró bastante, fui fría y distante con ella. Sus caricias me molestaban o me afligían, porque me recordaban los arranques apasionados de mi madre. Además con ella no se vivía plenamente, no había confianza ni expansión. El exceso de respeto enfriaba todo. El miedo que a veces me provocaba mi madre no era más que un instante doloroso que pa-

saba. Un momento después ya estaba sobre su pecho, en sus rodillas, la tuteaba, mientras que con mi abuela el cariño era ¿como diría? ceremonioso. Me abrazaba solemnemente y como premiándome por mi buen comportamiento; no me trataba como a una criatura, porque a toda costa quería Insuflarme cierto estiramiento, procurando corregir esa espontaneidad que a mí madre no lo molestaba. Ya no se podía revolcarse por el suelo, ni reír estrepitosamente, ni charlar como un joro. Había que estar derecha; usar guantes, callarse o susurrar en voz baja, en un rincón con Ursulette. A cada demostración de mi temperamento se oponía una represión suave pero constante. No me reprendía, pero me trataba de usted, y eso era suficiente.

-Hija mía, pareces jorobada; hija mía, caminas como una campesina; hija mía, ¡otra vez has perdido los guantes! ¡hija mía, ya eres demasiado grande para hacer ciertas cosas!...

¡Demasiado grande! Tenía siete años y nunca me lo habían dicho. Me aterrorizaba haberme vuelto de pronto tan grande después de la partida de mi madre. Y además era necesario aprender toda clase de hábitos que me parecían ridículos. Había que hacer una reverencia a las personas que venían

de visita. Ya no podía ir a la cocina ni tutear a los criados, para que ellos perdiesen la costumbre de tutearme. Ya no podía tutear a mi abuela, ni hablarle de usted: había que hablarle en tercera persona: - "¿Me daría permiso la abuela para ir al jardín?".

La buena señora tenía su razón al pretender Inculcarme un gran respeto moral por su persona y por el código de costumbres civilizadas que quería imponerme. Se había apoderado de mí, y tenía que arreglárselas con una niña caprichosa y difícil de manejar. Había visto a mi madre ser muy enérgica conmigo, y pensaba que en lugar de apaciguar mis arranques de irritación enfermiza, mi madre, excitando demasiado mi sensibilidad, me dominaba sin corregirme. Era posible. Los niños sobre protegidos, en su sistema nervioso se inclinan muy pronto hacia un desborde tumultuoso que crece cuando se pretende reprimirlo bruscamente. Mi abuela sabía muy bien que al someterme a continuas observaciones suaves me constreñía a una sumisión Instintiva, sin peleas, sin llantos, y que me llevaría hasta olvidar el mínimo gesto de resistencia. Efectivamente, ésa fue su tarea durante unos días. Nunca se me ocurrió rebelarme contra ella; pero tampoco dejaba de rebelarme contra los demás en su presencia. Desde

que me tomó a su cargo, me di cuenta de que haciendo tonterías delante de ella la disgustaba, y esta censura vertida con tanta medida, pero con tanta frialdad, me helaba hasta la médula de los huesos. Violentaba de tal modo mi naturaleza que a veces me atacaban unos temblores convulsivos que la preocupaban, porque no podía entenderlos.

Había conseguido su objeto, que era sobre todo volverme obediente, y se maravillaba de haberlo conseguido tan dulce y sosegada se ha vuelto. Y se felicitaba por haber logrado modificarme con tan poco esfuerzo y con un método esclavizante y tiránico opuesto al de mi madre.

Pero mi querida abuela pronto tuvo motivos de asombro. Quería que se la respetara religiosamente y al mismo tiempo que se la quisiera, con pasión. Recordaba la infancia de su hijo y pretendía repetirla en mi persona, pero ¡ay! eso no dependía ni de ella ni de mí. Olvidaba las diferencias generacionales, la enorme distancia que separaba nuestras respectivas edades. La naturaleza no se equivoca: y pese a la infinita bondad, las inagotables buenas intenciones de mi abuela en mi educación, no vacilo en afirmar que un pariente viejo y enfermo no será nunca una buena madre; el sometimiento total de un niño a

una mujer anciana es algo que contradice las leyes de la naturaleza. Dios sabe lo que hace al limitar hasta cierta edad las posibilidades de maternidad, para un pequeño ser que comienza a vivir hace falta otro ser joven y todavía pleno de vida. La formalidad de las costumbres de mi abuela me ensombrecía el alma. Su habitación oscura y perfumada me provocaba jaquecas y enormes bostezos. Mi abuela temía el calor, el frío, las corrientes de aire, el sol. Me parecía que cuando me decía: "Diviértete a tus anchas", me encerraba con ella en una gran caja. Me daba grabados para ver, pero yo no podía hacerlo: me mareaba. Un perro que ladraba afuera, un pájaro que cantaba en el jardín me hacían estremecer. Y cuando estaba en el jardín con ella, a pesar de que no me presionaba para nada, me sentía encadenada por los sentimientos de respeto que había sabido inculcarme. Caminaba con dificultad, y yo permanecía cerca de ella para recoger su tabaquera o sus guantes que a menudo se le caían y que era incapaz de levantar, porque nunca en mi vida vi un cuerpo tan flojo y endeble; como por otra parte ella era voluminosa, enferma, y a pesar de eso se la veía rozagante, su incapacidad para moverse me impacientaba doblemente. Yo había visto mil veces a mi

madre retorciéndose por las violentas jaquecas, o extendida en su cama como una muerta, pálida, rechinando los dientes; eso me había asustado, pero la dejadez parálitica de mi abuela me resultaba inexplicable y hasta pensaba que era deliberada. Algo de esto había, debido a su primera educación. Había vivido demasiado encerrada y su sangre carecía de la energía necesaria para circular; cuando querían sangrarla, no podían sacarle una gota, tan secas estaban sus venas. Yo tenía un miedo horrible de volverme como ella, y cuando me ordenaba que a su lado no estuviese moviéndome o correteando me parecía que me condenaba a la muerte.

Todos mis instintos se rebelaban contra esta naturaleza diferente y no amé realmente a mi abuela hasta que no supe razonar. Debo confesar que hasta entonces sentí hacia ella una especie de veneración moral unida a un rechazo físico Insuperable. La pobre percibió rápidamente mi frialdad y quiso vencerla con reproches que no hicieron más que acrecentarla, afianzando a mis propios ojos un sentimiento del que yo no me daba exacta cuenta. Ella sufrió, más que ella, ya que no podía defenderme. Después, y yo cuando mi inteligencia maduró, se operó en mí un gran cambio, y mi abuela reconoció

haberse equivocado al creerme desagradecida y terca.

Me parece que salimos para París a comienzos del invierno de 1810 a 1811, porque Napoleón había entrado en Viena y se había casado con María Luisa mientras yo vivía en Nohant. Recuerdo los sitios del jardín donde escuché las dos noticias que interesaban a mi familia. Me despedí de Ursulette; la pobre niña estaba tristísima, pero yo la volvería a ver cuando regresara y además estaba tan contenta por ir a ver a mi madre que prácticamente era insensible a cualquier otra cosa. Ya había tenido una experiencia de separación y empezaba a tener noción del tiempo. Conté los días y las horas que pasaban lejos del único objeto de mi amor. También quería a Hippolyte, a pesar de su avaricia. El también lloraba porque por primera vez se quedaba solo en la gran casa. Me dio pena, y hubiese querido que viniera con nosotros; pero en realidad yo no lloraba por nada ni por nadie, no tenía más que a mi madre en la cabeza. Mi abuela, que se pasaba la vida observándome, sin darse cuenta de que los niños todo lo oyen, le dijo a Deschartres en voz baja: -"Esta niña no es tan sensible como yo creía".

En esos tiempos, para llegar a París se necesita-

ban tres días, a veces cuatro. Sin embargo, mi abuela viajaba en coche de postas; pero no podía pasar la noche en el carruaje, y cuando su berlina había hecho veinticinco millas por día quedaba exhausta. Ese carruaje era una verdadera casa rodante. Ya es sabido cuántos paquetes, detalles y comodidades de todo tipo acarreaban las personas mayores, sobre todo de calidad, para sus viajes. Los innumerables bolsos del vehículo estaban repletos de provisiones, dulces, perfumes, juegos, libros, mapas, dinero, ¡de todo!; se hubiera dicho que partíamos para un viaje de un mes. Mi abuela y su doncella, empaquetadas con sus cubre pies y sus almohadas, iban recostadas en el fondo; yo ocupaba la banqueta delantera, y pese a que iba cómoda, me resultaba difícil contener mi insolencia en un espacio tan pequeño y no poder patear el asiento de enfrente. Me había vuelto muy revoltosa en Nohant y empezaba a gozar de una salud excelente; pero pronto me sentiría menos vital y más vulnerable en el clima de París, que siempre me ha sentado muy mal.

A pesar de todo, el viaje no me aburrió. Era la primera vez que no me vencía el sueño que el rodar de los carruajes produce en la primera infancia, y la serie de cosas nuevas me hacía tener los ojos abier-

tos y el espíritu alerta.

No hay nada más triste ni menos atractivo que el trayecto entre Chateauroux y Orléans. Hay que atravesar toda Sologne, región monótona, sin esplendor ni poesía. Eugéne Sue ha elogiado las bellezas incultas y el encanto salvaje de este lugar. Es sincero al hacerlo, porque lo he oído decir lo mismo que ha escrito, pero, ya sea porque los lugares que se conocen en el camino son especialmente poco atractivos, ya porque es completamente llano, me resulta del todo antipático. Sologne, que ha atravesado quizá más de cien veces, a cualquier hora del día o de la noche y en todas las estaciones del año, me pareció siempre mortalmente árido y monótono. La vegetación silvestre es tan pobre como los productos del cultivo. Los bosques de pinos pequeños son demasiado nuevos y sin atractivo. Son como charcos de un verde chillón sobre un suelo descolorido. La tierra es apagada, y los arbustos, la corteza de los árboles viejos, las zarzas, los animales, y sobre todo las gentes, son también apagados; triste y vasta región que se agosta, enfermiza, en una especie de parálisis física y espiritual del hombre y de la naturaleza.

Cruzar el bosque de Orléans tampoco me dice

nada. Cuando era niña todavía tenía algo de imponente y llamativo. Los grandes árboles hacían sombra al camino durante un espacio de dos horas, y los carruajes debían detenerse a menudo a causa de los bandidos, elementos de rigor para tener un viaje con emociones. Era necesario castigar a los caballos para llegar antes de la noche, pero pese a todos los esfuerzos que hicimos, en este primer viaje con mi abuela nos encontramos en el bosque en plena noche. Ella no era nada miedosa y una vez que había hecho todo lo que la prudencia indicaba, si por alguna circunstancia sus precauciones no daban resultado, sabía controlarse perfectamente. Su doncella no era tan serena, pero tenía buen cuidado de parecerlo, y ambas pasaban el rato charlando sobre el tema de sus preocupaciones con gran filosofía. No sé por qué yo no temía a los bandidos; pero de pronto fui presa del terror cuando escuchó que mi abuela le decía a la señorita Julie:

-Actualmente los asaltos de los ladrones no son tan frecuentes, y el bosque está bastante despejado a los costados del camino, comparado con lo que era antes de la revolución. Había un monte muy denso con pocos claros, de modo que uno no sabía quién lo atacaba y no tenía ni tiempo de defenderse. Tuve

la suerte de que nunca me atacaran en mis viajes a Chateauroux, pero el señor Dupin siempre iba armado como para la guerra, lo mismo que todos sus criados, para desbaratar la posible emboscada. Los robos y las muertes eran corrientes, y había una extraña manera de informar de ello a los viajeros. Cuando atrapábamos a los bandidos, después de juzgarlos y condenarlos, se los colgaba en los árboles del camino, en el mismo sitio del delito; de ese modo se podían ver muy de cerca y colgando de las ramas los cadáveres que el viento mecía sobre nuestras cabezas. Cuando uno hacía con frecuencia el camino, conocía a todos los colgados, y cada año se podían contar los nuevos, lo cual prueba que el escarmiento no era muy eficaz. Recuerdo haber visto en invierno a una mujer grande que duró entera bastante tiempo, con sus largos cabellos negros flotando al viento, mientras los cuervos revoloteaban a su alrededor, disputándose su carne. Era un espectáculo espantoso y un hedor que nos perseguía hasta las puertas de la ciudad.

Mi abuela debía creer que yo estaba dormida mientras hacía ese lúgubre relato. Yo estaba muda de espanto y un sudor frío corría por mi cuerpo. Era la primera vez que tenía una imagen horripí-

lante de la muerte, cosa que nunca me había pasado por la cabeza, como se puede ver, ya que nunca me preocupé por la manera como me vendría a buscar, pero esos ahorcados, esos árboles, esos cabellos negros, todo lo que escuché, hizo desfilar por mi cerebro tantas horribles escenas que temblaba de pavor. No pensaba para nada en el peligro de ser asaltada o muerta en el bosque; pero veía a los colgados flotando entre las ramas de las añosas encinas y me imaginaba su horrible aspecto. Este terror me duró bastante, y cada vez que cruzábamos el bosque, hasta los quince o dieciséis años, volvía a sentirlo intensamente. Es una verdad innegable que las emociones reales no son nada comparadas con las de la imaginación.

Llegamos a París, a la calle Neuve Mathurins, a un bello departamento que daba sobre unos hermosos jardines situados enfrente cuya vista disfrutábamos ampliamente desde nuestras ventanas. El departamento de mi abuela estaba decorado como antes de la revolución, con lo que ella había podido salvar del naufragio; todo estaba aún nuevo y confortable. Su habitación estaba tapizada en damasco azul cielo, con preciosos muebles; había innumerables tapices y un fuego infernal en todas las chime-

neas.

Nunca había tenido tan buen alojamiento. El bienestar de esa casa me asombraba al compararlo con el de Nohant, pero yo no necesitaba todo eso, criada en la pobre habitación de madera de la calle Grange Batelière, no gozaba en lo más mínimo de todas esas comodidades a las cuales mi abuela hubiera querido verme más afecta. Yo no vivía ni sonreía hasta que mi madre estaba conmigo. Durante su visita diaria me ponía contenta. La llenaba de caricias y la pobre mujer, viendo que eso disgustaba a mi abuela, se veía obligada a reprimirme y a dominar en sí misma ciertas demostraciones. Nos dieron permiso para salir juntas, y esto fue necesario, aunque demoró el objetivo que se habían propuesto de apartarme de ella. Mi abuela no caminaba nunca, y no podía pasarse sin la señorita Julie, que con lo atolondrada, distraída y miope que era, hubiera sido capaz de perderme por la calle o dejar que me atropellara un coche. Yo no hubiera caminado jamás si mi madre no me hubiese llevado todos los días a dar largos paseos; aunque mis piernas no eran muy fuertes, hubiera caminado hasta el fin del mundo con tal de tener el placer de ir con ella de la mano, de tocar su vestido y de mirar en su compañía lo

que me mostraba. A través de sus ojos, todo me parecía hermoso. Los bulexiars eran un lugar maravilloso; los baños chinos, con su espantosa piedra y sus monos Imbéciles, un palacio de cuentos de hadas; los perros artistas que bailaban en el bulevar, las jugueterías, los vendedores de ilustraciones y de pájaros, todo me enloquecía, y mi madre, deteniéndose delante de todo lo que me llamaba la atención y disfrutando conmigo, pues también era una niña, multiplicaba mis goces al compartirlos.

Mi abuela poseía una capacidad selectiva muy desarrollada y un natural refinamiento. Quería formar mi gusto y criticaba discretamente las cosas que me interesaban. Me decía:

-Esa figura está mal dibujada; un amontonamiento de colores sin armonía, una composición o un lenguaje o una música o un arreglo de muy mal gusto.

Yo recién podría comprender todo eso mucho después. Mi madre, menos exigente y más simple, se comunicaba conmigo de un modo más directo. Le gustaban casi todas las cosas artísticas o artesanales, con tal de que tuvieran formas atractivas y colores vivos, y lo que no le gustaba también la divertía. Tenía locura por lo más nuevo, y no había última

moda que no le pareciese la más hermosa de todas las que había visto; nada lograba afearla, pese a las críticas de mi abuela, fiel a sus largos talles y a sus amplias faldas estilo directorio.

Mi madre, atenta a la moda del día, se desesperaba al ver que mi abuela me vestía como a una buena viejecita, para hacer mis trajes aprovechaban las batas un poco gastadas pero en buen estado de mi abuela, por lo cual casi siempre iba vestida con colores oscuros, con unos talles lisos que bajaban sobre las caderas. Esto parecía horroroso en una época en que se llevaba el cinturón debajo de las axilas, pero sin embargo era mucho mejor. Empecé a dejar largos mis cabellos castaños que caían sobre mi espalda y se enrulaban por más que me pasara una esponja mojada por la cabeza. Mi madre acosó tanto a, mi abuela que le permitió ocuparse de mi pobre cabeza para peinarme al estilo japonés.

Era el peinado más espantoso que uno pueda imaginarse y seguramente se inventó pensando en rostros que tuvieran frente estrecha. Me levantaban el cabello peinándolo a contrapelo hasta que tomaba una posición perpendicular, y después me retorcián la mata de pelo sobre la cabeza, formando con ella una especie de huevo alargado, rematado en un

pequeño moho. Con este peinado una parecía un pastel o un sombrero de peregrino. Sumen a este horror el suplicio de tener los cabellos a contrapelo; eran necesarios ocho días crueles de dolor y de insomnio para que tomaran la posición adecuada, y los sujetaban tan bien con un cordón para que no se movieran, que la piel de la frente se estiraba y la comisura de los ojos se prolongaba como las de las imágenes de los abanicos japoneses.

Me sometí a esta tortura sin chistar, pese a que me era por completo indiferente estar linda o fea, seguir la moda o rebelarme contra sus excesos. Mi madre lo quería, yo le gustaba así, y lo aceptaba con estoico valor. A mi abuela le parecía espantosa y se desesperaba, pero vio que sería una tontería discutir por algo semejante, porque además mi madre colaboraba todo lo que podía en apaciguar mi irritación contra ella.

Al principio todo parecía fácil. Como mi madre me sacaba a pasear todos los días comía o pasaba la tarde frecuentemente conmigo, sólo estaba separada de ella durante el tiempo dedicado al descanso, pero un episodio en el cual mi abuela actuó equivocadamente reavivó de nuevo mi preferencia por mi madre.

Caroline no me había visto desde nuestra partida a España, y parece ser que mi abuela Impuso como condición esencial a mi madre que se evitara todo encuentro con mi hermana. ¿Por qué ese rechazo por una criatura llena de ternura, educada severamente y que durante toda su vida ha sido un ejemplo de modestia? No lo sé, y todavía hoy no me lo puedo explicar. Una vez admitida y aceptada la madre, ¿por qué separar de mí a la hija? En eso había una prevención y una arbitrariedad Inaceptables en una persona que, sin embargo, era capaz de elevarse por encima de los prejuicios mundanos cuando lograba romper con las inclinaciones odiosas de su mente y de su corazón. Caroline había nacido bastante antes de que mi padre conociese a mi madre; mi padre la trató y amó como a una hija, y ella fue la compañera razonable y paciente de mis primeros juegos. Era una criatura bella y tierna, y sólo tuvo a mi modo de ver un defecto: ser demasiado rígida en sus Ideas sobre el orden y la religión. No puedo entender ese temor de que yo estuviese en contacto con ella. Nada me habría hecho enrojecer ante el mundo por reconocerle como hermana. Salvo que ese temor proviniera de que ella no era noble por su nacimiento, por haber salido

probablemente del pueblo, porque nunca supe el rango que el padre de Caroline ocupaba en la sociedad, quizá porque perteneciera a la misma posición humilde y oscura de mi madre, pero ¿no era yo también hija de Sophie Delaborde, la hija mayor del vendedor de pájaros, nieta de la tía Cloquard? ¿Cómo pretendía hacerme olvidar que yo provenía del pueblo y convencerme de que la criatura del mismo origen era inferior a mí por el sólo hecho de que no tenía el honor de contar con el rey de Polonia y el mariscal de Saxe entre sus antepasados paternos? ¡Qué absurdo, o mejor dicho, qué pequeñez inadmisibles! Y cuando una persona madura y de gran temple comete un acto de semejante pequeñez con una criatura, ¡cuánto tiempo, esfuerzos y correcciones son necesarios para borrar esta impresión penosa!

Y esto fue lo que consiguió mi abuela, porque esa impresión no se borró nunca de mi mente; ni siquiera pudo ser vencida por los ríos de ternura que su alma derramó en mí, pero si no existiera alguna razón profunda para que ella haya tenido que realizar ese titánico esfuerzo para que yo la quisiera, yo sería un monstruo. Debo reconocer que ella pecó primero; si bien, ahora que conozco los humos de las clases nobles, su culpa no me parece tan ex-

clusiva de ella, sino del medio en que siempre vivió y del cual, pese a su inteligencia y a la nobleza de su corazón, no pudo nunca desprenderse completamente.

Como he explicado, se empeñó en que mi hermana fuera una extraña para mí; y como yo me había separado de ella a los cuatro años, no hubiera sido difícil que la olvidara. Más aún: creo que hubiera sido inevitable, si mi madre no me hubiese hablado de ella con frecuencia, y en lo que respecta al cariño, como todavía no se había desarrollado bastante en mí antes del viaje a España, no hubiera despertado de no ser los esfuerzos que hicieron para dominarlo violentamente, y por un pequeño incidente familiar que me produjo un efecto espantoso.

Caroline tendría alrededor de doce años. Estaba en un pensionado, y cada vez que veía a nuestra madre le rogaba que la llevase a casa de mi abuela para verme, o que yo fuese a la suya. Mi madre le daba largas a su ruego, ignorando con qué explicaciones, ya que no podía ni quería revelarle la incomprendible prohibición que pesaba acerca de ella. La pobrecita, que evidentemente no entendía nada y que no podía contener su ansiedad por abrazarme, siguió los dictados de su corazón y una noche en

que nuestra madre comía en casa de mi tío de Beaumont, convenció a la portera de mi madre para que la acompañara, y llegó a casa feliz y contenta. Sin embargo, temía un poco a esa abuela que nunca había visto; pero debe de haber creído que también cenaba en casa de mi tío, o estaría dispuesta a afrontarlo todo con tal de verme. Eran las siete del ocho de la noche; yo jugaba desganadamente sobre la alfombra del salón, cuando oí un movimiento extraño en la habitación contigua y vi que mi criada entreabría la puerta y me llamaba suavemente. Mi abuela parecía dormitar en su sillón, pero tenía el sueño muy liviano. En el momento en que yo me dirigía a la puerta en puntas de pie, sin saber para qué me llamaban, mi abuela se dio vuelta y preguntó con tono severo:

-¿Adónde vas con tanto misterio, hija mía?

-No sé, abuela, me llama la doncella.

-Entre Rose, ¿qué es lo que quiere? ¿Por qué llama a la niña como a escondidas?

La criada se turbó, vaciló y acabó por decir:

-La llamo, señora, porque acaba de llegar la señorita Caroline.

Ese nombre tan simple y dulce produjo un efecto terrible en mi abuela, pensó en una franca

desobediencia de mi madre, o en que la niña y la criada habían conspirado para engañarla. Habló dura y secamente, cosa que no hacía casi nunca:

-¡Que la pequeña se vaya inmediatamente , y que no vuelva a aparecer nunca por aquí! ¡Sabe muy bien que no tiene que ver a mi nieta! Ella no la conoce y yo tampoco la conozco. Y usted, Rose, si alguna vez intenta hacerla entrar en mi casa, será despedida.

Aterrada, Rose desapareció. Yo estaba alterada y asustada, casi preocupada por haber causado la ira de mi abuela, porque me daba cuenta de que la agitación no era habitual en ella y que debía estar sufriendo mucho. Mi extrañeza al ver que reaccionaba así no me impidió pensar en Caroline, cuyo recuerdo no estaba muy claro en mí, pero de pronto, después de los cuchicheos que se cambiaron detrás de la puerta, oí un llanto ahogado, desgarrador, un lamento salido del fondo del alma, que penetró en la mía y que despertó la voz de la sangre. Caroline lloraba y se iba desolada, herida, humillada en su legítimo orgullo y en su desinteresado amor por mí.

De pronto, la Imagen de mi hermana se presentó a mi memoria; creía recordarla tal como era en la calle Grange-Batellre y en Chaillot, menuda y

suave, tierna y obediente, atenta a mis caprichos, cantándome canciones para dormirme o contándome hermosos cuentos de hadas. Empecé a llorar y me precipité a la puerta: ya era tarde, se había ido; mi doncella lloraba también y me recibió en sus brazos, tratando de evitar a mi abuela un dolor que se volvería contra ella. Mi abuela me llamó y quiso sentarme en su falda para que me calmara y entrara en razón; me negué, huí de sus caricias y me tiré al suelo en un rincón, gritando:

-¡Quiero irme con mi madre, no quiero quedarme aquí!

La señorita Julie llegó y también quiso hacerme razonar. Me habló de que enfermaba a mi abuela, cosa que ella confirmó, pero yo no quise ni mirarla.

Hace sufrir a su abuela, que la quiere, que la mimaba que sólo vive para usted.

Pero yo no quería oír nada, seguía reclamando a mi madre y a mi hermana con gritos desesperados. Me sentía tan ahogada y descompuesta que ni se preocuparon de que diese las buenas noches a mi abuela. Me metieron en la cama y me pasé la noche gimiendo y suspirando mientras dormía.

No cabe duda de que mi abuela también pasó una mala noche. Después comprendí lo buena y

cariñosa que era, y ahora tengo la certeza de que el dolor la abrumaba cuando se veía obligada a hacer sufrir a otros; pero su dignidad no le permitía admitirlo, y pretendía borrar lo pasado a fuerza de mimos y regalos.

Al despertarme encontré en mi cama una muñeca que yo había deseado mucho el día antes, porque la había visto con mi madre en una juguetería y le había hecho a mi abuela una descripción entusiasta durante la cena. Era una negrita que parecía reírse a carcajadas, mostrando sus dientes blancos y sus ojos brillantes en su carita oscura. Era redonda y bien formada, y llevaba un vestido de crespón rosa, bordeado con una franja de plata. Todo esto me había parecido extraño, portentoso, admirable, y por la mañana, antes de que yo me despertara, mi pobre abuela había mandado por la muñeca negra para darme un gusto y aplacar mi pena; tomé a la linda negrita en mis brazos, su alegre sonrisa provocó la mía y la abracé como una madre joven abraza a un bebé, pero mientras la miraba y la acunaba sobre mi corazón, se reavivaron mis recuerdos del día anterior, pensé en mi madre, en mi hermana, en la maldad de mi abuela y arrojé la muñeca lejos de mí, pero como la pobre negra seguía riendo, volví a al-

zarla y acariciarla, bañándola con mis lágrimas, sin poder abandonar la ilusión de un amor maternal, reanimado por mis contrariados sentimientos filiales. Después, de pronto, tuve un mareo, dejé caer la muñeca al suelo, y tuve terribles vómitos de bilis que asustaron mucho a mis criadas.

En verdad no sé qué pasó durante varios días; tuve el sarampión con una fiebre altísima. Ya debía tenerlo, pero la excitación y el dolor provocaron una erupción mucho más virulenta. Estuve muy enferma, y una noche tuve una alucinación que me atormentó muchísimo. Habían dejado en mi habitación una lámpara encendida; mis dos criadas dormían y yo estaba despierta y volando de fiebre. Sin embargo, tengo la sensación de que mis ideas eran muy claras, y al mirar fijamente la lámpara me daba perfecta cuenta de lo que era. Se había formado un gran hongo en la mecha y el humo negro que despedía proyectaba su sombra temblorosa en el techo. De pronto esa sombra tomó una forma distinta, la de un hombrecito que danzaba en medio de la llama. Empezó a crecer poco a poco y se puso a girar velozmente, agrandándose cada vez más; llegó a tener el tamaño de un hombre real, hasta que se convirtió en un gigante cuyos rápidos pasos golpea-

ban el suelo mientras su loca cabellera barría en círculos el techo con la rapidez de un murciélago.

Empecé a gritar aterrorizada y vinieron a calmarme; pero la aparición volvió tres o cuatro veces y duró casi un día.

Es la única vez que recuerdo haber delirado. Si me ha vuelto a ocurrir, no me di cuenta o no me acuerdo.

Los alegres domingos que eran esperados con tanta impaciencia, pasaban volando. A las cinco, Caroline iba a cenar a casa de mi tía Maréchal, y mi madre y yo nos reuníamos con mi abuela en la casa de mi tío de Beaumont.

Era una vieja costumbre familiar muy agradable, que reunía invariablemente los mismos invitados. Actualmente casi ha desaparecido, en la vida agitada y movida que se lleva. Era la manera más cómoda y placentera de verse para las personas de diversiones y costumbres metódicas. Mi tío tenía como cocinera un cordon bleu que siempre había trabajado en palacios de gran refinamiento y muy exigentes, y ponía todo su amor propio, que era mucho, para satisfacerlos. La señora Bordieu, el ama de llaves de mi tío, y él mismo, ejercían una vigilancia implacable sobre tan fundamentales trabajos. Mi madre y yo llegába-

mos a las cinco en punto, y ya nos encontrábamos alrededor del fuego a mi abuela, ubicada en un gran sillón colocado frente al de mi tío, y a la señora de la Marlière entre ambos, con los pies cerca de las brasas, la falda un poco alzada, y mostrando dos piernas flacas y los pies calzados con zapatos muy puntiagudos.

La señora de la Marlière era una vieja amiga íntima de la condesa de Provence, la dama que luego llegó a ser la esposa de Luis XVIII. Su marido, el general de la Marlière, había muerto en la revolución. Según recuerdo, mi padre nombraba frecuentemente a esta dama en su correspondencia. Era buenísima, muy alegre, expansiva, charlatana, dócil, devota, brillante, luminosa, un poco cínica en sus intenciones. En esa época no era nada piadosa, y en sus palabras acerca del clero y otras cuestiones demostraba un liberalismo extremo. Durante la restauración se volvió religiosa y vivió hasta los ochenta años, creo que en olor de santidad. En suma, en el tiempo en que yo la conocí era una mujer notable, y no creo que se haya vuelto tonta o prejuiciosa después. Y además no tenía derecho, ya que había tenido tan poco en cuenta las cosas santas durante las tres cuartas partes de su vida. Era muy buena con-

migo, y como era la única amiga de mi abuela que no tenía prejuicios contra mi madre, yo le otorgaba mayor cariño y afecto que a las otras. A pesar de todo, intuyo que no me era muy simpática. Su voz clara, su acento meridional, sus extraños atuendos, su barbilla puntiaguda con la que me atormentaba las mejillas cuando me besaba, y sobre todo la aspereza de sus observaciones irónicas, me impedían tomarla en serio y hallar placer en su cariño.

La señora Bordieu iba y venía con presteza de la cocina al salón; en esa época tendría unos cuarenta años. Era una morena fuerte, sólida y de un tipo bien definido, provenía de Daz y tenía un acento gascán aún más marcado que el de la señora de la Marlière. llamaba papá a mi tío, adoptando la costumbre de mi madre. la señora de la Marlière, a la cual le gustaba hacerse la niña, también le decía papá, cosa que hacía parecer a mi tío mucho más joven que ella.

El departamento que ocupó mientras yo lo conocí, es decir durante uríos quince años, quedaba en la calle Guénégaud, al fondo de un patio grande y lúgubre, en una casa del tiempo de Luis XIV, con un estilo muy homogéneo en todas sus partes. Tenía ventanas altas y largas; pero había tantos corti-

nados, además de visillos, cortinas y toda clase de cosas para defender la casa del aire exterior que pudiera filtrarse por la mínima hendidura, que las habitaciones eran oscuras y apagadas como cuevas. El arte de defenderse del frío en Francia, y especialmente en París, empezaba a desaparecer bajo el imperio y ahora se ha perdido completamente en las personas de mediana fortuna, gracias a los adelantos de la calefacción económica que el progreso nos ha regalado.

La moda, la necesidad y la especulación cuya concurrencia nos ha llevado a construir casas con tantas ventanas que no queda ningún muro libre en los edificios; el poco espesor de las paredes y la premura con que se han hecho las construcciones toscas y endebles, hacen que cuanto más chico sea un departamento, más frío sea y resulte más costoso calefaccionarlo. El de mi tío era un sitio resguardado, que sus cuidados habían convertido en una casa pesada, como deberían serlo todas en un clima tan desapacible y variable como el nuestro. Claro que en otros tiempos uno se instalaba para toda la vida, y al mismo tiempo, que construía su nido, cavaba también su sepultura.

Las personas ancianas que conocí en esa época

llevaban una vida retirada, y permanecían en su dormitorio. Tenían un salón grande y lujoso en el que recibían un par de veces al año, y donde no entraban nunca el resto del tiempo. Mi tío y mi abuela, que jamás recibían, hubieran podido prescindir de ese lujo inútil que duplicaba el precio de sus alquileres, pero no hubiesen concebido otro tipo de casa.

El mobiliario de mi abuela era de la época de Luis XVI y ella no tenía ningún impedimento para introducir de vez en cuando algún objeto más moderno si le parecía lindo o confortable. En cambio mi tío era demasiado artístico para permitirse el mínimo desatino. En su casa todo era estilo Luis XIV, hasta las molduras de las puertas y los adornos del techo. Ignoro si esos lujosos muebles eran heredados o los había reunido él mismo; lo cierto es que actualmente sería un verdadero hallazgo para un coleccionista ese mobiliario antiguo completo, desde las tenazas al fuelle, desde la cama hasta los marcos de los cuadros. En el salón había espléndidos cuadros y unos muebles de Boulle de una riqueza y calidad admirables. Como todo eso ya había pasado de moda y se prefería a esos hermosos ya había pasado de moda y se prefería a esos hermosos imperio y las abominables imitaciones de Herculano en ma-

dera pintada de color bronce, el mobiliario de mi tío sólo tenía valor para él. Yo estaba muy lejos de saber apreciar el buen gusto y el nivel artístico de una colección como ésta; y hasta oí decir a mi madre que todo eso era demasiado antiguo para ser lindo. Sin embargo, las cosas bellas dejan una impresión que frecuentemente perdura aun en aquellos que no las entienden. Cuando yo entraba en casa de mi tío me parecía ingresar en un misterioso santuario, y como, en efecto, el salón era un santuario cerrado, yo pedía por lo bajo a la señora Bordieu que me dejara entrar. Entonces, mientras los mayores jugaban a las cartas después de la cena, ella me daba una pequeña vela y llevándome como a escondidas al gran salón, me dejaba allí unos momentos, no sin recomendar-me que no me subiera a los muebles y que no dejase caer la vela. A mí ni se me ocurría desobedecer; ponía la luz sobre una mesa y me paseaba subrepticamente por esa enorme habitación apenas alumbrada hasta el techo por mi débil bujía. Veía muy confusamente los grandes retratos de Largillière, los bellos interiores flamencos y los cuadros de los pintores italianos que cubrían sus paredes. Me deleitaba con el brillo de los dorados, con los grandes pliegues de los cortinados, con el silencio y la

soledad de esta imponente habitación que parecía que no se atrevían a usar, y de la cual yo sola me apoderaba.

Esta posesión ficticia me era suficiente, puesto que desde mi más tierna infancia la propiedad real de las cosas nunca ha sido un placer para mí. Jamás envidié un palacio, coches, alhajas, ni siquiera objetos artísticos; sin embargo, me gusta recorrer un bello palacio, ver pasar un cortejo gracioso y elegante, contemplar las obras de arte, tocar y examinar las alhajas bien trabajadas, en suma, todas aquellas cosas artísticas o industriales en las que se manifiesta de alguna manera la inteligencia humana, pero nunca sentí la necesidad de decirme: -"Esto es mío", y tampoco comprendo que se tenga esa necesidad. A la gente le duele regalarme alguna cosa cara o preciosa, porque no puedo evitar darla inmediatamente a algún amigo que la admire y en quien advierto el deseo de la posesión. Sólo conservo los objetos que provienen de las personas que he querido y que ya no existen. Con ellos soy avara, por poco valor que tengan, y creo que si algún acreedor me obligara a vender los muebles de mi dormitorio, sería muy desdichada, porque los heredé casi todos de mi abuela y me la recuerdan a cada momento,

pero las cosas ajenas nunca me han tentado, y siento que pertenezco a esa raza de bohemios de los que dijo Béranger: -"Ver es tener".

No me disgusta el lujo, al contrario, me gusta; pero no para mí. Me gustan sobre todo las alhajas, para mí no hay obra más hermosa que esas combinaciones de metales y piedras preciosas que pueden tomar las formas más bellas y perfectas en delicadas proporciones. Me encanta examinar los adornos, las telas, los colores; adoro el buen gusto. Quisiera ser joyera o modista para crear siempre y dar vida a esas materias preciosas gracias al milagro del gusto, pero todo eso no tiene un uso placentero para mí. Los bellos vestidos no son cómodos, las alhajas pinchan, y en otro orden de cosas, las costumbres blandas nos avejentan y matan. No nací para ser rica, y si las molestias de la edad no empezaran a hacerse sentir, en verdad viviría en una cabaña del Berry, con tal de que estuviese limpia, tan alegre como en una villa italiana.

No pretendo que esta característica sea una expresión de austeridad republicana. ¿Acaso un chamizo no es para el artista, más hermoso, más rico de formas, más gracioso por su arreglo y su carácter que un odioso palacio moderno, construido y ador-

nado al gusto "constitucional", el más abominable estilo que existe en la historia del arte? Tampoco he entendido nunca que los artistas sean tan venales, tengan tanta necesidad de lujo y de fortuna. Si hay alguien en el mundo que puede prescindir del lujo y fabricarse a sí mismo una vida acorde con sus sueños con muy poco o casi nada, ése es el artista, porque posee la capacidad de poner poesía en las cosas más triviales y de construirse una cabaña de acuerdo con las reglas del gusto o los cánones de la poesía. El lujo me parece siempre un refugio de la gente tonta.

Sin embargo, no era éste el caso de mi tío; su gusto era lujoso por naturaleza, y apruebo calurosamente que uno amueble su casa con cosas hermosas cuando puede conseguirlas con hallazgos felices y económicos, antes que poner cosas ordinarias. Esto es lo que le debe de haberle ocurrido a él, puesto que no tenía una gran fortuna y era muy generoso, lo cual significa que era pobre y que no podía permitirse locuras ni caprichos.

Era goloso, aunque no comía mucho, pero tenía una gula mesurada y de buen gusto, como en todo, nada ostentoso, sin afectación, jactándose de ser positivo. Era muy divertido verlo lanzarse tras sus

teorías culinarias, porque a veces lo hacía con una seriedad y un rigor que podrían haberse aplicado a los conocimientos políticos y filosóficos; otras veces usaba una imaginación risible e indignada. "No hay nada más imbécil decía con palabras solemnes, en un tono que amortiguaba la crudeza que arruinarse por la glotonería. No es más costoso disfrutar de una tortilla deliciosa que hacerse servir, bajo pretexto de tortilla, un trapo viejo quemado. Lo bueno es que uno sepa bien en qué consiste una tortilla, y cuando el ama de casa lo ha entendido, la prefiero en mi cocina antes que un sabio pretencioso que hace que sus ayudantes lo traten de usted y que bautiza cualquier bazofia con nombres rimbombantes.

Durante toda la comida la conversación tenía este tono y su tema era la comida. Este detalle permite captar el modo de ser de este clérigo, que ya no existe en esta época. Mi abuela, a pesar de que era muy frugal y comía poco, no dejaba de tener también sus teorías científicas sobre cómo debía hacerse una crema a la vainilla o. una tortilla francesa la señora Bourdieu se ganaba los reproches de mi tío porque había permitido que pusieran en la salsa más mostaza de lo que era correcto: mi madre se reía de

sus peleas. Sólo la tía Marlière se olvidaba de parlotear durante la comida, porque comía como un buey. En lo que a mí respecta, esas largas comidas servidas, discutidas, analizadas y paladeadas con tanto empaque me aburrían hasta morir. Siempre he comido velozmente y pensando en otra cosa. las largas sobremesas me enferman, y entonces pedía que me permitieran levantarme para ir a jugar con una vieja perra llamada Babet que se pasaba la vida teniendo cachorros y alimentándolos en un rincón del comedor.

La tarde también se me hacía muy larga. Mi madre debía tomar las cartas y jugar una partida con los ancianos, lo cual tampoco la divertía, pese a que mi tío era buen jugador y no se irritaba como Deschartres cuando la señora Marlière ganaba gracias a sus trampas. Ella misma reconocía que el juego sin trampas la aburría, por eso nunca aceptaba jugar por dinero.

Durante ese tiempo la señora Bourdieu trataba de entretenerme. Me harta construir castillos de naipes o casitas de dominó. Mi tío, que era muy bromista, se daba vuelta para espiar por debajo o dar un codazo a nuestra mesita. Y después le decía a la señora Bourdieu, que se llamaba Victorie igual

que mi madre:

-¡Victorie, no aburra a esta niña! Muéstrole algo interesante. ¡Vaya, hágale ver mis tabaqueras!

Entonces abrían un cofre y me mostraban una docena de bellísimas tabaqueras, adornadas con miniaturas deliciosas. Eran antiguos retratos de hermosas señoras con trajes de ninfas, de diosas o de pastoras. Ahora entiendo por qué mi tío tenía tantas bellas damas en sus tabaqueras. El ya no les hacía caso, y sólo las juzgaba útiles para entretener las miradas de una criatura. ¡Hay que ver los retratos que daban entonces a los abates! Por suerte ya no se estila.

En los primeros días de la primavera empezamos a empacar para ir al campo; yo lo necesitaba mucho. Ya fuese porque vivía mejor, ya porque el aire de París nunca me ha sentado bien, lo cierto es que languidecía cada vez más y adelgazaba visiblemente. Ni se les cruzó por la cabeza separarme de mi madre; creo que en esa época, si no hubiera tenido la virtud de la resignación y el instinto de la obediencia, me hubiera muerto. Entonces, mi abuela invitó a mi madre a venir a Nohant con nosotras, y, como con respecto a eso yo mostraba una ansiedad que los inquietaba, se decidió que yo iría

con mi madre y con Rosa como acompañante, y mi abuela por su lado con Julie. Habían vendido la gran berlina debido a la disminución de las rentas, y la habían reemplazado por un coche de dos plazas.

Esa temporada de 1811 que pasé en Nohant fue, según creo, una de las pocas etapas de mi vida en que conocí una total felicidad. Había sido muy feliz en la calle Grange-Batelire, pese a que allí no poseía grandes jardines ni lujosos apartamentos. Madrid fué para mí una cruzada excitante y penosa; el estado enfermizo en que volví, la desgracia sobrevenida a la familia por la muerte de mi padre, la rivalidad entre mi madre y mi abuela que me reveló por primera vez la inseguridad y la tristeza, todo esto fue un aprendizaje del sufrimiento y la desdicha, pero la primavera y el verano de 1811 pasaron sin nubes, y la prueba es que de ese año no tengo recuerdos desagradables. Sé que Ursulette estuvo conmigo, que mi madre padeció menos jaquecas que en otras ocasiones, y que si hubo desavenencias entre ella y mi abuela lo ocultaron tan bien que no recuerdo lo que hubo o pudo haber. Quizá estuvieran en el momento preciso de sus vida en que se entendieron mejor, porque mi madre no era una mujer que supiera disimular sus emociones.

Siempre he necesitado para vivir una mira precisa, saber que lo hago por alguien o por algo, personas o ideas. Esta necesidad se derivaba naturalmente de mi infancia, por el peso de las circunstancias, por el afecto contrariado. Siempre subsistió dentro de mí aunque a veces mi objetivo se oscureciera y mi empuje fuera menos intenso. Querían forzarme a inclinarme hacia la meta de la que yo me había alejado obstinadamente. Me preguntaba si lo lograrían alguna vez. Lo que llaman tener "mundo", la fortuna, la educación, las buenas costumbres, el ingenio, se me presentaron bajo formas sensibles tal como yo las concebía. "Esto significa convertirse en una linda señorita rozagante, bien vestida, culta, que sepa tocar el piano delante de personas que aprueban sin escuchar ni comprender, que no se preocupe por nadie, que adore destacarse, que aspire a un casamiento ostentoso, que venda su independencia y su personalidad por un escudo, algunos trapos y monedas. Esto no es para mí ni lo será nunca. Si voy a heredar este castillo, los granos de trigo que Deschartres cuenta y vuelve a contar, esta biblioteca que no me entretiene y esta bodega que no me tienta, ¡he aquí la felicidad y una riqueza agradable! Muchas veces he soñado don largos via-

jes. Los viajes me hubieran atraído si yo no tuviera el propósito de vivir para mi madre. Y bien, ya está: si mi madre no me quiere junto a ella, algún día partiré, me iré al fin deí mundo. Veré el Etna y el monte Gibel, irá a América y a la India. Dicen que es lejísimos, que hay mil dificultades, ¡mucho mejor! Dicen que hay peligro de muerte, ¿qué me importa? Entretanto, vivamos al día, vivamos al azar; puesto que nada de lo que conozco me atrae".

Al tratar de vivir sin pensar en nada, sin creer en nada y sin hacer nada. Al principio me resultó difícil: me había habituado tanto a soñar y pensar en un bien futuro, que yo misma volvía a mis sueños, pero entonces me invadía una tristeza tan negra, y tanto me sofocaba el recuerdo le la escena que me habían hecho, que sentía la urgente necesidad de huir de mí misma, y corría hacia los campos para embotarme con los niños y niñas que me querían y que me apartaban de mi soledad.

Transcurrieron algunos meses sin nada interesante, y de los cuales tengo un recuerdo confuso porque estuvieron vacíos. Me portaba mal, trabajaba apenas lo justo para que no me reprendieran, apresurándome, para explicarlo de alguna manera, a olvidar rápidamente lo que aprendía y sin reflexionar

más sobre mi trabajo como había hecho hasta entonces por una necesidad de lógica y de poesía que había tenido su secreto atractivo; me lo pasaba correteando por los caminos, los zarzales y los pastos con mis ruidosos seguidores; ponía toda la casa patas arriba con mis juegos alborotadores; tomé la costumbre de adoptar una expresión de alegría forzada, cuando mi dolor interior amenazaba con despertarme; en suma, que me convertí de pronto en una niña terrible, como decía mi doncella, que empezaba a tener razón, aunque ya no me castigaba debido a que por mi tamaño yo hubiera sido capaz de devolverle el golpe y a que mi aspecto indicaba que no estaba de humor como para aguantarlo.

Al ver todo esto, mi abuela dijo:

-Hija mía, careces de sentido común. Eres inteligente y haces todo lo posible para volverte o parecer idiota, podrías ser agradable y te pones insoportable. Tu piel se ha oscurecido, tus manos se han resecao, tus pies se están deformando con los zuecos. Tu cerebro se desfigura y se malgasta como tu persona. A veces guardas un silencio absoluto y pareces despreciar todo. Otras, hablas demasiado, aparentando charlar por charlar. Has sido una niña encantadora y no debes transformarte en una joven

absurda. Ya no tienes gracia, modales, atractivo. Tienes un buen corazón y una cabeza deplorable. Todo esto debe cambiar, por otra parte, necesitas profesores de buenas maneras que yo aquí no puedo proporcionarte. He decidido, por lo tanto, mandarte al convento, y para ello iremos a París.

-¿Y veré a mi madre? -Por cierto, la verás - contestó con frialdad mi abuela-; y después te separarás de ella y de mí el tiempo necesario para completar tu educación.

"Bueno pensaba yo; no sé qué es el convento, pero al menos se trata de algo nuevo, y dado que la vida que llevo actualmente no me divierte para nada, quizá salga ganando con el cambio".

Y así fue. Volví a ver a mi madre con mis demostraciones habituales. Albergaba una última esperanza: que el convento le pareciera inútil o absurdo, y que me retuviese, viendo que yo había persistido en el proyecto, pero, por el contrario, ella me ponderó las ventajas de la fortuna y el talento. Lo hizo de un modo que me sorprendió que me hirió, porque no hallé en ella su franqueza y su valor habituales. Se burlaba del convento, criticaba ásperamente a mi abuela, que pese a detestar y menospreciar la devoción me entregaba a las religiosas;

pero, sin dejar de protestar, mi madre aceptó todo. Me dijo que el convento me vendría bien y que me sería muy útil entrar en él. Y como nunca tuve fuerza de voluntad propia, entré al convento sin miedo, sin pena y sin aversión.

No sabía lo que iba a pasar. Ignoraba que al trasponer la puerta del claustro ingresaba verdaderamente al mundo, que tendría nuevas relaciones, hábitos mentales y hasta ideas que me incorporarían, por decirlo de algún modo, a esa clase social que yo pretendía dejar, por el contrario, creí que el convento era un terreno neutral, y que los años que debía vivir en él serían una especie de tregua en la lucha que se desarrollaba en mi interior.

En París me encontré con Pauline de Pontcarré y su madre, Pauline estaba más hermosa que nunca; su carácter seguía siendo alegre, ligero y amable; su corazón tampoco había cambiado: era completamente frío, lo cual no impidió que yo admirara y amara esa elegante indiferencia como algo ya pasado.

Mi abuela preguntó a la señora de Pontcarré por el convento de las inglesas, el mismo en que ella había estado encerrada durante la revolución. Una sobrina de la señora de Pontcarré se había educado

allí y acababa de dejarlo. Mi abuela, que conservaba algún recuerdo de ese convento y de las religiosas que había conocido en él, estuvo encantada al saber que allí la señorita Debrosses había sido cuidada con esmero, educada con distinción y que los estudios eran excelentes, que los profesores de buenos modales eran muy famosos, y que, en suma, el convento de las inglesas merecía la reputación de que gozaba en el gran mundo, a la par del Sagrado Corazón y la Abadía de los Bosques. La señora de Pontcarré, tenía pensado llevar también a su hija, cosa que efectivamente hizo al año siguiente. Mi abuela se decidió entonces por las inglesas, y un día de invierno me vistieron con el uniforme de sarga oscura, pusieron mi ropa en una valija, un coche de alquiler nos llevó a la calle Fossés Saint Victory después de esperar unos minutos en el recibidor, abrieron una puerta que se cerró detrás de nosotras. Estaba enclaustrada.

Este convento es una de las tres o cuatro comunidades británicas que se instalaron en París durante el gobierno de Cromwell. Después de haber sido perseguidores, los católicos ingleses, cruelmente perseguidos, se reunieron en el exilio para rezar y especialmente para pedir a Dios la conver-

sión de los protestantes. Las comunidades religiosas permanecieron en Francia, pero los reyes católicos recuperaron el cetro en Inglaterra y se vengaron muy poco cristianamente.

La comunidad de las agustinas inglesas fue la única que subsistió en París, y su casa sufrió las revoluciones sin mayores daños. La tradición del convento decía que la reina de Inglaterra, Enriqueta de Francia, hija de nuestro Enrique IV y mujer del desdichado Carlos I, había venido frecuentemente con su hijo Jacobo II a rezar en nuestra capilla y a curar las llagas de los pobres que la seguían. Un muro separa este convento del colegio de las escocesas. El seminario de las irlandesas está cuatro puertas después. Todas nuestras monjas eran inglesas, escocesas o irlandesas. Dos terceras partes de las internas y la mayoría de los padres que venían a officiar eran también de esas nacionalidades. A ciertas horas del día estaba prohibido a toda clase decir una palabra en francés, lo cual era muy conveniente para un estudio y un aprendizaje rápidos de la lengua inglesa. Nuestras religiosas, por eso, no nos hablaban casi nunca en otro idioma. Conservaban las costumbres de su clima, tomaban el té tres veces al día, admitiendo a las que se habían portado bien para

tomarlo con ellas.

El claustro y la iglesia estaban pavimentados con grandes losas funerarias, bajo las que descansaban los restos venerados de los católicos de la vieja Inglaterra, muertos en el exilio y sepultados como recompensa en este santuario Inviolable, por todas partes, sobre las tumbas y sobre las paredes, había epitafios y sentencias religiosas en inglés. En la habitación de la superiora y en su recibidor privado, grandes y viejos retratos de príncipes o sacerdotes ingleses. La hermosa y galante María Estuardo, a quien nuestras castas monjas daban el nombre de santa, resplandecía allí como una estrella. En suma, en esta casa todo era inglés, el pasado y el presente, y cuando una atravesaba la puerta parecía que hubiera cruzado el canal de la Mancha.

Para una campesina del Berry como yo todo eso fue una sorpresa y una estupefacción de la que no me recobré en ocho días, primero nos recibió la superiora, señora Canning, todavía bella en su casto aspecto que contrastaba con su espíritu despejado. Se decía, y con razón, mujer del gran mundo; tenía persuasivas maneras, una conversación fluida a pesar de su acento espantoso, y una mirada más irónica y dura que humilde y mansa. Siempre tuvo fama

de santa, y como su conocimiento de las cosas del mundo hacía prosperar el convento, como sabía usar hábilmente el perdón, en virtud de su derecho de gracia que le aseguraba, en última instancia, la útil y conveniente función de conformar a todo el mundo, era amada y respetada por las religiosas y por las pensionistas, pero de entrada su mirada no me gustó, y después comprobé que era dura y maligna. Murió en olor de santidad, pero creo que no me equivoqué al pensar que debió esta recompensa a su hábito y a su imponente apariencia venerable.

Mi abuela, cuando me presentó, no pudo evitar la vanidad de decir que yo era muy instruida para mi edad y que perdería el tiempo si me ponían en la clase de las niñas.

Estábamos divididas en dos secciones, la clase de las más chicas y la de las grandes, por mi edad, me correspondía la clase inferior, en la que había unas treinta pensionistas de seis a trece o catorce años, por las lecturas que me habían dejado hacer y por las ideas que ellas habían suscitado en mí, pertenecía a una tercera clase que hubiera sido necesario crear para mí y para dos o tres más, pero yo no estaba acostumbrada a trabajar metódicamente y no sabía una palabra de inglés. Sabía bastante de histo-

ria y de filosofía, pero era muy ignorante, o al menos no tenía mucha certeza, con respecto al tiempo y a los hechos. Habría podido hablar de cualquier cosa con los profesores y quizá visto más lejos. y con más claridad que los que nos dirigían, pero cualquier criada del colegio me hubiera podido embarullar con las cuestiones religiosas y no habría podido hacer un examen en regla sobre un tema cualquiera.

Yo sabía todo esto, por eso me sentí aliviada cuando oí decir a la superiora que como no había recibido aún el sacramento de la confirmación, debía entrar necesariamente en la clase inferior.

Era la hora del recreo; la superiora llamó a una de las niñas más buenas de la clase inferior, me encomendó a ella y me mandó al jardín. De inmediato empecé a ir y venir, a observar todas las cosas y las figuras, a husmear en todos los rincones del jardín como un pájaro que busca lugar para su nido. No me sentía nada inhibida, pese a que todas me observaban. Veía muy bien que tenían mejores modales que yo; veía pasar y repasar a las mayores, que no jugaban y parloteaban llevándose del brazo. Mi iniciadora me nombró a algunas; tenían grandes nombres aristocráticos que no me impresionaron en lo

más mínimo, como puede imaginarse, pregunté el nombre de las avenidas, de las capillas y de los adornos del jardín. Me alegré al enterarme de que estaba permitido tener un rinconcito en los macizos y cultivarlo a gusto. Esta distracción para las pequeñas me dió la pauta de que la tierra y el trabajo no me faltarían.

Iniciaron un juego por parejas y me incluyeron en un bando. Yo ignoraba las reglas del juego pero sabía correr muy bien. Mi abuela vino a pasearse con la superiora y la ecónoma y pareció agradarle verme tan a gusto y contenta. Después se preparó para irse y me llevó al claustro para despedirse. El momento le parecía solemne y la pobre se deshizo en llanto al abrazarme. Yo me emocioné un poco, pero pensé que mi deber era contener mi corazón, y no lloré. Entonces, mi abuela, mirándome a los ojos, me apartó gritando:

-¡Ah, corazón insensible, me dejas sin sentir tristeza, ya veo!

Y salió con el rostro entre las manos.

Me quedé sorprendida. Veía que había estado mal al no demostrar mi flaqueza, y a mí me parecía que mi presencia de ánimo o mi resignación tendrían que haberle gustado. Me volví y vi cerca de mí

a la madre Alippe, una viejecita redonda y bondadosa, un excelente corazón de mujer.

Bueno me dijo con su acento inglés, ¿qué pasó? ¿Dijiste a tu abuela algo, que la disgustó?

No le dije nada contesté, y pensé que era mi obligación no decírselo.

A ver dijo, tomándome de la mano ¿estás triste por estar aquí?

Como ella tenía un tono sincero que no engañaba, respondí sin vacilar:

-Sí, señora; a pesar mío me siento sola y apenada entre personas que no conozco. Sé que aquí no tengo a nadie que me ame todavía y que ya no estoy con mi familia, que me quiere tanto, pero no quise llorar delante de mi abuela, puesto que ella desea que me quede donde ella me manda. ¿Acaso me equivoco?

-No, niña mía dijo la madre Alippe; quizá tu abuela no te entendió. Vete a jugar, pórtate bien y aquí te querremos tanto como te quiere tu familia. Eso sí, cuando vuelvas a ver tu abuela no olvides decirle que si no demostraste pesar al separarte de ella, fue para no aumentar más el suyo.

Volví a jugar, pero sentía un peso en el corazón. Me parecía y aún me parece que la reacción de mi

abuela había sido muy injusta. Ella tenía la culpa de que yo viera el convento como un castigo que me imponía, porque cuando me regañaba nunca olvidaba decirme que cuando estuviera allí extrañaría Nohant y los mimos de la casa paterna, parecía que le mortificara que yo aceptara la penitencia sin resistirme ni apenarme. "Si estoy aquí para mi bien pensaba sería una ingrata estando disconforme. Si es en castigo, bueno, ya estoy castigada; ¿qué más quieren? ¿Qué sufra? Es como si me pegaran con más fuerza porque no lloro al primer golpe.

Mi abuela fue a cenar ese día con mi tío de Beaumont y le contó llorando que yo no había llorado.

Bueno, tanto mejor! le contestó él con su criterio filosófico Bastante triste es estar en un convento. ¿Preferirías entonces que ella se diera cuenta? ¿Qué ha hecho de malo para que le impongas la reclusión y encima las lágrimas de cocodrilo? Hermana, ya te lo he dicho: el cariño maternal es a veces excesivamente egoísta, y nosotros hubiéramos sido muy desdichados si nuestra madre nos hubiera amado como tú amas a los tuyos.

A mi abuela le fastidió mucho esta reprimenda, se retiró temprano y recién vino a verme a los ocho

días, cuando había prometido hacerlo a los dos días de mi entrada en el convento. Mi madre, que vino antes, me contó lo ocurrido y como de costumbre, me dio la razón. Mi pequeño dolor interior aumentó: "Mi abuela sufre; pero también mi madre sufre al comunicármelo; y yo también he sufrido por todo esto, pese a que me parece que tengo razón, Como no quise mostrarme descontenta creyeron que lo hacía por orgullo. Mi abuela me reprueba por eso, mi madre me aplaude por lo mismo; ninguna de las dos me entiende, y veo claramente que la antipatía que se tienen me volverá injusta y desdichada si me inclino abiertamente por una de las dos.

En ese momento me felicité por estar en el convento; sentía una necesidad impostergable de aliviarme de todos esos desgarramientos interiores; estaba harta de ser la manzana de la discordia entre dos personas a quienes yo amaba. Hubiera querido que se olvidaran de mí.

Entonces acepté el convento, y llegué a aceptarlo tan bien que nunca fui más feliz en mi vida. Creo que yo debía ser la única contenta entre todas las niñas que había allí. Todas extrañaban a su familia, no solo por cariño hacia sus padres, sino también por la libertad y el bienestar. Aunque yo era de

las menos ricas y no conocía el gran lujo, y aunque en el convento nos trataban de manera aceptable, había por cierto una enorme diferencia entre las comodidades de Nohant y las del claustro, por otra parte el encierro, el clima de París, la sucesión inamovible de un régimen siempre idéntico, que me parece desastroso para los continuos desarrollos y los cambios incesantes de la organización humana, me hicieron enfermar y decaer, pese a esto, pasé allí tres años sin acordarme del pasado, sin pensar en el futuro y saboreando mi felicidad presente; posición que entenderán todos los que han sufrido y saben que la dicha humana puede consistir en la ausencia de males demasiado grandes; posición poco usual entre los hijos de los ricos, y que mis compañeras no entendían, cuando yo afirmaba que no deseaba que mis estudios terminasen.

Estábamos enclaustradas en toda la acepción de la palabra. Salíamos sólo dos veces por mes y dormíamos afuera nada más que para Año Nuevo. Nos daban vacaciones, pero yo no las tuve, porque mi abuela dijo que prefería no interrumpir mis estudios para que estuviera menos tiempo en el convento. Ella dejó París pocas semanas después de nuestra separación y recién volvió un año más tarde. Luego

volvió a viajar otra vez por un año. Le exigió a mi madre que no pidiese que me dejaran salir. Mis primos Villeneuve me ofrecieron su casa para los días de salida y escribieron a mi abuela para pedírselo. Yo por mi parte le escribí, rogándole que no aceptara, y me atreví a decirle que sino salía con mi madre, no quería ni debía salir con otras personas. Temí que no me hiciera caso, y aunque yo necesitaba y aún deseaba un poco las salidas, estaba dispuesta a hacerme la enferma si mis primos venían a buscarme con su permiso. Esta vez mi abuela estuvo de acuerdo conmigo, y en lugar de hacerme reproches, me dirigió unos elogios que me parecieron un tanto exagerados. No había hecho más que cumplir con mi deber.

Pasé dos años enteros detrás de las rejas, pero teníamos misa en nuestra capilla; recibíamos las visitas particulares en el recibidor y las lecciones separadas del profesor por barrotes. Todas las partes del convento que daban a la calle estaban enrejadas y además cubiertas con trozos de tela. Era en verdad una prisión, pero una prisión con jardín y con abundantes compañías. Creo que nunca padecí los rigores del cautiverio y las extremas precauciones que tomaban para tenernos bajo llave e impedirnos

ver el mundo exterior me causaban mucha gracia. Esas precauciones eran el mejor estimulante del deseo de libertad, porque la calle Fossés Victor y la calle Clopin no eran atractivas ni para dar un paseo, y menos para disfrutar de su vista. Ninguna de nosotras pensó nunca franquear sola ni siquiera la puerta de la habitación de su madre; pero todas, sin excepción, en el convento, espiaban por las rendijas de la puerta del claustro o echaban miradas subrepticias sobre la tela de las rejas. Burlar la vigilancia, viajar de dos en dos los escalones del patio y ver pasar algún coche que rodara por la calle, ésa era la gran ambición y el sueño de cuarenta o cincuenta muchachas alocadas y bromistas, las cuales, al otro día, recorrían con sus familias todo París sin ningún placer, marchaban por las calles y miraban a los paseantes sin darle la categoría de fruto prohibido una vez fuera del recinto del convento.

Durante esos tres años mi carácter sufrió grandes e imprevisibles variaciones que mi abuela observó con mucha pena, como si al ponerme allí no las hubiera provocado ella misma. El primer año fui, más que nunca, la niña terrible que ya había empezado a ser, porque una especie de desengaño o de desesperación de mis sentimientos me impulsaba

a aturdirme y a escudarme en mi propia malicia.

El segundo año salté de golpe a una devoción febril y agitada. En el tercero me mantuve en un estado piadoso, tranquilo, ecuánime y alegre. Durante el primer año mi abuela me reprendía mucho en sus cartas. Al segundo, mi devoción la alarmó más de lo que lo hubiera hecho mi silencio. En el tercero pareció algo conforme y me demostró cierta satisfacción, no exenta de dudas.

Este es el resumen de mi vida conventual, pero los detalles presentan algunas características en las que más de una persona de mi sexo distinguirá los efectos ya beneficiosos, ya nocivos de la educación religiosa. Los contaré sin ningún reparo, y espero que con una total franqueza de mente y de corazón.

Antes de relatar mi vida en el convento, debería describirlo un poco. Los sitios en que uno vive influyen tanto en el pensamiento que resulta muy difícil separarlos de los recuerdos.

Era un grupo de construcciones, patios y jardines que formaban una especie de ciudad, más que una vivienda particular. No había nada grandioso, nada atractivo para el anticuario. Después de su construcción, que databa tan sólo de doscientos años, se habían hecho tantas modificaciones, agre-

gados y divisiones que ya no se encontraba la antigua disposición más que en unas pocas partes, pero este conjunto heterogéneo tenía también su propio carácter, algo de misterioso y desconcertante como un laberinto; esa especie de encanto poético que las reclusas ponen en las cosas más triviales. Necesité un mes para poder andar sola; y aún después de todas mis exploraciones furtivas, nunca llegué a conocer todos los recovecos y escondrijos.

La fachada, ubicada en la parte baja de la calle, no dice nada. Es grande, tosca y lisa, con una puercecita que se abre a una escalera de losas grandes, recta y carcomida. Después de subir diecisiete escalones -si no me traiciona la memoria-, uno se halla en un patiecito pavimentado con baldosas y rodeado de edificios bajos y cuadrados. A un lado, la pared de la iglesia; al otro, las construcciones del claustro.

En ese patio vive un portero cuya vivienda está junto a la puerta del claustro; es el que abre a las personas de afuera un pasillo por el que se comunican con el interior a través de un torno en el que se colocan los paquetes, y de cuatro locutorios con rejas para las visitas. El primero está destinado principalmente a las visitas de las religiosas; el segundo

se utiliza para las lecciones particulares; el tercero, el más grande, es donde las pensionistas ven a sus familias; en el cuarto, la superiora recibe a las personas del mundo, aunque además tiene un salón en otro cuerpo del edificio y un gran locutorio enrejado donde habla con eclesiásticos o con los miembros de su familia cuando tiene que tratar asuntos de importancia o delicados.

Esto es lo que pueden ver del convento los hombres y mujeres que no tienen un permiso especial para entrar, penetremos ahora en ese interior tan bien custodiado.

La puerta del patio tiene un postigo que se abre ruidosamente sobre el gran claustro resonante. Este claustro es una galería cuadrangular, pavimentada con losas sepulcrales, con muchas calaveras, esqueletos en cruz y *requiescat in pace*. Los claustros son abovedados, iluminados por grandes ventanas de ancho marco que se abren a un alféizar que tiene su apoyo habitual y sus flores. Uno de los extremos del claustro da a la iglesia y al jardín, otro al edificio nuevo en el cual se hallan: abajo, la clase mayor; en el entrepiso, el taller de las religiosas; en el primero y el segundo, las celdas, y en el tercero, el dormitorio de las pensionistas de la clase inferior.

El tercer lado del claustro lleva a las cocinas, a las bodegas, después al ala de la clase inferior, que se alza frente a otras construcciones muy antiguas que ya no existen, pues ya en mi época estaban a punto de derrumbarse. Eran un laberinto de pasillos oscuros, escaleras tortuosas, pequeños cuartos individuales unidos entre sí por tablas desaparejas o pasajes de listones unidos. Quizá era allí el lugar de las construcciones primitivas, y los esfuerzos realizados para unir esa parte con las nuevas testimoniaban o una gran penuria en los tiempos de la revolución, o un infinito mal gusto de los arquitectos. Había corredores que no llevaban a ninguna parte, aberturas por las que casi no se podía pasar, como se ven en los sueños en los cuales se recorren edificios extraños que se van cerrando sobre uno, ahogándolo con sus ángulos súbitamente cortados. Esta parte del convento excede toda descripción, podré dar una idea más aproximada cuando relate las absurdas exploraciones que nuestra loca imaginación de pensionistas nos hacía emprender, por ahora será suficiente decir que la utilidad de esas construcciones tenía el mismo desequilibrio que su integración. Aquí, el departamento de una pensionista; al lado, el de una alumna; más allá, un cuarto para estudiar el

piano; junto a él, la lavandería, y luego habitaciones vacías o temporariamente ocupadas por amistades de ultramar; y también esos recovecos sin nombre en los que las solteronas y especialmente las monjas, acumulan inexplicablemente un conjunto de objetos que se asombran de verse juntos, restos de ornamentos de iglesia con cebollas, sillas desfondadas con botellas vacías, llaves oxidadas con trapos, etc.

El jardín era grande y había plantados en él unos magníficos castaños, por un costado, continuaba el de las escocesas, del cual lo separaba un muro muy alto; por el otro, estaba rodeado de pequeñas casitas alquiladas a señoras piadosas retiradas del mundo. Además de este jardín, había también, delante del edificio nuevo, un patio doble con verduras y bordeado como el otro de casas alquiladas a ancianas matronas o a pensionistas. Esta parte del convento terminaba en un lavadero y una puerta que daba a la calle Boulangers. Esta puerta se abría solamente para las internas, que tenían de ese lado un locutorio para sus visitas. Después del gran jardín que mencioné había otro aún más grande, al cual no podíamos entrar, y que servía para el consumo del convento. Era una enorme huerta que lindaba con la de las señoras de la Misericordia, lle-

na de flores, legumbres y tentadoras frutas. A través de la alta reja veíamos las uvas doradas, los melones imponentes y los hermosos capullos con sus penachos; pero la reja era infranqueable, y una arriesgaba los huesos queriendo escalarla, cosa que no impidió que alguna de nosotras lo lograra dos o tres veces.

No he hablado de la iglesia ni del cementerio, los únicos lugares realmente hermosos del momento; lo haré más adelante: me parece que esta descripción general ya se ha hecho demasiado larga.

Para resumir, diré que entre religiosas, hermanas conversas, pensionistas, inquilinas, amas seculares y criadas, éramos alrededor de ciento veinte o ciento treinta personas, alojadas del modo más absurdo y menos confortable: unas demasiado amontonadas en un solo lugar; otras totalmente desparramadas en un espacio que hubiera alcanzado para que diez familias vivieran cómodamente, aún cultivando un pedazo de tierra como pasatiempo. Todo quedaba tan lejos que se perdía una cuarta parte del día en ir y venir. Tampoco mencioné un gran laboratorio donde se destilaba agua de menta; la habitación de los claustros, donde se tomaban algunas lecciones y que había sido prisión de mi madre y mi tía; el patio con gallinas que apestaba la clase inferior; el cuarto

donde se desayunaba; las bodegas y sótanos, de los cuales habría mucho para contar; por último, la parte delantera, el refectorio y la sala capitular, porque no acabaré nunca de tratar de hacer entender, con tanta descripción, lo poco que sabían las religiosas del ordenamiento racional y las comodidades en un alojamiento.

En compensación, las celdas de las monjas eran de una agradable limpieza, y abundaban en esas, miniaturas que una devoción total recorta, enmarca, ilumina y ata pacientemente. En todos los rincones la vitalidad del jazmín disimulaba la vetustez de las murallas. Los gallos cantaban a media noche como en pleno campo, la campana tenía un alegre sonido argentino, como una voz femenina; en todos los corredores, un nicho cavado en el muro se abría para mostrar una madona gordezuela y amanerada del siglo XVII; en el taller, bellas estampas inglesas mostraban la caballeresca figura de Carlos I en todas sus edades, y a todos los miembros de la familia real papista. Finalmente, desde la pequeña candela que titilaba de noche en el claustro hasta las pesadas puertas de los corredores que al atardecer se cerraban con un ruido majestuoso y un lúgubre chirrido metálico, todo tenía cierto encanto poético y místi-

co, al que tarde o temprano yo sería sensible.

Ahora recuerdo: mi primera reacción al entrar en la clase inferior fue negativa. Estábamos unas treinta niñas encajonadas en una sala que carecía de la amplitud y altura suficientes. Las paredes, revestidas de un horrible papel amarillo huevo, el techo sucio y desperejo, bancos, mesas y taburetes poco limpios, una estufa ordinaria que echaba humo, un tosco crucifijo de plomo, el piso todo roto; allí era donde debíamos pasar las dos terceras partes de la jornada, las tres cuartas en invierno, y justamente estábamos en invierno.

Se debe procurar rodear a la infancia de objetos nobles y bellos. Sobre todo, no se la debe entregar más que a personas que se destaquen, ya por su corazón, ya por su inteligencia. No entiendo entonces cómo nuestras lindas monjas, tan bondadosas y dotadas de modales suaves y finos, habían puesto al frente de la clase inferior a una persona de semblante, aspecto y maneras repulsivas, con un vocabulario y un carácter inestables. Sucia, feísima, bigotuda, irritable, dura hasta ser cruel, tortuosa, rencorosa, esta mujer fue de entrada para mí un motivo de rechazo moral y físico, como ya lo era para mis compañeras.

Hay personas desagradables que justifican la aversión que inspiran, y que no pueden obrar nunca bien, cosa que evitan, que alejan a los demás de la buena senda con sólo hablarles, y que se ven obligadas a realizar su propia salvación aisladamente, lo cual es la cosa más estéril y menos piadosa del mundo. La señorita D...perteneía a este grupo. Cometería una injusticia con ella si no dijera el pro y el contra. Era sincera en su fe y severa consigo misma; vivía en un estado de exaltación que la hacía intolerante y odiosa, pero que hubiese indicado cierta grandeza de su fe si ella hubiera vivido como los anacoretas en el desierto. Cuando hablaba con nosotras su severidad se tornaba implacable y feroz; gozaba castigando, reprendía con voluptuosidad, y en su boca amonestar era insultar o ultrajar. Era insidiosa en sus rigores, y fingía salir -cosa que no podía hacer en clase-, para escuchar detrás de las puertas lo que decíamos de ella y agarrarnos con placer en flagrante delito de franqueza. Además, nos castigaba de una manera imbecil y humillante. Entre otras cosas, nos hacía besar el polvo por lo que ella llamaba nuestras malas palabras. Esto formaba parte de la disciplina del convento, pero las otras monjas se conformaban con un simulacro y fingían no dar-

se cuenta cuando nosotras nos besábamos la mano al inclinarnos sobre las baldosas, mientras que la señorita D...nos empujaba al suelo y, de no habernos resistido, nos hubiera destrozado la cara.

Era evidente que su temperamento mandaba sobre su severidad y que sentía una especie de rabia por ser odiada. En nuestra clase había una pequeña inglesita de cinco a seis años, pálida, delicada, enfermiza, un verdadero deshará designar al pollito rojo, como decíamos en el Berry más pequeño y frágil de la nidada. Se llamaba Mary Eyre y la señorita D...hacía lo que podía para ocuparse de ella, y quizá para quererla con amor maternal. Pero su naturaleza hombruna y tosca estaba tan poco dotada para esto que no podía lograrlo. Si la retaba, la aterrORIZABA o la excitaba hasta tal punto que se veía obligada de inmediato a encerrarla y castigarla para no ceder. Si se dulcificaba y se ponía a mimarla y jugar con ella, era como ver a un oso con una ratita. La pobre niña lloraba y se desesperaba siempre, ya por malicia propia, ya por rabia y desesperación. Era una lucha abominable de la mañana a la noche, penosa de ver y oír, entre la maligna y enorme mujerota y la frágil y desgraciada criatura; todo esto, amén de las reglas de conducta y penitencias a

que éramos sometidas por turno.

Yo había deseado ingresar a la clase inferior por una modestia natural bastante habitual en los niños cuyos familiares son demasiado vanidosos; pero pronto me sentí humillada al estar bajo la férula de esa vieja torpe y grosera como un padre brutal. No llegué a estar tres días ante sus ojos, que ya me tuvo tirria, y al punto comprendí que tenía un temperamento tan violento como el de Rose, pero sin la sinceridad, el afecto y el buen corazón. Después de la primera mirada que me clavó, me dijo:

-Me parece que eres una persona bastante revoltosa. A partir de ese momento me clasificó entre sus mayores antipatías, porque la alegría la enfermaba, las risas infantiles le hacían rechinar los dientes, la salud, el buen humor, la juventud, en suma, eran horribles crímenes para ella.

Nuestros momentos de alivio y distracción eran aquellos en que una religiosa se hacía cargo de la clase en su lugar, pero eso sólo era por una o dos horas al día, como máximo.

Nuestras religiosas cometían un error al ocuparse tan poco de nosotras directamente; nosotras las amábamos; ellas eran distinguidas, encantadoras y serenas; había en ellas algo de dulce y grave, además

de su aspecto y del hábito, que nos apaciguaba como por ensalmo. Su enclaustramiento, su renuncia al mundo y a la familia eran el único elemento útil a la sociedad, que les permitía poder consagrarse a formar nuestros corazones y espíritu, y esta tarea les hubiera resultado fácil si se hubieran consagrado enteramente a ella; pero decían no tener tiempo, y en realidad no lo tenían, debido a la gran cantidad de horas que dedicaban a los oficios y a la oración. Este es el lado malo de los conventos para niñas. Empleaban las llamadas amas seculares, especie de peones femeninos que pasaban por apóstoles delante de las religiosas, pero que embrutezcan e irritaban a las niñas. Nuestras religiosas hubieran hecho más méritos ante Dios, ante nuestras familias y ante nosotras, si hubieran consagrado a nuestra felicidad, y para usar su lenguaje, a nuestra salvación, una parte del tiempo que dedicaban egoístamente a trabajar por la suya.

La que a veces reemplazaba a estas señoras era la madre Alippe: una monjita redonda y rosada como una manzana demasiado madura que empieza a partirse. No era dulce, pero era justa, y aunque no me trataba muy bien yo la quería como todas.

Estaba a cargo de la instrucción religiosa; el

primer día me preguntó por el lugar en que languidecían las almas de los niños muertos sin bautizar. Yo no tenía la menor idea; sabía que debía haber algún lugar para el castigo o exilio de esas pobres criaturitas, y contesté audazmente que iban al seno de Dios.

-¿Pero, qué estás pensando y diciendo, desdichada criatura? me dijo la madre Alippe. No has entendido. Te pregunto adónde van las almas de los niños que mueren sin bautizar.

Me quedé muda. Una de mis compañeras, compadeciéndose de mi ignorancia, me sopló bajito:

-¡Al limbo!

Como era inglesa su acento me confundió, y creí que se burlaba de mí.

-¿Al Olimpo? le pregunté dándome vuelta y riéndome, en voz alta.

-¡Qué vergüenza! -exclamó la madre Alippe; -¿te ríes del catecismo?

-Perdón, madre contesté, no lo hice a propósito.

Como vio que lo decía sinceramente, se calmó.

-Bueno; si lo hiciste sin querer, no besarás el suelo, pero harás la señal de la cruz para calmarte.

Por desgracia, yo no sabía hacer la señal de la cruz.

La culpa era de Rose, que me enseñó a tocarme el hombro derecho antes que el izquierdo, y nuestro viejo cura nunca se había dado cuenta. Ante semejante barbaridad, la madre Alippe se enojó:

Usted lo está haciendo a propósito, miss -¡Ay, no, señora!

-Haga otra vez esa señal de la cruz.

-Ya está, madre.

-¡Otra vez! Muy bien, es suficiente. ¿Así la hace siempre?

-¡Por Dios, sí!

-¡Por Dios! ¡Ha dicho por Dios! ¡Usted jura! No puedo creerlo. ¿De dónde sale usted, desdichada? ¡Es una pagana, una verdadera pagana! Dice que las almas van al Olimpo; hace el signo de la cruz al revés y dice "por Dios" fuera de las plegarias. ¡Estudiará el catecismo con Mary Eyre! ¡Hasta ella sabe más que usted!

Debo reconocer que no me sentí humillada: me mordí los labios y me apreté la nariz para no reírme; pero la religión del convento me pareció algo tan tonto y ridículo que resolví estudiarlo a mi gusto, y sobre todo, no tomármela nunca en serio.

Me equivoqué. Me llegaría el día, pero no mientras estuviera en la clase inferior. Ese era un

medio totalmente inadecuado para el recogimiento, y en verdad nunca hubiera llegado a ser piadosa si hubiera permanecido bajo el yugo detestable de la señorita D...y bajo la férula un poco presuntuosa de la madre Alippe.

"Yo no había tomado partido el entrar al convento. Estaba mas predispuesta a la docilidad que a la rebeldía. Ya se vio que llegué sin energías y sin pesar; sólo quería someterme a la disciplina general, pero cuando vi esa disciplina tan absurda y tan mal administrada por la D..., cerré los ojos y me alisté decididamente en el bando de los diablos".

Este era el nombre que daban a las que no querían ser devotas. A estas últimas se las llamaba las "buenas". Había un grupo intermedio que llamaban las "brutas", y que nunca se definían por nadie, divirtiéndose a más no poder con las picardías de los diablos, bajando los ojos y haciendo inmediato silencio cuando asomaban las malas o las buenas, pero sin olvidar de decir siempre que algo ocurría: "¡Yo no fui!

A ese "yo no fui" de las brutas egoístas, algunas cobardes acostumbraban agregar: "Fue Dupin, o G.
..

Dupin era yo; G...era otra cosa; era la figura más

destacada de la clase inferior y la más extravagante de todo el convento.

Era una irlandesa de once años, más crecida y fuerte que yo con mis trece. Su voz llena, su rostro franco y atrevido, su carácter independiente y rebelde le habían ganado el apodo de "muchacho"; aunque era una mujer que después fue muy hermosa, por su carácter no parecía pertenecer a nuestro sexo. Era la audacia y la franqueza personificadas, una naturaleza verdaderamente bella, una fuerza física casi varonil, un valor más que varonil, una inteligencia poco habitual, una absoluta ignorancia de la coquetería, una actividad incesante, un profundo desprecio por todo lo hipócrita y cobarde que hay en la sociedad. Tenía muchos hermanos y hermanas, dos de ellas en el convento; una -Marcelle- se quedó soltera, y la otra -Henriette-, que era entonces una criatura adorable, es actualmente la señora Vivien.

Mary G...-el "muchacho"- estaba ausente por una indisposición cuando yo ingresé al convento. Me hicieron de ella un retrato horripilante. Era el terror de las "brutas", que se me habían acercado naturalmente al principio. Las "buenas" me habían tanteado, y como temían el barullo y la insolencia de

Mary, quisieron ponerme en guardia contra ella. Algunas hipócritas decían que estaban seguras de que era un muchacho y que su familia quería hacer de él una niña a toda costa. Rompía todo, atormentaba a todo el mundo, tenía más fuerza que el jardinero; no dejaba trabajar a nadie; era un torbellino, una peste. ¡Guay de la que le hacía la contra! "Veremos pensaba yo; yo también soy fuerte; no soy quedada y me gusta que me dejen decir y pensar lo que quiero". Sin embargo, la esperaba con una cierta ansiedad. No hubiera querido tener una enemiga, ni aún la más antipática, entre mis compañeras. Ya teníamos bastante en el enemigo común, la D...

Al fin llegó Mary, y a primera vista su rostro me cayó bien. "Parece buena me dije; nos llevaremos bien", pero a ella le tocaba, como más antigua, iniciar la relación. La esperé con calma.

Empezó con burlas:

-¿Así que la señorita se llama Del Pan, se llama Aurora, sol naciente? ¡lindos nombres! ¡Linda cara! Tiene la cabeza como la de un caballo sobre el cogote de una gallina. Sol naciente, me arrodillo ante ti; quiero ser el arrebol que salude tus primeros rayos, parece que confundimos el limbo con el Olimpo; ¡vaya una educación que promete ser graciosa!

Toda la clase se echó a reír. Sobre todo las brutas, reían a carcajadas. Las "buenas" se sentían satisfechas, viendo a dos diablos y no presintiendo su asociación.

Yo me reí tanto como las otras. Mary vio enseguida que yo, no estaba resentida porque no era vanidosa. Siguió burlándose, pero sin acritud, y una hora después me dio un golpe en la espalda como para tumbar a un buey, y yo se lo devolví sin pestañear, riéndome.

-¡Está muy bien dijo, frotándose el hombro mas a pasear!

-¡A cualquier lado, menos a la clase!

-¿Cómo hay que hacer?

-¡Es facilísimo! Mírame y haz como yo.

Estábamos levantándonos para cambiar de mesa y en eso entraba la madre Alippe con sus libros y cuadernos. Mary aprovechó el movimiento y salió sin tomar la más mínima precaución; sin embargo, nadie se dio cuenta. Atravesó la puerta y fue a sentarse al claustro vacío, donde tres minutos después llegué yo sin más trámite.

-¿Ya viniste? me dijo; ¿qué inventaste para salir?

-Nada, hice como vi que hacías.

-¡Muy bien! Algunas inventan cuentos, piden

permiso para ir a estudiar el piano, para sonarse la nariz o piden ir a rezar santamente a la iglesia; son excusas y mentiras inútiles. Yo he decidido eliminar la mentira, porque me parece una cobardía. Entro y salgo; me preguntan, no contesto. Me castigan, no me importa, pero hago lo que quiero.

-Eso me gusta.

-Entonces, ¿eres "diabla"?

-Quiero serlo.

-¿Como yo?

-Exactamente.

-¡Aceptada! -me dijo, dándome un apretón de manos. Ahora entremos y quedémonos tranquilas con la madre Alippe. Es una buena persona; reservémonos para la D...Todas las tardes, fuera de la clase, ¿comprendido?

-¿Qué es eso de fuera de la clase?

-Juego de palabras con el nombre Aurora y el apellido Dupin.

-Los recreos de la tarde en clase, bajo la vigilancia de la D...son muy aburridos. Nosotras nos esfumamos al salir del refectorio y recién volvemos a entrar para la plegaria. A veces la D...ni se da cuenta; pero más frecuentemente está chocha, porque así goza insultándonos y castigándonos cuando entra-

mos de nuevo. El castigo consiste en llevar el gorro de dormir en la cabeza durante todo el día siguiente, aún en la iglesia. En este tiempo es soportable y bueno para la salud. Cuando una religiosa te encuentra así, se persigna y exclama: ¡Shame!, ¡Shame!; esto no mata a nadie. Cuando alguna tiene demasiados gorros de dormir en una quincena, la superiora te amenaza con prohibirte la salida, pero siempre se deja convencer por la familia o se olvida. Cuando el gorro de dormir se convierte en un estado crónico, se decide a encerrarte; ¿pero eso qué importa? ¿No es mejor perderse un día que aburrirse deliberadamente todos los días de la vida?

Es un buen razonamiento; pero, ¿qué hace la D...cuando se enfurece excesivamente?

Insulta como una verdulera, pues no es otra cosa. No hay que contestarle, y eso la enfurece más todavía.

Se muere de ganas, pero no tiene motivos suficientes, porque algunas, como las "brutas", y las "buenas", tiemblan en su presencia, y nosotras la despreciamos y nos callamos.

-¿Cuántos diablos somos en nuestra clase?

-No muchos por el momento, y ya era hora de que llegaras a reforzarnos un poco. Están Isabelle,

Sophie y nosotras dos. Todas las demás son "brutas" o "buenas". Entre las buenas están Louise de la Rochejaquelein y Valentine de Gouy, que tienen el mismo temple de los diablos, pero carecen de audacia para abandonar la clase como nosotras, pero no te aflijas, hay otras en la clase superior que también salen, con las que nos juntaremos esta tarde. A veces viene mi hermana Marcella.

-¿Y qué es lo que hacen?

-Ya veras, esta tarde te iniciaremos.

-Esperé con gran impaciencia el atardecer y la comida. A la salida del refectorio teníamos recreo. Durante el verano ambas clases se mezclaban en el jardín. En invierno -y estábamos en invierno- cada una entraba en su salón, las grandes en su bella y amplia sala de estudios, nosotras en nuestro lúgubre local, en el que la D...nos forzaba a "entretenernos con tranquilidad", lo cual equivalía a no entretenernos para nada. La salida del refectorio provocaba un momento de confusión y vi con admiración cómo los diablos de ambas clases se ingeniaban para armar el pequeño alboroto gracias al cual era posible escapar fácilmente. En el claustro no había más iluminación que una ¡Vergüenza, vergüenza! pequeña lámpara que dejaba las tres galerías casi a oscu-

ras. En lugar de ir en línea recta hacia la clase pequeña, nos quedábamos en la galería de la izquierda y dejábamos pasar a la fila; éramos libres.

Me topé entonces en la penumbra con mi amiga G...y los otros diablos que ya me había mencionado. Recuerdo a las que nos acompañaron esa tarde, Sophie e Isabelle Eran las más grandes de la clase inferior. Tenían dos o tres años más que yo y eran dos niñas deliciosas. Isabelle, rubia, grande, saludable, no tan linda como agradable, con un carácter divertidísimo, más bromista que buena, sobresaliente más que nada por el talento, la facilidad y la riqueza de su dibujo, para el cual estaba dotada genialmente. No sé en qué se habrá convertido ese don natural; pero pudo haberle dado renombre y fortuna de haber sido cultivado. Tenía lo que ninguna de nosotras: aquello de que generalmente carecen las mujeres; lo que no nos enseñaban en lo más mínimo, aunque tuviéramos un profesor de dibujo: sabía dibujar. Era capaz de componer hábilmente cualquier cosa complicada, creaba con rapidez y casi sin pensar numerosos personajes con verdadera vida, todos cómicos y con gracia, formando grupos bien armados. No carecía de inteligencia, pero el dibujo, la caricatura, la composición fantasiosa eran sus

principales herramientas para manifestar esa inteligencia al mismo tiempo observadora y espontánea, novelesca, fantástica, satírica y exaltada. Tomaba un trozo de papel y con una pluma o un lápiz que el ojo apenas podía seguir, trazaba allí decenas de figuras bien delineadas, correctamente dibujadas, y todas relacionadas con el tema, que siempre era original, aunque con frecuencia bastante insólito. Eran cortejos de monjas que iban por un claustro gótico o por un cementerio iluminado por la luz de la luna, las tumbas se abrían a su alrededor, los muertos se retorcían en sus sudarios; salían, danzaban, tocaban instrumentos variados, tomaban a las monjas en sus brazos para hacerlas bailar. Las monjas tenían miedo, unas huían gritando, las otras se excitaban, empezaban a bailar, dejaban caer sus velos y sus mantos, y se esfumaban dando cabriolas y volteretas con los espectros de la noche brumosa.

Otras veces se trataba de falsas religiosas, con patas de cabra o botas tipo Luis XIII, con espadas que se entreveían debajo de sus hábitos, que realizaban movimientos imprevistos. Aún no se había descubierto el romanticismo, y ella ya estaba plenamente sumergida en él, sin saberlo. Su viva imaginación le proveyó cien tipos de danzas macabras, a

pesar de que no sabía lo que eran y sólo las conocía por su nombre. La muerte y el diablo representaban todos los papeles, todos los posibles personajes en esas producciones burlescas y terribles. Además, dibujaba también escenas del convento, caricaturas implacables de todas las monjas y pensionistas, de las criadas, de los maestros de buenos modales, de los profesores, de los visitantes, de los sacerdotes, etc. Ella fue el fiel cronista siempre fecundo de todos los hechos menudos, de todas las pequeñas far-sas, de todos los terrores, de todas las batallas, de todas las diversiones y todos los aburrimientos de nuestra vida monástica. El continuo drama de la señorita D...con Mary Eyre le inspiraba veinte páginas diarias, una más verdadera, irónica y loca que la otra. En fin, que no cansaba nunca verla inventar, y estaba inventando sin parar. Como creaba frecuentemente a la buena de Dios, en todo momento, durante las lecciones, bajo los mismos ojos de nuestros vigilantes, a veces no tenía el tiempo necesario para romper la hoja, ocultarla, arrojarla por una ventana o al fuego, para evitar cualquier sorpresa que le hubiera acarreado fuertes reprimendas o severos castigos. ¡Cuántas de sus obras maestras devoró la estufa de la clase inferior! No sé si el re-

cuerdo agranda el mérito de esos dibujos, pero me parece que todas esas creaciones destruidas apenas terminadas hubieran sorprendido e interesado a un maestro sagaz.

Sophie era la íntima amiga de Isabelle. Era una de las más lindas y graciosas del convento. Si figura estilizada, ligera y al mismo tiempo redondeada, tomaba poses de una languidez británica, pero despojada de la torpeza característica de los isleños. Tenía un cuello bien formado, fuerte y flexible, con una cabeza pequeña cuyos movimientos ondulantes estaban llenos de gracia; los ojos más hermosos del mundo, la frente recta, corta y neta, cubierta por un bosque de cabellos castaños brillantes; su nariz era fea, pero no conseguía arruinar ese rostro maravilloso. Tenía, cosa rara entre las inglesas, una boca de rosa con dientes como perlas pequeñas, una frescura notable, la piel aterciopelada, muy clara para ser de una morena. En suma, le decían "la joya". Era buena y sensible, incondicional con sus amistades, implacable con sus enemigos, pero sin manifestarlo más que con un mudo e inexorable desdén. Muchas la adoraban pero sólo se dignaba amar a unas pocas. Sentí por ella e Isabelle un gran cariño que me fue devuelto con más condescendencia que entusiasmo.

Era lógico: yo era una niña para ellas.

Cuando estuvimos reunidas en el claustro vi que todas estaban armadas, unas con palos y otras con atizadores. Yo no tenía nada, y tuve el valor de regresar a la clase, apoderarme de un hierro que servía de atizador y volver con mis compinches sin que me vieran.

Entonces me iniciaron en el gran secreto y comenzamos nuestra expedición.

Este gran secreto era una leyenda tradicional del convento, una fábula que se transmitía de año en año y de diablo en diablo desde hacía dos siglos; una ficción novelesca que quizá haya tenido algún asidero real al principio, pero que actualmente no se sustentaba más que en nuestras febriles imaginaciones. Se trataba de liberar a la víctima. En algún lado había una prisionera, y hasta se decía que había varias, encerradas en un reducto inexpugnable, ya sea una celda oculta y cavada en el espesor de las murellas, ya una mazmorra situada en algún recodo de los interminables subterráneos que se extendían debajo del monasterio y de buena parte del barrio Saint Victor. Es cierto que había unas enormes bodegas, una verdadera ciudad bajo tierra a la que nunca habíamos agotado y que tenía varias salidas

ignoradas a diversos puntos del vasto convento. Afirmaban que esas cuevas llegaban muy lejos de allí, y desembocaban en las excavaciones que se extienden por una gran parte de París, y por los campos vecinos hasta Vincennes. Decían que siguiendo los túneles subterráneos de nuestro convento era posible llegar hasta las catacumbas, las carreras, el palacio de las termas de Juliano, ¡qué se yo! Estos subterráneos eran el signo de un mundo misterioso, tenebroso, terrible, un verdadero abismo abierto bajo nuestros pies, cerrado con puertas de hierro y cuya exploración era tan arriesgada como el descenso a los infiernos de Eneas o de Dante, por eso mismo era absolutamente indispensable entrar en él, pese a los innumerables obstáculos de la empresa y a los severos castigos que hubiera ocasionado el descubrimiento de nuestro secreto.

Lograr ver los subterráneos era una de esas venturas inesperadas que sólo se dan una vez, dos veces a lo sumo, en la vida de un "diablo", después de años enteros de perseverancia y de estar en el secreto. Entrar por la puerta principal era algo en lo que no había ni que pensar. Esta puerta estaba ubicada en los bajos de una gran escalera, junto a las cocinas, que también eran subterráneas, y en las que

siempre estaban las conversas, pero estábamos convencidas de que era posible ingresar a los subterráneos por algún otro lugar, aún por los techos, para nosotras, toda puerta clausurada, todo rincón sombrío en cualquier escalera, toda pared que sonara a hueco, podía estar en comunicación con los subterráneos, y buscamos con ardor esa comunicación hasta debajo de los tejados.

Yo había leído en Nohant, entre la delicia y el terror, *El castillo de los Pirineos*, de Mrs. Radcliffe. Mis compañeras tenían en la cabeza innumerables leyendas escocesas e irlandesas capaces de hacer erizar los cabellos, por su parte el convento tenía abundantes historias sobre dramas lastimosos, aparecidos, desapariciones, visiones inexplicables y ruidos misteriosos. Todo eso y la idea de descubrir por fin el monstruoso secreto de la "víctima" inflamaba de tal modo nuestras locas imaginaciones que hasta creíamos oír lamentos, suspiros que salían de debajo de las losas, o por las hendijas de puertas y muros.

Aquí estamos, pues, lanzadas, mis compañeras por centésima vez y yo por primera, en busca de esa prisionera oculta que languidecía quién sabe dónde, pero que en algún lado tenía que ser, y que nosotras, quizá, estábamos destinadas a descubrir. ¡Debía ser

viejísima, después de tantos años que se la buscaba sin resultado! Tendría fácilmente doscientos años, pero a nosotras esto no nos importaba. La buscamos, la llamamos, pensamos en ella a toda hora y nunca nos desanimamos.

Esa noche me condujeron a la parte edificada que ya he descripto, la más antigua, la más fea, la más atractiva para nuestras expediciones. Nos deslizamos por un corredorcito bordeado con una rampa de madera que daba a una caja vacía sin uso conocido. Una escalera bordeada también con una rampa, bajaba hacia esa zona desconocida; pero una puerta anterior impedía la entrada a la escalera. Había que sortear el obstáculo pasando de una rampa a otra y caminando sobre la cara exterior de las balaustradas carcomidas. Más abajo se abría un vacío tenebroso, cuya profundidad no podíamos calcular. Sólo teníamos una pequeña bujía que no alumbraba más que los primeros escalones de la misteriosa escalera. Era un juego como para rompernos los huesos. Isabelle pasó primera, con el arrojo de una heroína. Mary, con la seguridad de un profesor de gimnasia; las demás con mayor o menor destreza, pero todas con felicidad.

Por fin estábamos en esa escalera tan vedada.

En un minuto llegamos abajo y con más regocijo que sorpresa nos topamos con un espacio cuadrado ubicado sobre la galería, un verdadero escondite. No tenía puertas ni ventanas, ni se veía ningún destino plausible para ese vestíbulo en desuso. ¿Para qué entonces una escalera que desembocaba allí? ¿Por qué una puerta sólida y con cadena para cerrar la escalera?

Nos dividimos la pequeña vela y cada una examinó un costado. La escalera era de madera. Debía tener un escalón secreto que diera a un pasaje, a otra escalera o a otra trampa oculta. Mientras que unas exploraban la escalera y trataban de separar los viejos tablones, otras tanteaban el muro y buscaban un botón, una argolla, una señal, cualquiera de esos detalles que en las novelas de Radcliffe hacen mover una piedra, girar una pared, abrir una entrada hacia los lugares desconocidos.

-Pero ¡ay!, no encontramos nada de eso. El muro era liso y reforzado con yeso. Al golpearlo sonaba sordamente, ninguna baldosa estaba floja, la escalera no revelaba ningún secreto. Isabelle no perdió las esperanzas. En el rincón más profundo que daba sobre la escalera, declaró que la pared sonaba a hueco; golpeamos y comprobamos el hecho.

-Es aquí gritamos. Allí debe estar el pasaje de la famosa víctima, por allí podremos bajar al sepulcro que encierra a los seres vivos.

Acercamos la oreja a la pared y no oímos nada, pero Isabelle sostuvo que ella escuchaba lamentos confusos, ruidos de cadenas. ¿Qué hacer?

-Es muy fácil -dijo Mary-; hay que demoler la pared. Entre todas podemos hacer un boquete.

Nada nos parecía más simple, y empezamos a trabajar en la pared; unas intentaban vencerla con sus palos; las otras, escarbaban con sus barras y atizadores; ninguna pensó que maltratando de esa forma esas pobres paredes débiles corríamos el riesgo de hacer que el edificio se derrumbase sobre nuestras cabezas, por suerte no podíamos hacer mucho, porque no podíamos golpear sin llamar la atención por el ruido repiqueteante de los palos. Tuvimos que conformarnos con arañar y cavar. Y ya habíamos conseguido separar bastante yeso y piedra cuando dio la hora de la plegaria. No nos quedaba tiempo más que para rehacer nuestra peligrosa escalada, apagar nuestras luces, separarnos y volver en secreto a nuestras clases, postergamos la empresa para el día siguiente y el encuentro se fijó en el mismo sitio. Las que llegasen antes no espera-

rían a las que un castigo o una vigilancia inesperada Impidiera venir. Trabajaríamos cavando el muro, con el esfuerzo de cada una. Ya teníamos trabajo para el día siguiente. No había peligro de que nos descubrieran, porque nadie bajaba nunca a ese reducto abandonado a las ratas y a las arañas.

Nos ayudamos mutuamente para hacer desaparecer el polvo y el yeso que nos cubrían, volvimos al claustro y entramos en nuestras respectivas clases cuando todas se arrodillaban para la plegaria. Ya no me acuerdo si ese día nos castigaron. Lo hicieron tantas veces que ningún hecho de esa índole reviste características especiales para el recuerdo, pero tuvimos muchas ocasiones de continuar nuestra obra. La señorita D. . ., al atardecer, tejía y peleaba con Mary Eyre. La clase estaba oscura y me parece que ella no tenía buena vista. Era lo mismo, porque pese a su afán de espionaje no tenía el don de la perspicacia, y siempre nos resultaba fácil escapar. Una vez que estábamos fuera de la clase, ¿dónde pescarnos en esa verdadera ciudad que era el convento? La señorita D...no tenía el menor interés en provocar un escándalo y denunciar nuestras frecuentes escapadas. Le hubieran reprochado no saber impedir lo que condenaba. Eramos totalmente indiferentes al

gorro de dormir y a las furibundas diatribas de esta excelente persona. La superiora, que era hábilmente indulgente, no se dejaba persuadir con facilidad para cancelarnos las salidas. Sólo ella tenía atribuciones para pronunciar esa suprema sentencia, La disciplina era en realidad bastante laxa, pese al carácter malvado de nuestra cuidadora.

La persecución del gran secreto, la búsqueda del escondrijo duró todo el invierno que estuve en la clase inferior. Socavamos bastante la pared, pero no conseguimos más que llegar hasta unos soportes de madera, ante los que tuvimos que detenernos. Sin embargo seguimos buscando, husmeamos en mil sitios distintos, sin conseguir nunca ningún éxito, pero sin perder nunca la esperanza.

No terminaré con la clase inferior sin hablar de dos pensionistas a las que quise mucho, pese a que no pertenecían al grupo de los diablos. Tampoco estaban entre las buenas, y menos todavía entre las brutas, ya que eran dos inteligencias excepcionales. Ya las he mencionado: eran Valentine de Gouy y Louise de la Rochejaquelen.

Valentine era muy chica, no tenía más de nueve o diez años, si no me falla la memoria. Como era pequeña y delicada, no parecía mayor que Mary

Eyre y Helen Keily, las dos más chicas de la clase Inferior, pero era una criatura muy por encima de su edad, y uno podía sentirse tan a gusto con ella como con Isabelle o Sophie. Aprendía todo con una facilidad sorprendente, por otra parte, estaba tan adelantada en sus estudios como las mayores. Tenía un carácter encantador, era franca y bondadosa. Mi cama estaba próxima a la suya en el dormitorio, y me gustaba cuidarla como si hubiera sido mi hija, del otro lado estaba la pequeña Susana, hermana de Sophie, a quien yo cuidaba aún más porque estaba siempre enferma.

La otra amistad que dejé en la clase inferior, pero que no tardó en reunírseme en la grande, Louise, era hija de la marquesa de Rochejaquelein, viuda del señor de Lescure, la que escribió unas Memorias tan interesantes sobre la primera Vendée. Me parece que el político que representa en la asamblea nacional la tendencia de un partido realista con ideas más caballerescas que prácticas es el hermano de Louise. Su madre fue en verdad una heroína de novela histórica. Esta verdadera novela, como ella la cuenta, presenta unos relatos muy dramáticos, bien vívidos y sumamente patéticos. Desconozco por completo la situación de Francia y de Europa; pero desde el

punto de vista realista, es imposible juzgar mejor al propio partido, pintar mejor al fuerte y al débil, el lado bueno y el lado malo de las facciones en lucha. Es el libro de una mujer de corazón e inteligente. Quedará entre los testimonios mejores y más útiles del período revolucionario. La historia ya se ha pronunciado acerca de los errores de hecho y las ingenuas exageraciones debidas al partidismo que contiene; pero se beneficiará con las originales apreciaciones de un juicio recto y un espíritu sincero, que denuncian las causas de la muerte de la monarquía, adhiriendo valientemente, por otro lado, a esta monarquía agonizante.

Louise tenía el corazón y el espíritu de su madre, el valor y algo de la rigidez política de los antiguos chouanes, mucho de la grandeza y la poesía de los campesinos Belicosos entre los que sé había criado. Yo ya había leído el libro de la marquesa, que se había publicado hacía poco. No compartía sus ideas, pero no las combatí jamás, debido al respeto que me inspiraban las creencias de su familia, y sus escritos animados, sus atractivas descripciones de las costumbres y matices de aquella jungla política me interesaron profundamente. Años después estuve en su casa una vez y conocí a su madre.

Como esa visita me impresionó mucho, contaré ahora lo que ocurrió en ella.

No me acuerdo dónde quedaba la casa. Era un gran hotel del barrio de Saint-Germain. Llegué humildemente en coche de alquiler, de acuerdo con mis posibilidades y mis hábitos, y ordené que se detuviera ante la puerta, que no se abría para tan poco ilustres visitantes. El portero, un viejo empolvado, quiso detenerme.

-Perdón -le dije-, voy a la casa de la señora de Rochejaquelein.

-¿Usted? me preguntó, mirándome despectivamente, porque yo no llevaba flores y encajes en mi abrigo ni en mi sombrero. Bueno, entre!

Y alzó los hombros, como diciendo: "¡Estas gentes reciben a cualquiera!

Intenté empujar la puerta que había quedado detrás de mí. Era tan pesada que no pude conseguirlo con la fuerza de mis dedos; no quería sacarme los guantes, así que no insistí, pero cuando había subido unos escalones el viejo cancerbero me corrió.

-¿Y su puerta? -gritó.

-¿Qué puerta?

-¡La de calle!

-Perdone -le dije riendo, es su puerta y no la mía.

Se fue rezongando a cerrarla y me pregunté si sería igualmente mal recibida por los ilustres lacayos de mi compañera de infancia. Había muchos en la antesala, y también otras personas, pregunté por Louise. Yo no estaba en París más que por dos o tres días; quería satisfacer el explícito deseo de mi amiga que deseaba abrazarme, y sólo pretendía conversar unos minutos con ella. Vino a buscarme y me introdujo en el salón con la misma alegría y afabilidad de siempre. Donde me hizo sentar, cerca de ella, había exclusivamente gente joven, sus hermanas y sus amigas. Al otro lado, las personas mayores rodeaban el sillón de su madre, que quedaba como aislada.

Me decepcionó mucho ver que la heroína de la Vendée era una mujer gruesa, muy colorada y con un aspecto bastante vulgar. A su derecha estaba de pie un campesino. Había venido desde su pueblo para verla y para visitar París, y había almorzado con la familia. Era, sin duda, un hombre "ilustrado" y quizá un héroe de la última Vendée. No pude adivinar su edad y Louise, a quien le preguntó, me dijo sencillamente:

-Es un valiente.

Vestía un pantalón basto y una chaqueta. Llevaba una especie de chalina blanca en el brazo y un viejo estoque golpeaba contra sus piernas. Tenía el aspecto de un guardia campestre en un día de fiesta. Lejos de allí aún existían esos combatientes, mitad pastores, mitad bandidos, con los que yo había soñado, pero el buen hombre tenía una manera de decir "señora marquesa" que me daba náuseas. A pesar de todo, la marquesa, que estaba entonces casi ciega, me gustó por su expresión simple y bondadosa. A su alrededor había algunas señoras que le rendían grandes homenajes, y que seguramente no sentían por sus blancos cabellos y sus ojos azules medio apagados la veneración que mi corazón ingenuo estaba dispuesto a brindarle; secreto homenaje mucho más valioso porque en ese tiempo yo no era ni devota, ni realista.

La escuché hablar; en ese momento demostraba más naturalidad que inteligencia. El campesino pidió permiso. recibió de ella un apretón de manos y se puso el sombrero antes de salir del salón, lo cual no provocó ninguna risa Louise y sus hermanas estaban vestidas con sencillez y sus maneras eran simplísimas. Esta simplicidad llegaba a veces a la

descortesía. No hacían las labores usuales sino que tenían ruecas y simulaban hilar como las campesinas. Yo quería verlo todo bien, y quizá hasta lo estuviera.

En casa de Louise todo era ingenuo y espontáneo, pero el marco en que yo veía moverse a la castellana de la Vendée no concordaba en absoluto con esos aires de flor de los campos. Un lujoso salón muy iluminado, un cortejo de patricias elegantes y ladies respetuosas, una antesala llena de lacayos, un portero que insultaba a las personas que venían en coche de alquiler, todo esto no armonizaba, y era demasiado visible la imposibilidad de un himeneo público y legítimo entre la nobleza y el pueblo.

Antes de volver a contar acerca de mi vida en el convento, quiero referirme a nuestras religiosas con algún detalle; creo que no he olvidado ninguno de sus nombres.

Después de la señora Canning -la superiora- de la cual ya he hablado, después de la señora Eugénie, la madre Alippe, la buena Gallinita -Marie Augustine-, una de las más antiguas era la señora Monique -Marie Monique-, mujer muy seria y austera, a quien nunca vi sonreír y con la cual era imposible que nadie se familiarizara. Fue superiora después de la se-

ñora Eugénie, la cual había sucedido en mis tiempos a la señora Canning. La autoridad superior no era inamovible. Se renovaba, creo yo, cada cinco años. la señora Canning fue superiora durante treinta o cuarenta años, y murió en el cargo. La señora Eugénie pidió ser relevada de su gobierno a los cinco años porque iba perdiendo la vista lentamente. Se quedó casi ciega; no sé si aún vive. Tampoco sé si la señora Monique vive todavía. Sé que desde hace unos años la ha sucedido la señora Marie Frangoise.

En mis tiempos la señora Marie Frangoise era novicia con su apellido, miss Fairbairns. Era una persona muy linda, blanca con ojos negros, colores frescos, un rostro severo, muy decidida, franca pero fría. Esta frialdad típicamente británica se había acentuado por la reserva claustral y el recogimiento y pesaba mucho en nuestras religiosas. A menudo frenaban y enfriaban nuestros Intentos de simpatizar con ellas. Es el único reproche colectivo que les formulo. No deseaban que las quisiéramos. Otra decana era la señora Anne Augustine, si no me equivoco de nombre. Era tan vieja que si a uno le tocaba subir la escalera detrás de ella, tenía tiempo de estudiar la lección. Nunca pudo decir una palabra en francés. También tenía un aspecto grave y auste-

ro. Creo que nunca nos dirigió la palabra. Se decía que tenía una grave enfermedad y que no digería bien. la digestión de la señora Anne Augustine era una de las tradiciones del convento, y nosotras éramos tan crédulas que le dábamos crédito.

Nos parecía que escuchábamos los ruidos de su vientre cuando caminaba; para nosotras, esa vieja religiosa que no hablaba nunca, que a veces nos miraba como asombrada y que no sabía el nombre de ninguna de nosotras, era un ser misterioso y algo temible. La saludábamos temblando, ella hacía una breve inclinación y pasaba como un espectro. Nosotras fabulábamos que había muerto hacía doscientos años y que deambulaba siempre por los claustros por costumbre.

La señora Marie Xavier era la más hermosa del convento; alta, bien formada, de rasgos regulares y delicados; siempre estaba blanca como su toca y triste como una tumba. Decía estar muy enferma y aguardaba la muerte con impaciencia. Es la única religiosa a quien vi desesperada por haber pronunciado los votos. Ella no lo ocultaba, y se pasaba la vida suspirando y llorando. La ley civil no revocaba esos votos eternos, y ella no se atrevía a romperlos. Había jurado por el santo sacramento; no era lo

bastante filósofa para retractarse, ni lo bastante piadosa para resignarse. Era un ser exánime, atormentado, lamentable, más apasionada que cariñosa, porque no podía manifestarse más que con ataques de furor, como exasperada por el hastío. Se hacían muchos comentarios acerca de ella. Algunas pensaban que había formulado los votos por algún desengaño amoroso, y que todavía estaba enamorada; otras, que odiaba y vivía de su rencor y su resentimiento; había quienes la acusaban de tener un carácter seco e insociable, y de no soportar la autoridad de las superiores.

Pese a que todo esto se nos ocultaba cuanto era posible, nos resultaba fácil percibir que vivía apartada, que las otras monjas le rehuían y que pasaba la vida protestando. Sin embargo, comulgaba como las demás y estuvo, creo, diez años en el convento, pero poco después de mi salida me enteré de que rompió sus votos y se fue, sin que se supiera nunca lo que había pasado dentro de la comunidad. ¿Qué final habrá tenido el doloroso romance de su vida? ¿Habrà encontrado libre y arrepentido al objeto de su pasión? ¿Se habrá reincorporado al mundo? ¿Habrà logrado vencer las dudas y remordimientos de la devoción que la mantuvo tanto tiempo prisionero-

nera pese a su falta de vocación? ¿Habr  entrado a otro convento para terminar sus días en medio del dolor y la penitencia? Creo que ninguna de nosotras lo supo. También es posible que me lo hayan dicho y yo lo haya olvidado. ¿Habr  muerto consumida por esa larga enfermedad espiritual que la aniquilaba? Nuestras religiosas aducían como excusa el diagnóstico médico, que la habían condenado a morir o a cambiar de clima y de forma de vida, pero era fácil percibir en sus sonrisas un poco tristes, que todo eso no había sucedido sin luchas y sin encono.

Otra novicia que también era muy hermosa y a la que vi entrar como aspirante con el nombre de miss Croft, hizo, después de mi salida, lo mismo que la señora Marie Xavier; dej  el convento y abandonó su vocación antes de haber tomado el velo negro.

Miss Hurst, novicia a la que vi tomar ese velo de duelo perpetuo y que lo hizo muy a conciencia y sin arrepentirse, era sobrina de la señora Monique. Fue mi profesora de Inglés. Todos los días yo estaba una hora en su celda. Era clara y paciente para enseñar. Yo la quería mucho, me parecía perfecta, aunque yo fuera diablo. Su nombre religioso fue Marie Winifred. Siempre que leo a Shakespeare y a Byron pien-

so en ella y le agradezco de todo corazón lo que hizo por mí.

Cuando entré al convento había otras dos novicias que estaban terminando el noviciado y que hicieron los votos antes de Miss Hurst y miss Fairbairns. No recuerdo sus apellidos; sus nombres religiosos eran: Mary Agnés y Annes Joseph. Ambas eran bajitas y menudas, parecían dos niñas. Mary Agnés, sobre todo, era una personita muy original. Sus gustos y hábitos estaban en total concordancia con su exigüidad personal le gustaban los libros chiquitos, las flores pequeñas, los pajaritos, las niñas, las sillitas; todo lo que elegía y usaba era delicioso y pulcro como ella, ponía cierta gracia infantil en sus elecciones, y más poesía que extravagancia.

La otra monjita, menos pequeña, y también menos inteligente, era la criatura más dulce y afectuosa del mundo. No tenía nada del desabrimiento británico ni de la suspicacia católica. Siempre que nos encontraba nos abrazaba, llamándonos con los epítetos más tiernos, en un tono plañidero y alegre.

Los niños siempre abusan de las expansiones que obtienen; de modo que, las pensionistas respetaban muy poco a la monjita. Las inglesas, especialmente, aborrecían sus maneras afectuosas. No

necesito repetir que tanto en el convento como fuera de él siempre he encontrado a esta raza muy alta-nera y desapegada. Los temperamentos de los ingleses son más apasionados que los nuestros, sus instintos más primitivos en todo sentido. Dominan con trabajo sus sentimientos y pasiones, pero saben contener sus manifestaciones y parece que desde la infancia se ejercitan en el arte de ocultarlos y de componer una máscara de impasibilidad. Se diría que vienen al mundo bajo los signos de la arrogancia y la reserva.

Volviendo a la hermana Anne Joseph, yo la quería así como era, y cuando venía hacia mí con los brazos abiertos y los ojos húmedos -siempre parecía un niño a quien se acaba de retar y que pide auxilio y consuelo al primero que encuentra-, ni se me ocurría criticar la vulgaridad de sus caricias: se las devolvía con la espontaneidad de una simpatía inconsciente, porque no se la podía ver como una persona que calculara sus afectos. No sabía pronunciar dos palabras seguidas porque era incapaz de coordinar sus ideas. ¿Sería por ignorancia, timidez, superficialidad?

Pienso que era incoherencia intelectual, obnubilación mental, si puede decirse. Charlaba sin decir

nada, pero lo que ocurría es que quería decir muchas cosas y que no podía hacerlo ni siquiera en su propio idioma. No era falta de tema, era confusión en las ideas, preocupada por lo que pensaba, decía unas palabras por otras o dejaba su frase inconclusa y había que adivinar lo que faltaba mientras ella empezaba otra. Actuaba tal como hablaba. Hacía mil cosas al mismo tiempo y ninguna como se debe: su abnegación, su dulzura, su predisposición a querer y a mimar parecían señalarla especialmente para las funciones de enfermera que desempeñaba, por desgracia, como confundía su mano derecha con la izquierda, confundía también enfermos, remedios y enfermedades; era capaz de hacernos tragar una posición y poner jarabe para la tos en una jeringa. Corría a buscar un medicamento a la farmacia, y bajaba la escalera en vez de subirla y viceversa. Se pasaba la vida perdiéndose y encontrándose, siempre estaba atareada, afligida por alguna tontería que había ocurrido a cualquiera de sus dearest sisters o de sus dearest childrens. Buena como un ángel, tonta como una gansa, decían. Y las demás monjas la reprendían o se reían de sus confusiones. Se quejaba de que en su celda había ratas; le contestaban que debían haber salido de su cabeza. Cuando hacía una

burrada se desesperaba, lloraba, perdía la cabeza y no podía volver a encontrarla.

¿Cómo llamar a esas personas afectuosas, inofensivas, todas buena voluntad, pero en el fondo inútiles e incapaces? Hay muchas naturalezas que no saben ni pueden hacer nada, y que libradas a sí mismas, no podrían encontrar en la sociedad ningún lugar apropiado a sus características. Se las llama idiotas o imbéciles sin ninguna consideración. Yo preferiría el prejuicio de ciertas culturas que consideran sagradas a esta clase de personas. Dios vive en ellas de modo misterioso, pero sólo se lo respeta en las personas pletóricas de pensamientos o que hilan finamente el hilo conductor del laberinto intelectual.

Quizá algún día tendremos una civilización tan rica y cristiana que no diga más a los incapaces: "¡Lo siento mucho, arréglate como puedas!" ¿No comprenderá nunca la humanidad que aquellos que sólo saben amar son útiles para todo, y que hasta el amor de un bruto es un don precioso?

Pobre hermanita Anne Joseph, hiciste muy bien en apoyarte en Dios, único que no rechaza los esfuerzos de un corazón simple, y en lo que a mí respecta, le agradezco que me haya hecho apreciar en ti

esa "santa simplicidad" que no podía brindar más que ternura y dedicación.

He dejado para el final a la religiosa que más quise. Era, con seguridad, la joya del convento. La señora Mary Alice Spiring era la mejor, la más inteligente y adorable de las ciento y tantas mujeres, viejas o jóvenes, que habitaban por un corto lapso o para siempre el convento de las inglesas. Cuando la conocí aún no tenía treinta años. Era muy hermosa a pesar de su nariz demasiado larga y de su boca demasiado chica, pero sus enormes ojos azules, bordeados de pestañas negras, fueron los más bellos y sinceros, los más dulces que he visto en mi vida. Toda su alma generosa, maternal y franca, toda su vida piadosa, casta y honorable, estaban en esos ojos. Adquirí la costumbre, y aún no la he perdido, de recordar esos ojos cuando durante la noche me siento acosada por esas visiones terroríficas que nos persiguen aún después del sueño. Imaginaba encontrar la mirada de la señora Alice, y ese purísimo rayo alejaba a los fantasmas.

En esta mujer maravillosa había algo de ideal; no exagero, y cualquiera que la haya visto un minuto en el locutorio habrá sentido por ella una de esas súbitas atracciones unidas a un profundo respeto

que sólo despiertan las almas excepcionales, puede que la religión la haya hecho humilde, pero era modesta por naturaleza. Había nacido adornada con todas las virtudes, con todas las gracias, con todos los poderes que el ideal cristiano bien entendido por una noble inteligencia puede conservar y desarrollar. Se veía que en ella no había lucha interior y que vivía en la bondad y la belleza como en su elemento. Todo en ella armonizaba. Su figura era espléndida y atractiva bajo el hábito y el manto. Sus manos finas y bien torneadas eran hermosas, pese a una anquilosis de los meñiques que se manifestaba de vez en cuando. Su voz era grata, su pronunciación distinguida y exquisita en las dos lenguas, que hablaba también a la perfección. Nacida en Francia, de madre francesa, educada en Francia, era más francesa que inglesa, y la mezcla de lo que ambas razas tienen de mejor había conseguido un ser perfecto. Tenía la dignidad británica sin llegar a la rigidez, la severidad religiosa sin la dureza. A veces reprendía, pero con palabras tan medidas y justas, con motivos tan claros, con reproches tan sencillos y apropiados, y además acompañados de deseos tan constructivos, que una delante de ella se sentía apaciguada, transformada, convencida, para nada herida, humillada ni

rechazada. Cuanto más franca era, más se la quería, y se amaba más cuando una se sentía menos digna de la amistad que concedía, pero siempre se guardaba la esperanza de merecerla, y por cierto que lo conseguíamos, por lo anhelada y buscada que era esta cualidad suya.

Algunas religiosas tenían una o varias "hijas" entre las pensionistas; es decir que con la recomendación de la familia, o con el pedido de una alumna y el permiso de la superiora, existía una especie de adopción especial. Esa maternidad consistía en algunos cuidados particulares, en penitencias livianas o severas según la ocasión. La hija tenía permiso para entrar en la celda de su madre, para pedirle consejo o amparo, para tomar algunas veces el té con ella en el taller de las religiosas, para hacerle un pequeño regalo en su onomástico, en suma, para amarla y manifestárselo. Todas querían ser hijas de la Gallinita o de la madre Alippe. La señora Marie Xavier tenía hijas. Deseaban ardientemente ser hijas de la señora Alice, pero ella era muy exigente para conceder ese honor. Secretaria de la comunidad, a cargo de todo el trabajo de oficina de la superiora, tenía poco tiempo y mucho cansancio. Había tenido una hija muy querida, Louise de Corteilles -la que

fue después señora de Aure-. Louise ya había salido del convento y nadie soñaba en reemplazarla.

Este anhelo se apoderó de mí como ocurre con las personas ingenuas que no vacilan ante nada. Todos decían que la señora Alice me quería como a una hija, pero nadie se animaba a pedírselo. Yo misma fui a decírselo claramente y sin acobardarme por el sermón que me esperaba.

-Me dijo, -¿tú, el peor diablo del convento? Pero, ¿es que quieres obligarme a hacer penitencia? ¿Qué te hice yo para que me obligues a ocuparme de guiar una cabeza como la tuya? ¿Tú, niña terrible, pretendes reemplazar a Louise, mi niña dulce y buena? Creo que te has vuelto loca, o que quieres volverme a mí.

-¡Ah! -le contestó sin perder la calma, -póngame a prueba. ¿Quién sabe? ¡A lo mejor me corrijo, a lo mejor me vuelvo amorosa para darle un gusto!

-En buena hora respondió; -si lo hago con la esperanza de corregirte a lo mejor me resigno; pero en verdad que me ofreces un camino difícil para obtener mi salvación, y hubiera preferido otro.

-Un ángel como Louise de Courteilles no pesa, para su salvación repliqué; usted no ha hecho ningún mérito con ella; hará muchos más conmigo.

-Pero, y si después de preocuparme mucho no logro convertirte a la bondad y a la devoción? Al menos podrías prometerme que cooperarás?

-No mucho -le dije- -Todavía no sé lo que soy ni lo que seré. Sólo sé que la quiero mucho, y que sea como sea, usted terminará queriéndome también.

-Veo que no te falta amor propio.

-¡Oh!, ya verá que no se trata de eso; pero necesito una madre. Ocurre que tengo dos, que me quieren demasiado, a las que quiero en exceso, y no conseguimos más que causarnos dolor unas a otras, pero tampoco puedo explicarle esto, aunque sé que usted, que tiene a su madre en el convento, es la única que lo comprendería. Sea a su modo una madre para mí. Creo que me hará bien. Se lo pido porque lo necesito y no me hago ilusiones. Vamos querida madre, diga que sí, porque le advierto que ya les he hablado a mi abuela y a la señora superiora y ellas también se lo van a pedir.

La señora Alice aceptó y mis compañeras, completamente sorprendidas por esa adopción, me decían:

-¡Tienes suerte! Eres el diablo, te lo pasas haciendo bobadas y malignidades. Sin embargo, tienes

a la señora Eugénie que te protege, y a la señora Alice que te ama; has nacido con estrella.

-¡Puede ser!, -decía yo-, con el engrimiento de las malas personas.

Mi cariño por esta mujer admirable era, sin embargo, mucho más serio de lo que parecía y de lo que ella misma pensaba. Yo sólo conocía una pasión: la del amor filial, y esa pasión persistía; mi verdadera madre respondía con creces o sin ellas, y desde que ingresé al convento empecé a pensar en hacer los votos para atemperar mis impulsos y reintegrarme en mí misma, por decirlo de algún modo. Mi abuela me desaprobaba porque yo había aceptado la prueba que me había impuesto. Ninguna de las dos tenía más razón que yo. Necesitaba una madre serena y empezaba a darme cuenta de que el amor maternal debe ser un remanso y no una pasión celosa. A pesar del disloque en que mi ser interior estaba abismado y como disperso, no dejaba de tener mis horas de ensoñaciones dolorosas y reflexiones sombrías, que no comunicaba a nadie. A veces estaba tan abatida mientras hacía mis travesuras, que tenía que fingirme enferma para no traicionarme. Mis compañeras inglesas se burlaban de mí y me decían:

-¿Estás deprimida hoy? ¿Qué te pasa?.

Cuando yo estaba triste y decaída, Isabelle solía decir:

-Está deprimida, su espíritu está ausente.

Era menos diablo por gusto que por obstinación. Habría vuelto a ser tranquila si mis diablos me lo hubieran permitido. Las quería, me divertían, me sacaban de mí misma; pero cinco minutos del rigor de la señora Alice me resultaban más benéficos, porque ya sea por caridad cristiana o por amistad particular, yo me interesaba en este rigor con más seriedad y por más tiempo que en el cambio de bromas con mis compañeras. Si hubiera podido vivir en el taller o en la celda de mi querida madre, a los tres días no hubiera entendido ya la necesidad de divertirse sobre los techos o en los subterráneos.

Necesitaba querer a alguien y ponerlo por sobre todos los demás en mis pensamientos cotidianos; necesitaba adjudicar a ese alguien toda la perfección, la serenidad, la fuerza, la rectitud; necesitaba, en fin, adorar un objeto superior a mí y rendir en mi corazón un constante culto a algo que se pareciera a Dios o a "Corambé". Ese algo adoptaba el aspecto grave y reposado de Marie Alice. Era mi ideal, mi amor santo, era la madre que yo había elegido.

Cuando durante el día me había portado como diablo, a la noche me deslizaba en su celda después de la oración. Era uno de los privilegios que me concedía la adopción. La plegaria terminaba a las ocho y media. Subíamos por las escaleras del dormitorio y nos encontrábamos en los largos corredores -a los que también se daba el nombre de dormitorios, porque las puertas de las celdas se abrían sobre ellos-, con las monjas salmodiando en voz alta sus cánticos en latín. Hacían un alto delante de una madonna que estaba en el último descanso, y allí se separaban, después de algunos versículos y responsos. Cada una penetraba en su celda sin decir palabra, porque el silencio era la norma entre la plegaria y el sueño.

Pero las que tenían que cumplir alguna función con las enfermas o con sus hijas estaban libres de esa restricción, por lo tanto, yo tenía derecho a entrar en la celda de mi madre entre las nueve menos cuarto y las nueve en punto. Cuando el reloj daba las nueve campanadas, la luz se apagaba y yo debía volver al dormitorio. Tenía, entonces, sólo unos cinco o seis minutos para dedicarme, preocupada y pendiente de los cuartos, medios cuartos y menos cuartos que marcaba el viejo reloj, porque la señora

Alice era rigurosamente fiel en la observancia de las reglas y no le gustaba omitir la más insignificante.

-¿Estás deprimida hoy? ¿Qué te pasa? Está deprimida, su espíritu está ausente.

-¡Vamos a ver decía, -abriendo su puerta, a la que yo llamaba de una manera especial para que me reconociera-, aquí está ahora mi martirio!

Era su fórmula habitual, pero el tono con que la decía era tan dulce y acogedor, su sonrisa tan tierna y su mirada tan benévola, que yo entraba de inmediato.

-A ver , ¿qué tienes de nuevo para contarme? ¿Acaso habrás sido buena en el día de hoy?

-No.

-Pero, entonces, ¿cómo no llevas el gorro de dormir? -Ya he explicado que era el estigma penitenciario que llevaba casi de continuo-.

-Sólo lo llevé dos horas esta noche -decía yo.

-¡Ah! ¡Muy bien! ¿Y esta mañana?

-Esta mañana lo llevé en la iglesia. Me escondí detrás de mis compañeras para que usted no me viera.

-¡Ah! ¡no tengas miedo!, te miro lo menos posible para no toparme con ese gorro odioso. Y bien, ¿lo tendrás mañana?

-¡Oh! ¡Es muy posible!

-¿Entonces no estás dispuesta a cambiar?

-Todavía no puedo.

-Entonces, ¿qué vienes a hacer aquí?

-A verla y a que me rete.

-¿Eso te divierte?

-Me hacen bien.

-¡No me parece, y en cambio a mí me hace mal, maligna criatura!

-¡Ah! ¡Mejor así! -le decía yo, eso prueba que usted me quiere.

-Y que tú no me quieres a mí replicaba ella.

-Y así ella me reprendía y yo gozaba con ello. Al menos -me decía- aquí tengo una madre que me quiere por mí misma y que es razonable conmigo. Yo la escuchaba con el sometimiento de una persona pronta a convertirse, pero yo no pensaba en eso.

-Bueno, -me decía ella-, espero que cambiarás; te aburrirás de tus estupideces y Dios hablará a tu alma.

-¿Le pide usted por mí?

-Sí, mucho.

-¿Todos los días?

-Todos los días.

-Usted se da cuenta de que si yo fuera buena,

me querría menos y no pensaría tanto en mí.

No podía dejar de reírse, porque tenía ese natural alegre que es la condición de los buenos espíritus y las buenas conciencias. Me agarraba por los hombros y me sacudía como para librarme del diablo que se posesionaba de mí. Después daba la hora, y me acompañaba hasta la puerta riéndose. Y yo subía a mi dormitorio llevando, como por una magnética influencia, un poco de la calma y la sencillez de esa alma hermosa.

He transmitido estos detalles para completar el retrato de mi querida Marie Alice, pero tendría mucho más que decir acerca de mis relaciones con ella. Y pongo fin a mi nomenclatura diciendo que había cuatro hermanas conversas, de las que sólo recuerdo a dos: la hermana Thérèse y la hermana Héléne.

Si, la clausura me hizo sufrir físicamente, no me afectó moralmente; mi fantasía no disminuía con los años y el futuro me inspiraba más temor que deseo. Nunca me gustó mirar hacia adelante. Tengo miedo de lo desconocido, prefiero el pasado aunque sea triste. En cuanto al presente, es siempre una especie de transacción entre lo que se ha deseado y lo que se ha conseguido. De ese modo se lo acepta o se lo padece; uno sabe que ha sufrido o aceptado muchas

cosas, pero, ¿cómo saber lo que podrá ocurrir en el futuro? Nunca permití que me dijeran la buena-ventura; tampoco creo en la adivinación, pero el futuro concreto me parece siempre algo tan terrible que odio que me hablen de él, aunque sea en broma, por mi parte, nunca he pedido a Dios más que una sola cosa en mis oraciones: tener la fuerza necesaria como para soportar lo que me toque.

Con semejante predisposición anímica, que nunca ha cambiado, me sentía más feliz en el convento que fuera de él; porque allí nadie conocía a fondo el pasado de las demás, ni podía tampoco saber lo que les ocurriría. los padres se la pasan hablando a sus hijos del futuro. El porvenir de su prole es una continua inquietud, una constante y agitada preocupación. Quieren arreglarlo, asegurarlo; en eso se pasan la vida, y sin embargo el destino contradice y desbarata todos sus proyectos. los niños no aprovechan nunca los consejos que se les dan. Además, cierta inclinación a la independencia y a la curiosidad los impulsa frecuentemente en sentido opuesto. Las monjas no tienen esa preocupación para con los niños que educan, para ellas, no interesa el futuro terrestre. Sólo ven el cielo y el infierno, y para ellas el futuro se reduce a la salvación. Ya

antes de ser devota, ese tipo de porvenir me daba tanto miedo como el otro. Ya que, según los católicos, uno es libre de elegir entre la salvación y la condena, ya que la menor buena acción nos coloca en el mismo camino por el que los ángeles se dignan marchar delante de nosotros, yo me decía a mí misma con absoluta confianza que no corría ningún peligro; que reflexionara cuando quisiese y que no me apresurara a hacerlo. No era dada a las especulaciones Interesadas. Nunca influyeron en mí, ni siquiera en cuestiones religiosas. Lo que yo quería era amar a Dios por el solo placer de amarlo, y no por miedo; esto es lo que yo decía cuando querían atemorizarme.

Sin reflexión y sin temor de esta vida o de la futura, yo no pensaba más que en divertirme, o para ser más exactos, no pensaba en nada. He pasado así, como en estado latente, tres cuartas partes de mi vida. Creo que hubiera podido morirme sin haber ni pensado en la vida, y sin embargo, a mi modo, habría vivido, porque el ensoñamiento y la contemplación son acciones imperceptibles que llenan completamente las horas y ocupan las fuerzas intelectuales sin fatigarlas demasiado.

En la mitad del segundo invierno que pasé en el

convento vino mi abuela. Volvió a partir dos meses después, y en todo ese tiempo salí cinco o seis veces. Mi aspecto de pensionista no le gustó más que mi anterior facha de campesina. Yo no conseguía tener buenos modales. Estaba más ausente que nunca. Las lecciones de baile del señor Abraham, ex profesor de María Antonieta, no me habían proporcionado ninguna clase de gracia. Sin embargo, el señor Abraham hacía todo lo posible para que lográramos un aire cortesano. Llegaba con su traje a cuadros, pechera de muselina, corbata blanca de largas puntas, calzones cortos y medias de seda negras, zapatos con hebilla, peluca, un diamante en el dedo y su bolso en la mano. Tenía cerca de ochenta años, siempre delgado, grácil, elegante, con una tez azulada y rojiza sobre fondo amarillo, como una hoja otoñal, pero siempre fina y distinguida. Era el hombre más bueno del mundo, el más educado, el más cumplido, el más correcto. Daba su clase en dos grupos de quince o veinte alumnas cada uno, en el gran locutorio de la superiora.

En ese lugar el señor Abraham nos demostraba los secretos geométricos de la gracia, y después de los pasos de moda, se instalaba en un sillón y nos decía:

-Señoritas, soy el rey o la reina, y como ustedes han sido llamadas para ser presentadas en la corte, vamos a estudiar, las entradas, las reverencias y las salidas de la presentación.

Otras veces estudiábamos ceremonias más comunes, como un salón de grandes personajes. El profesor hacía sentar a unas, entrar y salir a otras, enseñaba cómo se debía saludar a la dueña de casa, después a la princesa, a la duquesa, la marquesa, la vizcondesa, la baronesa y la presidenta, cada una según la cantidad de respeto que sus rangos merecían. También representaba al príncipe, al duque, al barón, al marqués, al conde, al vizconde, al caballero, al presidente y al abate. El señor Abraham hacía todos esos papeles y nos saludaba una por una para que aprendiéramos la manera de responder a todas esas reverencias, recoger el guante o el abanico que se nos ofrecía, sonreír, cruzar una habitación, sentarse, cambiar de sitio, ¡qué sé yo!, según el interminable código de la cortesía francesa. Todo estaba reglamentado, hasta la manera de estornudar. Nos moríamos de risa y hacíamos deliberadamente mil barbaridades para amargarlo. Después, al terminar la lección, para dejar contento al pobre hombre - porque era una barbaridad mortificar de ese modo a

la dulzura y la paciencia personificadas-, hacíamos todas las gracias y gestos que nos solicitaba, para nosotras eso era una pantomima que nos costaba representar sin reírnos en sus narices, pero que nos enseñaba a comportarnos correctamente. Hay que notar que la gracia del tiempo del señor Abraham era muy distinta de la actual; cuanto más ridículas y afectadas eran las posturas que adoptábamos, más satisfecho se mostraba y más elogiaba nuestra buena disposición.

Pese a tantos ejercicios y teoría, yo seguía siendo tosca, tenía modales bruscos, gestos espontáneos, horror por los guantes y las reverencias. Mi abuela, excelente persona, me reprendía con voz suave y palabras melifluas, pero yo tenía que violentarme mucho a mí misma para superar el hastío y la impaciencia que me causaban esos pequeños altercados. ¡Yo deseaba tanto gustarle! Pero no lo conseguía. Ella me quería. Vivía exclusivamente para mí, y parecía que en mi torpeza y en mi desdichada falta de coquetera había algo que ella no podía aceptar, una cosa antipática que no podía vencer; quizá una especie de tara original que denunciaba el pueblo a pesar de todos sus cuidados. Sin embargo ya no era tonta; mi natural ingenuo y espontáneo no

me llevaba a ser grosera o inoportuna. Casi todo el tiempo estaba ocupada. Sólo Dios sabe en qué, probablemente en nada. No tenía nada que decirle a mi abuela. ¿De qué hablar? De nuestras travesuras, de nuestros subterráneos, de nuestra haraganería, de nuestras amistades del convento. Era siempre lo mismo y a mí no me interesaba el mundo ni el porvenir que ella quería para mí. Me presentaban jóvenes con intención de arreglar proyectos matrimoniales, y yo no me daba cuenta. Cuando se iban, me preguntaban que me habían parecido, y resultaba que yo ni los había mirado. Me regañaban por pensar en otra cosa mientras ellos estaban presentes. Yo no era una niña precoz; en mi primera infancia empecé a hablar tarde, lo demás vino solo; mi fuerza física se había desarrollado rápidamente; parecía una señorita, pero mi cerebro paralizado, replegado sobre sí mismo, hacía de mí una niña, y en lugar de dejarme dormir en ese estado, querían hacer de mí una persona adulta.

Esta gran ansiedad de mi abuela provenía de su gran necesidad de afecto. Sentía que envejecía poco a poco. Quería casarme, atarme al mundo, tener la certeza de que yo no caería bajo la tutela de mi madre; y como temía no tener tiempo, se esforzaba por

inspirarme el culto del mundo, el rechazo hacia mi familia materna, la separación del medio plebeyo en el cual ella temía que volviera a caer cuando me dejara. Mi temperamento, mis sentimientos y mis ideas se negaban a secundaria. El respeto y el cariño trababan mi lengua. Ella a veces me tomaba por tonta, otras por muy burlona. Yo no era una cosa ni la otra: la quería y sufría calladamente.

Mi madre parecía haber desistido de apoyarme en esa lucha muda y silenciosa., Siempre se mofaba del gran mundo, me hacía muchos mimos, me admiraba como a un portento y se preocupaba muy poco por mi futuro, parecía haber aceptado para sí misma un futuro en el que yo no tendría un papel importante. Yo sufría mucho por esta especie de abandono, después del apasionado cariño que ella me había hecho sentir en mi infancia. No me llevó más a su casa. En dos o tres años vi a mi hermana una o dos veces. Mis días de salida estaban colmados de visitas que me hacía hacer mi abuela a sus viejas condesas. Aparentemente quería interesarse en mí, crear relaciones y apoyos entre las que le sobrevivieran. Estas señoras seguían resultándome antipáticas, con excepción de la señora de Pardailan, por la noche, cenábamos o en casa de mi tío

Beaumont o en la de mis primos Villeneuve. Cuando empezaba a sentirme cómoda con mi familia, ya tenía que irme. Mis días de salida eran tétricos, por la mañana, contenta y apurada, llegaba a mi casa con el corazón desbordante de proyectos e impaciencia. A las tres horas ya empezaba a ponerme triste. También me entristecía despedirme; sólo volvía a recuperar la calma y la alegría cuando estaba en el convento.

El episodio que más alegría me dio fue obtener una celda, deseo largamente acariciado. Todas las señoritas de la clase grande la tenían; sólo yo permanecí mucho tiempo más en el dormitorio, porque se temían mis trifulcas nocturnas. Ese dormitorio ubicado bajo los techos, frío en invierno y caluroso en verano, era un suplicio mortal. Siempre se dormía mal, porque alguna pequeña lloraba de cólico o de miedo durante la noche. Y además, no estar en un lugar propio, no sentirse sola aunque fuese una hora por día, es algo muy desagradable para los que aman el ensueño y la contemplación. La vida en común es el ideal de la felicidad para los que se aman. La he vivido plenamente, nunca la olvidaré; pero todo ser pensante necesita algunas horas de soledad y meditación. Sólo así es posible gozar de

los placeres de la sociedad.

La celda que finalmente me concedieron era la peor del convento. Era un agujero ubicado al final del cuerpo del edificio lindante con la iglesia. Estaba pegada a una similar que ocupaba Coralie le Marrois, persona austera y piadosa, creyente y sencilla, cuya vecindad pensaron que me infundiría respeto. Me llevé bien con ella pese a que teníamos gustos distintos; me cuidé de no perturbar su sueño o sus oraciones y de salir sin ruido para reunirme en el descanso con Fannelly y otras charlatanas, con las cuales hacía mis correrías nocturnas en el depósito de las cebollas o en las graderías del órgano. Teníamos que pasar delante de la habitación de Marie Joséphe, la criada, pero siempre dormía como un lirón.

Mi celda tenía más o menos diez pies de ancho por seis de largo. Desde mi cama, tocaba con la cabeza el techo en declive. La puerta, al abrir, chocaba con la cómoda que estaba enfrente, cerca de la ventana, y para poder cerrarla había que ponerse junto a la ventana, formada por cuatro pequeños cuadrados, y que daba sobre un desagüe que me ocultaba el patio, pero en compensación tenía una vista magnífica. Abarcaba una parte de París por

encima de los castaños del jardín. Alrededor de nuestra cárcel había grandes espacios plantados de pepinos y hermosas huertas. De no ser por la línea azulada de monumentos y de casas que cerraba el horizonte, podía suponer que estaba en el campo, y no en una Inmensa ciudad. la cúpula del convento y las construcciones bajas del claustro formaban el primer plano. la noche, bajo la luna llena, era un cuadro notable. Oía desde muy cerca el reloj, y al principio me costó acostumbrarme a dormir, pero poco a poco llegué a sentir un verdadero placer al ser dulcemente despertada por ese sonido melancólico y escuchar de lejos a los ruiseñores re iniciando su canto.

Mi mobiliario estaba formado por una cama de madera pintada, una cómoda vieja, una silla de paja, una alfombrita ordinaria y una pequeña arpa Luis XV, muy hermosa, que ya había relucido entre los bellos brazos de mi abuela y que yo tocaba un poco para acompañarme en el canto. Tenía permiso para estudiar el arpa en mi celda; era una excusa para tener todos los días una hora de libertad, y aunque no estudiase, esa hora solitaria y soñadora era vital para mí. Los gorriones, tentados por mi pan, entraban sin temor en mi habitación y venían a picotear hasta

mi cama. A pesar de que esta mísera celda era un horno en verano y textualmente una heladera en invierno -la humedad de sus techos se congelaba y se formaban estalactitas-, la quise con locura, y recuerdo que, de tanto como la quería, besé candorosamente sus paredes al dejarla. No podría explicar la multitud de ensueños que ligaban mi persona a ese pequeño nicho polvoriento y mezquino. Sólo allí yo me hallaba a mí misma y me pertenecía. Durante el día no pensaba en nada; miraba las nubes, las ramas de los árboles, el vuelo de las golondrinas. De noche, escuchaba los rumores lejanos y sofocados de la gran ciudad, que me llegaban como ecos apagados, mezclados con los ruidos repentinos del barrio. Al amanecer, los sonidos del convento se despertaban y cubrían orgullosamente esos quejidos fúnebres. Nuestros gallos empezaban a cantar, nuestras campanas sonaban; los mirlos del jardín repetían hasta cansarse sus melodías matutinas; después, las monótonas voces de las religiosas salmodiaban los oficios y subían hasta mí atravesando los corredores y los mil intersticios de las ruinas resonantes. Los proveedores de la casa gritaban en el patio, situado directamente debajo de mí, y sus voces broncas y rudas contrastaban con las de las monjas; y por úl-

timo, el llamado estrepitoso de la despertadora Marie Joséphe, que corría de habitación en habitación haciendo sonar las campanillas de los dormitorios, ponía punto final a mi contemplación auditiva.

Dormía poco. Nunca he dormido mucho. Sólo tenía ganas de hacerlo cuando tenía que levantarme. Soñaba con Nohant; en mi pensamiento se había transformado en un paraíso, y sin, embargo, yo no quería volver, y cuando mi abuela decidió que no tendría vacaciones porque ya que no permanecería muchos años en el convento debía aprovecharlos al máximo para mis estudios, lo acepté sin pena; hasta tal punto temía volver a hallar en Nohant los dolores que me lo hicieron dejar sin llanto.

Estos estudios a los que mi abuela sacrificaba el goce de verme, casi no existían. A ella sólo le preocupaban las lecciones de buenos modales, y a mí, cuando me hice diablo, ya no me importaron. A veces me preocupaba mucho ese abandono errático, pero ¿cómo modificarlo cuando uno se ha abandonado por mucho tiempo?

Por fin, llegó el momento en que se operé en mí una gran transformación. Me volví creyente; ocurrió de pronto, como una pasión que surge en un alma que desconoce sus propias fuerzas. Había llegado,

se diría, a agotar la pereza y la diversión con mis diablos, la inquietud, la rebelión muda e implacable contra la disciplina. El único amor violento que había sentido, el amor filial, me había casi agotado y herido. Tenía una especie de devoción por la señora Alice, pero era un afecto sereno; necesitaba una pasión ardiente. Tenía quince años. Todas mis necesidades estaban en mi corazón, y éste moría de tedio, valga la expresión. El sentimiento de la individualidad no se despertaba en mí. Yo no tenía esa atención desmesurada por mi persona que había visto desarrollarse en todas las jóvenes de mi edad que conocía. Necesitaba, pues, amar algo exterior, y no conocía nada sobre la tierra que pudiese amar con todas mis fuerzas.

Sin embargo no buscaba a Dios. El ideal religioso, eso que los cristianos llaman gracia, me salió al encuentro y se apoderó de mí como por arte de magia. Los sermones de las monjas y de las profesoras no tuvieron ninguna Influencia. Ni siquiera la señora Alice tuvo un papel decisivo. He aquí lo que ocurrió; lo contaré sin explicaciones, porque en esos súbitos cambios de nuestro espíritu hay cierto misterio que no nos pertenece y que tampoco podemos comprender.

Todas las mañanas íbamos a misa de siete; volvíamos a la Iglesia a las cuatro y allí pasábamos una media hora, que las piadosas dedicaban a la meditación, a la plegarla o a alguna lectura edificante. Las otras bostezaban, dormitaban o cuchicheaban entre ellas cuando la profesora no las veía. De puro aburrida tomé un libro que me habían dado, y que aún no me había dignado hojear. Las páginas todavía no estaban cortadas; era un breviario sobre la vida de los santos. Lo abrí al azar. Caí sobre la extravagante leyenda de San Simeón, de la que Voltaire se ha burlado tanto y que se parece más a la historia de un faquir hindú que a la de un filósofo cristiano. Esta leyenda primero me hizo sonreír, pero después su originalidad me sorprendió, me llamó la atención. la releí otra vez, y le encontré más poesía que ridiculez. Al otro día leí otra historia, y al siguiente devoré varias con enorme interés. Los milagros me encontraban incrédula, pero la fe, el arrojo, el estoicismo de los mártires me parecían algo grandioso y despertaban alguna fibra oculta que empezaba a vibrar en mí.

Al fondo del coro había un cuadro fabuloso del Ticiano que nunca pude ver bien. Ubicado en un rincón mal iluminado y lejos de las miradas, como

ya de por sí era muy oscuro, apenas se distinguían unas manchas de color cálido sobre un fondo también oscuro. Representaba a Jesús en el Monte de los Olivos, en el momento en que cae desmayado en los brazos del ángel. El salvador estaba arrodillado, uno de sus brazos se apoyaba sobre los del ángel, X que sostenía sobre su pecho la cabeza caída. Tenía ese cuadro frente a mí, y a fuerza de mirarlo lo había adivinado más que visto. Había un solo momento del día en que yo podía apreciar más o menos los detalles; era en invierno, cuando el sol se ponía y echaba sus últimos rayos sobre los ropajes rojos del ángel y sobre el brazo blanco y desnudo del Cristo. El resplandor de los cristales hacía fascinante ese momento fugaz, y entonces yo sentía una emoción indefinible, aún en la época en que no era creyente ni pensaba que lo sería jamás.

Al hojear la Vida de los santos mis miradas se detuvieron con más frecuencia en el cuadro; era verano; el sol poniente no lo iluminaba en el momento de la oración, pero el objeto de mi contemplación no me era tan necesario a la vista como al pensamiento. Interrogando involuntariamente a esas masas imponentes y confusas yo buscaba el sentido de la agonía de Cristo, el sentido de

ese tremendo sacrificio voluntario, y empezaba a presentir algo mucho más grandioso y profundo que lo que hasta entonces me habían explicado; me sentí muy triste, anegada por una piedra y un dolor desconocidos. Algunas lágrimas acudieron a mis ojos, las sequé a escondidas, avergonzada de haberme emocionado sin saber por qué. No podía decir que era debido a la belleza de la pintura, porque la veía demasiado a menudo como para emocionarme con su belleza.

Otro cuadro más visible y menos merecedor de admiración representaba a San Agustín bajo la higuera, con el rayo milagroso sobre el que estaban escritas las memorables y misteriosas palabras Tolle, lege, que el hijo de Monique creyó oír saliendo del follaje y que lo incitaron a leer el divino libro de los evangelios. Busqué la vida de San Agustín, que ya me habían explicado brevemente en el convento, donde éste santo era especialmente venerado, ya que era patrono de la orden. Me interesó vivamente esta historia, que contiene tan gran caudal de sinceridad y pasión. De allí pasé a la de San Pablo, y el cur me persequeris? me produjo una terrible impresión. El poco latín que me había enseñado Deschartres me servía para entender parte de los

oficios, y empecé a escucharlos y a encontrar en los salmos que recitaban las monjas una poesía y una sencillez admirables. En fin, de pronto, vinieron ocho días en los que la religión católica me pareció digna de estudio.

El Tolle, lege, me decidió por fin a tomar el Evangelio y releerlo atentamente. La primera impresión no fue demasiado impactante. El libro sagrado carecía de la atracción de lo novedoso. Ya había saboreado su faz simple y maravillosa; pero mi abuela había maniobrado tan bien para hacer que encontrara ridículos los milagros y me había repetido tantas veces las versiones de Voltaire sobre el maligno trasladado desde el cuerpo de un poseso hasta el de una piara de cerdos; me había puesto tan alerta contra el arrobamiento, que me defendí por hábito y permanecí helada al releer la agonía y la muerte de Jesús.

La noche de ese mismo día yo fatigaba tristemente las losas de los claustros mientras anochecía. Si me encontraba en el jardín, estaba fuera de la vista de las vigilantes, en infracción, como siempre; pero no pensaba hacer travesuras ni quería encontrarme con mis compañeras. Estaba aburrída. Ya no se podía inventar ninguna diablura nueva. Vi pasar a

algunas religiosas y pensionistas que iban a rezar y a recogerse aisladas en la iglesia como era la costumbre de las más creyentes durante las horas del recreo. Yo pensaba en echar tinta en la pila bautismal; pero eso ya se había hecho; en atar a Whisky de una pata a la cuerda de la campana de los claustros: demasiado visto. Intuía que mi existencia díscola estaba llegado a su fin, que necesitaba entrar en otra etapa, pero ¿cuál? ¿Volverme "buena" o "bruta"? Las buenas eran demasiado indiferentes; las brutas, demasiado pusilánimes, pero las devotas, las fervorosas, ¿eran felices? No, tenían una devoción lúgubre y casi morbosa. Los diablos les creaban mil preocupaciones, mil problemas, mil rabietas ocultas. Sus vidas eran un suplicio, una permanente batalla contra el ridículo y el absurdo, por otra parte, hay mucho de esto tanto en la fe como en el amor. Cuando se la busca, se la encuentra en el momento en que uno menos se lo espera. Yo ignoraba esto, pero lo que me apartaba de la devoción era el miedo de llegar a ella con espíritu de cálculo, por un sentimiento de conveniencia personal.

"Por otro lado no es la fe lo que deseo -me decía a mí misma-. No la tengo ni la tendré nunca. Hoy hice el último intento: ¡me leí el libro, la vida y

milagros del Redentor!; me ha dejado fría; mi corazón sigue vacío.

Mientras hablaba de este modo conmigo mismo, veía pasar en la oscuridad como fantasma, a las devotas fervorosas que iban sigilosamente a poner sus almas a los pies de ese Dios del amor y la contricción. La curiosidad me hizo querer investigar en qué actitud y con qué concentración oraban en la soledad; por ejemplo, una vieja inquilina jorobada, que caminaba, toda encogida y deforme, en las tinieblas, más parecida a una bruja que a una virgen buena.

-Voy a ver -me dije-, cómo este monstruito se retuerce en su banco. ¡La descripción hará reír a los diablos!

La seguí; crucé detrás de ella la sala capitular; entré en la iglesia. El hecho de que no se podía ir a esa hora sin permiso me decidió a entrar. No perdía mi rango de diablo al meterme de contrabando. Es bastante extraño que la primera vez que entraba por mi propia iniciativa en una Iglesia fuera para realizar un acto de desobediencia y de burla.

Apenas pisé la iglesia me olvidé de la jorobada, que desapareció trotando como una rata en cualquier rincón. Mis ojos no la siguieron. El aspecto de

la iglesia por la noche me fascinó. Lo único que llamaba la atención en esta iglesia, o mejor dicho en esta capilla, era una limpieza extremada. Era un gran cuadrado, sin refinamientos arquitectónicos, todo blanco y nuevo, más semejante en su simplicidad a un templo anglicano que a uno católico. Al fondo, como ya he dicho, había algunos cuadros; el altar, muy modesto, estaba adornado con lindas luces, flores siempre frescas y ricas telas. La nave se dividía en tres partes: el coro, al cual sólo ingresaban los padres y algunas personas con permiso especial los días de fiesta; el ante coro, donde se ubicaban los pensionistas, criadas e inquilinas; el coro trasero o de las señoras, donde se situaban las monjas. Este último santuario, que era de madera, era encerado todas las mañanas, como las sillas de las monjas, que estaban dispuestas en semicírculo siguiendo la pared del fondo y que eran de hermoso nogal y brillaban como espejos. Entre nosotras y las religiosas una reja de hierro con pequeños arabescos, con una puerta que no se cerraba nunca, separaba las dos naves. A ambos lados de esta puerta, unas pesadas columnas de madera labrada en estilo rococó sostenían el órgano y la tribuna descubierta, que formaban como un atril elevado entre las dos partes de la

iglesia. De modo que, contrariamente a lo habitual, el órgano quedaba como aislado y casi en el medio de la nave, lo cual duplicaba su sonoridad y el efecto de las voces cuando cantábamos cánones o motetes en las grandes fiestas. El ante coro estaba pavimentado de losas sepulcrales y sobre ellas se leía el epitafio de las antiguas decanas del convento, muertas antes de la revolución; varios personajes eclesiásticos y también laicos del tiempo de Jacobo Estuardo, algunos "Throckmorton" entre otros, yacían allí bajo nuestros pies, y se decía que cuando se concurría a la iglesia de noche todos esos muertos levantaban sus lápidas con sus Cabezas descarnadas y miraban con ojos ardientes suplicando una plegaria.

Sin embargo, pese a la penumbra que reinaba en la iglesia, no recibí ninguna impresión tétrica. Sólo estaba alumbrada por la lamparita de plata del santuario, cuya llama blanca se reproducía en los mármoles del piso como una estrella en el agua quieta. Su resplandor ponía algunas débiles pinceladas en los ángulos de los marcos dorados, en los candelabros cincelados del altar y en las hojas doradas del tabernáculo. La puerta del fondo del coro posterior estaba abierta debido al calor, así como una de las grandes verjas que daban al cementerio. Los aromas

de los jazmines y madre selvas difundían su frescura. Una estrella perdida en la inmensidad estaba como enmarcada por los vitrales y parecía observar todo atentamente. Los pájaros cantaban; había una paz, un hechizo, un sosiego, un misterio que nunca yo me había imaginado.

Me quedé en éxtasis, sin pensar en nada, poco a poco, las escasas personas dispersas por la iglesia se fueron yendo suavemente. Una monja arrodillada al fondo del coro posterior quedó rezagada después de un largo rato de meditación, y para leer, cruzó el ante coro y encendió una velita en la lámpara del santuario. Cuando las religiosas entraban allí no saludaban arrodillándose, sino que se prosternaban por completo ante el altar, y allí se quedaban un momento como aplastadas contra el piso, como fulminadas por el santo de los santos. La que llegó en ese momento era alta e imponente. Debía ser la señora Eugénie, la señora Xavier o la señora Monique. Era imposible reconocerlas porque entraban con el velo y envueltas en un manto negro que flotaba alrededor de ellas.

Esa vestimenta grave, ese andar lento y silencioso, ese acto tan simple y lleno de gracia de atraer hacia ella la lámpara de plata levantando el brazo

para tomar la argolla, el resplandor que la luz derramó sobre su gran silueta negra cuando volvió a colocar la lámpara, su larga y profunda prosternación sobre el pavimento, antes de reiniciar, en igual silencio y con igual lentitud el camino hacia su sitio, todo, hasta el anonimato de esa monja que parecía un espectro pronto a levantar las losas funerarias para reintegrarse a su lecho de mármol, me provocó una exaltación mezclada con un terror y una felicidad extrañas. La poesía del lugar sagrado se adueñó de mi imaginación y me quedé aún después de que la monja hizo su lectura y se retiró.

El tiempo pasaba, había sonado la hora de la oración y ya iban a cerrar la iglesia. Yo me había olvidado de todo. Ignoro qué pasó en mí. Respiraba una atmósfera de una dulzura increíble, más con el alma que con los sentidos. De pronto me estremecí de pies a cabeza, un vértigo pasó ante mis ojos como si me envolviera una mortaja. Creí oír una voz que me murmuraba al oído: "Tolle, lege". Me di vuelta, pensando que podría ser Marie Alice que me hablaba. Estaba sola.

No me hice ninguna vanidosa fantasía, no creí en ningún milagro. Me di perfecta cuenta de que había caído en una especie de alucinación. No sentí

ningún temor ni asombro. No intenté exacerbarla ni rechazarla. Tan sólo sentí que la fe se apoderaba de mí con el corazón, tal como yo lo había deseado. Me sentí tan feliz y agradecida que un torrente de lágrimas bañó mi rostro. Sentí más que nunca a Dios, sentí que mi mente abrazaba y se abría al ideal de justicia, de ternura y de santidad del cual yo nunca había dudado, pero con el que tampoco había logrado comunicación directa: por fin sentí que esta comunicación se establecía de repente, como si un obstáculo poderosísimo se hubiera fundido ante el infinito ardor y el incendio de mi alma. Veía abrirse ante mí un camino inmenso, dilatado, sin trabas; me sentía impaciente por iniciarlo. Ya no me retenía ninguna duda, ninguna indiferencia. El temor de arrepentirme, de tener dudas, ni se me cruzó por la cabeza. Yo era de los que avanzan sin mirar, atrás, que vacilan largo tiempo delante de cualquier Rubicón que tienen que cruzar, pero que apenas tocan la orilla opuesta olvidan la que acaban de dejar.

- "¡Sí, sí; el velo se ha rasgado me decía yo, veo que se me abre el cielo, iré! ¡Pero antes que nada rindamos homenaje!" "¿A quién? ¿Cómo? ¿Cuál es tu nombre? -decía yo al dios aún desconocido que me llamaba- ¿Cómo te rogaré? ¿Cuál es el lenguaje

adecuado para expresar todo mi amor? No lo sé, pero no importa; tú puedes leer en mí; ves bien que te amo." Y mis lágrimas corrían como un torrente tempestuoso, los sollozos destrozaban mi pecho, había caído detrás de mi banco y regaba prácticamente el suelo con mi llanto.

La hermana que vino a cerrar la iglesia me oyó gemir; buscó, no sin temor, y se me acercó sin reconocerme, y sin que yo la reconociera bajo su velo y en la penumbra. Me levanté rápidamente y salí sin mirarla ni hablarle. Volví a tientas a mi celda; era todo un viaje. La casa tenía tantos corredores que tenía que dar multitud de vueltas, circuitos que me llevaban por lo menos cinco minutos aunque los hiciera de prisa. La última escalera, bastante larga y tortuosa, era tan vieja que no se podía utilizarla sin gran prudencia y sin agarrarse bien de la soga que servía de pasamanos; al bajar, tiraba hacia abajo, pese a todos los esfuerzos.

En la clase habían hecho la oración sin mí; pero yo había rezado mejor que nadie esa noche. Me dormí molida por el cansancio, pero en un estado de bienaventuranza inimaginable. Al otro día, la "condesa", que por casualidad había reparado en mi ausencia en la plegaria, me preguntó dónde había

estado. Yo no era mentirosa y le contesté sin titubear:

-En la iglesia.

Me miró con desconfianza, vio que yo decía la verdad y no dijo nada. No me castigó. Ignoro qué pensó de mi franqueza.

No busqué a la señora Alice para abrirle mi corazón. No hice ninguna confesión a mis diablos. No tenía ningún apuro por divulgar el secreto que me hacía feliz. No me avergonzaba de él. No tuve que librar ninguna clase de combate contra los sentimientos que los devotos llaman "respeto humano"; pero fui celosa de mi alegría interior. Aguardaba con impaciencia la hora de la meditación en la iglesia. Todavía escuchaba resonar en mis oídos el "Tolle, lege" de mi rapto. Demoraba en releer el libro divino; y no lo volví a abrir. Meditaba, me lo sabía casi de memoria, lo leía dentro de mí misma. El aspecto milagroso que me había sorprendido dejó de interesarme. No sentía ninguna necesidad de examinar y hasta tenía alguna desconfianza por el examen; después de la poderosa sensación que yo había saboreado plenamente, me decía que era preciso estar loca o ser simplemente enemiga de sí misma para ponerse a analizar, comentar, debatir la causa de

semejantes deleites.

Desde ese día acabó toda lucha, mi fe tuvo todas las características de una pasión. Cuando el corazón se encaminó, la razón fue inmediatamente destituida, con una especie de feroz alegría. Todo lo aceptaba, en todo creía, sin luchas, sin dolor, sin falsos rubores. ¡Es imposible sonrojarse por lo que se adora! ¡Necesitar la aprobación de los demás para entregarse sin reservas a lo que uno siente perfecto y deseado en toda su extensión! Yo tenía algo bueno, un carácter independiente; pero no era cobarde, ni hubiera podido serlo aunque lo hubiera querido.

Ha llegado el momento en que debo hablar de mí en particular, porque mi fervor me hizo llevar durante algunos meses una vida aislada y sin diversiones visibles.

Mi repentina conversión no me dio tiempo ni de respirar. Al entregarme por completo a mi nuevo amor, quise probar todos los placeres. Fui en busca de mi confesor para suplicarle que me reconciliara con el cielo. Era un cura anciano, el más paternal, el más sencillo, el más franco, el más casto de los hombres, a pesar de que era un jesuita, un "padre de la fe", como se decía después de la revolución, pero él era todo misericordia y caridad. Se llamaba abate

de Prémord y confesaba a muy pocas del rebaño; en cambio el abate Villéle, que era director de la comunidad y de las pensionistas, no daba abasto.

Padre dije al abate, usted sabe bien cómo me he confesado hasta ahora, es decir que sabe que no me he confesado para nada. Venía a recitar una fórmula de examen de conciencia que es la que circula entre nosotras, idéntica para todas las que vienen a confesarse por obligación. Tampoco nunca usted me ha dado la absolución, porque no se la he pedido. Hoy se la pido y quiero arrepentirme y acusarme con toda seriedad, pero le aseguro que no sé por dónde empezar, porque no recuerdo ningún pecado voluntario. He vivido, pensado y creído de acuerdo a lo que me enseñaron. Si negar la religión era un pecado, mi conciencia, que estaba como muerta, no me sirvió de nada. Ahora necesito hacer penitencia y que me ayude usted a conocerme y a ver dentro de mi lo que hay de culpable y lo que no.

-Aguarda, hija mía -me dijo él-. -Veo que esto es una confesión general, como se la llama, y que tenemos mucho que hablar. Siéntate.

Estábamos en la sacristía, tomé una silla y le pregunté si quería interrogarme.

-En absoluto -me dijo-; nunca hago preguntas;

te haré una sola: ¿Acostumbras a buscar tus exámenes de conciencia en formularios?

-Sí, por eso creo que quizá hay pecados que me parece que no he cometido, porque no los comprendo.

-Bien, de ahora en adelante te prohibo recurrir a ningún formulario y buscar los secretos de conciencia fuera de ti misma. Ahora hablemos. Cuéntame tranquilamente toda tu vida, según como la recuerdas, como la ves y la juzgas. No modifiques nada, no busques ni el bien ni el mal de tus actos y pensamientos, no me veas como un juez, ni siquiera como un confesor, háblame como a un amigo. enseguida te dirá lo que me parece que hay que estimular o corregir en ti, en bien de tu salvación, es decir de tu felicidad en esta vida y en la otra.

Este planteo hizo que me sintiera cómoda. Le conté mi vida detalladamente con menos extensión que aquí, pero con los pormenores suficientes y necesarios como para que el relato durase más de tres horas. El buen hombre escuchó con marcada atención, con Interés paterna; varias veces lo vi enjugarse algunas lágrimas, especialmente cuando yo estaba llegando al final y le narraba con sinceridad cómo la gracia me había llegado en el momento en que más

perdida me sentía.

El abate de Prémord era un auténtico jesuita y al mismo tiempo una persona honesta, un corazón sensible y tierno. Tenía una moral límpida, humana, vital, por decirlo de algún modo. No empujaba al misticismo, predicaba en la tierra con gran fervor y dignidad. No le gustaba que uno se sumergiera en el sueño adelantado de un mundo mejor y se olvidara del arte. de manejarse bien en éste; por esto digo que, pese a su sencillez y su virtud, era un verdadero jesuita. Cuando terminé de hablar le pedí que me juzgara y me dijera los puntos en que me consideraba culpable, para que, de rodillas ante él, los mencionara en confesión y me arrepintiera, a fin de obtener una absolución general, pero él contestó:

-Tu confesión ya está hecho. Si la gracia no te iluminó antes, no fue por tu culpa. A partir de ahora, en cambio, deberías sentirte culpable al perdieras los frutos de las beneficiosas emociones que has experimentado. Arrodíllate para recibir la absolución que te dará de todo corazón.

Después de pronunciar la fórmula sacramental; me dijo:

-Vete en paz, mañana puedes comulgar. Vive tranquila y alegre; no ensombrezcas tu espíritu con

remordimientos inútiles; da gracias a Dios por haber tocado tu corazón; vive toda la embriaguez de una santa unión de tu alma con el salvador.

Era hablarme como debía ser; pero pronto se verá que esa santa paz no era suficiente para el ardor de mi devoción, y que yo, era cien veces más piadosa que mi confesor; esto lo digo en alabanza de este santo hombre; había alcanzado, me parece, el estado de perfección, y ya no lo desgarraban los furores del proselitismo fogoso. Sin él, creo que yo sería ahora una loca o una monja de clausura.

Me curó de una pasión delirante por el ideal cristiano, pero, ¿actuó como verdadero cristiano o como mundano jesuita?

Al día siguiente comulgué, oro el le de agosto, día de la Asunción. Tenía quince años y no me había acercado a este sacramento desde mi comunión en la Chátra. Había sentido las emociones desconocidas que yo llamaba mi conversión en la noche del 4 de agosto, Se puede ver que fui derecho a la meta; me sentía impaciente por hacer acto de fe y de rendir, como se decía, testimonio ante el Señor.

Ese día de auténtica primera comunión me pareció el más hermoso de mi vida, pues me sentí plena de fervor y al mismo tiempo de dominio sobra

mi fe. No sé cómo rezaba. Las fórmulas habituales no me parecían suficientes, las leí para obedecer el mandato religioso, pero después me quedaba largas horas sola en la Iglesia y rezaba muchísimo, poniendo mi alma a los pies del Eterno y junto con ella mis recuerdos, mis llantos, mis proyectos por el porvenir, mis afectos, mis inclinaciones, todos los tesoros de una juventud inflamada que se consagraba y se entregaba sin reservas a una idea, a un bien inalcanzable, a un sueño de amor eterno.

Formalmente, esta ortodoxia en que me sumergía era trivial y limitada, pero en mí tenía el sello de lo infinito. ¡Y qué luz alumbra este sentimiento en un corazón virgen! Cualquiera que lo haya sentido, sabe bien que ningún afecto terrenal puede brindar esos placeres intelectuales. El Jesús de los místicos es un amigo, un hermano, un padre cuya presencia permanente, su dedicación incansable, su ternura, su infinita mansedumbre no pueden compararse con nada real o imaginable; no me parece bien que las religiosas hagan de él su esposo. Hay en eso algo que alimenta el misticismo histórico, la forma más repulsiva que puede adoptar el misticismo. Este amor ideal por Cristo no peligra en la edad en que las pasiones humanas son silenciosas. Más tarde se

presta a las perversiones del sentimiento y las fantasías de la imaginación perturbada, por suerte para ellas, nuestras monjas inglesas no tenían nada de místicas.

Pasé el verano en la más completa beatitud. Comulgaba todos los domingos y a veces hasta dos días seguidos. La idea materializada de comer la carne y beber la sangre de un Dios me pareció maravillosa, pero ¿qué me importaba entonces? Yo no reflexionaba, estaba dominada por una fiebre irracional y me sentía feliz no razonando. Me decía: "Dios está en ti, late en tu corazón, llena tu ser con su divinidad; ¡la gracia te circula por las venas con la sangre!". Esta completa identificación con la divinidad se manifestaba en mí como un milagro. Yo ardía literalmente como Santa Teresa; había dejado de comer y de dormir, caminaba sin darme cuenta de los movimientos de mi cuerpo; me imponía unos rigores que no tenían ningún mérito, porque no había nada que sacrificar, modificar o destruir en mí. No sentía la melancolía de la juventud. Llevaba al cuello un escapulario de filigrana que me pinchaba como un cilicio. Sentía la frescura de las gotas de mi sangre y en lugar de dolor me daba una sensación agradable. En suma, vivía en éxtasis, mi cuerpo ya

no existía, era insensible. El pensamiento tenía desarrollos insólitos. ¿Acaso era pensamiento? No, los místicos no piensan. Sueñan incesantemente, contemplan, anhelan, arden, se consumen como lámparas, sin darse cuenta de que esa existencia es algo especial que no se parece a nada.

Creo que aquellos que no han sufrido esta enfermedad sagrada no me comprenderán muy bien, porque recuerdo que yo misma viví en ese estado durante algunos meses sin poder explicármelo.

Me había tornado buena, obediente y trabajadora, sin hacer ningún esfuerzo para ello. En el momento en que mi corazón estaba colmado, no me costaba nada proceder de acuerdo con mis creencias. Las religiosas me trataron afectuosamente, pero debo decir que sin ninguna hipocresía, y sin buscar por cualquier medio esa seducción que comúnmente se acusa a las comunidades religiosas de ejercer sobre sus alumnas para inspirarles más fervor. Su devoción era calma, un poco distante quizá, altiva y orgullosa. Con excepción de una, carecían del don y el deseo del proselitismo efectivo, no sé si porque esa reserva correspondía al carácter de la orden o al temperamento británico del que no podían desprenderse.

Además, ¿qué pruebas, qué exhortaciones podrían haberme hecho? ¡Me daba tan por entero a mi fe, tan lógica en mi entusiasmo! No podía haber frialdad, olvido o negligencia en un espíritu febril como el mío. La cuerda estaba demasiado tensa como para aflojarse: se hubiera roto.

Marie Alice siguió siendo buena como un ángel para conmigo. No me quiso más que antes, y eso hizo que la amara aún más. Al disfrutar de la dulzura de este afecto maternal tan bueno y firme yo paladeaba la perfección de esa alma selecta que me quería por mí misma, puesto que había querido a la pecadora, a la criatura ingobernable y desgobernada, tanto como a la conversa, a la criatura devota y obediente.

La señora Eugénie, que siempre me había tratado con una condescendencia bastante parcial, se volvió más severa cuanto más razonable me volvía yo. Sólo pecaba por distracción, y ella me reprendía con bastante dureza por ello, pese a que se trataba de faltas Involuntarias. Incluso un día en que, abismada en mis ensueños religiosos, no escuché una orden que me dio, me castigó sin consideraciones con el gorro de dormir. ¡El gorro de dormir a "santa Aurora"! -así me decían los diablos-, provocó sor-

presa y asombro en toda la clase:

-¡Ven -decían-, esta mujer incomprensible ama a los diablos, y después de que uno cae en la pila bautismal, ya no puede soportarlo!

El gorro de dormir no me molestó, estaba segura de mi Inocencia, y hasta le agradecí a la señora Eugénie que me castigara a mí y no a otra por esa falta. Yo no creía que ella me quisiera menos, porque me concedía su predilección subrepticamente. Si yo estaba triste o apenada, ella venía por la noche a mi celda y me interrogaba aparentando un aire distante y hasta burlón; pero me daba mucho más que las otras, su irónica solicitud, ese afán de ir a verme, afán que no había sentido por ninguna otra, el menos que yo sepa. Yo no deseaba abrirle mi corazón como a Marie Alicie pero estaba reconocida a esa inclinación cariñosa que me manifestaba, y besaba con agradecimiento su mano larga, blanca y fría.

En medio de mi primera etapa de fervor cultivé una amistad que causó aún más extrañeza que la que tenía con la señora Eugénie, y que me dejó los mejores y más gratos recuerdos.

Entre nuestras religiosas nombré a una hermana conversa, la hermana Héléne, acerca de quien no

me extendí por preferir hacerlo en el preciso instante en que su vida se ligó con la mía; y aquí ha llegado el momento.

Un día iba yo cruzando el claustro cuando vi a una hermana conversa sentada en el último escalón de la escalera, pálida, semi desmayada, bañada en un sudor helado. Estaba en medio de dos orinales malolientes que bajaba del dormitorio para vaciarlos. La fetidez había derrumbado su ánimo y sus fuerzas. Era delgada y pálida, y estaba a punto de volverse tísica. Era Héléne, la más joven de las conversas, dedicada a los trabajos más duros y repugnantes del convento. Debido a esto, nadie la estimaba entre las pensionistas. Temblaban de sólo pensar en sentarse cerca de ella; evitaban hasta rozar su hábito.

Era fea, de aspecto rústico, con una piel lleno de pecas y de color terroso. Sin embargo, había algo de atractivo en esa fealdad; esa figura resignada ante el sufrimiento tenía una especie de aceptación e Indiferencia por el padecimiento que al principio no se entendía bien y que podría haberse tomado como una insensibilidad brutal, pero que cambiaba de aspecto cuando uno lograba leer en su alma, y los hechos corroboraban luego el poema ignorado y tosco

de su pobre vida. Tenía los dientes más hermosos que he visto nunca; blancos, pequeños, perfectos y alineados como las perlas de un collar. Cuando construíamos una belleza ideal, seleccionábamos los ojos de Eugenia Izquierda, la nariz de María Dormer, el cabello de Sophle y los dientes de la Hermana Hélène.

Cuando la vi en ese estado, corrí hacia ella y la sostuve; no sabía qué hacer para auxiliarla. Quise subir al taller, llamar a alguien. Recuperó sus fuerzas para impedírmelo, y cuando se incorporó quiso volver a alzar lo que había dejado y continuar su tarea; pero tenía un aspecto tan espantoso que no necesité mucha caridad para recoger yo los baldes y llevarlos, en lugar de ella. La volví a encontrar con la escoba en la mano, yendo hacia la iglesia.

-Hermana -le dije-, se está matando. Está demasiado enferma como para seguir con ese trabajo, permítame que se lo diga a Gallinita para que ella mande a otra que limpie la Iglesia, y usted pueda acostarse.

-¡No, no! -me dijo-, meneando su cabecita obstinada, no necesito a nadie; siempre se puede hacer lo que uno se propone; yo quiero morir trabajando.

-Eso es suicidio le dije, y Dios prohíbe buscar la

muerte, aunque sea con el trabajo.

-No entiendes nada -contestó-. Me horroriza la muerte, pero pronto moriré. Los médicos me han condenado. Bueno, me parece preferible reunirme con Dios en dos meses y no en seis.

No me animé a preguntarle si la impulsaba a hablar así la fe o la desesperación; me limité a preguntarle si me permitía que la ayudara a limpiar la iglesia, ya que yo estaba en recreo. Aceptó diciendo:

-No necesito ayuda, pero no debo rechazar a un alma que quiere practicar la caridad.

Me indicó lo que había que hacer para encerer la madera del coro posterior, para limpiar el polvo y para pulir las sillas de las monjas. No era difícil, de modo que hice un lado del semicírculo mientras ella hacía el otro; pero, pese a lo joven y fuerte que yo era, el trabajo me dejó exhausta, en cambio ella, endurecida por la fatiga y ya repuesta de su malestar parecía una muerta y se movía con la lentitud de una tortuga, terminó lo suyo antes y mejor que yo.

Al día siguiente era fiesta, pero no para ella, ya que todos los días exigían las mismas labores domésticas. La encontré por casualidad cuando iba a hacer las camas del dormitorio. Eran treinta y pico. Me preguntó si quería ayudarla, no porque quisiera

tener menos trabajo, sino porque mi compañía empezaba a agradarle. La seguí con un gesto de satisfacción espontáneo, no me movió la inclinación religiosa que proviene del amor por el sufrimiento. Cuando se acabó el trabajo, reducido a la mitad gracias a mi ayuda, nos quedaron unos minutos para descansar, y la hermana Héléne, sentándose sobre un arcón, me dijo:

-¡Ya que eres tan servicial!, ¿podrías enseñarme un poco de francés, porque no sé una palabra y eso me acompleja con las criadas francesas a las que tengo que dirigirme?.

-Su pedido me alegra le dije. Me Indica que ya no piensa en morir dentro de dos meses, sino en vivir lo más que pueda.

-Sólo deseo lo que Dios quiera contestó. No busco la muerte, pero tampoco la evito. Me es imposible no desearla, pero no la exijo. Mi vida durará lo que el Señor quiera que dure.

-Querida hermana le dije ¿está usted realmente enferma de cuidado?

-Eso dicen los médicos respondió ella, y hay momentos en los que padezco tanto que llego a creer que tienen razón, pero, pese a todo, me siento fuerte, de modo que bien podrían estar equivocados.

dos. ¡Bueno, que sea lo que Dios quiera! Se levantó y añadió:

-¿Vendrás esta noche a mi celda?; me darás la primera lección.

Asentí penosamente, pero sin titubear. A pesar mío, la pobre hermana me daba asco; no por su persona, sino sus ropas que eran inmundas y cuyo olor me daba náuseas. Además, yo prefería a todo mi hora de éxtasis, la visita nocturna a la iglesia, antes que el fastidio de dar una lección de francés a una persona poco dotada y que tampoco sabía bien el inglés.

Sin embargo me resigné, y por la noche fui por primera vez a la celda de la hermana Héléne. Me quedé gratamente sorprendida al encontrarla limpiísima y perfumada con el aroma de los jazmines que llegaba hasta su ventana. La pobre hermana era sumamente pulcra; tenía su vestido de sarga violeta; los pocos objetos para su arreglo bien alineados sobre una mesa indicaban el cuidado que dedicaba a su persona. Vio todo esto en mis ojos y me inquietó.

-Te asombra -me dijo- hallar limpia y hasta exagerada en ese aspecto a una persona que hace sin protestar los más viles trabajos. Acepté alegremente

esa función porque me horrorizan la suciedad y los malos olores. Cuando llegué a Francia me sentí enferma al ver el fogón sucio y las cerraduras oxidadas. En mi casa, nos mirábamos en la madera de los muebles y en el hierro de los utensilios. Creí que nunca me acostumbraría a vivir en un país donde son tan descuidados, pero para limpiar hay que tocar las cosas sucias. Ya vez que he tomado por gusto el trabajo que hago para mi salvación.

Dijo todo esto riéndose, porque era alegre, como lo son las personas muy valerosas. Le pregunté qué había sido antes de hacerse monja y empezó a contarme su historia en un pésimo inglés, en una lengua sencilla y ruda cuya grandeza y simplicidad me resultaría imposible reproducir en estas páginas.

Su historia terrible me inspiró de golpe una preferencia exaltada por la hermana Héléne. La vi como una santa de la antigüedad, ruda, ajena a los usos mundanos y a las componendas del corazón y la conciencia, una fanática ardiente y firme como Juana de Arco o Santa Genoveva. Era en verdad una mística, la única que había en la comunidad, y no era inglesa.

Como sacudida por una descarga eléctrica, le tomé las manos y exclamé:

-Es usted más fuerte en su simplicidad que todos los doctores del mundo, y creo que me muestra, sin querer, el camino que tengo que seguir: ¡Seré monja!

-¡Mejor! -me dijo ella-, con la seguridad y la llaneza de una criatura: serás hermana conversa como yo, y trabajaremos juntas.

Creí que el cielo me hablaba por boca de esta iluminada, por fin yo había hallado una verdadera santa como las que había imaginado. Mis otras monjas eran como ángeles sobre la tierra, que gozaban por anticipado de la paz del paraíso. Este era una criatura más humana y más divina a la vez. Más humana, porque sufría; más divina, porque amaba el sufrimiento. No había ido al claustro buscando la felicidad, el descanso, el alejamiento de las tentaciones mundanas, la libertad del recogimiento. ¡Las tentaciones mundanas!, pobre hija de los campos, fortalecida en los trabajos más rudos, ni siquiera las conocía. Sólo había buscado y conseguido un suplicio diario. Lo había vislumbrado con la lógica salvaje y grandiosa de la fe primitiva. Bajo su apariencia fría y estoica era fanática hasta el delirio. ¿Que temperamento fuerte! Su historia me estremecía y enfervorizaba. La imaginaba en medio del

campo, oyendo como nuestra "gran pastora", las voces misteriosas en las ramas de las encinas y en el rumor de la hierba. La veía pasando por debajo del cuerpo de ese hermoso niño cuyas lágrimas caían sobre mi corazón y fluían por mis ojos. La veía sola y erguida en el camino, impassible como una estatua, y con el corazón atravesado, empero, por los siete dardos del dolor, levantando su mano alada hacia el cielo e imponiendo silencio con la fuerza de su voluntad, a esa familia gimiente y respetuosa.

-¡Oh santa Hélène, -me decía yo al retirarme-, cuánta razón tenéis, como habéis acertado! estáis en paz con vos misma. ¡Sí! cuando se ama a Dios con toda el alma, cuando se lo antepone a todo, uno no debe dormirse en el camino; no hay que esperar órdenes, hay que dárselas. Hay que buscar los sacrificios. ¡Sí! Me he inflamado en el fuego de vuestro amor y he visto la senda que me mostrasteis. Seré monja; mi familia se desesperará, y por lo tanto yo también. Es necesaria esa desesperación para poder tener el derecho de decirle a Dios: "¡Te amo!". Seré religiosa y no "dama de coro", pues viven en una sencillez aparente y en una laxitud beata. Seré hermana conversa, sirvienta muerta de cansancio, limpiadora de tumbas, barrendera de inmundicias, todo

lo que quieran aunque los míos me olviden después de maldecirme; aunque rumiando la amargura del sacrificio, tenga como testigo de mi tormento a Dios y su amor como galardón.

No demoré en comunicar a Marie Alice mi proyecto de profesar. No se alteró. La digna y reflexiva mujer me dijo sonriendo:

-Si la idea te gusta, cultívala, pero no la tomes muy a pecho. Hay que tener mucha fortaleza para llevar a cabo un proyecto tan difícil. Tu madre no aceptará de buen grado, tu abuela menos todavía. Dirán que hemos influido en ti, y ése no es nuestro propósito ni nuestro modo de obrar. No fomentamos las vocaciones incipientes, las aguardamos ya desarrolladas por completo. Aún no te conoces a ti misma. Crees que se madura de un día para otro; vamos, vamos "mi querida hermana", tendrá que correr mucha agua bajo el puente antes de que firmes ese escrito que ves allí.

Y me mostró la fórmula de sus votos, escrita en latín, dentro de un marquito de madera negra colocado sobre su reclinatorio. Esta fórmula, contraria a la ley francesa, era un contrato eterno; se firmaba sobre una mesita sobre la cual, en medio de la iglesia, apoyaban el santo sacramento.

Las dudas de Marie Alice acerca de mi vocación me hicieron sufrir un poco pero veía este sufrimiento como una rebelión de mi orgullo. Seguía pensando, sin decirlo, que la hermana Héléne tenía una vocación más intensa. Marie Alice era feliz, ella lo reconocía sin afectación y sin énfasis, y se veía que decía la verdad. A veces decía: "La mayor felicidad es estar en paz con Dios. En el mundo no lo hubiera conseguido, no soy una heroína, temo y siento mi debilidad. El claustro me sirve de refugio y la regla monástica como norma moral; con estas poderosas ayudas, signo mi camino sin demasiados esfuerzos ni méritos.

Tal era el razonamiento de esta alma perfectamente humilde, o más bien, completamente modesta. A pesar de todo era más fuerte de lo que creía.

Cuando yo intentaba razonar con ella como con la hermana Héléne, meneaba suavemente la cabeza:

-Niña mía -me decía- si quieres el mérito del sufrimiento, lo hallarás de sobra en el mundo, piensa que una madre de familia, aunque más no sea por tener hijos, padece y trabaja más que nosotras. El sacrificio de la vida monástica puede compararse con el que una buena esposa y una buena madre

deben sobrellevar a diario. No inquietes tu espíritu y espera que Dios te ilumine cuando tengas edad para elegir. El sabe mejor que tú y que yo lo que te conviene. Si lo que quieres es sufrir, quédate tranquila, la vida te servirá para eso y si tu inclinación por el sacrificio persiste, quizá descubras que el mundo y no el convento es el lugar donde encontrarás tu calvario.

Su sabiduría me imponía respeto, y fue ella quien me resguardó de pronunciar esos votos apresurados que las jóvenes formulan a veces, adelantándose en el secreto de su dedicación a Dios; terribles decisiones que a veces pesan toda la vida sobre una conciencia pusilánime, y que no se rompen, por más que Dios no las haya aceptado, sin gran daño para la salud del alma.

Sin embargo yo no me resguardaba del fervor de la hermana Héléne; la veía todos los días, acechaba el momento y la manera de ayudarla en sus penosos trabajos, dedicando mi tiempo libre del día a compartírselos, y las noches a darle lecciones de francés en su celda. Era, como he dicho, de poca inteligencia, y apenas sabía escribir. Le enseñé más Inglés que francés, porque enseguida comprendí que era por ahí donde había que empezar. Nuestras

lecciones apenas duraban media hora: ella se cansaba rápidamente. Esta cabeza tan firme tenía más voluntad que fuerza.

Entonces nos quedaba media hora para conversar, y yo amaba nuestros coloquios que sin embargo eran pueriles. Ella no sabía nada, no quería tampoco saber nada más allá del ámbito cerrado en que había transcurrido su vida. Tenía esa profunda desconfianza, propia del campesino, por toda ciencia ajena a la vida práctica. En calma, hablaba muy mal, no encontraba las palabras más simples y no era capaz de coordinar sus ideas; pero cuando se entusiasmaba, tenía unos arrebatos de espontaneidad sublime, y encontraba palabras llenas de Increíble profundidad en su infantil sencillez.

No dudaba de mi vocación, no intentaba retenerme y hacerme dudar de mi entusiasmo, creía en la fuerza de los demás como en la suya propia. No entorpecía su espíritu con ningún obstáculo, y trataba de convencerse de que sería posible obtener una excepción para entrar en la comunidad, pese a las disposiciones de la regla, que no admitía más que inglesas, escocesas e irlandesas en el convento. Confieso que la idea de ser religiosa en otro convento que no fuera el de las inglesas me espantaba, lo cual

prueba que mi vocación no era firme; y como yo le comunicaba las dudas que me provocaba esta preferencia por nuestro convento, ella me daba la razón con una benevolencia encantadora, A toda costa quería legitimar mi preferencia, y esta flojedad del corazón no disminuía, a su parecer, la firmeza de mi vocación. Creo que ya he dicho en otra parte de esta obra, me parece que a propósito de La Tour d'Auvergne, que lo que da la pauta de la auténtica grandeza es no exigir de los demás las mismas cargas que uno se impone. La hermana Héléne, esta criatura sublime, concordaba conmigo. Había dejado su país y su familia, había venido alegremente a enterrarse en el primer convento que le habían asignado y le parecía bien permitirme elegir mi retiro y "acomodar" mi sacrificio. A sus ojos bastaba que alguien como yo, que ella tenía por un gran espíritu -porque yo sabía mi lengua mejor que ella la suya- eligiera deliberadamente ser hermana conversa en vez de preferir ir a una clase.

Construíamos juntas, entonces, nuestros castillos en el aire. Ella me buscaba un nombre, el de Marie Augustine, que yo había elegido para mi confirmación, y que era además el de Gallinita. Me veía ubicada en una celda contigua a la suya. Reavivaba

mi amor por la jardinería incitándome a cultivar flores en el patio. Conservaba el gusto por carpir la tierra, y como yo era demasiado grande para hacer un pequeño jardín para mí sola, me pasaba la mayoría de los recreos arrancando yuyos y trazando avenidas en los jardincitos de las más pequeñas. También era extraña la adoración que sentían las niñas por mí. En la clase superior se burlaban un poco. Anna suspiraba por mi embrutecimiento, pero no por eso dejaba de ser buena y cariñosa, Pauline de Pontearré, mi amiga de la infancia, que había ingresado al convento seis meses después que yo, decía delante de mí a su madre que yo me había vuelto idiota, porque ya no podía vivir sin la hermana Hélène y sin las niñas de siete años.

Sin embargo, había iniciado una nueva amistad que seguramente me recompuso en la opinión de las más despiertas, ya que se trataba de la persona más inteligente del convento. Aún no hablé de Elísa Anster, pese a que es una de las figuras más destacadas en esta galería de retratos de mi historia. La he reservado como joya principal de esta preciosa corona.

Un inglés, señor Anster, sobrino de la señora Canning, nuestra superiora, se había casado en Cal-

cuta con una hermosísima hindú, de la cual tuvo muchos niños, doce o tal vez catorce. El clima los había aniquilado a todos en sus primeros días de vida, con excepción de un varón, que se hizo cura, y dos mujeres: Lavinia, que fue compañera mía en la clase inferior; y Elisa, su hermana mayor, mi amiga de la clase superior, que es actualmente superiora de un convento en Cork, Irlanda.

El señor y la señora Anster, viendo que todos sus hijos morían, que su espléndida constitución parecía agostarse repentinamente en un medio hostil, y como no podían abandonar sus propios asuntos, hicieron el sacrificio de separarse de los tres que les quedaban y los mandaron a Inglaterra a casa de la señora Blouni, hermana de la señora Canning.

Esta es, al menos, la historia que circulaba en el convento. Después oí otra, pero ¿qué importa? El caso es que Elisa y Lavinia recordaban confusamente a su madre llorando desesperadamente en la costa india, mientras el barco se alejaba con rapidez. Estuvieron en el convento de Cork, en Irlanda, y luego Elisa y Lavinia vinieron a Francia cuando la señora Blount se decidió a vivir con su hija y sus dos sobrinas en nuestro convento de las inglesas. ¿Era rica esta familia? No lo sé, nadie se ocupaba de

esto entre las devotas. Creo que cuando conocí a las hijas el padre estaba todavía en la India. Seguramente estaría también la madre, y hacía doce años que no veía a sus hijas.

Lavinia era una criatura deliciosa, tímida, impresionable, que se ruborizaba por cualquier cosa, de una dulzura angelical, lo cual no le impedía ser bastante diablo y nada devota. Sus tías y su hermana la reprendían con frecuencia. No se preocupaba mucho.

Elisa era de una belleza admirable y de una inteligencia superior. Era el más exquisito resultado de la unión de la raza inglesa con el tipo hindú, Tenía un perfil griego de una pureza de líneas primorosa, un cutis de lilas y rosas, sin exagerar, cabellos castaños espléndidos, ojos azules de una dulzura y fijeza asombrosas, una especie de orgullo acariciante en la fisonomía, su mirada y su sonrisa indicaban la ternura de un ángel; su frente recta; su ángulo facial nítidamente marcado; algo de rotundo en una figura de proporciones magníficas revelaba una fuerte voluntad, un gran dominio y bastante orgullo.

Desde su más temprana niñez, todas las fuerzas de esta alma vigorosa se habían concentrado en la devoción. Ya vino santa, como siempre la conocía,

firme en su resolución de hacerse monja y cultivando en su corazón el recuerdo de una única y exclusiva amistad: el de una religiosa de su convento irlandés, la hermana María Borgia de Chantal, que siempre alentó su vocación y con la que se reunió después de que tomó el velo. La mayor muestra de amistad que me dio fue un pequeño relicario que siempre está sobre mi chimenea y que ella tenía de esa monja. Todavía puedo leer en él: "V de Chantal to E. 1816". Ella lo quería tanto que me hizo prometer que nunca íne separaría de él, y he cumplido mi palabra. Me ha seguido a todas partes. En un viaje se rompió el vidrio, se perdió la reliquia, pero el medallón está intacto y el relicario en sí es la verdadera reliquia para mí.

Esta hermosa Elisa era la primera en todos los estudios, la mejor pianista del convento, la que hacía todo mejor que nadie, porque tenía tantas aptitudes naturales como firme voluntad. Todo lo hacía con miras a capacitarse para dirigir la educación de las niñas irlandesas que le confiarían un día en Cork, porque ella prefería su convento de Cork como yo el de las inglesas. María Borgia era su Alice y su Héléne. No se imaginaba como religiosa en otro convento, y eso no significa que su vocación fuera

menos intensa, porque ha perseverado en ella con alegría.

-Tenía más razón que yo al querer hacerse útil en el claustro. Yo, desde que era devota, hacía sumisamente mis estudios, pero ya no hacía los progresos que había hecho cuando no lo era. No tenía otro objetivo que someterme a la regla, y como mi misticismo me indicaba que debía sacrificar todas las vanidades mundanas, no me parecía necesario que una hermana conversa supiera tocar el piano o dibujar y conociera la historia. En suma, después de tres años de convento, salí más ignorante de lo que había entrado. Hasta perdí aquellos accesos de amor por el estudio que en Nohant me atacaban con frecuencia. La devoción me absorbía mucho más que antes la diablería. Usaba toda mi inteligencia en beneficio de mi corazón. Cuando había llorado de veneración durante una hora en la iglesia, quedaba deshecha por el resto del día. Esta pasión derrochada en el santuario no podía ser incrementada por nada terrenal. No me quedaba ni ánimo, ni resolución ni agudeza, según de lo que se tratara. Me idiotizaba, Pauline tenía razón al decirlo aunque en otro sentido mejorara. Aprendía a amar otra cosa y no a mí misma: la devoción exaltada produce ese efecto

sobre el alma de la cual se apodera, o al menos, extirpa de raíz el amor propio, y si embrutece en un sentido, libra de muchas pequeñeces y cuidados mezquinos.

Aunque el ser humano sea en su conducta un verdadero muestrario de contradicciones, hay una cierta lógica fatal que lo lleva a reiterar situaciones similares a las que ya su instinto lo ha conducido. Recuerdo que a veces yo estaba en Nohant, frente a los cuidados y lecciones de mi abuela, en la misma actitud de obediencia pasiva y de sorda irritación que ahora en el convento, frente a los estudios que me imponían.

En Nohant, sin pensar más que en hacerme obrera como mi madre, despreciaba el estudio como actividad demasiado aristocrática. En el convento, queriendo ser criada como la hermana Héléne, rechazaba el estudio como demasiado mundano.

-No recuerdo cómo llegué a vincularme con Elisa. Había sido fría y distante conmigo durante mi diablería. Tenía un carácter dominante que no podía contener, y cuando un diablo molestaba su meditación en la iglesia o revolvía sus cuadernos en clase, se ponía roja; sus lindas mejillas se coloreaban rápi-

damente con un tinte violáceo, sus cejas, ya de por sí muy juntas, se unían con un fruncimiento irritado; murmuraba palabras de indignación, su sonrisa se tornaba despectiva, casi terrorífica; su temperamento imperioso y altivo se ponía en evidencia. Nosotras decíamos entonces que era la sangre asiática que le subía a la cabeza, pero era una tormenta pasajera. La voluntad, más fuerte que el instinto, triunfaba. Hacía un esfuerzo, palidecía, sonreía, y esta sonrisa, proyectándose sobre sus rasgos como un rayo de sol, traía con ella la calma, la frescura y la belleza.

Pese a todo, había que conocerla muy bien para quererla, y en general era más admirada que buscada.

-Cuando se me brindó no fue así. Me reveló sus propios defectos con mucha nobleza y me abrió sin reservas su alma austera y desgarrada.

-Marchamos -me dijo- hacia la misma meta por distintos caminos. Envidio el tuyo, porque vas sin esfuerzo y no tienes que mantener ninguna lucha. No amas el mundo, no deseas sino dolores y sufrimientos. El elogio no te preocupa, parece que te deslizas en el claustro por una suave pendiente y que tu ser no encuentra ninguna aspereza que lo

detenga. Yo decía, y al decir eso su rostro resplandecía como el de un arcángel, tengo un orgullo satánico. En el templo estoy como una farisea orgullosa y tengo que hacer un esfuerzo para salir a la puerta y encontrarme contigo, soñolienta, en el humilde rincón del publicano. Hay un fuerte sentido de búsqueda en la elección de mi futuro religioso. Quiero obedecer, pero siento también el deseo de mandar. Me gusta la alabanza, me irrita la crítica, no soporto la burla. Carezco de misericordia instintiva y de paciencia natural, para vencer todo esto, para evitar caer en el mal cien veces por día, mi voluntad debe estar en continua tensión. En fin, si logro superar el abismo de mis pasiones sufriré mucho y necesitaré toda la ayuda del cielo.

En ese momento, lloraba y se golpeaba el pecho. Yo, que me sentía un átomo a su lado, tuve que consolarla.

-Puede ser -le decía- que yo no tenga los mismos defectos que tú, pero tengo otros y ninguna virtud. Como carezco de tu fuerza, evito las sensaciones impetuosas. Mi humildad no tiene ningún mérito, porque, ya sea por mi carácter, ya por mi posición social, desprecio muchas cosas que el mundo aprecia. Ignoro el placer de la alabanza, mi

persona y mi espíritu no tienen nada de especial. Quizá yo sería muy engreída si tuviera tu belleza y tus condiciones.

-Si no tengo inclinación por el mando es porque no tendría nunca constancia para mandar en nada. En fin, recuerda que los santos más admirables son aquellos a quienes más les costó llegar a serlo.

-¡Es cierto! -decía ella-, sufrir es glorioso y los recompensas se corresponden con los méritos.

Después, de pronto, dejaba caer su hermosa cabeza entre sus manos:

-¡Ah! -exclamaba suspirando-, esto que pienso es también una forma de orgullo. Se me insinúa por todos los poros y adopta todas las formas para vencerme. ¿Por qué deseo alcanzar la gloria al fin de mis batallas y tener en el cielo un lugar más prominente que tú y la hermana Héléne? En verdad, soy un alma desdichada. No puedo olvidarme ni abandonarme ni por un momento.

Tal vez en estas luchas interiores la valerosa y severa joven consumía sus mejores años; pero parecía que la naturaleza la había dotado para eso, porque mientras más se torturaba más rebosante estaba de color y salud.

Ese no era mi caso. Sin lucha y sin tormentas,

me consumía en mis efusiones devotas. Empecé a enfermarme y muy pronto el malestar modificó la naturaleza de mi devoción. Entro en la segunda etapa de esta vida extraña.

Había pasado dos meses sumergida en una gran beatitud; los días se me pasaban como horas. Disfrutaba de una libertad absoluta pero no estaba dispuesta a abusar. Las religiosas me llevaban con ellas por todo el convento, el taller, donde me invitaban a tomar el té; a la sacristía, en la que me gustaba doblar y guardar los ornamentos altar; a la tribuna del órgano, en la cual ensayábamos nuestros cánticos y motetes; a la "habitación de las novicias", que era una sala que servía para la escuela de canto; y al cementerio, que era el sitio más prohibido para las pensionistas. Este cementerio, ubicado entre la iglesia y el muro del jardín de las escocesas, no era más que un cuadrado de tierra con flores, sin sepulcros ni epitafios. Apenas un montículo de pasto señalaba el lugar de las tumbas. Era un lugar encantador, lleno de árboles y de verdor exhuberante. En las noches de verano casi nos asfixiaba el olor de los jazmines y las rosas; en el invierno, cuando había nieve, los grupos de violetas y rosas de bengala sonreían aún sobre el manto immaculado. Una linda

capilla rústica, especie de cobertizo abierto cubierto de pámpanos y de hiedra, separaba ese rincón sagrado de nuestro jardín, y la sombra de nuestros castaños se proyectaba sobre la pequeña capilla, pasé allí horas deliciosas, soñando y sin pensar en nada. En mis tiempos de diablo, cuando podía escurrirme en el cementerio, era para recoger las pelotas de goma que las religiosas perdían detrás del muro, pero ya no pensaba en ellas. Me abismaba en el ensueño de una muerte prematura, de una vida de éxtasis intelectual, de olvido de todas las cosas, de contemplaciones inacabables. Elegía mi lugar en el cementerio. Me acostaba en él con la imaginación, para dormir, como si fuera el único lugar del mundo donde mi corazón y mis cenizas podrían descansar en paz.

La hermana Héléne alimentaba mis pensamientos de felicidad, y sin embargo la pobre no era feliz. Sufrí mucho, pero creo que su mal era interior. Creo que la regañaban y perseguían un poco debido a su misticismo. Algunas noches la encontraba llorando en su celda. Apenas me animaba a preguntarle nada, porque a mis primeras palabras, sacudía la cabeza con aire despectivo, como diciéndome: "He soportado cosas que tú nunca podrías sopor-

tar", enseguida se arrojaba en mis brazos y lloraba sobre mi hombro; pero ni una queja, ni un murmullo, ni una súplica se le escaparon jamás.

Entre todas esas aflicciones que intentaba consolar, la tristeza se apoderó de mí. Una noche fui a la iglesia y no pude rezar. Los esfuerzos que hice para confortar mi corazón fatigado sólo sirvieron para desalentarlo. Hacía un tiempo que me sentía enferma. Me dolía horriblemente el estómago, no dormía y tenía poco apetito. No es precisamente a los quince años cuando se pueden soportar rigores como los que yo me imponía. Elisa tenía decinueve, la hermana Héléne veintiocho. Desmejoraba de modo evidente bajo mi exaltación. Un día me costó levantarme; tenía la cabeza pesada y estuve distraída durante la plegaria. Oí misa sin fervor. Lo mismo me sucedió a la noche. Al día siguiente hice tales esfuerzos que mi éxtasis y mis transportes regresaron, pero al otro día empeoré. El período de expansión había terminado; una increíble languidez se apoderó de mí, por primera vez después de mi conversión dudé, no de la fe, sino de mí misma. Creí que la gracia me abandonaba. Recordé esta frase atroz: "Muchos son los llamados, pero pocos los elegidos". Finalmente pensé que Dios no me amaba

porque yo no lo amaba lo suficiente. Caí en una tétrica desesperación.

Informé de mi estado a la señora Alice. Sonrió y quiso convencerme de que se trataba de un malestar pasajero, al que no había que dar demasiada importancia.

Todo el mundo está expuesto a esos desfallecimientos me dijo. Cuanto más te tortures, más crecerán. Acéptalos con humildad y reza para que acabe esta prueba, pero si no has cometido ninguna falta grave para la cual tu estado sea un merecido castigo, ten paciencia, espera y reza.

Lo que me dijo en ese momento era fruto de una larga experiencia y de una razón segura, pero mi cabeza debilitada no lo supo utilizar. Había conocido la suprema felicidad con los fervores de la devoción y no me resignaba a aguardar tranquilamente que volvieran. La señora Alice me había dicho: "Si no has cometido ninguna falta grave". Y yo buscaba la falta que había cometido, porque imaginar que Dios podía ser tan cruel como para retirarme su gracia sin más motivo que el ponerme a prueba, era inadmisibile. "Que me pruebe en mi vida exterior, lo admito ; uno acepta y busca el sufrimiento, pero para eso necesita de la gracia, y si se retira la gracia

¿qué se pretende que yo haga? No puedo nada sin él. Si me abandona, ¿es por mi culpa?

Así protestaba yo contra el objeto de mi adoración, y como una amante celosa y enojada hubiera querido formularle amargos reproches, pero dudaba de esos instintos rebeldes, y golpeándome el pecho me decía: "Debe ser culpa mía. Habré cometido algún pecado que mi conciencia endurecida y atontada se niega a reconocer.

¡Y allí estaba, exprimiendo mi conciencia y buscando mi pecado con una severidad increíble, como si una fuera culpable cuando pese a rebuscar no encontraba nada! Entonces imaginé que varios pecados veniales equivalían a un pecado mortal y volví a buscar esos pecados veniales que seguramente había cometido, que sin duda cometía a todas horas sin darme cuenta, porque está escrito que el justo peca siete veces por día" y que el cristiano humilde peca hasta "setenta veces siete".

Evidentemente en mi embriaguez había mucho orgullo. En mi retorno a mí misma hubo un exceso de humildad. Yo no era capaz de hacer nada a medias. Tomé la horrible costumbre de analizar en mí hasta los más pequeños actos. Y digo horrible porque escarbando sobre la propia individualidad se

exacerba una sensibilidad fuera de lo común y se da una importancia desmesurada a los más mínimos vaivenes del sentimiento, a las más ínfimas operaciones del pensamiento. De ahí a la prevención infinita que se ejerce sobre los demás y que perturba el afecto por un exceso de susceptibilidad y por una exigencia implacable, no hay más que un paso; y si en esa época mi alma no hubiera tenido por médico a un jesuita virtuoso, me hubiera tornado insoponible para con los demás como ya lo era para conmigo misma.

Por un mes o dos viví minuto a minuto en esa tortura, sin hallar la gracia perdida, es decir sin esa confianza que hace que nos sintamos auxiliados por la bondad de Dios. Además todo el trabajo que yo me tomaba para reencontrar esa gracia sólo servía para perderla de antemano. Me había convertido en eso que en la jerga de la devoción llaman escrupulosa.

Una devota atormentada por escrúpulos de conciencia se vuelve infeliz. Ya no podía comulgar sin temor, porque entre la absolución y el sacramento siempre creía haber cometido algún pecado. El pecado venial no hace perder la absolución; un sincero acto de contricción lava la mancha y permite

compartir la santa mesa; pero si el pecado es mortal, hay que abstenerse o se comete sacrilegio. El remedio es acudir rápidamente al director, o en su defecto al primer sacerdote que uno encuentre para obtener una nueva absolución. Remedio estúpido, verdadero abuso de una institución cuya finalidad primitiva fue grandiosa y santa, y que para los devotos se convierte en una charlatanería, en una picardía infantil, una obsesión por el creador rebajado al nivel de un ser tornadizo y celoso. Si se había cometido un pecado mortal en el momento o poco antes de la comunión, no habría que abstenerse y hacer una expiación más larga, una reconciliación más dificultosa que las que se hacen en cinco minutos de confesión entre el sacerdote y el pecador? ¡Ah!, los primeros cristianos no lo hubieran entendido: los que en las puertas del templo hacían una confesión pública antes de considerarse lavados de sus faltas, los que se sometían a pruebas terribles, a años enteros de penitencia. De ese modo, la confesión podía y debía transformar a un ser y hacer surgir realmente al hombre nuevo de la crisálida del antiguo. El inútil simulacro de la confesión secreta, la breve e insignificante exhortación del sacerdote, la tonta penitencia que consiste en recitar cualquier

oración, ¿es acaso la institución pura, enérgica y majestuosa de los primeros tiempos?

Hablo con una intención de justicia y de revisión; mi experiencia individual me llevaría a otras conclusiones si me encerrara en mi personalidad para juzgar al resto del mundo. Tuve la suerte de encontrar a un sacerdote digno, que durante mucho tiempo fue un amigo sereno para mí, un consejero lleno de sabiduría. Si hubiera dado con un fanático hubiera muerto o enloquecido, como ya dije; con un farsante, yo sería probablemente atea, o al menos lo hubiera sido por reacción durante un tiempo.

El abate de Prémord fue en ese período el generoso receptor de mis confesiones. Yo me acusaba de frialdad, de negligencia, de irritación, de sentimientos impíos, de poco fervor en mis ejercicios espirituales, de desgano en la clase, de distracción en la iglesia, de desobediencia, "y todo esto, decía, siempre, en todo momento, sin arrepentimiento válido, sin progreso en mi conversión, sin fuerzas para alcanzar el triunfo." El me reconvenía con gran dulzura, me recomendaba la perseverancia y me despedía diciéndome:

-Aguardemos, no te desanimes; debes arrepentirte, entonces triunfarás.

Finalmente, un día que yo me acusaba más acerbamente que nunca y que lloraba sin consuelo, me Interrumpió en medio de la confesión con la aspereza de una persona resuelta, cansado de perder el tiempo.

-No te entiendo me dijo, y temo que tu mente está enferma. ¿Me autorizas a que pida informes sobre tu conducta a la superiora o a la persona que tú me indiques?

-¿De qué se enterará usted con eso? -le dije-. Las personas bondadosas y que me quieren le dirán que parezco virtuosa; pero si el corazón es maligno y el alma está perdida, sólo yo puedo juzgarme, y el testimonio que le darán sobre mí hará que me sienta más culpable.

-¿Serás, acaso, hipócrita? -repuso-. ¿Será posible? Deja que me informe acerca de ti. Lo haré rápidamente. Vuelve a las cuatro y hablaremos.

Creo que habló con la superiora y con la señora Alice. Cuando regresé dijo sonriendo:

-Ya me parecía que estabas loca y que es necesario reprenderte. Tu conducta es inmejorable, tus maestras están encantadas; eres un dechado de suavidad, de puntualidad, de devoción sincera; pero estás enferma y eso influye sobre tu Imaginación; te

has puesto triste, sombría y como apática. Tus compañeras ya no te reconocen, se asombran y lo sienten. Cuidado, si sigues así harás que te odien y teman a causa de tu devoción, y el ejemplo de tus padecimientos e inquietudes Impedirá más conversaciones que otra cosa. Tu familia se preocupa por tu fanatismo. Tu madre piensa que la vida conventual te está matando; tu abuela escribe que aumentamos tu exaltación, y que tus cartas trasuntan un gran trastorno espiritual. Sabes bien que sucede todo lo contrario, que tratamos de apaciguarte. Ahora que conozco la verdad, te exijo que abandones estas exageraciones. Cuanto más sinceras, más peligrosas son. Te ordeno que vivas libre y plenamente en cuerpo y alma, y como en la enfermedad de "escrúpulos" que padeces hay mucho orgullo encubierto bajo apariencia de humildad, te impongo como penitencia el regreso a los juegos y distracciones sanas propias de tu edad. A partir de esta noche, durante el recreo correrás en el jardín con las demás en vez de ir a arrodillarte a la iglesia. Saltarás a la cuerda, jugarás en pareja. El apetito y el sueño te volverán pronto, y cuando ya no estés físicamente enferma, tu cerebro evaluará mejor las faltas de que ahora te acusas.

-¡Dios mío! -dije yo-; me impone usted una penitencia más dura de lo que cree. Ya no me causan placer el juego ni acostumbro estar alegre, pero tengo un espíritu tan débil que no puedo estar siempre alerta; me olvidaré de mi salvación y de Dios.

-No creas -me contestó-. Además vas demasiado lejos, tu conciencia, ya recuperada, te llamará la atención y oirás sus reproches, pienso que estás enferma y que a Dios no le agradan los impulsos febriles de un alma delirante, prefiero un homenaje sano y sólido. Debes hacer caso a tu médico. Dentro de ocho días quiero saber qué tanto en apariencia como en tus costumbres se ha dado un gran cambio en ti. Quiero que tus compañeras te quieran y te respeten, no sólo las que son buenas sino las que no lo son. Haz que conozcan el amor por el deber y su encanto, y que sepan que la fe es un santuario del que se sale con la frente serena y el ánimo indulgente. Recuerda que Jesús quería que sus discípulos tuvieran las manos limpias y el cabello perfumado. Esto significaba que no debían imitar a esos fanáticos e hipócritas que se cubren de cenizas y que tienen el corazón tan sucio como su cara; que debían resultar gratos a los hombres, para que la doctrina que predicaban les resultara agrada-

ble. Bien, hija mía, de ti depende no sepultar tu corazón en las cenizas de una penitencia mal entendida. Adorna tu corazón con lo ameno y tu espíritu con un goce risueño. Dada tu manera de ser, tratemos de creer que la piedad no modifica el humor de las personas. Es necesario que se ame a Dios en sus servidores. Bueno, haz tu acto de contricción y te absolveré.

-Pero, padre -le respondí-, ¿usted quiere que me distraiga y divierta esta noche y que a pesar de eso comulgue mañana?

-Sí, eso es lo que quiero -contestó-, y puesto que como penitencia te ordeno que te diviertas, no harás más que cumplir con tu deber.

-Todo lo acepto, si usted me promete que Dios, al verme contenta, volverá a regalarme sus dulces transportes, esos arrebatos espirituales que me hacían sentir y saborear su amor.

-No te puedo prometer nada por él -dijo sonriendo-; pero respondo yo mismo, ya verás.

Y el excelente hombre me despidió asombrada, conmovida y asustada de su mandato, pero obedecí, porque la obediencia pasiva es el primer deber del cristiano, y reconocí que a los quince años no es muy difícil volver a tomarle el gusto a la cuerda y a

los juegos, poco a poco me integré en el juego con placer y después con entusiasmo, porque el movimiento físico era una necesidad de mi edad y de mi constitución, y yo me había privado de él demasiado tiempo como para no hallarle nuevos atractivos.

Mis compañeras me aceptaron con suma gracia, antes que nadie mi querida Fannelly, y después Pauline, luego Anne, y después todas las demás, tanto los diablos como las buenas. Cuando me vieron tan contenta, creyeron que volvería a ser terrible. Elisa me reconvino un poco, pero le conté, como a todas las que merecían mi confianza, lo que me había pasado con el abate Prémord, y mi alegría fue aceptada como correcta y hasta loable.

Me ocurrió todo lo que me había anticipado mi director. Recuperé rápidamente la salud física y moral. La calma renació en mi mente; cuando interrogaba a mi corazón lo hallaba tan puro y sincero que la confesión se convirtió en una breve formalidad dedicada a permitirme el goce de comulgar. Disfrutaba, pues, del inenarrable bienestar que el espíritu jesuítico sabe proporcionar a cada naturaleza, según sus apetencias y gustos. Admirable regla de conducta por su conocimiento del corazón humano y por los frutos que podría conseguir para el bien, si,

como el abate Prémord, todo aquél que lo practica y predica tiene amor al bien y horror por el mal; pero en ciertas manos los remedios se transforman en veneno, y la poderosa simiente de la escuela jesuítica ha sembrado la vida y la muerte con igual profusión en la sociedad y en la iglesia.

Transcurrieron unos seis meses que han quedado en mi memoria como un sueño, y que ruego volver a encontrar en el más allá, en mi porción de paraíso. Mi ánimo estaba tranquilo. Tenía ideas optimistas. En mi cerebro no brotaban más que flores, nada de rocas ni espinas. A toda hora veía el cielo despejado para mí; la Virgen y los ángeles me llamaban y me sonreían; me daba lo mismo morir. La sede de la divinidad me esperaba convivir que todos sus esplendores y ya no sentía en mí ni un grano de polvo que pudiera entorpecer el vuelo de mis alas. La tierra era el sitio de espera en que todo me favorecía y estimulaba para obtener mi salvación. Los ángeles me guiaban de la mano, como al profeta, para evitar que en la noche mi pie tropezara con la piedra del camino. Cada vez que rezaba recuperaba mis impulsos amorosos, pero menos vehementes, mucho más suavizados. El culposo y tétrico pensamiento de la ira del padre celestial y la indiferencia

de Jesús ya no me abrumaba. Comulgaba todos los domingos y fiestas con una increíble tranquilidad de corazón y de espíritu. Era libre como el viento en esa preciosa y amplia prisión. Si hubiera pedido la llave de los subterráneos, me la hubieran dado. Las monjas me mimaban como a su criatura preferida, mi buena Alice, mi querida Héléne, la señora Eugénie, Gallinita, la hermana Teresa, la señora Anne Joséphe, la superiora, Elisa y las antiguas pensionistas, y las nuevas, y la clase inferior, y la superior: todos los corazones se sentían atraídos por mí. ¡Qué fácil es ser perfectamente amable cuando uno se siente perfectamente feliz! El buen abate hizo que la obligación de ser amable me resultara fácil. Al principio me había sentido un poco asustada ante la visión de mi deber; tan pronto como tuviera influencia sobre mis compañeras mi tarea sería predicarles y convertirlas. Le confesé que no me sentía competente para esa misión.

-Usted quiere que aquí todos me quieran le dije; bueno, me conozco bastante y sé que no podré hacer que nadie me ame si no amo yo misma, y que nunca seré capaz de decirle a alguien que quiero: "Conviértete, mi amistad tiene ese precio". No, mentiría. No sé fanatizar, acosar, ni siquiera insistir;

soy demasiado débil.

-Yo no te pido nada de eso me contestó el benévolo director; acosar y fanatizar sería algo de muy mal gusto a tu edad. Sé creyente y feliz: eso es todo lo que te pido; tu ejemplo predicará mejor que cualquier discurso que pudieras componer.

De alguna manera tuvo razón, pero la religión así fortalecida por la alegría había incrementado la vivacidad de los espíritus, y dudo de que fuera un medio muy seguro para afianzar el catolicismo.

Yo persistí con confianza. O mejor dicho, hubiera persistido, de no haber dejado el convento. Me vi obligada a abandonarlo; me vi obligada a ocultar mi tremenda pena a mi abuela, que habría sufrido mortalmente de saber el dolor que yo sentía al separarme de los numerosos y amados objetos de mi cariño. Mi corazón se desgarró, pero no lloró, porque tuve un mes para prepararme para esta separación, y cuando llegó, me había hecho el propósito de someterme sin protestar de modo tan firme, que delante de mi pobre abuela parecía serena y satisfecha, pero estaba desesperada y lo estuve largo tiempo.

Pero no debo cerrar el último capítulo sobre el convento sin decir que todo el mundo quedó triste

y desolado por la muerte de la señora Canning. Debido a su carácter, yo llegué a respetarla como me lo ordenaba mi devoción pero nunca le tuve simpatía. A pesar de eso, fui una de las últimas personas que nombró con cariño durante su agonía.

Esta mujer de fuerte constitución había tenido indudablemente las aptitudes necesarias para su cargo en la vida monástica, puesto que conservó después de la revolución el gobierno absoluto de la comunidad. Dejaba el convento en una situación floreciente, con un número elevado de alumnas y grandes apoyos en la buena sociedad, que debían asegurar para el futuro una clientela permanente y notable.

Esta situación próspera se esfumó con ella, presencié la elección de la señora Eugénie, y como ella me quería tanto, si yo hubiera permanecido en el convento me hubieran mimado aún más; pero la señora Eugénie no estuvo a la altura de la absoluta autoridad. No sé si abusó, durante su gobierno se extendió el desorden o la división, pero a los pocos años ella pidió retirarse, y aceptaron su propuesta, según me han dicho, con gran apresuramiento. Dejó dormir todos los asuntos, o mejor dicho, no intentó solucionar nada. En este mundo todo es moda,

hasta los conventos. La de las Iglesias fue, durante el imperio de Luis XVIII una gran moda. Los más ilustres nombres de Francia y de Inglaterra contribuyeron a ello.

Los Mortemart, los Montmorency, enviaban allí a sus herederas. Las hijas de los generales del imperio ubicados en la Restauración, también fueron enviadas, sin duda con la finalidad de conseguir relaciones favorables para las aspiraciones aristocráticas de sus familias; pero ya estaba llegando el reino de la burguesía, y aunque oí a las "viejas condesas" acusar a la señora Eugénie de haber permitido que su convento se "aplebeyara", recuerdo muy bien que cuando yo salí, pocos días después de la muerte de la señora Canning, el "tercer estado" ya había hecho por sí solo una victoriosa irrupción en el convento, fruto, por así decirlo, de su fértil administración.

Vi aumentar nuestro caudal rápidamente con un buen número de muchachas encantadoras, hijas de comerciantes o industriales, ya muy bien educadas y la mayoría más inteligentes -esto era evidente y reconocido- que las niñas de grandes casas, pero esta prosperidad fue un fuego fatuo. Los de "la alta", como dicen hoy los pobres, encontraron demasiado

llano ese medio, y la moda de los nombres se volvió hacia el Sagrado Corazón y la Abadía de los Bosques. Varias de mis antiguas compañeras fueron trasladadas a esos monasterios, y poco a poco el patriciado católico se alejó del antiguo bastión de los Estuardos. Entonces los burgueses, que sin duda habían tenido la esperanza de que sus herederas se rozaran con las de la nobleza, se sintieron decepcionados y humillados. Quizá también el espíritu volteriano del reino de Luis Felipe empezó a proscribir las educaciones monásticas. De modo que cuando después de unos años visité el convento, lo halló casi vacío, con siete del ocho pensionistas en lugar de las setenta del ochenta que habíamos sido, la casa demasiado grande y llena ahora de silencio como antes de ruido. Gallinita estaba desconsolada y se quejaba amargamente de las nuevas superiores y del derrumbe de nuestra ..antigua gloria".

Tuve las últimas noticias sobre esto en 1847. La situación había mejorado, pero no recuperó su antiguo nivel: gran arbitrariedad de la moda, porque las inglesas eran bajo todo punto de vista un rebaño de vírgenes buenas, cuyos hábitos razonables, suaves e indulgentes no pueden haberse perdido en un cuarto de siglo.

Abracé por última vez a mis queridas amigas del convento. Estaba realmente desolada.

Llegamos a Nohant a principios de la primavera de 1820, en la gran calesa azul de mi abuela, y volví a encontrar mi antiguo cuarto en manos de los obreros que renovaban los papeles y la pintura, porque mi abuela empezaba a encontrar demasiado fuerte para mis ojos el tinte naranja de la tela estampada y quería cambiarla por un fresco ¡¡la. Además, arreglaron mi lecho en forma de carroza, y sus gastados penachos se salvaron, escapando al vandalismo del gusto moderno.

Me ubicaron provisoriamente en el gran departamento de mi madre. Allí nada había cambiado y dormí maravillosamente en ese enorme lecho dorado que me recordaba todas las dulzuras y los ensueños infantiles.

Por primera vez después de nuestra separación definitiva, vi entrar el sol en esa habitación desierta en la que tanto había llorado. Los árboles estaban florecidos, los ruiseñores cantaban, y yo oía a lo lejos la clásica y grave copla campesina, que sintetiza y define toda la poesía simple y sencilla del Berry. Mi despertar fue un indescriptible, choque de alegría y dolor. Ya eran las nueve de la mañana. Era la prime-

ra vez en tres años que dormía hasta tan tarde, sin oír lá campana del ángelus y la voz chillona de Marie Joséphe sacándome bruscamente de la dulzura de los últimos sueños, podía quedarme una hora más y nadie me castigaría. Salir de la regia, entrar en la libertad, es una crisis Inimaginable, que no pueden percibir del todo las almas ensimismadas y soñadoras.

Abrí la ventana y volví a meterme en la cama. El perfume de las plantas, la juventud, la vida y la libertad entraban a raudales; pero también el temor del porvenir desconocido que se abría Inexorable ante mí y que me sumía en una Inquietud y tristeza enormes. No sabría cómo explicar esta desesperanza morbosa del espíritu, tan poco adecuada a la ligereza de las ideas y a la salud física de la adolescencia. la sentía con tanta Intensidad que su nítido recuerdo ha perdurado muchos años en mí, sin que yo pueda discernir claramente por asociación qué recuerdos pertenecen a un día o qué temores a otro. De modo que me puse a llorar amargamente en el momento en que hubiera debido volver con alegría a la posesión de la casa paterna y de mí misma.

-¡Cuántas felicidades, sin embargo, para una pensionista que sale de la jaula! En lugar del triste

uniforme de sarga violeta, una linda doncella me traía un alegre vestido rosa. Tenía libertad para acomodarme el cabello a mi gusto, sin que la señora Eugénie viniera a observarme y decirme que llevar las sienes descubiertas era una Indecencia. En el desayuno me servían todas las golosinas que gustaban a mi abuela y que daba en abundancia. El jardín era un vergel. Todos los criados y campesinos venían a presentarme sus cumplidos. Yo besaba a todas las mujeres de los alrededores, que me encontraban mucho más linda porque había engordado un poco. El enguaje peculiar de estas gentes me sonaba como una música querida y me maravillaba que no me hablasen con los soplidos británicos. los grandes perros, mis viejos amigos, que la noche anterior me habían ladrado, me reconocían y me llenaban de caricias con sus gestos inteligentes y cándidos que parecen pedir perdón por haberse olvidado de algo por un momento.

A la noche, Deschartres, que estaba en no sé que feria lejana, llegó por fin con su chaqueta, sus calzas y su gorra. El querido amigo no se imaginaba cuánto podía yo haber crecido, y mientras me le arrojaba al cuello, él preguntaba dónde estaba Aurora. Me decía señorita, y se comportó como mis pe-

rrros; no me reconoció hasta un cuarto de hora después.

Todos mis viejos amigos de la infancia habían cambiado. Liset estaba prometida. No volví a verla y poco tiempo después murió. Cadet había pasado a ser mucamo de comedor. Servía la mesa y decía Ingenuamente a la señorita Julie, que le recriminaba por romper las garrafas: "No he roto más que siete esta semana". Fanchon era pastora en nuestros campos. Aucante se había convertido en la beldad de la aldea Marie y Solange Croux eran unas muchachas encantadoras. Durante tres días mi habitación estuvo llena de visitas que llegaban continuamente. Ursula no fue de las últimas.

Pero todo el mundo me decía señorita, como Deschartres. Algunos se sentían intimidados en mi presencia. Eso hizo que me sintiera muy sola. El abismo de las clases sociales había surgido entre unos niños que hasta entonces se habían sentido iguales. Yo no podía modificar nada, no me lo hubieran permitido, por lo tanto empecé a extrañar a mis compañeras de convento.

Pocos días después viví intensamente el placer físico de correr por los campos, volver a ver el río, las plantas silvestres, los prados en flor. El ejercicio

de caminar en el campo y el aire primaveral me hicieron tanto bien que dejé de cavilar y dormí largas noches de un tirón; pero muy pronto empezó a pesarme la inactividad intelectual, y trataba de llenar los eternos ratos libres con los mimos de mi abuela.

Mi vida discurría en casi todo por un camino ajeno a las costumbres habituales de la sociedad. Deschartres, lejos de encarrilarme, me impulsaba a lo que llaman mi excentricidad, sin que ni el ni yo nos percatáramos en ese momento. Un día me dijo:

Vengo de visitar al conde de...y tuve una grata sorpresa. Cazaba con un muchacho que por su blusa y su gorro iba yo a tratar con pocos cumplidos, cuando él me dijo:

Es mi hija. Hago que se vista así, como un muchacho, para que pueda correr conmigo, trepar y saltar, sin que se lo impidan esas ropas que tornan impotentes a las mujeres en una edad en que tienen gran necesidad de desarrollar sus fuerzas.

Este conde de...se dedicaba a cuestiones de medicina, y consideraba que ese cambio de ropa era una excelente medida higiénica. Deschartres se entusiasmó. Como nunca había educado a una mujer, creo que deseaba verme como varón, para Imaginarse que lo era de verdad. Mis faldas inhibían su

seriedad; y cuando adopté la vestimenta masculina se volvió diez veces más pedagogo y me empachó con su latín, creyendo que así le entendía mejor.

Por mi parte, encontraba mis nuevas ropas mucho más adecuadas para correr que mis faldas bordadas que se hacían pedazos en las zarzas. Había adelgazado, y no hacía tanto tiempo que había usado mi uniforme de ayuda de campo de Murat como para habérmelo olvidado.

Hay que tener en cuenta que en esa época las faldas rectas eran tan estrechas que una mujer estaba como maneada, y no podía cruzar tranquilamente un arroyo sin meter en él sus zapatos.

Deschartres tenía pasión por la caza y a veces me llevaba con él. Esto me fatigaba, precisamente a causa de la dificultad de atravesar los zarzales llenos de espinas que proliferan en nuestras campiñas. Me gustaba más cazar codornices con el silbato, en los trigales verdes. Me hacía levantar antes del alba. Acostada en una era llamaba", mientras él, en la otra punta del campo, llenaba el morral. Todas las mañanas llevábamos ocho o diez codornices vivas a mi abuela, que las admiraba y compadecía mucho, aunque yo, como me alimentaba casi exclusivamente de caza menor, no podía lamentar mucho tiempo el

destino de esas pobres avecillas.

Deschartres, muy cariñoso conmigo y preocupado por mi salud, no pensaba en otra cosa cuando oía volar cerca a la codorniz. Yo me dejaba arrastrar bastante por ese placer salvaje de acechar y atrapar un ave, pero mi papel de llamador, que consistía en quedarme acostada en los trigales empapados de rocío al amanecer, me volvió a Infligir los agudos dolores de todos los miembros que ya había tenido en el convento. Un día Deschartres vio que yo no podía subir a mi caballo y que había que llevarme en brazos. Los primeros pasos de mi cabalgadura me arrancaban gritos; sólo después de un buen rato de enérgico galope bajo los primeros rayos del sol me mejoraba. El se sorprendió un poco y finalmente descubrió que yo tenía reumatismo.

Esta fue para él una razón más para ordenarme los ejercicios violentos y el vestido masculino que me mejorarían.

Cuando me vio vestida de hombre, mi abuela lloró.

-Eres demasiado parecida a tu padre -me dijo así para correr, pero ponte ropas de mujer el volver, para que yo no me equivoque, porque eso me hace un daño horrible y hay veces en que me hago tal lío

con el pasado y el presente que ya no sé en qué época estoy viviendo.

Mi modo de ser se manifestaba tan espontáneamente en esta situación excepcional, que me parecía lógico vivir de modo diferente al de las demás muchachas. Me consideraron rarísima, y sin embargo yo lo era mucho menos de lo que podría haberlo sido de haber tenido predilección por el rebuscamiento y la singularidad. Abandonada a mí misma en todo, sin control en la casa de mi abuela, olvidada por mi madre, impulsada a la más completa independencia por Deschartres, sin ninguna pesadumbre del corazón o de los sentidos, siempre con la idea, a pesar del cambio que habían experimentado mis convicciones religiosas, de ingresar a un convento, con o sin votos monásticos, lo que se llama "el qué dirán", carecía para mí de sentido y de valor, y no me parecía servir para nada.

Deschartres nunca había considerado el mundo desde un punto de vista práctico. En su amor por el mando, no toleraba ninguna crítica a sus resoluciones y hacía depender todo de su sabiduría y de su omnipotencia, que él consideraba infalibles y como estiércol miraba a todo el mundo, exceptuando a mi abuela, a sí mismo y a mí. No se reía, como yo, de

las críticas. Se ponía furioso, se indignaba hasta el paroxismo con las personas imbéciles que se permitían criticar mi indiferencia por sus formas habituales de vestir.

Hay que reconocer que también es aburría. Llevaba una vida sumamente activa, pero debido a la enfermedad de mi abuela tuvo que moderarse. Con sus economías había comprado un pequeño terreno a diez o doce leguas de nosotros, adonde en otros tiempos pasaba semanas enteras. Como no se animaba a dormir fuera de casa por miedo a que su enferma empeorara, empezaba a ponerse rabioso. Y sobre todo, se veía privado de la compañía de esta amiga que siempre le había sido fiel. Necesitaba atarse con exclusividad a alguien para brindarle la admiración y el buen humor que no brindaba a nadie. De modo que yo me había convertido en su Dios, quizá mucho más que mi abuela en su época, porque me veía como obra suya, y creía hallar en mí un espejo de sus virtudes intelectuales.

Aunque a veces me abrumaba, yo accedía a satisfacer su necesidad de discutir y perorar, dedicándole un tiempo que hubiera preferido ocupar con mis propias indagaciones. Creía saberlo todo y se equivocaba, pero como conocía muchas cosas y te-

nía una memoria increíble, su sabiduría no era aburrida; tan sólo era cansadora por su carácter, debido a su gran vanidad. Con el gesto más adusto y el lenguaje más autoritario que se pueda Imaginar, en algunos momentos tenía sed de alegría y entrega. Me obsequiaba puerilmente, pero cuando yo lo hacía se reía muchísimo. En suma, me aguantaba todo, y mientras adoptaba actitudes intolerantes con los que no lo admiraban, no podía vivir sin mis objeciones y mis bromas. Este sabueso era un perro fiel, y aunque mordía al primero que veía, se dejaba tirar las orejas por la niña de la casa.

Me seguía gustando la música. Tenía en mi cuarto un piano, un arpa y una guitarra. No tenía tiempo para estudiar nada, pero leía muchas partituras. Esa incapacidad de adquirir cualquier habilidad me permitía, por lo menos, tener el goce de acostumbrarme a leer y comprender.

También quise aprender mineralogía y geología. Deschartres llenaba mi habitación de cascotes. Yo sólo percibía los detalles de la muestra que él me enseñaba; pero siempre carecía de tiempo. Hubiera hecho falta que mi abuela recuperara su salud.

A fines de otoño se mejoró un poco y eso me hizo feliz, pero Deschartres consideraba esa mejoría

como un paso hacia la disolución final del ser. Sin embargo, mi abuela no era tan vieja como para no levantarse: tenía setenta y cinco años y sólo se había enfermado una vez en su vida. La decadencia de sus fuerzas y de sus facultades era bastante Inexplicable. Deschartres atribuía esta falta de reacción a la mala circulación de su sangre en sus arterias anquilosadas. Debía imputarse mucho más a la ausencia de voluntad y el desfallecimiento moral, después del terrible dolor por la pérdida de su hijo.

Todo el mes de diciembre fue lúgubre. Ya no se levantó y casi no habló. Nosotros, acostumbrados a la tristeza, no estábamos asustados. Deschartres pensaba que ella podía estar bastante tiempo así, entre la vida y la muerte. El 22 de diciembre me hizo levantar para darme un cuchillo de nácar, sin que nos explicáramos por qué quería darme ese pequeño objeto y por qué había pensado en él. Sus ideas no estaban claras. Sin embargo, se despertó una vez más para decirme:

-Pierdes a tu mejor amiga.

Fueron sus últimas palabras. Un sueño de plomo cayó sobre su rostro sereno, siempre hermoso y lozano. Ya no se despertó y se extinguió sin ningún sufrimiento al amanecer, cuando la campana sonaba

para la fiesta de Navidad.

Ni Deschartres ni yo lloramos. Cuando el corazón dejó de latir y el aliento de empañar débilmente el espejo, ya hacía tres días que la dábamos por perdida, y en ese momento supremo sólo sentimos el alivio de saber que había atravesado sin sufrimientos físicos y sin tormentos anímicos el umbral hacia una existencia mejor. No hubo lucha entre el cuerpo y el alma para separarse. Quizá el alma ya había volado hacia Dios en alas de un anhelo que la reuniría con la de su hijo, mientras nosotros velábamos su cuerpo exánime e insensible.

Julie le hizo el último arreglo con la misma minuciosidad que en los mejores días. Le colocó su cofia de encajes, sus lazos, sus anillos. Teníamos la tradición de enterrar a nuestros muertos con un crucifijo y un libro religioso. Llevé los que había preferido en el convento. Cuando la pusieron en el ataúd todavía estaba hermosa. Tenía una expresión sublime de paz.

Por la noche Deschartres me llamó; estaba muy excitado y me dijo en voz baja:

-¿Tiene usted valor? ¿No cree que hay que rendir a los muertos un culto más trascendente que el de las plegarias y las lágrimas? ¿No piensa que desde

allá arriba deben vernos y se conmueven por la constancia de nuestro dolor? Si piensa así, venga conmigo.

Era más o menos la una de la mañana. La noche era clara y fría. La escarcha, que se había anticipado a la nieve, dificultaba el paso, y mientras atravesábamos el patio para entrar en el cementerio contiguo resbalamos varias veces.

-Quédese tranquila -me dijo Deschartres, siempre excitado bajo una aparente sangre fría-. Verá usted al que fue su padre.

Nos acercamos a la fosa abierta para recibir a mi abuela. Bajo un pequeño arco hecho de toscas piedras había un ataúd al que se uniría otro dentro de poco.

-Quise ver esto -dijo Deschartres-, y controlar a los obreros que abrieron la fosa durante el día. El ataúd de su padre todavía está intacto; sólo se han caído los clavos.

Cuando me quedé sola levanté la tapa. Vi el esqueleto. La cabeza se había separado; la tomé, la besé. Sentí un alivio tan grande, yo, que no pude recibir el último beso, que pensé que usted tampoco lo había recibido. Mañana esta fosa se volverá a cerrar. No se abrirá más que para usted. Hay que ba-

jar, hay que besar esa reliquia. Lo recordaremos toda nuestra vida. Algún día habrá de escribir la historia de su padre, aunque más no sea para que sus hijos, que no lo conocieron, lo veneren. Déle ahora al que usted amó tanto una prueba de amor y de respeto. Yo le aseguro que dondequiera que él está ahora, la verá y le dará su bendición.

Yo también estaba bastante emocionada y excitada, y me parecía completamente natural lo que mi preceptor me decía. No experimentaba la menor repulsión, y como no parecía extraño, hubiera lamentado que una vez surgida esta idea, no se la llevara a cabo. Bajamos dentro de la fosa e hicimos fervorosamente el acto de veneración que mi preceptor había iniciado.

-No digamos nada de esto a nadie -me dijo él, todavía con su aparente calma, después de cerrar el ataúd y saliendo conmigo del cementerio-; pensarán que nos hemos vuelto locos, y no es así, ¿no es cierto?

-Es cierto, -le contesté con firmeza-.

A partir de ese momento pude percibir que las creencias de Deschartres cambiaron radicalmente. Siempre había sido materialista y nunca lo había ocultado, aunque siempre trataba de usar un len-

guaje moderado al referirse a la divinidad y a la inmaterialidad del alma. Mi abuela era deísta, como se decía entonces, y le había prohibido que hiciera de mí una atea. Le dio trabajo contenerse y si yo hubiera estado inclinada a la negación, me habría apoyado a pesar suyo.

Pero se operó en él una súbita transformación, extremista como su carácter, pues poco después lo oí defendiendo con fervor la autoridad de la iglesia. Su conversión fue, como la mía, una conmoción del corazón. Frente a esos restos de un ser querido, no pudo aceptar el horror de la nada. La muerte de mi abuela al reavivar el recuerdo de la de mi padre, lo había enfrentado con esa doble tumba que encerraba los dos mayores dolores de su vida, y su alma apasionada se rebeló, pese a su razón fría, contra el dictado de una separación eterna.

Al día siguiente de esa extraña noche, llevamos los restos de la madre junto a los del hijo. Vinieron todas nuestras amistades y se hicieron presentes todos los habitantes de la aldea, pero el bochinche, las figuras embrutecidas, las peleas de los mendigos, que, apurados por recibir la limosna usual, nos empujaban hasta la fosa para estar en primera fila en el reparto, los saludos de pésame, los aires de falsa

congoja o verdadero dolor, los llantos escandalosos y las vulgares condolencias de algunos criados bien Intencionados; en suma, todo lo aparente del duelo me resultó muy doloroso y me pareció irreverente. No veía la hora de que la gente se fuera. Le estaba muy reconocida a Deschartres por haberme llevado allí durante la noche, para rendir a esa fosa un homenaje solemne y profundo.

Por la noche, toda la casa, vencida por el cansancio, se durmió temprano. Hasta Deschartres lo hizo, agotado por una emoción que había adoptado una nueva forma para él.

Yo no estaba cansada. Me sentía profundamente impresionada por la majestad de la muerte; mis emociones, acordes con mis creencias, habían sido de un dolor sordo. Quise volver a ver la habitación de mi abuela y pasar esa noche en vela en su recuerdo, como había pasado tantas junto a ella.

Apenas cesaron los ruidos de la casa y estuve segura de quedarme sola, bajé y me encerré en su cuarto. Todavía no habían podido ordenarlo. La cama estaba deshecha, y lo primero que vi fue la forma exacta de su cuerpo que la muerte había perfilado con su pesadez Inerte y que se dibujaba sobre el colchón y la sábana. Ahí veía toda su forma im-

presa en cruz. Al apoyar los labios me pareció sentir aún el frío.

Todavía había frasquitos medio vacíos en su mesita. Los perfumes que habían quemado alrededor de su cadáver impregnaban la atmósfera. Era benjuí, que ella siempre había preferido en vida, y que le trajera de la India el señor Dupleix en una nuez de coco. Quemó el que quedaba. Ordené sus frascos como a ella le gustaba; bajó las cortinas como cuando vivía. Encendí la lámpara que aún tenía aceite. Reavivó el fuego que todavía estaba encendido. Me recostó en el gran sillón y me Imaginé que ella estaba todavía allí, y que al adormecerme oiría quizá su débil voz que me llamaba.

No me dormí, y sin embargo me pareció escuchar dos o tres veces su respiración y esa especie de suspiro del despertar que yo conocía tan bien, pero no ocurrió nada preciso en mi Imaginación, demasiado deseosa de alguna visión para llegar a un estado de arrobamiento.

No pasó nada. El viento silbó afuera, cantó un pájaro, y también un grillo que mi abuela nunca dejó que Deschartres eliminara, pese a que la despertaba con frecuencia. Sonó el reloj de péndulo. El otro colocado junto a la cama para que la enferma lo mi-

rarse, enmudeció. Acabé por sentirme muy cansada y me dormí profundamente.

Pero cuando después de algunas horas me desperté, había olvidado lo ocurrido y me levanté para ver si dormía tranquila. Entonces el recuerdo se avivó, y las lágrimas me aliviaron; con ellas mojé la almohada que todavía conservaba la forma de su cabeza. Después salí de esa habitación en la que al día siguiente pusieron candados, y que me pareció profanada por las formalidades del interés material.

Dejó Nohant con el corazón oprimido, con un sentimiento parecido al que había experimentado cuando salí del convento de las inglesas. Abandonaba todos mis hábitos de estudio, todos mis recuerdos afectuosos y al pobre Deschartres, solo y como atontado por el dolor.

Mi madre sólo me permitió algunos libros preferidos.

Despreciaba profundamente lo que ella llamaba mi extravagancia, pero me permitió conservar a mi doncella Sophie, a quien yo quería, y llevarme a mi perro.

En esa época el señor y la señora Duplesis fueron a pasar algunos días a París, y como yo estaba con mi madre, venían todos los días a buscarme

para pasear, cenar en el cabaret, como decían ellos, y callejear por los bulevares. El cabaret era siempre el "Café de París"; el callejeo era la Opera, la puerta San Martín o algún mimodrama en el circo que despertaba los instintos guerreros de James. También invitaban a mi madre en todas estas salidas; pero aunque esas cosas la divertían, a menudo me dejaba ir sin ella, parecía que quería delegar sus derechos y funciones maternas en la señora Duplessis.

Una de esas noches . estábamos tomando unos helados en el Tortoní, cuando mi "madre" Angela dijo a su marido:

-Allí está Casimir. Un joven delgado y elegante, de semblante alegre y aire militar vino a saludarlos y a contestar las ansiosas preguntas que le formulaban sobre su padre, el coronel Dudevant, muy querido y respetado por la familia. Se sentó junto a la señora Angela y le preguntó en voz baja quién era yo.

-Es mi hija -contestó ella en voz alta-.

-Entonces -contestó él siempre en voz baja-, ¿es mi mujer? No olvide usted que me prometió la mano de su hija mayor. Creí que era Wilfrid; pero como ésta parece de una edad más adecuada a la mía, la acepto, si me la quiere dar.

La señora Angela se rió francamente, sin pensar

que el cumplido era una profecía.

Días después Casimir Dudevant vino al Plessis y se unió a nuestro grupo con una alegría y un entusiasmo que no podían dar mejor pronóstico de su carácter. No me cortejó, lo cual nos hubiera alterado, y ni siquiera se le cruzó por la cabeza. Había entre nosotros una camaradería cordial, y él le decía a la señora Angela, que había tomado la costumbre de llamarlo yerno:

-Su hijo es un buen muchacho.

Yo, por mi lado, decía:

-Su yerno es un buen chico.

No sé qué nos impulsó a seguir con el juego. El padre Stanislas, que era muy bromista, me gritaba cuando jugábamos en el jardín:

-¡Corre junto a tu marido! Casimir, -uniéndose al juego, gritaba a su vez:

-¡Dénme a mi mujer! Empezamos a tratarnos como marido y mujer con tanto desenfado y ausencia de pasión como el pequeño Norbert y la pequeña Justine.

Un día el viejo Stanislas me dijo no sé qué barbaridad al respecto que me hizo tomarlo del brazo y preguntarle por qué quería amargar las más pequeñas cosas.

-Porque estás loca si te crees que te vas a casar con ese joven me contestó, El tendrá sesenta o noventa mil libras de renta, y con toda seguridad que ni piensa en hacerte su mujer.

-Le doy mi palabra de honor le dije, que nunca pensé en él como posible marido; y visto que esta broma que sería de muy mal gusto si no se hubiera dado entre personas tan puras como nosotros puede llegar a ser algo serio en mentes retorcidas como la suya, pediré a "mi padre" y a "mi madre" que le pongan pronto punto final.

El "padre", al que encontré primero al regresar a la casa, respondió a mi pedido diciéndome que el viejo Stanislas desvariaba.

-Si llevas el apunte a las mordacidades de ese viejo, ni siquiera podrás levantar un dedo sin que él vea en eso una segunda intención. No es eso. Hablemos seriamente. Es cierto que el coronel Dudevant tiene una bella fortuna, un buen pasar, mitad de él, mitad de su mujer: pero lo que es propio de él es su pensión de retiro como oficial de la legión de honor, como barón del imperio, etc. Lo único que posee es una tierra bastante buena en Gascuña, y su hijo, que es hijo natural y no es de su mujer, sólo tiene derecho a la mitad de esta herencia. Quizá la

tenga toda, porque su padre lo quiere y no tiene otros hijos; pero aun así su fortuna no será nunca mayor que la tuya y hasta inferior al principio. De modo que no hay nada que impida este casamiento con el que bromeamos, y sería más ventajoso para él que para ti. Quédate entonces tranquila y haz lo que te plazca. Renuncia a la broma si te disgusta; no le des importancia si te es indiferente.

-No es indiferente -le dije-, y me sentiría ridícula si le diera importancia.

Las cosas quedaron así. Casimir se fue y regresó. Cuando volvió se puso muy serio y me pidió mi mano con gran franqueza y honestidad.

Quizá esto no sea muy usual me dijo, pero quiero que el primer consentimiento sea el tuyo, completamente libre de espíritu. Si no te resulto odioso y a pesar de eso no estás decidida, obsérvame con atención durante un tiempo, y dentro de unos días o cuando quieras me dirás si me autorizas a que mi padre y tu madre se conozcan.

Esto me gustó. El señor y la señora Duplessis me habían hablado tan bien de Casimir y de su familia que yo no tenía por qué negarle mi atención. Sus palabras y su modo de ser me parecieron sinceros. No me hablaba de amor y no parecía inclinado

a la pasión repentina, al arrebató, y además no era hábil para seducir. Hablaba de una amistad sólida y comparaba la felicidad doméstica de nuestros anfitriones con la que él pensaba proporcionarme.

-Para que veas que estoy seguro de mí -me decía-, quiero que sepas que cuando te vi quedé muy impresionado por tu aspecto bondadoso y reflexivo. No me pareciste hermosa ni linda; no sabía quien eras, nunca había oído hablar de ti; pero cuando la señora Angela me dijo bromeando que serías mi mujer, tuve la inmediata certeza de que si eso ocurría yo sería muy feliz. Esa vaga sensación se fue afirmando, y cuando empecé a jugar y bromear contigo, me pareció que te conocía desde hace mucho tiempo y que éramos viejos amigos.

Creo que en esa etapa de mi vida, después de tantas incertidumbres entre el convento y mi familia, una pasión violenta me hubiera asustado. No la hubiera entendido, me hubiera parecido fingida y ridícula, como la del primer pretendiente que se me había declarado en el Plessis. Nunca mi corazón se había anticipado a mi desconocimiento: ninguna perturbación de mi ser había turbado mi razonamiento o adormecido mi cautela.

De modo que el razonamiento de Casimir me

pareció simpático, y después de haber consultado a mis anfitriones, se estableció entre nosotros esa dulce camaradería que acabó por convertirse en una especie de convenio entre nosotros.

Yo nunca había recibido esas atenciones exclusivas, esa sumisión voluntaria y gozosa que conmueve a un corazón joven. Ya no podía dejar de ver a Casimir como el mejor y más leal de mis amigos.

Convinimos con la señora Angela que habría una entrevista entre el coronel y mi madre, y hasta que eso ocurriera no hicimos ningún proyecto, porque todo dependía del antojo de mi madre, que podía estropearlo todo. Si ella no estaba de acuerdo, debíamos renunciar a nuestra unión y conformarnos con ser amigos.

Mi madre vino a Plessis y experimentó, como yo, un cariñoso respeto por el noble rostro, la cabellera dé plata, el aire distinguido y bondadoso del viejo coronel. Charlaron entre ellos y con nuestros anfitriones. Mi madre me dijo:

-He aceptado, pero de una manera que me permite dar marcha atrás. Todavía no sé si el hijo me gustará. No es lindo. Hubiera querido un yerno lindo para que me diera su brazo.

El coronel tomó el mío para ir a ver un prado

artificial que había detrás de la casa, mientras hablaba de agricultura con James. Caminaba penosamente, porque había tenido violentos ataques de gota. Cuando nos separamos de los otros paseantes me habló afectuosamente, me dijo que yo le gustaba muchísimo y que se sentiría feliz de tenerme por hija.

Mi madre se quedó unos días, estuvo afable y graciosa, bromeó con su futuro yerno para ponerlo a prueba, consideró que era un buen muchacho y se fue dándonos autorización para estar juntos bajo la vigilancia de la señora Angela. Se acordó que para fijar la fecha del casamiento aguardaríamos que regresara a París la señora Dudevant, que estaba pasando una temporada con su familia en Le Mans. Hasta entonces las familias analizarían sus respectivas fortunas y el coronel debía arreglar la suya para fijar la renta que quería conceder a su hijo.

A los quince días mi madre volvió como un huracán al Plessis. Había "descubierto" que Casimir, en medio de una vida desorganizada, había sido mozo de café durante un tiempo. Ignoro de dónde sacó la noticia, pienso que lo habría soñado una noche y lo creyó al despertarse. Esa acusación fue recibida con grandes risas que la irritaron. James le

dijo seriamente que siempre había estado cerca de la familia Dudevant, que Casimir no había hecho nunca ninguna locura: el mismo Casimir se defendió y dijo que a él no le avergonzaba ser mozo de café, pero que como sólo había salido de la escuela militar para hacer una campaña como subteniente, y había dejado el ejército nada más que para cursar su derecho en París, viviendo allí con su padre y disfrutando de una buena asignación, o acompañándolo al campo, nunca había tenido ni por ocho días ni por doce horas, el "pasatiempo" de servir en un café; ella se emperró, sostuvo que se burlaban de ella, y llevándome afuera se desató en disparatados insultos contra la señora Angela, sus costumbres, su casa y las maquinaciones de Duplessis que serían para casar herederas con aventureros, para obtener beneficios personales, etc.

La violencia de su explosión me hizo temer por su razón, o intenté aplacarla diciéndole que haría de inmediato mi equipaje y me marcharía con ella; que en París averiguara todo lo que quisiera y que hasta que no estuviese conforme no volvería a ver a Casimir. Se calmó inmediatamente.

-¡Sí, sí! -exclamó-. ¡Hagamos el equipaje! Pero cuando yo apenas había empezado, me dijo:

-¡Lo he pensado mejor; me voy, aquí no me quedo. Quédate tú!. Buscaré informes y te comunicaré lo que me digan.

Se fue esa misma noche, pero volvió y reiteró escenas similares. Con todo, sin rogarle demasiado, me dejó en el Plessis hasta el regreso de la señora Dudevant a París. Cuando vi que aceptaba mi casamiento y que me llamaba con intenciones que parecían serias me reuní con ella en un nuevo departamento, bastante chico y feo, que había alquilado detrás del viejo Tivoli. Desde las ventanas de mi cuarto de aseo veía un jardín enorme, y durante el día me paseaba con mi hermano, que acababa de llegar y que se instaló en el entresuelo, debajo de nosotras.

Hippolyte había terminado su período, y en vísperas de que lo nombraran oficial, se había negado a renovar su contrato. La vida militar lo horrorizaba, después de haberse incorporado a ella con entusiasmo. Había creído que progresaría más rápidamente; pero notaba que la negligencia de los Villeneuve se extendía a él, y encontraba que ese oficio de soldado en el cuartel, sin esperanzas de guerra y honores, era embrutecedor para la inteligencia y estéril para el porvenir, podía vivir sin

apremios con su pequeña pensión, y le ofrecí, sin que mi madre se opusiera, ya que lo estimaba mucho, que se quedara en mi casa hasta que deseara o consiguiera otra casa.

Su presencia entre mi madre y yo fue positiva. Sabía manejar mucho mejor que yo las arbitrariedades de su carácter enfermo. Se reía, le hacía burlas, bromeaba con ella y hasta la sermoneaba. Mi madre le toleraba todo. Su pellejo de húsar no era tan fácil de vulnerar como mi susceptibilidad adolescente, y la poca atención que prestaba a sus arranques los hacía tan inútiles que ella misma renunció a reiterarlos. Me consoló diciéndome que era una tontería sentirme afectada por sus cambios de humor; le parecían nimiedades en comparación con la sala de policía y los sablazos del regimiento.

La señora Dudevant vino a visitar oficialmente a mi madre. No valía mucho por su inteligencia ni por su bondad, pero tenía aires de gran dama y el aspecto de un ángel de dulzura. La besó en la frente porque su aspecto acongojado, su voz débil y su hermosa figura distinguida inspiraban de entrada, y me inspiraron a mí, una atracción más duradera que lo común. Mi madre se quedó encantada con esos progresos que halagaban precisamente el punto más

alto de su orgullo. Se acordó el casamiento, después fue cuestionado, luego roto, y otra vez retomado, en una seguidilla de arranques que duraron hasta el otoño y que volvieron a convertirme en un ser desdichado y enfermo. Yo ya había admitido gracias a mi hermano que en el fondo mi madre me quería y no creía una palabra de las ofensas que sus labios me prodigaban, pero no podía acostumbrarme a estos altibajos de loca alegría y sordo furor, de franca ternura y de aparente indiferencia o completo rechazo.

Ella no era nada amable con Casimir. Le había tomado tirria porque, según decía, no le gustaba su nariz. Aceptaba sus atenciones y se complacía en poner a prueba su paciencia, que no era mucha, y que sólo resistió gracias a la ayuda de Hippolyte y a la influencia de Pierret, pero ella me contaba cosas horribles, y sus acusaciones resultaban tan falsas que era imposible evitar una reacción de indulgencia en los corazones que ella quería exasperar o desilusionar.

Por fin se resolvió, después de muchas entrevistas de negocios bastante penosas. Quería casarme con el régimen de dote, lo cual provocaba cierta resistencia en el señor Dudevant padre, a causa de

las dudas acerca de su hijo que ella le manifestó sin ningún reparo. Yo había instado a Casimir a que rechazara esa medida que busca preservar la propiedad, sacrificando la libertad espiritual de las personas a la inamovilidad despótica del inmueble. Yo no hubiera vendido por nada del mundo la casa y el jardín de Nohant, pero sí una parte de las tierras, para disponer de un ingreso acorde a la manutención de esa vivienda. Sabía que mi abuela siempre había estado disconforme por este desnivel; pero mi marido tuvo que ceder ante la obstinación de mi madre, que disfrutaba del placer de ejercer un último acto de autoridad.

Nos casamos en septiembre de 1822, y después de las visitas y el regreso del viaje de bodas, más un intervalo con nuestros queridos amigos del Plessis, partimos junto con mi hermano hacia Nohant, donde nos recibió el bueno de Deschartres.

Pasé el otoño y el invierno siguiente en Nohant, cuidando a Maurice. En la primavera de 1824 se apoderó de mí una gran tristeza cuya causa no puedo decir. Era por todo y por nada. Nohant había mejorado, pero estaba alterado; la casa tenía otro ritmo; el jardín, otro aspecto. Había más orden; se permitían menos excesos a los criados; las habita-

ciones estaban mejor arregladas; las avenidas más despejadas; los viveros habían aumentado; con los árboles caídos habían hecho leña; se mataron los perros viejos, enfermos y sucios, se vendieron los viejos caballos que estaban fuera de servicio, en una palabra, se había renovado todo. Era evidente que estaba todo mejor. Esa actividad, por otra parte, ocupaba y contentaba a mi marido. Yo no podía menos que aprobar y no tenía ningún motivo para lamentar nada, excepto el espíritu de esas modificaciones. Cuando estos cambios se realizaron, cuando ya no vi más al viejo Phanor acostarse junto a la chimenea y poner sus patas sobre la alfombra, cuando me dijeron que el viejo pavo real que picoteaba en la mano de mi abuela no se comería más las fresas del jardín, cuando no pude hallar los rincones umbrosos y descuidados que habían presenciado mis juegos infantiles y mis ensueños de adolescente, cuando, por fin, un interior renovado me anunció un futuro en el que no figurarían ninguna de mis alegrías ni mis penas anteriores, me sentí enferma, y sin razonar, sin conciencia de un mal concreto, me sentí oprimida por la angustia: mi vida tomó entonces un carácter morboso.

Porque esta soledad en que había pasado los

mejores años de mi juventud ya no me satisfacía; esto es lo que quiero y no puedo decir con claridad.

El ser lejano y casi "invisible" del que yo había hecho el tercer integrante de mi vida -Dios, él y yo- estaba cansado de esta tendencia inhumana al amor sublime. Como era tierno y considerado, no decía nada, pero sus cartas ya no llegaban, sus expresiones podían ser más afectuosas o más frías, según el sentido que yo les otorgara. Sus pasiones necesitaban otro alimento fuera de la amistad incondicional y la vida epistolar. Había hecho un juramento que me mantenía firme, y sin el cual yo hubiese roto con él; pero no era un juramento que impidiera las alegrías o los goces que él podía encontrar en otra parte. Sentí que me convertía en una atadura terrible para él, o que no era más que un entretenimiento intelectual. Con demasiada modestia, me incliné hacia esa segunda opinión, y más tarde supe que me había equivocado. No me apresuré a felicitarme por haber puesto fin a la opresión de su corazón y al obstáculo de su porvenir. Lo seguí amando en silencio durante mucho tiempo. Después pude pensar en él con calma, con afecto, y siempre siento por él una amistad firme y una profunda estima.

Al tomar esa decisión no hubo explicaciones ni

reproches. ¿De qué me podía quejar? ¿Qué podía yo exigir? ¿Por qué iba a martirizar esa vida con un futuro por delante? Por otro lado, hay un punto de partida acerca del cual no se debe interrogar ni acosar al que da el primer paso, pues eso forzaría a tornarnos crueles o desdichados. No quise que ocurriera. El no estaba preparado para sufrir; y yo no quería perder su aprecio azuzándolo. No sé si estoy en lo cierto al considerar la fortaleza como uno de los primeros deberes de la mujer, pero no es propio de mi menospreciar una pasión creciente. Me parece que con eso se comete un crimen contra el cielo, único que puede conceder y quitar los verdaderos afectos. No se puede luchar por la posesión de un alma como si fuera un esclavo. Se debe dar al hombre su libertad, al alma su vuelo y a Dios la llama que de él proviene.

Cuando esa separación silenciosa pero inevitable se produjo, traté de continuar con una vida que aparentemente no había cambiado; pero me fue imposible. Mi pequeña habitación ahora me rechazaba.

Me trasladé entonces al viejo boudoir de mi abuela, porque tenía una sola puerta que nadie debía atravesar, bajo ningún pretexto. Mis dos hijos ocupaban la gran habitación contigua. Yo oía su respi-

ración y podía quedarme levantada sin perturbar su sueño. Este boudoir era tan pequeño que con mis libros, mis herbarios, mis mariposas y mis piedras - siempre me dedicaba a la historia natural sin aprender nada-, no quedaba lugar para una cama. la reemplacé por una hamaca. Mi escritorio era un armario que se abría como secreter, en el que un grillo que se acostumbró a mí vivió mucho tiempo. Se alimentaba de mi pan en migajas, que yo cuidaba de que fuera blanco, para que no se envenenara. Venía a comer sobre mi papel mientras yo escribía, y después se iba a cantar a su cajón favorito. A veces caminaba sobre mi escritura, y yo tenía que atraparlo para que no se acostumbrara a beber tinta fresca. Una noche no lo sentí moverse ni lo vi a mi lado; lo busqué por todas partes. Encontré a mi amigo, pero sólo sus dos patas traseras entre las juntas de la ventana. No me había comunicado que acostumbraba salir, y la criada lo había aplastado al cerrar.

Guardé sus despojos en una flor durante mucho tiempo, como una reliquia; pero no podría explicar la impresión que me produjo ese episodio insignificante, por su coincidencia con el fin de mis poéticos amores. Quise escribir poesía; había escuchado de-

cir que la belleza todo lo consuela; pero cuando escribí "Vida y muerte de un espíritu familiar", obra siempre inédita, más de una vez me encontré llorando. No podía dejar de pensar en el débil canto del grillo, que es como la voz misma del hogar, que podía haber cantado mi felicidad, que había arrullado los últimos destellos de una tierna ilusión, y que acababa de desaparecer para siempre junto con ella.

Así pues, la muerte del grillo marcó, como un símbolo, el fin de mi permanencia en Nohant, pensaba de otro modo, mi manera de vivir cambiaba, salía, paseaba mucho durante el otoño. Bosquejé una especie de novela que nunca salió a luz; después de leerla encontré que no valía nada, pero que era capaz de hacer algo mejor, y que no era peor que muchas otras que permitían vivir mal que mal a sus autores. Descubrí que era rápida para escribir, y que lo hacía con facilidad y por largo rato sin cansarme; que mis ideas, enredadas en mi cabeza, se despertaban y se ensamblaban por la deducción, al correr de la pluma: que en mi vida de encierro había observado mucho y captado a fondo los caracteres que la casualidad me había puesto delante, y que por lo tanto, conocía bastante la naturaleza humana como para pintarla; en suma, que de todas las actividades

de que era capaz, la literatura era la que me ofrecía más probabilidades de éxito como profesión, y también, admitámoslo, como medio de vida.

Algunas personas a quienes me confié al principio manifestaron sus dudas. ¿Es posible, decían, hacer poesía con esa preocupación? ¿Era para encontrar un sustento material para lo que yo había vivido de manera tan espiritual?

Yo tenía ese proyecto hacía tiempo. Desde antes de mi matrimonio había sentido que mi posición en la vida, mi pequeña fortuna, mi libertad para no trabajar, mi supuesto derecho a gobernar a algunas personas, campesinos y criados; en fin, mi papel de heredera y propietaria, pese a sus cortos alcances y a su exigua importancia, se oponía a mis preferencias, a mis pensamientos y a mi naturaleza. Hay que recordar cómo la pobreza de mi madre, que la había apartado de mí, había influido sobre mi cerebro y mi corazón infantiles; cómo, en lo íntimo, yo había rechazado lo hereditario y deseado durante mucho tiempo huir del bienestar con el trabajo.

Al principio de mi matrimonio estas ideas románticas fueron reemplazadas por la decisión de complacer a mí marido y de convertirme en la mujer de su casa que él quería. Los trabajos domésticos

nunca me asustaron y no soy uno de esos espíritus sublimes que no pueden bajar de las nubes. Es verdad que vivo mucho en las nubes, pero esa es una razón de más para que necesite volver a menudo a la tierra. A veces, cansada y absorbida por mis preocupaciones, habría hecho mía de buena gana la exclamación de Panurgo sobre el mar enfurecido: Felices aquellos que cultivan repollos! ¡Tienen un pie en la tierra y el otro junto al azadón!"

Pero el azadón, eso que había entre la tierra y mi segundo pie, era precisamente lo que yo buscaba y no encontraba. Deseaba una razón, un móvil tan sencillo como el plantar repollos, pero también algo justo, para explicarme a mí misma el objetivo y los fines de mi actividad. Veía claramente que midiéndome mucho para economizar en todo como me habían recomendado, llegaba a la conclusión de que no podía ser ahorrativa sin caer a veces en la mezquindad; cuanto más me ocupaba de la tierra, para resolver el pequeño problema de hacer que rindiera lo más posible, más comprobaba que la tierra da poco y que los que no poseen mucha para cultivar no pueden vivir de su producto. El salario era escaso, el trabajo azaroso, la enfermedad y la fatiga no podían evitarse. Mi marido no era exigente, y sólo

me pedía el detalle de lo qué se gastaba; pero cuando a fin de mes veía mis cuentas, perdía la cabeza y me la hacía perder a mí, señalando que mi renta no correspondía a mi liberalidad, y que él no podría vivir en y de Nohant de esa manera. Era cierto; pero yo no podía asumir la responsabilidad de reducir al *mínimum* indispensable las necesidades de mis gobernados. No me negaba a nada de lo que me pedían o sugerían, pero era incapaz de actuar por mi cuenta. Me irritaba y era generosa. Lo sabían, y muchas veces abusaban de mí.

Mi desempeño en el cargo duró un año. Me había pedido no pasar de los diez mil francos; gasté catorce, por lo cual me sentí tan culpable como un niño pescado en falta. Ofrecí mi renuncia y la aceptaron. Entregué mi cartera y hasta renuncié a una pensión de mil quinientos francos que me correspondía para mis gastos de acuerdo con el contrato de casamiento. No necesitaba tanto y prefería medirme en mis gastos antes de pedir más dinero. Desde entonces hasta 1831 no tuve un centavo, no saqué ni cien monedas de la bolsa común sin pedir-las a mi marido, y cuando le pedí que pagara mis deudas personales después de nueve años de matrimonio, apenas alcanzaban a quinientos francos.

No cuento estas pequeñeces para quejarme de haber sido presionada y padecido la avaricia. Mi marido no era avaro, y no me negaba nada; pero yo no tenía necesidades, no quería nada fuera de lo fijado por él para los gastos corrientes de la casa, y feliz por haberme librado de una responsabilidad, le entregue una autoridad ilimitada y sin control. Fue inevitable que él se habituara a considerarme como un niño bajo tutela, y nunca tenía motivos para enojarse con una criatura tan tranquila.

He contado estos pormenores porque me permitirán explicar cómo, en medio de esta verdadera vida monástica que yo hacía en Nohant, en la que no faltaban ni la celda, ni el voto de obediencia, ni el silencio, ni la pobreza, de pronto se manifestó la necesidad de vivir por mi cuenta.

Sentirme inútil me hacía sufrir. Como no podía ayudar de otro modo a los pobres, me hice médica de campo, y mi clientela gratuita se había multiplicado hasta el punto de agobiarme, para economizar me hice también farmacéutica, y cuando volvía a mis visitas me idiotizaba en la elaboración de ungüentos y jarabes. No He anulaba en ese trabajo; no era lo mismo soñar allí que en otra parte? Pero me decía que con un poco de mi dinero mis enfermos

hubieran estado mejor atendidos y los resultados habrían sido mejores.

Además, la esclavitud es algo inhumano que se acepta bajo la condición de fantasear siempre con la libertad. Yo no era esclava de mi marido, él me daba libertad para mis lecturas y mi ocio; pero estaba sometida a una situación determinada, y no dependía de él librarme de ella. Si yo le hubiera pedido la luna, me habría contestado riendo: "Si tienes con qué pagarla, te la compro"; y si yo hubiese dicho que quería irme a la China, me hubiera dicho: "Consigue dinero, haz que Nohant produzca, y vete a la China".

Más de una vez había sentido la necesidad de tener recursos, aunque fuera limitados, pero de los que pudiera responder sin problemas y sin tener que dar cuenta a nadie, para hacer feliz a un artista, para una limosna oportuna, para un bello libro, para un viaje, para hacer un regalo a una amiga pobre. . . ¡qué sé yo!: para todas esas pequeñas cosas de las que es posible privarse, pero sin las cuales, sin embargo, no se es un hombre o una mujer, sino un ángel o una bestia. En nuestra sociedad hipócrita, la falta de dinero acarrea una situación insoportable, la miseria espantosa o la absoluta impotencia.

También me decía a mí misma que llegaría un momento yo no podría quedarme en Nohant. Esto se debía en que a motivos pasajeros, pero que en esa época yo veía crecer de modo amenazante. Tendríamos que echar a mi hermano, que, abrumado por una malísima administración de sus propios bienes, estaba viviendo con nosotros para economizar, y a otro amigo de la casa a quien yo profesaba, pese a su fiebre báquica, una sincera amistad; un hombre que, como mi hermano, tenía corazón y espíritu como para regalar un día de cada dos, o tres o cuatro, según cómo soplara el viento, como decían ellos, porque había vientos favorables que incitaban a cometer muchas locuras, personas favorables a las que no se podía encontrar sin tomar una copa, y después de tomar, hallaban que el vino era la más favorable de todas las cosas. No hay nada más digno de compasión que los borrachos buenos e ingeniosos: no es posible enojarse con ellos. Mi hermano tenía el vino triste, y yo tenía que encerrarme en mi celda para que no se viniera a llorar toda la noche, cuando no había pasado de una cierta dosis que le despertaba el deseo de estrangular a sus mejores amigos. ¡Pobre Hippolyte! ¡Qué seductor era en sus días buenos y qué inaguantable en sus

malos momentos! Su mujer también vivía con nosotros, su pobre y bondadosa mujer, que tenía una salud tan débil que pasaba más tiempo en la cama que de pie, y que dormía con un sueño tan profundo que no se daba cuenta de lo que ocurría a su alrededor.

Deseando liberarme y evitar influencias nocivas a mis hijos; segura de que me dejarían alejarme a condición de no pedir la parte de mi herencia, participación por otra parte ilegal, traté de crearme algún trabajo, probó con las traducciones; era demasiado largo, ponía demasiados cuidados y exigencias; también probé con retratos rápidos al carbón o a la acuarela; captaba muy bien el parecido, no dibujaba mal, pero ese trabajo carecía de originalidad. Era rápida para coser, pero no veía bien y me di cuenta de que eso sólo me daría a lo sumo diez monedas por día. ¿Modas? Me acordé de mi madre, que no pudo dedicarse a eso por carecer de un pequeño capital. Durante cuatro años fui ensayando y trabajando como una negra, sin hacer nada en definitiva que valiera la pena, con el único objeto de encontrar en mí alguna habilidad. En un momento creí que la había encontrado. Había pintado flores y pájaros de adorno en trabajos minúsculos sobre unas tabaque-

ras y cajas de cigarros de madera de Spa. En uno de los viajes que hice a París, el barnizador admiró algunas muy bonitas. Me preguntó si eran obra mía; le dije que sí, para ver qué opinaba. Me dijo que pondría esos pequeños objetos en su vidriera y que trataría de venderlos. A los pocos días me comunicó que había conseguido ochenta francos por la caja de cigarros; yo le había dicho al tuntún que quería cien francos por ella, creyendo que no me darían ni uno.

Fui a ver a los empleados de la casa Giroux y les enseñé mis muestras. Me aconsejaron probar con muchos objetos diferentes, abanicos, cajas de té, cofres, y me dieron la certeza de que se encargarían de venderlos. Entonces me llevé de París una buena provisión de materiales, pero gastaba mis ojos, mi tiempo y mi esfuerzo en la búsqueda de motivos. Algunas maderas se comportaban maravillosamente, otras hacían resquebrajar los dibujos o los absorbían. Hubo imprevistos que me atrasaron y además las materias primas eran tan caras, que entre el tiempo que perdía y los objetos que arruinaba, no veía posible obtener, suponiendo que lograra un ingreso estable, más que lo indispensable para comer un poco de pan, pese a todo, trabajé con ahínco; por suerte la moda de esos objetos pasó a

tiempo como para impedirme proseguir en ese intento.

Además, mal que me pesara, me sentía artista, sin haber pensado nunca en decir que podía serlo. En una de mis visitas a París, fui un día al museo de pintura, por supuesto que no era la primera vez, pero siempre había mirado sin ver, segura de no entender y sin saber cuánto se puede gozar aun no entendiendo. Volví al otro día, y al otro, y en el viaje siguiente, queriendo conocer una por una todas las obras maestras y percibir la diferencia entre las escuelas más allá de las variantes de tipos y asuntos, me fui sola y en secreto desde que abrieron el museo y allí me quedé hasta que lo cerraron. Estaba asombrada, como paralizada ante los Tizianos, los Tintoretos, los Rubens.

Primero la escuela flamenca me fascinó por su poética realidad, y poco a poco llegué a entender por qué se estimaba tanto la escuela italiana. Como no había nadie que me dijera lo que era bueno, mi creciente admiración tenía todas las características de un descubrimiento, y me sentía sorprendida y feliz al hallar en la pintura unos goces similares a los que me había proporcionado la música. Me faltaba mucho para entender, no tenía la menor noción

precisa sobre este arte, que, al igual que los otros, no se manifiesta a los sentidos sin el auxilio del entendimiento y sin una educación adecuada. Sabía muy bien que decir ante un cuadro: "Veo porque tengo ojos, y puesto que veo, juzgo", es una insolencia total. Entonces no decía nada, ni me preguntaba si entre mí y alguna creación genial había oposición o atracciones. Miraba, estaba subyugada, me sentía transportada a otro mundo, por la noche veía desfilar ante mí todas esas grandes figuras que han conseguido un toque de prestigio espiritual, aun aquéllas que no encarnan más que la fuerza o la salud físicas. Es que en la buena pintura se siente lo que es la vida: es como un magnífico compendio de la forma y la expresión de los seres y las cosas, frecuentemente ocultas o diluidas en la agitación de la realidad y en el reconocimiento del que las contempla; es el espectáculo de la naturaleza y de la humanidad visto a través del sentimiento genial que le ha dado vida y lo ha sacado a luz. ¡Qué afortunado es el espíritu virgen que no va a tales obras con prevenciones críticas ni con pretensiones de opinión personal! El mundo se abría ante mí. Veía al mismo tiempo el presente y el pasado, me volvía clásica y romántica a la vez, sin saber lo que significaba la

agitada polémica de las artes. Veía el mundo verdadero surgiendo a través de los fantasmas de mi imaginación y las inseguridades de mi asombro. Me parecía haber conquistado algún tesoro inagotable cuya existencia había ignorado hasta entonces. No hubiera podido decir qué era, dar un nombre a ese movimiento que yo sentía precipitarse en mi espíritu ferviente y como ensanchado; pero estaba afiebrada, y me alejaba del mundo del museo, perdiéndome por las calles, sin saber adónde iba, olvidándome de comer, y descubriendo de pronto que ya era hora de ir a escuchar Freischutz o Guillermo Tell. Entonces me metía en una pastelería, comía un bollo, y me decía con satisfacción frente a la pequeña bolsa que me habían dado, que la frugalidad de mi cena me confería el derecho y los medios para asistir a un espectáculo.

Como se ve, en medio de mis proyectos y preocupaciones, yo no había aprendido nada. Había leído historia y algunas novelas; había descifrado partituras; había echado una ojeada distraída a los periódicos y había ignorado deliberadamente las intrigas políticas del momento. Mi amigo Néraud, un auténtico sabio, un artista de la ciencia, había intentado enseñarme botánica; pero recorriendo

con él el campo, él con su caja de metal blanco, yo con Maurice a la espalda, me entretenía, como se dice vulgarmente, con la mostaza; ni siquiera había llegado a estudiar bien la mostaza y lo único que sabía es que esta planta pertenece a la familia de las crucíferas. El sol que doraba los campos, las mariposas volando de flor en flor y Maurice corriendo detrás de las mariposas, me distraían de las clasificaciones y los grupos.

Además, yo quería ver y saber todo al mismo tiempo. Hacía hablar a mi profesor, y él siempre era sobresaliente y ameno; pero con él sólo me introducía en la belleza de los detalles, mientras que el lado exacto de la ciencia me resultaba árido para mi frágil memoria. Me dio pena; mi Malgache, como yo llamaba a Néraud, era un admirable pedagogo, y yo todavía estaba en edad de aprender. Sólo yo podía realizar los estudios necesarios que me hubieran permitido acceder a la ciencia. Me daba trabajo entender un montón de cosas que él resumía en unas cartas deliciosas sobre la historia natural y en los relatos de sus largos viajes, que me revelaron un poco el inundo de los trópicos. Utilicé la visión que me dio de las islas francesas cuando escribí la novela Indiana, y para no copiar los apuntes que él reunió

para mí, tomé sus descripciones y las inserté en las escenas de mi libro.

Es lógico que al no poder aportar a mis proyectos literarios ni un talento consagrado, ni conocimientos especiales, ni recuerdos de una vida particularmente rica, ni conocimiento profundo del mundo, yo no tuviera ninguna ambición. La ambición se asienta en la confianza en sí mismo y yo no era tan ciega como para confiar en mi limitado genio. Me sentía rica de un capital muy reducido: el análisis de los sentimientos, la descripción de algunos caracteres, el amor a la naturaleza, la familiaridad, si se pudiera decir así, con las escenas y costumbres de la campaña; esto bastaba para comenzar. "A medida que vaya viviendo me decía conoceré más gente y cosas, ampliaré mi círculo de personalidades, podré ensanchar el marco de las escenas, y si es necesario que me dedique a la novela inductiva o histórica, estudiaré la historia al dedillo e intuiré con mi pensamiento el de los seres que ya no viven.

Cuando hube madurado mi resolución de probar fortuna, o sea de obtener la renta de mil escudos con que siempre había soñado, comunicarla y ponerla en práctica fue cosa de tres días. Mi marido

me debía una pensión de mil quinientos francos. Le pedí mi hija y su consentimiento para pasar seis meses al año en París, a razón de doscientos cincuenta francos por cada mes de ausencia. No puso ninguna dificultad. Creyó que era un capricho del que me aburriría pronto.

Mi hermano, que pensaba lo mismo, me dijo:

-¿Te ves viviendo en París con apenas doscientos cincuenta francos al mes? ¡Es demasiado cómico, tú, que no sabes lo que cuesta un pollo! Antes de quince días estarás de vuelta con las manos vacías, porque tu marido está resuelto a no aflojar con ningún otro subsidio.

Muy bien dijo yo, haré la prueba, préstame por ocho días las habitaciones que ocupas en París, y cuídame a Solange hasta que consiga casa. En efecto, volveré pronto.

Mí hermano fue el único que trató de oponerse a mi decisión. Se sentía un poco culpable del rechazo que me inspiraba mi casa. Su mujer me comprendía mejor y me aprobó. Tenía fe en mi valor y en mi suerte. Se dio cuenta de que yo elegía el único camino posible para evitar una determinación más terrible.

Mi hija todavía no comprendía; Maurice no hu-

biera comprendido si mi hermano no se hubiera tomado el trabajo de decirle que yo me iba por mucho tiempo y quizá no volvería. Creyó que el dolor de la pobre criatura me detendría. Su llanto me partió el corazón, pero logré tranquilizarlo e infundirle confianza en lo que le decía.

Busqué alojamiento y me instalé pronto en el Quai Saint-Michel, en uno de los entresuelos de una gran casa ubicada en la esquina de la plaza, en un extremo del puente, frente a la morgue. Tenía allí tres pequeñas habitaciones muy limpias que daban a un balcón desde el cual dominaba gran parte del Sena y podía contemplar los soberbios monumentos de Notre-Dame, Saint-Jacques, la Saint-Chapelle, etc. Tenía cielo, agua, aire, golondrinas, verdor sobre los tejados; no me sentía a gusto en el París moderno, que no se adecuaba a mis preferencias ni a mis recursos, pero sí en el París pintoresco y romántico de Víctor Hugo, en la ciudad del pasado.

Creo que pagaba trescientos francos de alquiler al año, los cinco tramos de la escalera me cansaban muchísimo, y nunca me resultó fácil subir; pero había que subirlos, y a veces con mi robusta hija en brazos. No tenía criada; mi portera, fidelísima, ho-

nesta, laboriosa, me ayudó con el trabajo doméstico por quince francos al mes. Me hice traer la comida de un comedor muy limpio y decente, más o menos por dos francos al día. Jabonaba y lavaba yo misma la ropa chica. Logré que mi vida fuera posible dentro de los límites de mi pensión.

Lo más difícil fue comprar los muebles. No fueron lujosos, como se puede imaginar. Me dieron crédito y pagué puntualmente; pero esta instalación, por modesta que fuese, no se pudo hacer muy rápido; pasaron algunos meses, tanto en París como en Nohant, hasta que pude trasladar a Solange de su palacio de Nohant -hablando en términos relativos- a esa pobreza, sin que ella notara el cambio ni sufriera, poco a poco me fui organizando, y cuando la tuve conmigo, con la comida y el servicio asegurados, pude quedarme tranquila, sin salir durante el día más que para llevarla al Luxemburgo, y pasarme las veladas escribiendo junto a ella. La providencia me ayudó. Cuidando una maceta de plantas aromáticas en mi balcón, conocí a una vecina que, más opulenta que yo, cultivaba un naranjo en el suyo. Era la señora Badoureau, que vivía allí con su marido, instructor primario, y con una deliciosa hija de quince años, dulce y suave, rubia, de ojos tiernos,

que se encariñó muchísimo con Solange. Esta excelente familia me propuso hacerla jugar con otros niños que iban a tomar clases particulares, cuando ella se aburriera del reducido espacio de mi casa y de la monotonía de sus juegos siempre iguales. Esto hizo la vida de la niña más llevadera y agradable, y recibió de estas buenas gentes toda clase de mimos y cuidados, que nunca me permitieron retribuirles, pese a que por su profesión hubiera sido lo más lógico y merecido del mundo.

Hasta ese momento, o sea hasta que mi hija estuvo conmigo en París, mi vida había sido más difícil y hasta algo extraña, pero se adecuaba perfectamente a mis proyectos.

Quería leer, pero no tenía un solo libro. Además estábamos en invierno, y no es muy económico quedarse en casa cuando hay que racionar los leños. Traté de instalarme en la biblioteca Mazarino; pero más me hubiera convenido, creo, ponerme a trabajar en las torres de Notre-Dame, debido al frío que hacía en ese lugar. No lo pude soportar, pues soy la persona más friolenta que existe. Había unos viejos que se sentaban a una mesa, inmóviles, conformes, momificados, y que no parecían sentir que sus narices azules se congelaban. Yo envidiaba ese estado

de petrificación: los miraba cuando se sentaban y se levantaban como movidos por un resorte para cerciorarme de que no estaban hechos de madera.

Por otra parte, todavía tenía una gran ansiedad por sacarme de encima mi provincianismo y ponerme al día con las cuestiones, las ideas y las cosas de mi época. Sentía necesidad y curiosidad al mismo tiempo; con excepción de las obras más famosas, yo no conocía nada de las artes modernas; deseaba sobre todo ver teatro.

Sabía que para una mujer pobre era imposible realizar tales proyectos. Balzac decía: "Es imposible ser mujer en París si no se tienen veinticinco mil francos de renta. Y esta afirmación lapidaria era doblemente cierta para la mujer que quería ser artista.

Sin embargo, veía a mis viejos amigos de Nohant, mis compañeros de la infancia, viviendo en París casi con tan poco dinero como yo y manteniéndose al tanto de todo lo que interesa a la juventud inteligente: los acontecimientos literarios y políticos, los éxitos de los teatros y museos, de los clubes y de la calle. Todo lo veían, en todo estaban.

Yo tenía tan buenas piernas como ellos y esos resistentes pies del Berry, que han aprendido a marchar haciendo equilibrio sobre toscos zuecos por

los malos caminos, pero sobre el suelo de París yo era como un barco sobre un vidrio. Los zapatos finos se me rompían en dos días, las medias me estorbaban, no sabía recoger mi vestido, me fatigaba y resfriaba, y veía a los zapatos y vestidos, amén de los sombreritos de terciopelo, estropeados por las goteras y convirtiéndose en harapos con increíble velocidad.

Yo ya había previsto esos inconvenientes antes de instalarme en París, y había consultado el problema con mi madre, que vivía con bastante comodidad y elegancia con tres mil quinientos francos de renta: ¿cómo mantener el arreglo más sencillo en ese clima espantoso sin vivir encerrada siete días de cada ocho? Ella me había dicho: "Es muy fácil a tu edad y con tus costumbres; cuando yo era joven a tu padre se le ocurrió que me vistiera como un muchacho. Mi hermana hizo lo mismo, y así íbamos a todos lados a pie, con nuestros maridos, al teatro. Significó una gran economía en nuestros hogares.

La idea al principio me pareció divertida y después muy inteligente. Como ya había estado vestida de varón en mi infancia, y había salido a cazar de blusa y polainas con Deschartres, no me resultó para nada difícil volver a una vestimenta que no era

nueva para mí. En ese entonces la moda ayudaba bastante. los hombres vestían unas largas chaquetas rectas, llamadas "a la propietaria, que caían hasta los talones y que destacaban tan poco la figura que mi hermano, al ponerse la suya en Nohant, me había dicho riendo:

-Es muy linda, ¿verdad? Como es moda, no llama la atención. El sastre toma las medidas de una garita y las hace para todo un ejército.

De modo que me hice hacer una chaqueta garita de grueso paño gris, con el pantalón y el chaleco iguales. Con un sombrero gris y una gruesa corbata de lana parecía un estudiante de primer año. No puedo expresar el placer que me produjeron mis botas; hubiera querido dormir con ellas, como hizo mi hermano cuando calzó su primer par. Con esos pequeños tacos herrados me sentía firme sobre el piso. Recorría París de punta a punta. Me sentía capaz de dar la vuelta al mundo. Además, esas ropas eran resistentes. Salía con cualquier tiempo, volvía a cualquier hora, iba a la platea en los teatros. Nadie me miraba ni desconfiaba de mi disfraz. Además de que yo lo llevaba con soltura, la falta de coquetería y de arreglo en el rostro alejaban cualquier sospecha. Iba muy mal vestida y tenía un aspecto muy sencillo

-mi aspecto de siempre, ausente y como imbécil- de modo que no llamaba la atención. Las mujeres no saben pasar desapercibidas, ni aun en el teatro. Se niegan a sacrificar la finura de su talle, la pequeñez de sus pies, la gracia de sus movimientos, el brillo de sus ojos; y es por todo eso, precisamente, y en particular por fa mirada, que se denuncian fácilmente a sí mismas. Hay un modo de escurrirse por todos lados sin que nadie se dé vuelta a mirarnos, de hablar con un tono bajo y opaco que no suene atiplado a los oídos que nos escuchan. En suma, para no llamar la atención como "hombre" no hace falta más que una cosa: pasar desapercibida como mujer.

Pese a que en este extraño modo de vida no había nada de lo que yo pudiera avergonzarme, lo adopté teniendo clara conciencia de las consecuencias que podía tener sobre las conveniencias y las condiciones de mi vida. Mi marido lo sabía, y no lo reprobaba ni impedía. lo mismo pasaba con mi madre y mi tía. Estaba, pues, en regla con las autoridades legales de mi vida, pero en el resto del ambiente en que yo había vivido encontraría seguramente una crítica más rigurosa. No quise arriesgarme. Quise seleccionar, saber, conocer los amigos que se mantendrían fieles, y los que se horrorizarían. Yo cono-

cía gran cantidad de personas cuya opinión no me interesaba, y empecé por no darles señal de vida. En cuanto a las que quería realmente y que supuse que me criticaran, opté por romper con ellas sin decirles nada. Si me quieren, pensaba, correrán a buscarme, y si no lo hacen, olvidaré que existen, pero siempre podré quererlas en el recuerdo; no habrá explicaciones enojosas; no dejaremos de saborear el dulce recuerdo de nuestro afecto.

De hecho, ¿qué podían saber ellas de mis objetivos, de mi futuro, de mi decisión? ¿Sabían acaso, lo sabía yo misma, si tenía talento, si tenía constancia? Nunca había dicho urja palabra a nadie sobre la clave de mi conducta; yo misma no estaba aún segura; y cuando hablaba de escribir, lo hacía riéndome y bromeando acerca de la cuestión y de mí misma.

Sin embargo, parecía que el destino me empujaba. Lo sentía imbatible, y estaba decidida a que así fuese: no un grandioso destino, yo era demasiado independiente en medio de mi fantasía como para alimentar cualquier tipo de aspiración, sino tan sólo un destino de libertad espiritual y aislamiento poético en una sociedad a la cual no le pedía más que olvido y condescendencia para que me permitiera ganar mi pan cotidiano sin esclavitud.

Sin embargo, quise ver por última vez a mis amigas de París. Fui a pasar unas horas al convento. Todo el mundo estaba tan preocupado por las consecuencias de la revolución de julio, por la falta de alumnas, por el desorden general que acarrearía dificultades materiales, que no tuve que esforzarme mucho para no hablar de mí. Sólo vi por unos minutos a mi buena madre Alice. Estaba muy ocupada y apurada. La hermana Héléne estaba en retiro. Gallinita me paseó por los claustros, por las aulas vacías, por los dormitorios desocupados, por el jardín silencioso. diciendo a cada momento:

-¡Esto anda mal! ¡Esto anda muy mal!

De mi época sólo quedaban las monjas y la buena Marie Joséphe, la ruda y alegre sirvienta que me pareció la más afectuosa y la única viva en medio de esas almas inquietas. Me di cuenta de que las monjas no pueden ni deben amar con el corazón. Viven para una idea y no conceden verdadera importancia a nada que no sea los hechos del inundo exterior que forman el marco necesario para esa idea. Todo lo que altera el orden de una meditación que requiere una tranquilidad inviolable y una seguridad total, se transforma en una catástrofe o al menos en una crisis difícil. Las amistades de afuera no

pueden hacer nada por ellas, las cosas humanas carecen de valor a sus ojos. Salvo por la menor o mayor ayuda que pueden brindar a sus singulares necesidades. Dejé de extrañar el convento, al ver que allí el ideal estaba sujeto a tales avatares. La vida de una comunidad no es un mundo inmutable, y el cañón de julio había perturbado la paz de los santuarios.

Yo tenía mi ideal en un rincón de la cabeza, y no precisaba mas que unos pocos días de completa libertad para hacerlo estallar, Lo llevaba cuando andaba por la calle, con los pies en la escarcha, los hombros cubiertos de nieve, las manos en los bolsillos, el estómago medio vacío aveces, pero con la cabeza cada vez más llena de ensueños, de melodías, de colores, de formas de luces y de quimeras. Ya no era una dama, tampoco era un caballero. Me empujaban por la calle como algo que podía ser un estorbo para los caminantes apurados. Me daba lo mismo. Yo no tenía nada que hacer. No me conocían, no me miraban, no se metían conmigo; era un átomo perdido en la muchedumbre. Nadie decía como en la Cahtre: "Ahí va la señora Aurore; siempre lleva el mismo sombrero y el mismo vestido"; ni como en Nohant: "Allí esta la señora galopando

sobre su caballo; debe estar deprimida para montar así". En París nadie pensaba en mí, nadie me veía. No tenía ninguna necesidad de apurarme para evitar las frases inútiles; podía hacer una novela completa sin que nadie me dijese: "¿En qué demonios está usted pensando?" Esto era mucho me porque la celda, y yo podría haber dicho como René, pero con tanto gusto como él con tristeza, que me paseaba por un desierto de hombres.

Después que miré, repasé y saboreé a fondo los rincones de mi convento y de mis recuerdos queridos, salí diciéndome que ya no traspondría más esa reja, detrás de la cual dejaba mis más castos afectos bajo la forma de deidades sin enojos y de astros sin nubes: una segunda visita hubiera llevado a las preguntas acerca de mí, de mis proyectos, de mis sentimientos religiosos. Yo no quería discutir. Hay seres a los que respetamos demasiado como para contrariarlos, y de los que no queremos llevarnos más que una serena bendición.

Volví sin pena a mi casa y a mi quimera, segura de haber dejado buenos recuerdos, conforme por no haber tenido que romper con nada.

La baronesa Dudevant me preguntó por qué me quedaba tanto tiempo en París lejos de mi marido.

Le contesté que mi marido estaba de acuerdo.

-¿Y es verdad que tiene la intención de publicar libros?

-Sí, señora.

-¡Caramba! -exclamó ella-, ¡qué idea más rara!

-Sí, señora.

-Es algo noble y bueno; pero supongo que no figurará su nombre sobre las tapas de los libros impresos.

-Oh, no, señora; no tema usted.

No le di más explicaciones, poco después ella se fue al Midi, y no la volví a ver nunca.

No me había preocupado por el nombre que pondría en las tapas. En realidad, había decidido guardar el anonimato. Esboqué una primera obra, que Jules Sandeau revisó completamente. Delatouche lo había bautizado con el nombre de Jules Sand. Esta obra trajo otro editor, que pidió otra novela con ese seudónimo. Yo había escrito Indiana en Nohant, quise entregarla con el seudónimo solicitado; pero Jules Sandeau, por modestia, se negó a cargar con la paternidad de un libro ajeno. Eso no le interesaba al editor. El nombre es todo para la venta, y el seudónimo había prendido, querían conservarlo a toda costa. Consultaron a Delatouche que

resolvió la cuestión con un arreglo: Sand quedaría tal cual, yo debía elegir otro nombre que sólo usaría yo. Elegí sin detenerme a pensar mucho el de George, que me sonaba a nombre del Berry, Jules y George, pasarían por hermanos o primos para el público.

El nombre prosperó, y Jules Sandeau quedó como legítimo dueño de Rose y Blanche; decidió retomar su nombre completo, según decía para no aprovecharse de mi pluma. En esa época era muy joven y esa modestia le quedaba bien. Después demostró tener gran talento por su cuenta y logró verdadero renombre. Yo conservé el del asesino de Kotzebue que se le había ocurrido a Delatouche, y que inauguró mi fama en Alemania, hasta el punto de que recibí cartas de ese país en las que me pedían que aclarara mi parentesco con Karl Sand, como una posibilidad más de éxito, pese a que la juventud alemana reverencia al joven fanático cuya muerte fue tan heroica, confieso que ni se me ocurrió elegir como seudónimo el nombre del campeón iluminista. las sociedades secretas pertenecen al pasado de mí fantasía, y las personas que han creído ver en mi decisión de llamarme Sand y en mi persistencia en firmar con ese nombre una especie de actitud en

favor del crimen político, se equivocan por completo. Eso no está de acuerdo con mis principios religiosos ni con mis ideales revolucionarios. las costumbres de la sociedad secreta no me parecen adecuadas para nuestra época ni para nuestro país; nunca he creído que las formas dictatoriales pudieran arraigar entre nosotros, y yo misma no he podido soportarlas tampoco.

De modo que es probable que yo hubiera adoptado otro seudónimo si lo hubiese creído destinado a alcanzar la celebridad; pero en el preciso instante en que la crítica se arrojó sobre mí con motivo de Lélia, me alegré de pasar inadvertida entre la multitud de plumas de la más humilde condición, Al ver que, muy a pesar mío, se atacaba todo lo de mi obra con violencia, hasta el nombre con que estaba firmada, lo mantuve y seguí escribiendo. Hacer otra cosa hubiera sido una cobardía.

Y aún lo mantengo pese a que incluye, como se ha dicho la mitad del nombre de otro escritor. Así sea. Ese escritor, repito, tiene demasiado talento como para que cuatro letras de su nombre le roben una "tapa", y no me suena mal en boca de mis amigos. Me lo dio el capricho de la imaginación de Delatouche. Aún más: me siento honrada por haber

tenido a ese poeta y amigo como padrino. Una familia cuyo nombre me había parecido apropiado para mí, encuentra que el de Dudevant -que la baronesa Intentaba escribir con un apóstrofe- es demasiado insigne y significativo para arriesgarlo en la república de las letras. Me bautizaron a tuestas y sin querer, entre el manuscrito de Indiana, que era en ese momento todo mi futuro, y un billete de mil francos, que constituían toda mi fortuna. Fue un contrato, un nuevo matrimonio entre la pobre aprendiz de poeta que yo era y la humilde musa que me había consolado de mis dolores. Dios me libre de oponerme a lo que he permitido que decidiera el azar. ¿Qué es un nombre en nuestro mundo revolucionado y revolucionario? Para los que no hacen nada, es como un número, para los que trabajan y luchan es como una enseña o una divisa. El que me dieron, lo hice yo sola, con mi trabajo. Jamás exploté el trabajo de nadie, nunca tomé, ni compré, ni robé una página, una línea, fuera de quien fuese. No me queda nada de los setecientos del ochocientos mil francos que he ganado en veinte años, y hoy, como al empezar, vivo al día, de ese nombre que favorece mi trabajo y de ese trabajo del cual no he guardado un centavo. Creo que nadie tiene nada

que reprocharme, y sin estar orgullosa de nada -no hice más que cumplir con mi deber-, mi conciencia tranquila no ve nada de peligroso en el nombre que la identifica.

De modo que éramos tres los del Berry que vivíamos en París: Félix Pyat, Jules Sandeau y yo, aprendices literarios, bajo la dirección de un cuarto, el señor Delatouche. Este maestro quería y debía haber sido un nexo entre nosotros, y sólo queríamos formar una familia cuyo padre fuera él, pero su carácter agrio, quisquilloso y amargo perjudicó los propósitos y las intenciones de su corazón, que era bueno, generoso y tierno. Se embrolló con nosotros de a uno por vez, después de habernos embrollado entre nosotros.

Ya he dicho en un extenso artículo necrológico todo lo que había que decir sobre el señor Delatouche, y pude consignar lo malo sin traicionar para nada el agradecimiento que le debía y el gran afecto que le demostré varios años antes de su muerte, para probar que lo malo, o sea ese desasosiego, esa susceptibilidad morbosa, esa misantropía, en suma, eran inevitables e involuntarias, no tuve más que citar fragmentos de sus cartas, o de sus frases, y algunas palabras llenas de ingenio y de fortaleza con

que él se embellecía en su grandeza y su dolor. Ya había escrito acerca de él, durante su vida, con idéntico sentimiento de cariño y afecto. Nunca tuve que reprocharme nada en lo que hace a él, ni siquiera la sombra de un error, y nunca me hubiera dado cuenta de cuánto y por qué yo le desagradaba, si no hubiera comprobado por mí misma, en la rápida declinación de su vida, lo terriblemente prisionero que estaba de una hipocondría sin remedio.

El me hizo justicia cuando vio que yo era justa con él, es decir, que estaba dispuesta a ir corriendo hacia él si me hubiera abierto sus brazos, olvidando sus cóleras y sus arbitrariedades, mil veces reparadas, a mi parecer, por un gesto, un arrepentimiento, una lágrima de su corazón.

Delatouche compró el Fígaro y lo hacía casi todo él, en un rincón junto al fuego, mientras charlaba con los redactores o con las numerosas visitas que recibía. Estas visitas, a veces deliciosas y a veces cómicas, no podían evitar posar un poco ante un secretario respetable que, guarecido en los rincones de la habitación, no dejaba de escuchar y criticar.

Tuve allí mi mesita y mi alfombra cerca de la chimenea; pero no era nada regular en este trabajo que no entendía. Delatouche por poco tenía que

agarrarme del cuello para conseguir que me sentara; me daba un tema y un trozo de papel al cual debía ajustarme. Yo borroneaba diez páginas que tiraba al fuego y en las que no decía una palabra del tema que debía tratar. Los otros tenían ingenio, agilidad, frescura. Reían o charlaban. Delatouche brillaba por su agudeza. Yo escuchaba, me divertía, pero no hacía nada que valiera la pena, y después de un mes, recibí doce francos con cincuenta o quince francos, como máximo, por mi trabajo, y estaba demasiado bien pagado.

Delatouche era notable por su ingenio y con nosotros rejuvenecía hasta lo increíble. Me acuerdo de una cena que le hicimos en Pinson y de un fabuloso paseo a la luz de la luna por el Barrio Latino, sin que hasta la medianoche le permitiéramos desembarazarse de nuestra estripitosa compañía. Andábamos sin rumbo fijo y queríamos demostrarle deliberadamente que ése era el mejor modo de pasear. Le gustó bastante, porque lo aguantó sin protestar. El cochero, víctima de nuestras bromas, tomó las cosas con paciencia, y recuerdo que, llegados no sé por qué ni cómo a la montaña de Saint Gènevieve, como él avanzaba muy lentamente por la calle desierta, empezamos a divertirnos cruzando

el coche en fila india, con las puertas y los estribos abiertos, y cantando una canción con tono fúnebre. No sé por qué todo eso nos divertía tanto y por qué Delatouche se reía tanto, pienso que sería por el placer de hacerse el tonto una vez en su vida, Pyat tenía un proyecto: dar una serenata a los carniceros del barrio; e iba de carnicería en carnicería cantando a voz en cuello: "Un carnicero es una rosa".

Fue la única vez que vi a Delatouche verdaderamente alegre, porque su espíritu, generalmente irónico, tenía un fondo depresivo que a menudo lo ponía mortalmente triste.

-¡Son felices! -me decía, dándome el brazo mientras los otros corrían adelante-; ¡no han hecho más que beber el líquido rojo y están ebrios! ¡No hay mejor vino que el de la juventud! ¡Ni risa más linda que la del que no tiene motivo! ¡Ah, si fuera posible divertirse así dos días seguidos! ¡Pero apenas uno sabe por qué y de qué se ríe, ya no lo puede hacer más, le entran ganas de llorar!

El gran temor de Delatouche era envejecer. No lo aceptaba y decía:

-No se tienen cincuenta años, se tienen dos veces veinticinco.

A pesar de esto, era más viejo de lo que parecía.

Cuando ya estaba enfermo, aumentaba su mal con la falta de paciencia conque lo sobrellevaba; por las mañanas a menudo estaba de tan mal humor, que yo me escabullía sin decir una palabra. Después me llamaba o me iba a buscar, tratando de borrar con míj gentilezas el disgusto que me había causado.

Cuando después trató de averiguar el porqué de su repentina aversión, me dijeron que se había enamorado de mí y estaba celoso y herido porque yo no lo había adivinado. Esto no es verdad. Yo al principio lo rechacé porque me había advertido el señor Duris Dufresne.

Era un amigo, y sobre todo un maestro celoso, como el viejo Porpora que he descripto en mis novelas. Cuando había amparado una inteligencia, estimulando un talento, no soportaba que otros consejos del otra ayuda distinta se atreviera a acercarse.

Uno de mis amigos que conocía un poco a Balzac, me presentó a él, no en calidad de musa departamental, sino como una buena provinciana, admiradora de su talento. Era la verdad. Aunque Balzac todavía no había escrito sus obras maestras, yo estaba impresionado por su estilo nuevo y original, y lo hallaba digno de estudio. Balzac no era de-

sagradable como Delaotuche, sino excelente, con un carácter más íntegro y parejo. Todo el mundo sabía cómo desbordaba de satisfacción por sí mismo, cómo le gustaba hablar de sus obras, contarlas, componerlas charlando, leer los borradores o las pruebas. Sencillo y bonachón como ninguno pedía consejo a cualquiera, no escuchaba la respuesta, la utilizaba para combatirla con el encarnizamiento de su superioridad. No enseñaba nunca, hablaba de él, y nada más que de él. Una sola vez se olvidó de sí mismo y habló de Rabelais, que yo no había leído todavía. Estuvo tan maravilloso, tan seductor, tan lúcido, que nos decíamos cuando lo dejamos: "Sí, sí, por cierto que conseguirá lo que se propone; ve demasiado bien lo que lo perjudica como para descuidar su gran personalidad.

Entonces vivía en la calle Cassini, en un pequeño entresuelo muy alegre, al lado del observatorio. Creo fue a través de él o en su casa que conocí a Emmanuel Arago, un hombre que llegaría a ser un hermano para mí y que en esa época era casi un niño. Me hice amiga suya, dándome aires de abuela, porque todavía era tan joven que durante el año sus brazos crecían más que sus mangas. Sin embargo ya había escrito un libro de versos y una pieza de tea-

tro.

Un buen día, Balzac, como había vendido muy bien la Piel de zapa, desdeñó su entresuelo y quiso dejarlo; pero después de pensarlo, se conformó con transformar sus pequeñas habitaciones de poeta en verdaderos boudoirs de marquesa, y nos invitó a tomar helados entre sus paredes tapizadas de seda y adornadas con encajes. Esto me dio mucha risa; yo no creía que él tomara en serio ese afán por un lujo superfluo, y pensaba que se trataba de del n capricho pasajero, pero me equivocaba: las necesidades de su imaginación presuntuosa lo esclavizaron, y muchas veces sacrificó el bienestar más elemental para satisfacerlas. Desde entonces siempre vivió de ese modo, y llegó a faltarle de todo, a privarse hasta de la sopa y del café, antes que de la platería y la porcelana china.

Obligado a acudir a recursos fabulosos para no separarse de las cosas que llenaban su vida, artista fantástico, niño con sueños dorados, vivía con su imaginación en el palacio de las hadas; pero como era empecinado, aceptaba voluntariamente todas las preocupaciones y todos los sufrimientos con tal de forzar la realidad y conservar los objetos de sus sueños.

Infantil y potente, siempre envidiando algún bibelot, pero nunca celoso de algún éxito, sincero hasta la humildad, jactancioso hasta la charlatanería, confiado en sí mismo y en los demás, muy expansivo, muy bueno, muy loco, con un reducto de razón interior al que entraba para dominar su obra, cínico hasta la castidad, borracho de beber agua, intemperante en el trabajo y medido en las otras pasiones, positivo y romántico con igual frenesí, crédulo y escéptico, lleno de contrastes y de cosas inexplicables, así era Balzac cuando joven insoportable para cualquiera que se cansase de ese estudio constante de sí mismo, al que condenaba a sus amigos y pese al cual no lograba todavía parecer a ninguno tan interesante como lo era realmente.

Efectivamente, en esa época, muchos jueces competentes negaban el genio de Balzac, o por lo menos no le auguraban una gran carrera. Delatouche era uno de los más recalcitrantes. Se refería a él con una inquina tremenda. Balzac había sido discípulo suyo, y la ruptura, de la cual nunca supo la causa, era todavía demasiado fresca y sangrante, Delatouche no daba ninguna razón aceptable de su resentimiento, y Balzac solía decirme:

-¡Cuidado! Ya vas a ver que una mañana cual-

quiera, sin que te lo esperes, sin saber por qué, encontrarás en él un enemigo mortal.

Delatouche me irritó al denostar a Balzac, que en cambio se refería a él con una pena y una dulzura conmovedoras; pese a todo desconfiaba y creía firmemente en una aversión inmodificable. Se equivocaba, porque con el tiempo quizá se hubieran reconciliado.

Pero aún era demasiado pronto. En vano intenté varias veces insinuar a Delatouche lo que podía acercarlos. La primera vez casi saltó hasta el techo.

-¿Quiere decir que lo has visto?; ¿lo ves? ¡Era lo único que faltaba!

Creí que me arrojaría por la ventana. Se calmó, sulfurado, volvió y acabó por aceptar a mi Balzac, cuando vio que esa afinidad no borraba la nuestra, pero ante cada nueva relación literaria que iniciaba o aceptaba, Delatouche volvía a montar en cólera, y aun los neutrales le parecían enemigos si él no me los había presentado.

Yo hablaba muy poco de mis proyectos literarios con Balzac. Nunca creyó ni pensó que yo era capaz de hacer algo. No le pedí sus consejos, porque decía que los reservaba para sí mismo; y esto

tanto por una gran modestia como por un egoísmo descomunal. Más tarde descubrí, con profunda y agradable sorpresa, que sabía ser modesto bajo la máscara de la vanidad; y en lo que hace a su egoísmo, también tenía sus raptos de entrega y de desinterés.

Su trato era muy agradable, un poco fatigante en la conversación, que yo podía seguir bien, ya que cambiaba constantemente de tema: pero su alma era sencilla y nunca lo creí maligno. Subía con su enorme panza los escalones de la casa del Quai Saint-Michel, y llegaba resoplando, riendo y cantando sin tomar aliento. Agarraba los papeles de mi mesa, les echaba una mirada y quería saber de qué se trataban; pero enseguida se ponía a pensar en la obra que estaba por empezar, comenzaba a contarla, y pese a todo yo encontraba esto más instructivo que los apremios que Delatouche, interrogador implacable, hacía a mi fantasía.

Una noche en que comimos en casa de Balzac una cena bastante estrafalaria, porque creo que consistió en buey cocido, melón y champaña helado, fue a ponerse una bata nueva para mostrárnosla con regocijo infantil, y quiso salir vestido de esa manera, con una vela en la mano, para acompañarnos hasta

la reja del Luxemburgo. Era tarde, el lugar estaba desierto, y le dije que lo asesinarían al volver a su casa.

-De ningún modo -me dijo-; si me topo con ladrones me tomarán por loco, y entonces tendrán miedo de mí; o por un príncipe, y me respetarán.

Era una noche hermosa. Nos acompañó así, llevando su vela, hablando de los cuatro caballos árabes que todavía no tenía, pero que pronto pensaba tener, que nunca tuvo, pero creyó realmente tener durante un tiempo. Si lo hubiéramos dejado, nos habría acompañado hasta la otra punta de París.

Yo no conocía a otras celebridades, y tampoco quería conocerlas. Encontraba una diferencia tan grande entre las ideas, los sentimientos y los sistemas de Balzac y Delatouche, que temía perder mi cabeza en un mar de contradicciones si escuchaba a un tercer maestro. En esa época vi también a Jules Janin una sola vez, para pedirle un favor. Fue el único paso que di para acercarme a la crítica, y no tuve ningún escrúpulo pues no lo hacía para mí. Encontré un buen muchacho, nada afectado ni vanidoso, con la discreción de no andar exhibiendo su ingenio sin necesidad, y hablando con más entusiasmo de sus perros que de sus escritos. Como a mí me gus-

tan también los perros, me sentí muy cómoda con él; una conversación literaria con un desconocido me hubiera intimidado muchísimo.

Ya dije que Delatouche era desesperante. Era exclusiva culpa suya, y trataba de que todo lo que hacía le pareciera mal. De vez en cuando leía alguna de sus novelas antes de que se publicase, con más recato que Balzac, pero con más alborozo si veía que lo escuchaban con atención. En esos momentos no se podía correr un mueble, toser ni estornudar; de inmediato se interrumpía para preguntar con aparente solicitud si uno estaba resfriado o si tenía algún hormigueo en las piernas; y simulando haber olvidado su novela, se hacía rogar para continuar la lectura. Tenía mil veces menos talento de escritor que Balzac: pero como tenía gran habilidad para traducir sus Ideas en palabras, lo que leía a la perfección parecía en verdad excelente, mientras que lo que Balzac contaba de una manera a menudo imposible, parecía las más de las veces una obra imposible, pero cuando la obra de Delatouche estaba impresa, en vano se buscaban el encanto y la belleza de lo que se había oído, mientras que al leer a Balzac ocurría exactamente lo contrario. Balzac sabía que exponía mal, con pasión y espíritu pero sin or-

den ni claridad. Además prefería leer con el manuscrito en la mano; en cambio Delatouche, que inventaba cien novelas sin escribirlas, casi nunca tenía nada para leer, o tenía unas pocas páginas que no reflejaban su idea y que lo deprimían a ojos vista. No tenía facilidad; también le horrorizaba la abundancia, y lanzaba contra la de Balzac -pero no contra Walter Scott, a quien adoraba- las más burlonas diatribas y las comparaciones más cáusticas.

Siempre pensé que Delatouche derrochaba su talento en palabras, Balzac sólo derrochaba su locura, y reservaba su profunda sabiduría para su obra. Delatouche se iba en notables demostraciones, y aunque rico, no lo era tanto como para ser generoso.

Yo hubiera sido muy tonta si no hubiera escuchado todo lo que me decía Delatouche; pero ese inagotable análisis de todo, esa disección de los demás, su crítica lúcida y casi siempre justa, que se encarnizaba en la negación de sí mismo y de los demás, me deprimían y empezaron a fatigarme. Yo me enteraba de todo lo que se debía hacer, pero no de lo que podía hacerse, y de ese modo perdía toda confianza en mí.

Reconocía y reconozco aún que Delatouche me

fue muy útil despertando mis dudas. En ese entonces se hacían las cosas más raras en literatura. Las extravagancias del joven Hugo habían embriagado a la juventud, aburrida de los gastados discursos de la restauración. Ya no se pensaba que Chateaubriand era romántico; se buscaban títulos imposibles, temas chocantes, y en esta carrera altisonante, hasta los escritores de talento se doblaban ante la moda, y se lanzaban a la lucha cubiertos de extraños oropeles.

Tuve la tentación de hacer lo mismo, ya que los maestros me daban el mal ejemplo, y buscaba extravagancias que no hubiera podido realizar. Entre los críticos del momento que se oponían a ese terremoto, Delatouche tenía capacidad de apreciación y gusto acerca de lo que ambas escuelas tenían de bueno y de malo. Me sujetaba sobre esa pendiente resbaladiza con burlas jocosas y advertencias serias, pero inmediatamente me planteaba problemas insolubles.

-Huye de todo esto -me decía-. Acude a tu propio fondo; lee en tu vida, en tu corazón; comunica tus impresiones.

Y cuando estábamos hablando de cualquier otra cosa, me decía:

-Eres muy absolutista en tus sentimientos, tu carácter es demasiado personal; no sabes nada de la sociedad ni de las personas. Has vivido y pensado de manera distinta a los demás; tu cerebro está vacío.

Creí que él tenía razón y me volví a Nohant dispuesta a decorar cajas de té y talaqueras de Spa.

Por fin empecé Indiana, sin objetivo ni esperanza, sin ningún plan, eliminando de mi mente con resolución todo lo que sonara a precepto o ejemplo y tratando de no caer en el estilo ajeno ni en mi propia individualidad para componer el personaje y los tipos. Se ha dicho que Indiana es mi historia. No es verdad. He construido muchos tipos de mujeres, y creo que cuando se haya leído esta sucesión de impresiones y observaciones de mi vida, quedará bien claro que nunca me puse a mí misma en escena bajo los rasgos de algunos personajes femeninos. Soy demasiado romántica como para verme en heroína de novela. Nunca me he visto demasiado hermosa, ni demasiado adorable, ni demasiado coherente en la totalidad de mis acciones o de mi carácter para ofrecerme a la poesía: para esto tendría que embellecerme y agregar dramatismo a mi vida. En este trabajo nunca hubiera llegado a nada. Al

enfrentarme con mi "yo" siempre me he enfriado.

No quiero decir que un artista no tenga derecho a retratarse y narrarse, y cuanto más se adorne con las flores de la poesía para aparecer ante el público, mejor le irá, si posee la destreza necesaria para que no se lo reconozca del todo bajo ese disfraz, o si es lo suficientemente hermoso para no parecer ridículo en sus nuevos ropajes, pero en cuanto a mí, soy de un paño demasiado grueso para prestarme a idealizaciones. Si hubiera decidido contar mis aventuras interiores, hubiera resultado algo más parecido a la vida del monje Alexis -en la aburrida novela Spiridion- que a la de Indiana, la criolla ardiente. Si en cambio hubiese tomado el otro aspecto de mi vida, el de mis deseos infantiles, joviales, tan tontos, hubiera surgido un tipo muy poco semejante, hubiera sido difícil expresarlo y no habría logrado hacerle realizar acciones con algo de sentido común.

Cuando empecé a escribir no tenía ninguna teoría, y no la he tenido jamás cuando una idea novelasca me pone la pluma en la mano. Esto no impide que haya ido elaborando instintivamente mi propia teoría, que sigo generalmente sin darme cuenta, y que aún está en discusión.

De acuerdo con esta teoría, la novela es una

obra poética y de análisis. Necesita situaciones verdaderas y caracteres genuinos y aun reales, que se nuclean alrededor de un tipo encargado de sintentizar el sentimiento o la idea principal del libro. Este tipo representa más a menudo la pasión amorosa, porque casi todas las novelas son historias de amor. Esta teoría -que empieza realmente ahora- implica que se debe idealizar el amor, y por lo tanto el tipo, y que no se debe temer otorgarle todas esas potencias a las que uno mismo aspira a todos aquellos dolores que uno mismo ha visto o padecido, pero en ningún caso hay que apuntalarlo con el azar de los acontecimientos; debe morir o triunfar, y no hay que temer darle una importancia fuera de serie, facultades extraordinarias, atractivos o dolores que superen totalmente la medida común de lo humano y hasta un poco lo admitido por la razón.

Resumiendo: si en verdad se pretende escribir una novela, la idealización del sentimiento queda a cargo del personaje, y al escritor corresponde la responsabilidad de colocar a ese personaje en las circunstancias y el marco adecuados para que se destaque.

¿Es correcta esta teoría? Me parece que sí; pero no es ni debe ser absoluta. Balzac, con el tiempo,

me ha hecho comprender, gracias a la variedad y la potencia de sus concepciones, que es posible subordinar la idealización del personaje a la descripción realista, a la crítica de la sociedad y de la humanidad toda.

-Buscas al hombre como quisieras que fuese; yo lo tomo tal como es. Mira, los dos tenemos razón: ambos caminos nos llevan a la misma meta. Yo también amo los seres excepcionales; soy uno de ellos, por otra parte, me hacen falta para que se destaquen mis personajes vulgares, y nunca los elimino si no es necesario, pero estas criaturas vulgares me interesan más que a ti. Les confiero grandeza, las idealizo en sentido opuesto, en su horror y en su imbecilidad. Doy dimensiones increíbles y grotescas a sus deformidades. Tú, tú no sabrías hacer eso; y está bien que no te detengas en esos seres y en esas cosas que te ocasionarían pesadillas. Sigue idealizando lo bello y lo sublime: es trabajo de mujer.

Todavía vivía en el Quai Saint-Michel con mi hija cuando se publicó Indiana; creo que fue en mayo de 1832. Entre el pedido y la publicación escribí Valentina y empecé Lélia. Valentina apareció dos o tres meses después de Indiana, y fue también escrito

en Nohant, donde yo pasaba habitualmente tres meses.

Delatouche vino a mi entresuelo y se encontró con el primer ejemplar de Indiana que el editor Ernest Dupuy acababa de mandarme, y en cuya cubierta yo estaba escribiendo justamente su nombre. Lo tomó, lo examinó, lo dio vuelta; ese día estaba particularmente curioso, desasosegado, burlón. Me fui al balcón; lo llamé, quise hablar de otra cosa; no hubo forma. Quería leer y leyó, y frente cada página exclamaba:

-¡Vamos, se trata de una imitación! ¡Es la escuela de Balzac! ¿Imitación, qué quieres? ¿Balzac, qué quieres?

Se vino al balcón con el libro en la mano, criticando palabra por palabra, demostrándome con pelos y señales que había copiado el estilo de Balzac, y que lo que había conseguido con eso era no ser ni Balzac ni yo misma.

Yo no había buscado ni dejado de buscar esa imitación: el reproche no me pareció justo. Esperé a condenarme yo misma, sin mi juez, que ya se iba con el libro después de haberlo ojeado con tanta detención. A la mañana siguiente, al despertarme, recibí esta nota: "George, te pido perdón, me arro-

dillo delante de ti. Olvida mis críticas de ayer, olvida todas las críticas que te he formulado en estos seis meses. Estuve leyéndote toda la noche. ¡Qué contento estoy contigo, hija mía!"

Pensé que todo mi éxito se limitaría a esta nota paterna; y ni me esperé el rápido y nuevo pedido del editor, que me solicitaba Valentina. Todos los periódicos hablaron del señor George Sand, lo elogiaron, e insinuaron que aquí y allá se notaba la mano de una mujer, que se introducía para revelar al autor ciertas delicadezas del corazón y del espíritu, pero que el estilo y los juicios eran demasiado viriles para no ser obra de un hombre. Estaban todos un tanto desconcertados.

Todo eso no me preocupó ni poco ni mucho, pero hizo sufrir a Jules Sandeau debido a su modestia. Ya conté cómo ese éxito lo llevó a retomar su nombre completo y a renunciar a los planes de trabajo en común, qué ya se nos había aparecido como imposible. La colaboración es un arte que no exige, como se piensa habitualmente, sólo confianza mutua y relaciones armónicas, sino una capacidad especial y una coincidencia en los procedimientos necesarios. Nosotros éramos demasiado novatos para repartirnos el trabajo. Cuando lo intentábamos,

ocurría que cada uno rehacía totalmente lo del otro, y esta repetición sucesiva convertía nuestra obra en un nuevo tejido de Penélope.

Por la venta de Indiana y Valentina me encontré con tres mil francos que me permitieron una mayor holgura en mi presupuesto y tener una criada y mayores comodidades. Buloz, que acababa de comprar la *Revue des Deux Mondes*, me pidió novelas, para esa colección hice *Métella* y algunas otras.

La *Revue des DeuxMondes* reunía lo mejor de los escritores de ese momento. Con una o dos excepciones, todo aquél que se ha hecho un nombre como publicista, poeta, novelista, historiador, filósofo, crítico, viajero, etc., ha trabajado para Buloz, hombre inteligente que no sabe expresarse, pero que posee gran sutileza bajo su apariencia ruda. Es fácil, facilísimo, burlarse de este genovés obcecado y tosco. El se deja llevar con cortesía cuando está de buen humor, pero lo que no es nada fácil es sustraerse a su persuasión o a sus mandatos. Durante diez años manejó los cordones de mi bolsa, y en la vida de un artista esos cordones, que no se aflojan para concedernos unas horas de expansión si no es a cambio de igual número de horas de esclavitud, son el hilo mismo de nuestra vida. En esta larga so-

ciudad, mil veces mandé al diablo a Buloz, pero lo he irritado tanto que seguimos igual. Además, a pesar de sus exigencias, de su rigor y de sus inquisiciones, el tirano Buloz tiene arranques de franqueza y de verdadera sinceridad, como todos los caprichosos. A veces se parecía tanto a mi pobre Deschartres, que no he podido menos que aguantarle sus malignidades, alternadas con impulsos y ensayos de amistad sincera. Nos hemos peleado, nos hemos odiado. Recuperé mi libertad sin daño para ninguno de los dos, cosa que habríamos podido hacer sin proceso si él hubiera depuesto su obstinación. Lo volví a ver poco después, llorando a su hijo mayor que murió en sus brazos. Su mujer, la señora Blaze, que es una persona notable, me llamó junto a ella en ese terrible momento. Les tendí mis brazos sin acordarme de la aún fresca guerra, y no la he vuelto a ver más. En cualquier amistad, por tormentosa e imperfecta que sea, siempre hay lazos más fuertes y duraderos que nuestras luchas por el interés material o nuestras iras momentáneas. Nos parece que detestamos a personas que en el fondo amamos. Frecuentes disputas nos separaban; a veces bastaba una palabra para que las superáramos. Esta exclamación de Buloz: ¡Ah, George, qué desdichado soy!" me

hizo olvidar todas las cuestiones de cifras y procedimientos. Y él también en otros tiempos me vio llorar y no me abandonó. Después de esto, muchas veces me pidieron que entrara en campañas contra Buloz; me he negado de plano y no quise vengarme de él, aunque la crítica de la Revue des DeuxMondes sostuvo que yo tuve mucho talento mientras trabajé en ella, pero que después de mi separación, ¡ay! ¡ingenuo Buloz!; ¡me da lo mismo!

Con motivo de los Cuentos picarescos, que aparecieron por esa época, tuve una discusión con Balzac, y como él insistía en leerme pese a mi oposición, unos fragmentos, por poco le tiré con el libro a la cara. Me acuerdo de que lo acusé de gordo indecente, y él me trató de puritana, y se fue gritándome en la escalera:

-¡No eres más que una idiota!

Pero fuimos mejores amigos aún, porque Balzac era realmente dulce y bondadoso.

Después de pasar algunos días en Fontainebleau, yo quería conocer Italia, por la cual estaba ansiosa como todos los artistas, y que me proporcionó satisfacciones distintas de las que yo esperaba. Me cansé pronto de ver cuadros y monumentos. El frío me produjo fiebre, después el calor me abrumó,

y la diafanidad del cielo terminó por aburrirme, pero la sorpresa surgió para mí en un rincón de Venecia, y allí hubiera anclado por mucho tiempo, si hubiera tenido a mis hijos conmigo. No contaré aquí, quédense tranquilos, lo que ya publiqué en Cartas de un viajero o en las novelas que tienen a Italia, y especialmente a Venecia, por escenario. Tan sólo daré algunas informaciones acerca de mí que tienen que ver con esta historia.

En el barco a vapor que me condujo de Lyon a Avignon, me encontré con uno de los más notables escritores de ese momento, Beyle, cuyo seudónimo era Stendhal. Era cónsul en Civita Vecchia, y regresaba a su puesto, luego de una breve estada en París. Era brillante y su conversación recordaba la de Delatouche, con menos finura y gracia, pero con más penetración. A primera vista era también un poco parecido a él, gordo y con un rostro delicado bajo una máscara pesada, pero Delatouche ganaba a veces en belleza con su súbita melancolía, mientras que Beyle era irónico y burlón en todo momento. Charlé con él parte del día, y me pareció muy amable. Se burló de mis expectativas con Italia, y me aseguró que me cansaría rápido y que los artistas que iban a ese país en busca de la belleza eran unos

perfectos idiotas. No le creí, porque vi que estaba harto de su exilio y que regresaba a disgusto. Ridiculizó con mucha gracia el tipo italiano, que no soportaba y con el cual era totalmente arbitrario. Me auguró especialmente un desagrado que no sentí nunca, carencia de conversación agradable, y de todo lo que, para él, formaba parte de la vida intelectual: los libros, las revistas, las noticias, en una palabra la información de actualidad. Vi qué era lo que extrañaba un espíritu como el suyo, tan seductor, tan snob y original, lejos de las personas que podían valorarlo y estimularlo. Hacía gala especialmente de un gran desprecio por la vanidad, y buscaba encontrar en cada interlocutor alguna aspiración para combatirla con el fuego de su burla, pero no creo que fuera malo: hacía demasiados esfuerzos por parecerlo.

Todo lo que anunció acerca del aburrimiento y el vacío intelectual de Italia me cayó bien en vez de asustarme, porque yo iba allí, como a todas partes, huyendo de la espiritualidad que él me atribuía.

Comimos con otros pasajeros en un pésimo albergue del pueblo, porque el piloto del barco no se animaba a pasar el puente Saint Esprit por la noche. Allí manifestó una loca alegría, se comportó pasa-

blemente, y bailó alrededor de la mesa con sus gruesas botas forradas, lo que lo hizo parecer un poco grotesco y nada bello.

En Avignan nos llevó a ver la catedral, muy bien ubicada, en la cual un viejo Cristo de madera pintada y tamaño natural que había en un rincón, y que era verdaderamente horrible, le proporcionó motivo para las invectivas más increíbles. Esos ídolos que los meridionales estimaban le causaban horror, pues no hallaba en ellos más que una fealdad bárbara y una cínica desnudez. Quería dar puñetazos a la imagen.

No me apenó que tomara el camino terrestre para llegar a Génova. El mar le daba miedo, y yo quería llegar pronto a Roma. Nos separamos al cabo de unos días de relación entretenida; pero como en el fondo de su espíritu había una inclinación, una costumbre o un anhelo por lo obsceno, confieso que me disgustó, y que si hubiese venido por mar, probablemente yo habría tomado el camino de la montaña. Con todo, era un hombre notable, con una sutileza mas rápida que justa en las cosas de que se ocupaba, de talento verdadero y original, que escribía mal, y que, sin embargo, hablaba de tal modo que impresionaba y atraía vivamente a sus lectores.

Venecia era la ciudad de mis sueños, y todo cuanto yo había imaginado acerca de ella resultó pálido al verla, de mañana y de noche, en la calma de los días plácidos y en el resplandor sombrío de las tormentas. La amaba por sí misma, y ha sido la única que he amado así, porque las ciudades siempre me producen el efecto de una prisión que soporto gracias a mis compañeros de condena. Uno podría vivir mucho tiempo solo en Venecia, y se entiende por qué en el tiempo de su esplendor y de su independencia sus hijos hayan llegado a personificarla en sus amores, y la hayan querido no como a una cosa, sino como a un ser humano.

Después de la fiebre me atacó un gran malestar y fuertes dolores de cabeza que nunca había tenido, y que se instalaron a partir de entonces en mi cerebro, como jaquecas frecuentes y a menudo insoportables. No pensaba quedarme allí más que unos pocos días, pero algunos hechos imprevistos me retuvieron más de lo esperado.

Alfred de Musset sufrió mucho más intensamente que yo los efectos del aire de Venecia, que abrumba a muchos extranjeros. Se enfermó de gravedad, y la fiebre tifoidea lo llevó a dos dedos de la muerte. No fue sólo la consideración que inspira el

genio lo que me impulsó a cuidarlo y me dio a mí, que también estaba enferma, fuerzas inesperadas; eran también los atractivos de su carácter y de los suplicios morales que las luchas entre su corazón y su imaginación hacían crecer incesantemente en su organismo de poeta. Estuve diecisiete días a su cabecera sin descansar más de una hora de cada veinticuatro, prácticamente, ése fue el tiempo que duró su convalecencia, y cuando se fue, recuerdo que la fatiga me produjo un extraño efecto: lo acompañé muy temprano en góndola hasta Mestre, y volví a mi casa por los pequeños canales interiores. Todos estos canales angostos, que hacen las veces de calles, están atravesados por puentecitos de un solo arco para los peatones. Mi vista estaba tan cansada por la falta de sueño, que veía todos los objetos al revés, especialmente esas filas de puentes, que se me aparecían como arcos puestos sobre su curva.

Pero ya llegaba la primavera, la del norte de Italia, quizá la más hermosa del mundo. Largos paseos por los Alpes tiroleses y de nuevo el archipiélago veneciano, con sus deliciosos islotes, me pusieron otra vez en forma para escribir. Lo necesitaba: mis finanzas habían tocado fondo, y no tenía ni para volver a París. Busqué un pequeño alojamiento mo-

destísimo en el interior de la ciudad. Allí, sola durante toda la tarde, sin salir a tomar aire más que por las noches, y aun trabajando durante la noche con el canto de los ruiseñores enjaulados que pueblan todos los balcones de Venecia, escribí André, Jacques, Mattea, y las primeras Cartas de un viajero.

Eugéne Delacroix fue una de mis primeras amistades en el ambiente artístico, y tengo el placer de contarle siempre entre mis viejos amigos. Viejo, como se sabe, es la palabra que califica a las relaciones, y no a la persona.

Delacroix no es ni será nunca viejo. Es un genio y un hombre siempre joven, por más que, debido a una paradoja original, su espíritu crítico empequeñezca el presente y dude del porvenir, por más que se complazca en conocer, sentir, querer exclusivamente las obras y hasta las ideas del pasado, en su arte es un innovador y el audaz por antonomasia.

Para mí es el máximo maestro de esta época, y también lo es, relativamente, del pasado; está destinado a ser uno de los primeros en la historia de la pintura. Este arte no progresó mucho desde el Renacimiento, y fue cada vez menos gustado y entendido por las masas; es natural entonces que uno de esos artistas como Delacroix, tanto tiempo oscure-

cidos y negados por esta decadencia del arte y esta perversión del gusto, haya reaccionado con toda la fuerza de su potencia creadora contra el mundo moderno. En todos los obstáculos que lo rodean ve monstruos por vencer, y especialmente cree encontrarlos en las ideas progresistas, de las que no ve, o no quiere ver, más que el lado imperfecto o desbordado. La suya es una voluntad demasiado exclusiva y ardiente como para aceptar las cosas en estado abstracto. En este plano de las ideas sociales es como Marie Dorval en el de las religiosas. Estas imaginaciones poderosas necesitan un terreno sólido para asentar el mundo de sus pensamientos. No se les puede decir que esperen a que se haga la luz. Les horroriza lo impreciso, exigen el pleno día. Es muy simple: ellas mismas son el día y la luz.

Pero cualquiera sea la crítica que se le haga, dejará un gran nombre y obras magníficas. Cuando se lo ve pálido, débil, nervioso, quejándose de los mil pequeños males que lo acosan, uno se sorprende de que este delicado organismo haya producido con tanta rapidez, superando obstáculos y dificultades infinitas, obras tan grandiosas. Y sin embargo allí están, y habrá, si Dios quiere, muchas más, porque es uno de esos maestros que crecen hasta el último

momento y acerca de los cuales es un error creer que ha dicho su última palabra en cada nueva creación.

Delacroix no sólo es grande en su arte, sino también en su vida de artista. No me refiero a sus virtudes domésticas, su culto por la familia, su cariño por sus amigos desdichados, en suma, los aspectos más visibles de su carácter. Estos son méritos individuales que la amistad no puede hacer públicos con ligereza. Las expansiones de su corazón en sus admirables cartas formarían un hermoso capítulo que lo retrataría mejor de lo que yo pueda hacerlo, pero, ¿es que se puede revelar a los amigos vivientes, aun cuando esta revelación no sea otra cosa que el elogio de su intimidad? No, no lo creo. Hay un pudor de la amistad, así como el amor tiene el suyo, pero el rasgo de Delacroix que pertenece al dominio público, para beneficio de los que saben aprovechar los nobles ejemplos, es la honestidad de su conducta; no le interesó nunca ganar mucho dinero, prefirió llevar una vida modesta y aun con antes que doblegarse ante los gustos y los apremios, ideas del siglo o hacer concesiones sobre sus principios artísticos. Con heroica perseverancia, sufriente, enfermo, aparentemente destrozado, ha seguido su

carrera sin hacer caso de tontos desdenes, sin devolver nunca mal por otro mal, a pesar de el ingenio y los conocimientos que lo hubieran hecho temible en esas luchas sordas y encarnizadas del amor propio; siempre se ha respetado a sí mismo hasta en las menores cosas, sin burlar jamás al público, y exponiendo todos los años en medio de un fuego cruzado de insultos que habrían aturdido y acobardado a cualquier otro nunca descansó, y sacrificó todos sus placeres, ya que ama y entiende a la perfección todas las artes, a la ley inflexible de un trabajo durante mucho tiempo improductivo para su bienestar y su éxito: en una palabra, ha vivido al día, sin envidiar el absurdo boato de que algunos artistas arribistas se rodean, a pesar de que a su organismo y a sus gustos delicados les hubiera convenido más un poco de lujo y de comodidad.

Siempre, en todas las épocas y países, se menciona a los artistas que no han claudicado frente a la vanidad o avaricia, que no han sacrificado nada a la ambición o a la venganza. Hablar de Delacroix es hablar de uno de esos hombres puros, acerca de los cuales se cree que decir que han sido honestos es suficiente.

No tengo por qué contar aquí la historia de

nuestras relaciones; está contenida en una sola palabra: amistad, amistad sin nubes. Esto, que es tan raro y tan dulce, ha sido entre nosotros, sin embargo, perfectamente real. Ignoro si Delacroix tiene defectos de carácter. He vivido junto a él, en la intimidad del campo, y en las sucesivas y frecuentes relaciones nunca he percibido la más leve mancha, por pequeña que fuese. Nadie ha sido más dulce, más cándido y más entregado en la amistad. Tiene tantas virtudes, que junto a él uno pierde sus defectos, por lo fácil que resulta adaptarse a alguien que tanto lo merece. Le debo, además, las más deliciosas horas que he gozado como artista. Si otras grandes inteligencias me han iniciado en sus descubrimientos y ensueños en el plazo del ideal común, declaro que ninguna personalidad de artista me ha sido tan afín, y si pudiera decirlo así, más inteligible en su expansión vivificante. Las obras maestras que se leen, se ven o se oyen no nos llegan nunca tanto, como con una eficacia redoblada, si no es por la apreciación de un genio excepcional. Así como en pintura, también en música y en poesía Delacroix es fiel a sí mismo, y todo lo que dice cuando opina es delicioso o espléndido, sin que él parezca darse cuenta.

No creo desvirtuar la intención de mis relatos consagrando algunas páginas más a mis amigos. El mundo de sentimientos y de ideas que ellos me abrieron es parte fundamental de mi auténtica historia: la de mi crecimiento moral e intelectual. Estoy absolutamente persuadida de que debo a los demás todo lo que he adquirido y conservado como bueno dentro de mí. Desde que vine al mundo sentí la atracción de la verdad, pero no tenía la fuerza necesaria como para forjarme una educación acorde con mis instintos, o para encontrarla ya hecha en los libros. Mi sensibilidad necesitaba un control; no lo tuve. Los amigos inteligentes y los consejos sabios llegaron demasiado tarde, cuando el fuego se había incubado tanto bajo las cenizas que ya no era fácil apagarlo, pero esta sensibilidad angustiada fue muchas veces calmada y siempre aplacada por afectos amables y bienhechores.

Mi espíritu a medias cultivado era para algunos una tabla rasa, para otros, un verdadero caos. La tendencia que tengo a escuchar me permite recibir de todos ¡os que me rodean una cierta dosis de claridad y muchos temas de reflexión. Los hombres de talento me hicieron progresar mucho, y otros menos empinados, algunos hasta vulgares, pero que a

mis ojos nunca lo fueron, me ayudaron grandemente a despejar el laberinto de incertidumbre en que mi ser había caído.

Entre los hombres de reconocido talento, Sainte-Beuve me resultó muy apreciable, tanto por los fecundos y excelentes recursos de su conversación como por la amistad, un poco quisquillosa, un poco voluble, pero siempre preciosa para mí, que me dispensó, y que muchas veces me otorgó la fe en mí misma que me faltaba. Me perturbó profundamente por los rechazos y los ataques implacables contra personas que yo admiraba y respetaba; pero yo carecía de argumentos y de poder para modificar sus opiniones y moderar sus arrebatos discursivos; y como conmigo siempre fue generoso y amable -me han dicho que no lo era siempre cuando hablaba de mí, pero yo no lo creo-, como además me auxilió con atención y delicadeza en algunos tropiezos de mi alma y de mi espíritu, creo que debo contarlos entre mis educadores y benefactores intelectuales.

Su estilo literario me ha servido como modelo, y en los momentos en que mi mente sentía la necesidad de una expresión mas audaz, su forma hábil y sutil me atraía siempre más, pero cuando el momento febril terminaba, volvía a esta forma un tanto

"vanlotiana", como se vuelve al mismo Vanloo para reconocer la lucha y la fuerza verdadera mas allá del capricho individualista y las etiquetas de escuela; detrás de estas aventuras risueñas de la búsqueda, se halla muchas veces el genio del maestro. Sainte-Beuve también es un maestro como poeta y como crítico. Su pensamiento es muchas veces complejo, lo que hace que parezca oscuro al principio; pero muchos de sus trabajos merecen ser releídos, y se encuentra la luz en el fondo de esta aparente oscuridad. El defecto de este escritor es la abundancia de sus calidades. Sabe tanto, entiende tan bien, ve y adivina tantas cosas, su gusto es tan amplio y su tema le presenta tantos aspectos a la vez, que la lengua debe parecerle insuficiente y el marco siempre demasiado estrecho para el cuadro.

En el transcurso de ese año me acerqué con gran humildad a las dos máximas inteligencias de nuestro siglo, Lamennais y Pierre Leroux. Había pensado consagrar un largo capítulo de esta obra a estos dos hombres ilustres, pero los límites de este libro no pueden modificarse a mi gusto, y no querría mutilar dos temas tan vastos como los de su filosofía de la historia y su papel en el mundo de las ideas. Esta obra será como el prólogo a otra más

extensa que aparecerá luego, y en la que, no teniendo ya más que contar acerca de mi propia historia y su transcurso lento y detallado, podré ocuparme de personalidades más valiosas y más interesantes que la mía propia.

Me reduciré entonces a bosquejar algunos rasgos de las figuras importantes que he encontrado durante el período de mi vida que abarca este libro, y a relatar las impresiones que me causaron.

En esa época yo intentaba encontrar la verdad social y la verdad religiosa fundidas en una única y misma verdad. Gracias a Everard, había llegado a entender que ambas son indivisibles y que deben complementarse una a la otra; pero todavía no veía más que una espesa bruma, ligeramente dorada por la luz que velaba mis ojos. Un día, en medio de los avatares del proceso, Liszt, que había sido recibido afablemente por Lamennais, consiguió hacerlo subir a mi desván de poeta. El israelita Puzzi, alumno de Liszt, que luego sería músico bajo su nombre verdadero, Herman, y actualmente monje carmelita con el nombre de hermano Agustín, vino con ellos.

Lamennais, pequeño, delgado, enfermizo, apenas tenía un soplo de vida en su pecho. ¡Pero qué fuego en su cabeza! Su nariz era demasiado promi-

nente para su poca estatura y para su delgado rostro, que sin ella hubiera sido hermoso. Su mirada clara echaba chispas; la frente recta y atravesada por grandes arrugas verticales, signo de una voluntad férrea, la boca sonriente y la máscara móvil bajo un aparente rictus severo, componían una cabeza fuertemente señalada para la vida de renunciamentos, de meditación y de prédica.

Toda su persona, sus maneras sencillas, sus movimientos bruscos, sus actitudes extrañas, su alegría sincera, sus empecinamientos, sus repentinas amabilidades, todo en él, hasta sus gruesos vestidos limpios pero pobres y sus medias azules, denunciaba al bretón.

No tardé mucho en sentir por él y por su alma valerosa respeto y afecto. Se daba de pronto y por entero, brillante como el oro y simple como la naturaleza.

Las primeras veces que lo vi acababa de llegar a París, y a pesar de las tribulaciones padecidas, a pesar de medio siglo de dolores, se volvía a incorporar al mundo de la política con las expectativas de un niño acerca del porvenir de Francia. Después de una vida de estudios, de polémicas y debates, abandonada definitivamente su Bretaña para morir en la

brecha, en medio del tumulto de los sucesos, y empezaba su etapa de gloriosa miseria aceptando el título de defensor de los acusados de abril.

Era hermoso y valiente. Desbordaba de fe, y la comunicaba con claridad, con limpieza, con calor; su palabra, de una agudeza proveniente de firmes creencias, era bella; su deducción, viva; sus imágenes, brillantes, y cada vez que se detenía en alguno de los horizontes que había recorrido sucesivamente, el pasado, el presente y el porvenir convivían en él, así como la mente y el corazón, el cuerpo y los bienes, con una rectitud y una valentía admirables. Después se replegaba en la intimidad con un destello que revelaba un natural gozoso. Aquellos que al encontrarlo perdido en sus ensueños no supieron ver en él más que sus ojos verdes y su gran nariz afilada como un cuchillo, le temieron y denunciaron su aspecto diabólico. Si lo hubieran mirado tres minutos, si hubieran cambiado con él tres palabras, habrían comprendido que era necesario amar esa bondad que se estremecía ante el poder, y que en él todo se daba en grandes dosis, la ira y la dulzura, el pesar y la alegría, la irritación y la mansedumbre.

Esto ya se ha dicho, y lo han expresado y entendido muy bien los espíritus rectos cuando, al día

siguiente de su muerte abarcaron de una mirada esta insigne carrera de trabajos y sufrimientos; la posteridad lo sostendrá siempre, y será una gloria haberlo reconocido y proclamado ante el cadáver aún tibio de Lamennais; este pensador fue, si no completo, al menos admirablemente coherente consigo mismo en todas sus fases evolutivas. Lo que en los momentos de sorpresa algunos críticos por otra parte serios, pero que adoptaron al respecto un punto de vista demasiado limitado, llamaron los caprichos del genio, no era en él sino el progreso de una inteligencia nacida entre ideas antiguas y condenada por el destino a flexibilizarlas y a quebrarlas, a través de mil padecimientos, bajo el imperio de una lógica más poderosa que la de las escuelas: la lógica del sentimiento.

Esto fue lo que me sorprendió y cautivó, especialmente cuando lo oí resumirse en un cuarto de hora de ingenua y sublime conversación. Fue inútil que Saint-Beuve me hubiera prevenido en sus deliciosas cartas y en sus ingeniosos bocadillos, contra la inconsecuencia del autor del Ensayo sobre la indiferencia. Saint-Beuve no tenía por entonces el espíritu de síntesis de su siglo. Había seguido la marcha y admirado el vuelo de Lamennais hasta las protes-

tas del Porvenir. Al verlo volcarse a la política de acción, se sorprendió de encontrar ese nombre augusto mezclado con tantos otros que parecían atacar su fe y sus doctrinas.

Sainte-Beuve mostraba y denunciaba el aspecto contradictorio de esta trayectoria con su agudeza habitual; pero para darse cuenta de que su crítica era superficial, bastaba con mirar de frente, con los ojos del alma, y escuchar con el corazón al ermitaño de La Chenaie. Se percibía de inmediato todo lo que había de auténtico en esa alma sincera, en ese corazón impregnado de justicia y de verdad hasta la pasión. Mezcla de dogmatismo absoluto y de sensibilidad arrolladora, Lamennais no abandona nunca el territorio que había explorado por orgullo, capricho o curiosidad. ¡No! se apoderaba de él un impulso invencible de amor, de piedad ardiente, de caridad inflamada. Su corazón decía, quizá, a su razón: "Creíste estar en lo cierto. Descubriste ese santuario y pensaste que podrías quedarte siempre. No ofrecías nada al exterior, hiciste tu siembra, bajaste las cortinas y cerraste la puerta. Eras sincero, y para atrincherarte como en una ciudadela en aquello que creías definitivo y correcto, la rodeaste con todos los argumentos de tu ciencia y de tu dialéctica.

¡Y bien, te equivocaste!, porque las serpientes estaban adentro, pese a tus precauciones. Se habían deslizado mudas y frías, bajo tu altar, y ahora que han entrado en calor, silban y alzan la cabeza. Huyamos: este lugar está maldito y la verdad podría ser profanada. Llevémonos nuestros trabajos, nuestros descubrimientos, nuestras doctrinas; pero vayamos más lejos, subamos más alto, sigamos a esas almas que se elevan rompiendo sus cadenas; sigámoslas para levantar un nuevo altar para consagrar el divino ideal, ayudándolos a liberarse de las ligaduras que los traban y a curarse del veneno que los ha arrojado en los horrores de esta prisión.

Y se marchaban juntos, ese gran corazón y esa razón generosa que se respetaban mutuamente. Y construían, también juntos, una nueva iglesia de belleza, de sabiduría, apuntalada con todas las reglas de la filosofía. Y era extraordinario ver cómo el arquitecto iluminado plagaba el plano de sus anteriores creencias ante el espíritu de su nueva revelación. ¿Qué había cambiado? Nada, según él. Le oí afirmar ingenuamente en varias ocasiones: "Los desafío a que prueben que ya no soy el católico ortodoxo que escribió el Ensayo sobre la indiferencia." Y tenía razón. Cuando escribió ese libro no había visto al

"Papa erguido junto al zar bendiciendo a sus víctimas." Si lo hubiera visto, habría protestado contra la impotencia del Papa, contra la indiferencia de la Iglesia con respecto a la religión. ¿Qué había cambiado en las entrañas y en la conciencia del creyente? Nada, en realidad. Nunca traicionaba sus principios, tan sólo abandonaba las consecuencias fatales o violentas de los mismos.

Se suele decir que era totalmente inconsecuente en sus relaciones cotidianas, en sus diversiones, en sus creencias, en sus desconfianzas súbitas y en sus retornos inesperados. No es verdad, porque aunque hayamos sido a veces víctimas de su tendencia a dejarse influir por ciertas personas que explotaban su trato en beneficio de su presunción o de sus antipatías, no se puede decir que fueran verdaderas inconsecuencias, pertenecían a lo más superficial de su carácter, a la temperatura de su salud quebrantada. No provenían de lo profundo de su sentimiento. Nervioso e irritable, se enojaba frecuentemente antes de pensar, y su único defecto era apresurarse a creer en malignidades que no se tomaba el trabajo de verificar. Confieso, por mi parte, que a pesar de que me atribuyó algunas gratuitamente, nunca que sentí enfadada con él. Tuve una especie de debilidad

materna; por ese viejo en el que veía uno de los padres de mi iglesia, uno de los ídolos de mi alma, por su genio y su virtud brillantes, estaba en mi cielo, sobre mi cabeza, por las extravagancias de su temperamento variable, sus desprecios, sus burlas, sus desconfianzas, era para mí como un niño al que es necesario decirle de vez en cuando:

-¡Cuidado, vas a cometer una injusticia! ¡Abre los ojos!. Y cuando utilizo para semejante hombre la palabra niño no lo hago desde lo alto de mi razón, sino desde lo profundo de mi corazón enternecido, leal y lleno de afecto hacia el más allá de la tumba. ¿Acaso hay algo más sorprendente que ver a un hombre genial, virtuoso y sabio no poder alcanzar la madurez debido a una modestia increíble? ¿No es conmovedor ver al león de Atlas dominado y vencido por el perro que era su compañero de cautiverio? Lamennais parecía ignorar su fuerza, y creo que no tenía idea de lo que significaba para sus contemporáneos y para la posteridad. Cuanto más profundizaba acerca de su deber, su misión, su ideal, más se equivocaba sobre la importancia de su propia vida interior. La creía nula y la abandonaba a las azarosas influencias de sus ocasionales compañeros. El más insignificante de los seres humanos po-

día emocionarlo, irritarlo, perturbarlo, y si lo deseaba, convencerlo de elegir de abstenerse en el plano de sus gustos mas puros o de sus costumbres más sencillas. Condescendía en responder a todos, en asesorarse con todos, en discutir con ellos, y hasta a veces en escucharlos con la ingenua admiración de un discípulo delante del maestro.

De esta debilidad increíble, de esta modestia Inaudita, surgieron algunos malentendidos con sus amigos. En mí, no era mi personalidad lo que él admiraba, sino mis tendencias socialistas. Después de haberme impulsado hacia adelante, le pareció que yo iba demasiado rápido. Yo hallaba que él marchaba demasiado lentamente para mi gusto. Ambos teníamos razón desde nuestro punto de vista: yo, en mi pequeña nube, y él, en su enorme sol, porque éramos iguales, me atrevo a decir, en fervor y buena voluntad. En ese terreno Dios admite a todos los hombres en la misma comunión.

También contaré la historia de mis pequeñas diferencias con él, no para hablar de mí, sino para mostrarlo bajo el de su rudeza apostólica, rápidamente atemperada aspecto por su ecuanimidad y su dulzura, por ahora será suficiente decir que, en unas pocas entrevistas muy breves e intensas, tuvo la

bondad de descubrirme un método de filosofía religiosa que me hizo profunda impresión y me ayudó mucho, así como sus admirables escritos reavivaron la llama casi extinguida de mi esperanza.

Lamennais me invitó a pasar algunos días en La Chenale; partí y me detuve en el camino, preguntándome que haría allí yo, tan tonta, tan callada, tan torpe. Atreverme a pedirle una hora de su precioso tiempo ya era mucho, y en París él me había concedido unas cuantas; pero ir a aprovecharme de días enteros, era algo que yo no me animaba a aceptar. Me asusté, todavía no lo conocía a fondo en su bondad y su cortesía, como lo conocí después. Temía la exigencia sostenida de un gran espíritu, a la que yo no habría podido responder, mientras que el más insignificante de sus discípulos hubiera sido más capaz de mantener un diálogo coherente con él. Yo ignoraba que en la intimidad le gustaba descansar de los trabajos intelectuales.

Nadie hablaba con más naturalidad y placer de las cosas comunes. Además no era complicado para sus interlocutores. Se lo entretenía con nada. ¡Y cómo se reía! Se reía como Everard, hasta descomponerse, pero con más frecuencia y facilidad que él. En algún lado escribió que el llanto es la queja de

los ángeles, y la risa, la de Satán. Tal como aparece, la idea es hermosa, pero en la vida humana la risa de una buena persona es como el canto de su conciencia. Las personas verdaderamente alegres son siempre buenas, y él era una prueba de lo que digo.

En consecuencia, no fui a la Chenaie. Desandé el camino de París, y allí recibí una carta de mi hermanastro instándome a ir a Nohant. En ese momento se ponía de mi parte y prometía conseguir que mi marido dejase sin quejas la vivienda y la renta de la tierra. "Casimir está harto de los problemas que trae la propiedad y de los gastos que insu-me. No sabe manejarla. Tú, con tu trabajo, podrías hacerlo. El quiere irse a vivir a París, o al Midi, con su madre; se sentirá más rico con la mitad de tus rentas y la vida de soltero que en tu castillo"...etc. Mi hermano, que después apoyó a mi marido contra mí, se expresaba allí muy severamente y con gran libertad sobre el estado de Nohant en mi ausencia. "No debes descuidar así tus intereses agregaba, es un crimen, para con tus hijos", etc.

En esa época mi hermano ya no vivía en Nohant pero iba con frecuencia.

El 16 de febrero de 1836 el tribunal falló a mi favor. Dudevant estuvo ausente, lo cual nos indujo

a pensar que aceptaba las condiciones, pude ir a tomar posesión de mi domicilio legal en Nohant. El juicio me asignaba el cuidado de mi hijo y de mi hija.

Me creí en la obligación de llevar las cosas más lejos. Mi marido escribió a Duteil y eso me hizo esperar. Me quedé unas semanas en Nohant esperando que llegara al lugar para la liquidación y los arreglos. Duteil haría en mi nombre todas las concesiones posibles, y yo, para evitar cualquier encuentro enojoso, volvería a París cuando Dudevant llegara a La Châtre.

Estuve entonces en Nohant durante unos hermosos días invernales, en los que pude disfrutar después de la muerte de mi abuela los placeres de una soledad no alterada por ninguna nota discordante, por economía y por un principio de justicia, había despedido a todos los domésticos habituados a manejar mi propiedad. Sólo conservé al viejo jardinero de mi abuela, que vivía con su mujer al fondo del patio. Estaba completamente sola en la gran casa silenciosa. Ni siquiera recibía a mis amigos de La Châtre para evitar cualquier disgusto. No hubiera parecido de buen tono tirar la casa por la ventana, como se dice, y dar la impresión de que celebraba

ruidosamente la victoria.

Debido a esta soledad absoluta, fue la única vez en mi vida que viví Nohant en estado de "casa desierta". Este había sido durante mucho tiempo uno de mis sueños: Hasta que pude disfrutar sin sobresaltos los placeres de la vida familiar, siempre alimenté la esperanza de tener en cualquier lugar tranquilo una casa, aunque fuese una ruina o una choza, en la que podría refugiarme de vez en cuando y trabajar sin ser interrumpida por el sonido de la voz humana.

Nohant fue en ese momento, es decir en ese período que fue breve como todos los pobres descansos de mi vida, la materialización de mis fantasías. Me divertía arreglándolo, o sea desarreglándolo yo misma. Eliminaba todo lo que me traía recuerdos dolorosos y volvía los mejores muebles a la ubicación que habían tenido en mi infancia. La mujer del jardinero entraba en la casa nada más que para arreglar mi cuarto y traerme la comida. Cuando retiraba el servicio, yo cerraba todas las puertas que daban al exterior y abría todas las interiores, prendía muchas velas y me paseaba por las enormes habitaciones del piso bajo, después por el pequeño boudoir que era siempre mi dormitorio, y llegaba a gran salón ilumi-

nado en otros tiempos por un gran fuego. Después apagaba todo, y caminando con la sola luz del fuego de la entrada que se iba extinguiendo, paladeaba la emoción de esa oscuridad sugestiva y llena de pensamientos tristes, después de revivir los alegres y dulces recuerdos de mi juventud. Me divertía sintiendo un leve terror al pasar como un fantasma frente a los espejos empañados por el tiempo, y el ruido de mis pasos en las habitaciones vacías y resonantes me hacía estremecer, como si la sombra de Deschartres se deslizara detrás de mí.

Hay otra sombra que vuelvo a encontrar con gran serenidad en mis pláticas con los muertos mientras aguardo ese mundo mejor en el cual nos volveremos a encontrar todos con un rayo de luz más viva y más divina que en la tierra.

Hablo de Frédéric Chopin, que fue mi huésped en los últimos ocho años de mi vida retirada en Nohant durante la monarquía.

En 1838, cuando Maurice estuvo definitivamente a mi cargo, me decidí a buscar para él un invierno menos riguroso que el nuestro. Deseaba con eso protegerlo de una recaída en los reumatismos terribles del año anterior. Además, quería encontrar un lugar tranquilo donde pudiera hacerlo trabajar un

poco, lo mismo que a su hermana, y trabajar yo también sin apremio. Se gana mucho tiempo cuando no se ve a nadie; uno no se ve obligado a velar tan a menudo.

Cuando yo estaba haciendo mis preparativos y proyectos para partir, Chopin, a quien veía todos los días y a quien quería mucho por su carácter y por su genio, me dijo varias veces que él se repondría rápidamente si estuviera en el lugar de Maurice. Le creí y me equivoqué. En el viaje, no lo puse en el lugar de Maurice, sino al lado de Maurice. Sus amigos lo incitaban desde hacía un tiempo para que fuese a pasar una temporada al Midi o al centro de Europa. Creían que estaba tuberculoso. Gaubert lo examinó y me juró que no lo estaba.

-Efectivamente -me dijo-, usted lo salvará si le proporciona aire, paseos y reposo.

Los demás, sabiendo que Chopin nunca se resolvería a dejar la sociedad y la vida de París sin que alguna persona querida por él y dedicada a él lo acompañara, me rogaron que no rechazara el deseo que él manifestaba de una manera tan oportuna e inesperada.

Temí ceder a esperanzas y a mi propia tendencia a la atención. Ya era bastante irme sola al extranjero

con dos criaturas, una de ellas enferma y la otra rebosante de salud y bullicio, para llevarme además una tortura para el corazón y una responsabilidad de médica.

Pero Chopin atravesaba una etapa de salud que engañaba a todo el mundo. Con excepción de Crzymala, que no se equivocaba demasiado, todos estábamos esperanzados. No obstante, rogué a Chopin que sondeara sus fuerzas morales, porque hacía años que no podía ver sin terror la idea de abandonar París, su médico, sus relaciones, su vivienda y hasta su piano. Era un hombre de hábitos arraigados, y cualquier cambio, por insignificante que fuera, se convertía en un acontecimiento terrible en su vida.

Partí con mis hijos y le dije que me quedaría unos días en Perpignan, si no lo encontraba; y que si no llegaba después de cierto número de días, cruzaría la frontera de España. Yo había elegido Mallorca, guiada por los informes de algunas personas que decían conocer bien el clima y los recursos de ese lugar, y que no los conocían para nada.

Nuestro común amigo Mendizábal, una persona tan excelente como célebre, iría a Madrid para acompañar a Chopin hasta la frontera, si él se deci-

día a realizar su sueño de viaje.

Tengo muy poco que decir aquí sobre Mallorca, ya que escribí un libro sobre ese viaje. He relatado las angustias que me ocasionó, en parte, el enfermo a quien yo acompañaba. Cuando llegó el invierno se desató de pronto en lluvias torrenciales, y Chopin manifestó, también repentinamente, todos los síntomas de una enfermedad pulmonar. No sé que habría sido de mí si a Maurice le hubiera atacado el reuma. No había ningún médico que nos inspirara confianza, y las medicinas más comunes eran casi imposibles de encontrar. Hasta el azúcar era de pésima calidad y nos caía mal.

Por suerte, Maurice, al enfrentar el viento y la lluvia junto con su hermana de la mañana a la noche, recobró una salud perfecta. Ni a Solange ni a mí nos asustaban los caminos inundados y las dificultades. Habíamos encontrado en una cartuja abandonada y a medias derruida un alojamiento conveniente y de lo más pintoresco. Yo daba las lecciones a los niños por la mañana. El resto del día corrían, mientras yo trabajaba; por la noche recorríamos juntos los claustros a la luz de la luna, o leíamos en las celdas. Nuestra existencia hubiera sido muy agradable en este romántico aislamiento,

pese a lo agreste de la región y la picardía de sus habitantes, si el triste espectáculo de los padecimientos de nuestro compañero y algunos días de verdadera inquietud por su vida no me hubiesen arrebatado todo el placer y provecho del viaje.

El pobre genio era detestable como enfermo. Lo que yo había temido, aunque no demasiado, desdichadamente sucedió. Se desmoralizó del todo. Aunque era capaz de soportar el sufrimiento con bastante valor, no podía vencer los terrores de su imaginación, para él el claustro estaba poblado de fantasmas, hasta cuando se sentía bien. No decía nada, pero yo me daba cuenta. Cuando regresaba con mis hijos de mis exploraciones nocturnas por las ruinas, lo encontraba a las diez de la noche delante de su piano, pálido, con los ojos extraviados y los cabellos revueltos. Necesitaba unos minutos para reconocernos.

Enseguida hacía un esfuerzo para sonreír, y nos hacía escuchar las cosas sublimes que había compuesto, o, mejor dicho, las ideas terribles o desgarrantes que se habían apoderado de él, a pesar suyo, en esa hora de soledad, de tristeza y de terror.

Allí compuso las más hermosas de esas piezas breves que él humildemente llamaba preludios. Son

obras maestras. Algunos representaban la visión de monjes difuntos y la audición de cantos fúnebres que lo perseguían; otros son melancólicos y suaves; le brotaban en las horas de sol y de salud, por el rumor de las risas de los niños en la ventana, por el lejano rasgueo de las guitarras, por el canto de los pájaros bajo el follaje, o a la vista de las pequeñas rosas desvanecidas en la nieve.

Algunos otros, además, son de una tristeza lúgubre, y al tiempo que complacen al oído, destrozan el corazón. Hay uno que compuso en una velada de lluvia melancólica, y que echa sobre el alma un pesar temeroso. Sin embargo ese día Maurice y yo lo habíamos dejado muy bien, y nos fuimos a Palma a comprar algunas cosas que hacían falta en nuestro campamento. Vino la lluvia, los torrentes se desbordaron; hicimos tres leguas en seis horas para volver en medio de la inundación y llegamos en plena noche, descalzos, habiendo corrido peligros inenarrables. Nos dimos prisa, pensando en la intranquilidad de nuestro enfermo. Estaba en pie, pero se había limitado a una especie de desesperación apagada, y cuando llegamos tocaba su maravilloso prelude llorando. Cuando nos vio entrar se levantó con un gran grito, y después nos dijo con aspecto

conturbado y en un tono extraño:

-¡Ah! ¡Yo sabía que habían muerto!

Cuando se recobró y vio en qué estado estábamos, se sintió enfermo por la visión retrospectiva de nuestros peligros; enseguida me confesó que mientras no estábamos había visto todo como en sueños, y que sin distinguir ya el sueño de la realidad, se había calmado y como adormecido tocando el piano, convencido de que él también estaba muerto. Se veía flotando en un lago; unas gotas de agua pesadas y frías caían lentamente sobre su pecho, y cuando yo le hice oír el ruido de las gotas que, en efecto caían lentamente sobre el tejado, negó haberlas oído. Se enojó por lo que yo llamaba armonía de imitación, protestó con vehemencia, y tenía razón, contra la inutilidad de esas imitaciones para el oído. Su genio se nutría de misteriosas armonías de la naturaleza, volcadas en sublimes equivalente a por su pensamiento musical, y no por una copia servil de los sonidos exteriores. Su composición de esa noche estaba humedecida por las gotas de lluvia que resonaban sobre las tejas sonoras de la cartuja, pero que en su imaginación se habían convertido en lágrimas que caían del cielo sobre su corazón.

Algunas veces había tenido Ideas graciosas y más vitales, en su país. Compuso polonesas y romances inéditos de una gracia encantadora y una dulzura Increíble. Algunas de sus composiciones posteriores son como lagos de cristal en los que se mira un rayo de sol. ¡Pero qué raros y breves son esos tranquilos éxtasis de su meditación! El canto de la alondra en el cielo y el grácil deslizamiento del cisne sobre las aguas inmóviles son para él como chispazos de la belleza en la serenidad. El grito del águila impotente y hambrienta sobre las rocas de Mallorca, el silbido áspero del cierzo y la sombría desolación de los árboles cubiertos de nieve lo entristecían por mucho más tiempo y más agudamente de lo que lo alegraban el perfume de los naranjos, la gracia de los racimos y la cantilena morisca de los campesinos.

Su carácter era así para todo. Entregado por un momento a los deleites del afecto y a las sonrisas del destino, e introvertido durante días y semanas enteras por la torpe conducta de un extraño o por las menudas contrariedades de la vida cotidiana. Y, cosa rara, un verdadero dolor no lo aniquilaba tanto como uno pequeño. La envergadura de sus emociones no guardaba relación con las causas. Con res-

pecto a su salud, aceptaba valientemente los peligros reales y se atormentaba miserablemente por las alteraciones más insignificantes. Esta es la manera de ser y el destino de los seres cuyo sistema nervioso tiene un desarrollo excesivo.

Con esa preocupación exagerada por el detalle, con el horror a la miseria y las exigencias de un bienestar refinado, era natural que después de pocos días de enfermedad Mallorca lo horrorizara. No había forma de ponerse otra vez en marcha, estaba demasiado débil. Cuando se mejoró, soplaban vientos contrarios en la costa y el barco no pudo salir del puerto en tres semanas. Era la única embarcación que había.

Nuestra permanencia en la cartuja de Valdemosa fue una tortura para él y para mí. Afable, alegre, encantador en sociedad, cuando estaba enfermo era insoportable en la vida íntima. No había alma más noble, más delicada, más desprendida; nadie más fiel y leal; ningún espíritu más brillante en la alegría; ninguna inteligencia más sólida y completa en lo que dominaba; pero en compensación, ¡ay! no había ningún humor más desparejo; ninguna imaginación tan lúgubre y enfermiza; ninguna susceptibilidad más fácil de irritar: ninguna exigencia sentimental

más difícil de satisfacer, pero él no tenía culpa de nada: era por su mal. Su alma estaba en carne viva; el pliegue de una hoja de rosa, la sombra de una mosca le sacaban sangre. Fuera de mí y de mis hijos, bajo el cielo de España todo le resultaba odioso. Se moría de impaciencia por irse, mucho más que por las dificultades de la estancia llegamos por fin a Barcelona, y desde allí, siempre por mar, a Marsella, cuando terminaba el invierno.

Mi hermano estaba viviendo en el Berry, en la tierra de Montgivray, donde su mujer había heredado a una media legua de nosotros. El pobre Hippolyte se había comportado con respecto a mí de un modo tan absurdo y extraño que no hubiera sido una injusticia ignorarlo un poco, pero yo no podía ignorar a su mujer, que siempre había sido excelente conmigo, ni a su hija, a quien quería como si fuera mía y había educado en parte a la par de Maurice. Además, mi hermano, cuando admitía sus errores, se acusaba tan violenta y locamente, diciendo mil chiquilinas, jurando y llorando copiosamente, que en una hora mi resentimiento se esfumaba. En cualquier otro, lo pasado hubiera sido imperdonable, y con él, el porvenir no tardaría en ser insufrible pero ¿qué hacer? ¡Era él! Había sido el compañero

de mis juegos infantiles; era el bastardo feliz, el niño mimado entre nosotros. Hippolyte hubiera estado poco gracioso en el papel de Antony. Antony es algo bastante real en los prejuicios de algunas familias; por otra parte lo que es bello siempre se aproxima bastante a la verdad; pero muy bien se podría hacer la contrapartida de Anthony, y el autor de ese poema trágico podría hacerla él mismo, con igual belleza e inspiración. En ciertos ambientes, el hijo del amor despierta un interés tal que llega a ser, si no el rey de la familia, al menos el miembro más osado y más independiente de ella, el que se atreve a todo y a quien se le permite todo, porque los de su sangre necesitan protegerlo del abandono de la sociedad. De hecho, al no haber nada oficial y sin poder aspirar legítimamente a nada de lo mío, Hippoilyte había impuesto siempre su carácter turbulento, su buen corazón y su mala cabeza.

Su seducción, su alegría inagotable, la originalidad de sus salidas, su admiración entusiasta e incondicional por el genio de Chopin, su consideración siempre respetuosa hacia él, aun en los inevitables y espantosos momentos en que estaba bebido, conquistaron la simpatía del artista aristocrático. Al principio todo anduvo bien, y acepté

provisoriamente la idea de que Chopin podía descansar y mejorar su salud entre nosotros durante algunos veranos, ya que su trabajo le exigía estar en París durante el invierno.

Sin embargo, la perspectiva de esta especie de unión familiar con un amigo nuevo en mi vida me preocupó. Me asustó la responsabilidad que asumía, y que había creído terminada después del viaje a España. Si Maurice llegaba a tener una recaída en el estado de languidez que me había absorbido, ¡adiós a las lecciones y adiós también a los goces que mi trabajo me brindaba!; y ¿qué horas serenas y bienhechoras de mi vida podía consagrar yo a otro enfermo, mucho más difícil de cuidar y de confortar que Maurice?

Un verdadero terror se apoderó de mi corazón frente a la nueva responsabilidad contraída. No me guiaban las ilusiones de la pasión. Sentía por el artista una especie de adoración materna; muy marcada, muy verdadera, pero que no podía competir ni por un minuto con el amor de las entrañas, único sentimiento casto que puede ser apasionado.

Yo era todavía bastante joven como para luchar contra el amor, contra la pasión propiamente dicha. Esta disponibilidad de mis años, de mi situación

personal y del destino de las mujeres artistas, especialmente cuando detestan las relaciones efímeras, me asustó mucho, y decidida a no aceptar nunca una influencia que pudiera apartarme de mis hijos, veía un peligro no muy grave, pero siempre posible, hasta en la tierna amistad que Chopin me inspiraba.

Después de pensarlo, este peligro desapareció ante mis ojos y hasta revistió características opuestas: las de algo que me preservaba de ciertas emociones que yo ya no deseaba conocer. Otro deber más en mi vida, ya tan ocupada y fatigosa, me pareció una oportunidad mejor para la exigencia hacia la cual yo me sentía inclinada con una especie de fervor religioso.

Si yo hubiese cumplido mi proyecto de encerrarme en Nohant durante todo el año, de renunciar al arte y convertirme en institutriz de mis hijos, Chopin se hubiera salvado del peligro que a su vez lo amenazaba a él: el de apegarse a mí de una manera demasiado absoluta. En ese entonces no me amaba todavía como para no poder tener otros pasatiempos, su afecto aún no era exclusivo. Se había ligado a mí después de un romántico amor que había tenido en Polonia, de dos relaciones que había vivido después en París y que estaba a tiempo de

retomar, y sobre todo después de su madre, que era la única pasión de su vida, a pesar de que se había habituado a vivir lejos de ella. Si se hubiera visto obligado a dejarme por su profesión, que era su sustento mismo, puesto que vivía de su trabajo, seis meses en París lo hubieran devuelto, después de unos días de pesar y llanto, a sus hábitos mundanos de éxito distinguido y coqueto intelectual. Yo no podía dudar; no dudaba.

Pero el destino tejía los lazos de una larga relación, y a ella llegamos los dos sin darme cuenta.

Chopin siempre quería ir a Nohant y después no lo soportaba. Era hombre de mundo por naturaleza, no de un mundo demasiado oficial y numeroso, sino del mundo íntimo, de los salones de veinte personas, de los momentos en que la mayoría ya se ha ido y en que los íntimos se agrupan en torno del artista para arrancarle con cariñosa insolencia lo mejor de su inspiración. Era entonces cuando él daba todo su genio y su talento. Era entonces, también, cuando, después de haber abismado a su auditorio en una dolorosa tristeza o en un recogimiento profundo, porque su música introducía atroces desesperanzas en las almas, especialmente cuando improvisaba, de pronto, como para

disipar la impresión y el recuerdo del dolor en los demás y en sí mismo, se miraba en un espejo, acomodaba su cabello y su corbata y aparecía súbitamente transformado en inglés flemático, en viejo impertinente, en inglesa absurda y romántica, en judío avaro. Sus tipos siempre eran tristes, por cómicos que parecieran, pero perfectamente captados y tan agudamente representados, que no se podía dejar de admirarlos.

Todas estas cosas exquisitas, encantadoras y fuera de lo común que extraía de sí mismo lo convertían en el alma de los grupos selectos, y literalmente se lo disputaban, por su noble carácter, su carencia de egoísmo, su altivez, su orgullo bien entendido, por su rechazo a cualquier ostentación de mal gusto o a cualquier impertinencia, por el aplomo de sus maneras y las delicadezas de su trato, por todo esto era buscado; estas virtudes hacían de él un amigo tan firme como agradable.

Arrancar a Chopin de tantos halagos, ligarlo a una vida simple, monótona y de estudio constante, a él, que se había educado en la falda de las princesas, era privarlo de lo que lo hacía vivir; vida ficticia, es cierto, porque semejante a una mujer disfrazada, se despojaba por la tarde, al volver a su casa, de su

gracia y su seducción, para entregarse por la noche a la fiebre y al insomnio; era privarlo de una vida que hubiese sido más llevadera y animada que la del retiro y la intimidad reducida al círculo homogéneo de una sola familia. En París, él visitaba varias cada día, o por lo menos elegía una distinta cada tarde para incorporarse a ella. Disponía de veinte o treinta salones para fascinar con su presencia.

Este tipo consumado de artista no estaba hecho para vivir mucho tiempo. Lo devoraba un sueño Idealista que ninguna complacencia filosófica o mundana lograba atemperar. Nunca quiso transigir con la naturaleza humana. No toleraba nada de la realidad. Ese era su defecto y su virtud, su grandeza y su miseria. Inflexible con la menor sombra, se entusiasmaba inmensamente con la más mínima luz, y su imaginación exaltada hacía todo lo posible por ver un sol.

Entonces era al mismo tiempo indulgente y cruel con el objeto de su preferencia, avaro de la más tenue claridad y despreciativo con el pasaje de la más leve sombra.

Se ha dicho que describí su carácter con gran minuciosidad analítica en una de mis novelas. Se han equivocado, porque han creído reconocer algu-

nos de sus rasgos, y siguiendo con ese sistema demasiado fácil como para ser seguro, también al mismo Liszt, en una Vida de Chopin, un poco exuberante de estilo pero abundante en cosas buenas y hermosas páginas.

En El príncipe Karol tracé el carácter de un hombre dominado por su temperamento, absorbente en sus sentimientos, exclusivo en sus exigencias.

Chopin no era así. La naturaleza no dibuja como el arte, por más realista que éste sea. Tiene azares, inconsecuencias, quizá no reales pero muy misteriosas. El arte no utiliza estas inconsecuencias porque tiene demasiadas limitaciones para lograrlo.

Chopin era un compendio de esas magníficas Inconsecuencias que sólo Dios puede atreverse a crear, y que poseen una lógica propia. Era modesto por principio y afable por costumbre, pero dominante por instinto y lleno de un legítimo orgullo que se desconocía a sí mismo. De allí sus sufrimientos que no podía analizar y que no se centraban en un objeto determinado.

Además, el príncipe Karol no es artista. No es más que un soñador; al carecer de genio, carece también de los derechos que el mismo otorga. Es,

por lo tanto, un personaje más sincero que amable, y hasta tal punto no es el retrato de[gran artista, que Chopin, que leía diariamente el manuscrito en mi mesa de trabajo, no se dio cuenta de nada, a pesar de lo susceptible que era.

Sin embargo, más tarde me dijeron que se lo imaginó por reacción. Algunos enemigos le hicieron creer que esa novela revelaba su carácter. Es evidente que en ese momento su memoria flaqueaba: ¡no recordaba el libro que había leído!

Esa historia era muy distinta de la nuestra. No se parecía para nada. Entre nosotros no había esas alegrías ni esos sufrimientos. Nuestra historia no tenía nada de novelesco: era demasiado simple y demasiado seria como para que tuviéramos nunca motivo de discordia recíproca. Yo aceptaba toda la vida de Chopin tal como era fuera de lo artístico, con sus principios políticos y su visión de los hechos; no intenté ninguna modificación de su ser. Respeté su individualidad como había respetado la de Delacroix y la de otros amigos que recorrían un camino distinto del mío.

Por otro lado, Chopin me ligaba, y puedo agregar que me honraba, con un tipo de amistad que era excepcional en su vida. Siempre era regular para

conmigo. Debía tener pocas expectativas acerca de mí, pero nunca me hizo descender en su estima. Esto es lo que hizo que nuestra armonía durara tanto.

Ajeno a mis estudios, a mis búsquedas y, por lo tanto, a mis creencias, encerrado como estaba en el dogma católico, decía de mí, como la madre Alice en los últimos días de su vida: "¡Bah, bah! ¡Estoy segurísima de que ella ama a Dios!".

Pero si Chopin era conmigo el abandono, la gracia, la solicitud, el reconocimiento y la amabilidad en persona, no ocurría lo mismo ni era así con los que me rodeaban. Con ellos la versatilidad de su alma, que a veces era generosa y fantástica, cobraba impulso, y pasaba de la aceptación al rechazo y viceversa. Nunca afloró nada de su vida interior, de la que sus obras maestras eran la manifestación misteriosa y vaga, que fuera traicionado por sus labios. Tal fue su reserva durante siete años, y yo sola tuve que adivinar el sufrimiento, suavizarlo y dilatar la explosión.

¿Por qué una conjunción de acontecimientos ajenos a nosotros nos alejó mutuamente antes del octavo año?

Mi vida, siempre activa y alegre en la superficie,

era por dentro más dolorosa que nunca. Me angustiaba no poder brindar a los demás esa felicidad a la que yo había renunciado para mí; porque yo tenía más de un motivo de profundo pesar contra el cual intentaba reaccionar. La amistad de Chopin nunca fue para mí un refugio en el dolor. Él tenía suficiente con soportar sus propios males. Los míos lo hubieran abrumado, y sólo los intuía vagamente y no los entendía para nada. Hubiera considerado todas las cosas desde un punto de vista muy distinto del mío. Mi verdadera fuerza me la daba mi hijo, que ya estaba en edad de compartir conmigo los más graves aspectos de la vida y que me apoyaba con su tranquilidad anímica, su razón precoz y su imperturbable buen humor. Él y yo no tenemos las mismas ideas acerca de muchas cosas, pero somos muy parecidos en nuestra constitución, tenemos gustos afines y similares necesidades; dicho de otro modo, nos une un lazo de amor natural tan estrecho que una divergencia cualquiera entre nosotros no puede durar más de un día, ni ocupar más de un minuto de explicación frente a frente. Si bien no vivimos en el mismo recinto de ideas, al menos hay una puerta siempre abierta en la pared medianera, la de un cariño inmenso y una confianza ciega.

Después de las últimas recaídas del enfermo, su ánimo se había ensombrecido visiblemente, y Maurice, que hasta entonces siempre lo quiso mucho, se sintió de improviso herido por él a causa de una cuestión trivial. Minutos después se abrazaron, pero el grano de arena ya había caído sobre el lago tranquilo, y poco a poco lo siguieron las piedras, una a una. Chopin se irritaba a menudo sin motivo y muchas veces arbitrariamente contra intenciones que eran buenas. Vi que el mal se agravaba y alcanzaba a mis otros hijos, aunque rara vez a Solange a quien Chopin prefería porque no le había concedido nada; a Augustine, a quien produjo una amargura espantosa, y hasta a Lambert, que nunca pudo adivinar la causa. Augustine, la más dulce, la mejor, la más inofensiva de todos nosotros, estaba desolada. ¡Al principio había sido tan bueno con ella! Se lo soportó todo; pero finalmente un día Maurice, harto de los alfilerazos, declaró que abandonaba la partida. Esto no podía ni debía ser. Chopin no toleró mi intervención justificada y necesaria. Bajó la cabeza y dijo que ya no lo amaba.

¡Qué blasfemia, después de esos ocho años de dedicación maternal! Pero el pobre corazón no tenía conciencia de su extravío, pensé que unos meses de

silencio y alejamiento curarían la llaga y restablecerían una amistad plácida, una etapa ecuánime, pero la revolución de febrero estalló en París, y se hizo repentinamente odiosa a ese espíritu incapaz de aceptar una alteración cualquiera de las condiciones sociales. Libre de regresar a Polonia, o al menos seguro de ser admitido, había preferido languidecer diez años lejos de su familia, a la que adoraba, antes que soportar la visión de su país transformado y desnaturalizado. ¡Había huido de la tiranía, y ahora huía de la libertad!

Lo volví a ver fugazmente en marzo de 1848. Estreché su mano temblorosa y helada. Quise hablarle y se escapó. Quería poder asegurar que ya no me amaba. Le evité ese dolor y puse todo en manos de la providencia y del tiempo.

No lo vería más. Entre nosotros hubo algunos espíritus malvados. También había algunos buenos, pero no supieron entenderlo. Y algunos superficiales que prefirieron no mezclarse en cuestiones tan delicadas.

Me dijeron que me llamó, me recordó y me quiso como un hijo hasta el fin. Creyeron conveniente ocultármelo. También creyeron un deber ocultarle que yo estaba dispuesta a correr hacia él. Hicieron

bien, si es que la emoción de volver a verme hubiera acortado su vida en un día, o aunque fuera en una hora. No soy de los que piensan que las cosas se resuelven en este mundo; aquí no hacen más que empezar, y seguramente no terminan nunca; nuestra vida terrenal es un velo que el dolor y la enfermedad tornan más espeso para ciertas almas, que no se descorre más que apenas para ciertos temperamentos sólidos, y que la muerte desgarrar para todos.

En la misma época en que perdí a Chopin, perdí también a mi hermano y de un modo aún más triste: su razón se había extinguido hacía ya un tiempo; el alcohol se apoderó de él, destruyendo su identidad humana, sumergiéndolo entre la idiotez y la locura, pasó sus últimos años peleándose y reconciliándose conmigo, con mis hijos, con su familia y con todos sus amigos. Mientras seguí viéndolo, prolongué su vida agregando agua al vino que le servían, ya que su paladar atrofiado no se daba cuenta. Reemplazaba la calidad por la cantidad, y así su borrachera resultaba más o menos leve, pero con esto yo no hacía más que demorar el minuto fatal en que, al no tener ya el organismo capacidad de reacción, su mente no podría recuperar la lucidez, pasó sus últimos meses evitándome y escribiéndome cartas inenarrables. la

revolución de febrero, que ya no podía entender desde ningún punto de vista, dio el golpe de gracia a sus facultades declinantes. Republicanos furioso, al principio le ocurrió lo que a tantos otros que no tenían el justificativo de la locura: tuvo miedo y empezó a imaginarse que el pueblo quería su cabeza. ¡El pueblo!, el pueblo del que provenía, como yo, por su madre, y con el que permanecía en la taberna más de ¡o necesario para confraternizar, se convirtió en su cuco; me escribió para decirme que sabía de buena fuente que mis amigos políticos querían asesinarlo. ¡Pobre hermano! Cuando esta alucinación pasó, vinieron otras que se sucedieron sin pausa, hasta que su imaginación desaforada se aplacó y dio paso al embotamiento de una agonía ya Inconsciente. Los suyos le sobrevivieron. Su hija, madre de tres hermosos niños, aún joven y bella, vive cerca de mí en La Châtre. Es un ser dulce y valeroso, que ha sufrido ya bastante y que no flaqueará en sus obligaciones. Mi cuñada Emilia también vive cerca de mí, en el campo. Víctima durante largo tiempo de los excesos de un ser querido, descansa de sus grandes penurias. Es una amiga leal y perfecta, un alma firme y un espíritu enriquecido con buenas lecturas.

Al relatar las emociones principales de estos

años guardó en mi seno otros dolores aún más lacerantes, cuya confesión, suponiendo que pudiese hablar de ellos, no sería de ninguna utilidad en este libro. Fueron calamidades que se me impusieron, por decirlo de algún modo, ya que nada pude hacer para impedir las. Calamidades que no formaron parte de mi destino atraídas por mi magnetismo personal. En ciertos planos, construimos nuestra propia existencia; en otros, soportamos la que nos construyen los demás. He contado o Insinuado todo aquello que entró en mi vida por mi propia voluntad, o llamado por mis instintos. He dicho cómo superé o padecí las fatalidades de mi propio temperamento. Esto es todo lo que yo quería y debía decir. En cuanto a los sufrimientos mortales que la fatalidad de otros temperamentos hizo recaer sobre mí, ésa es la historia del calvario secreto que padecemos todos, ya sea en la vida privada o en la vida pública, y que debemos soportar en silencio.